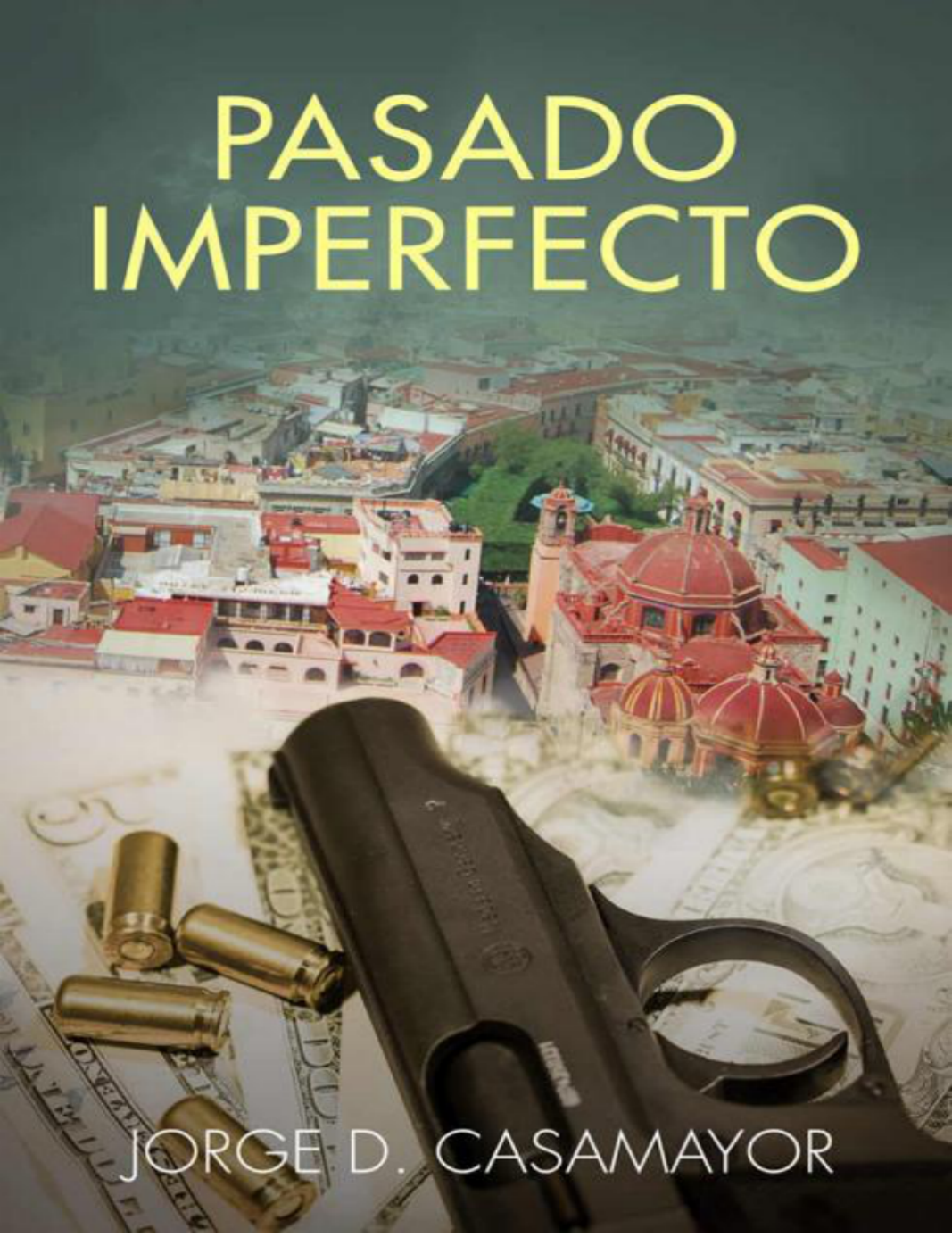
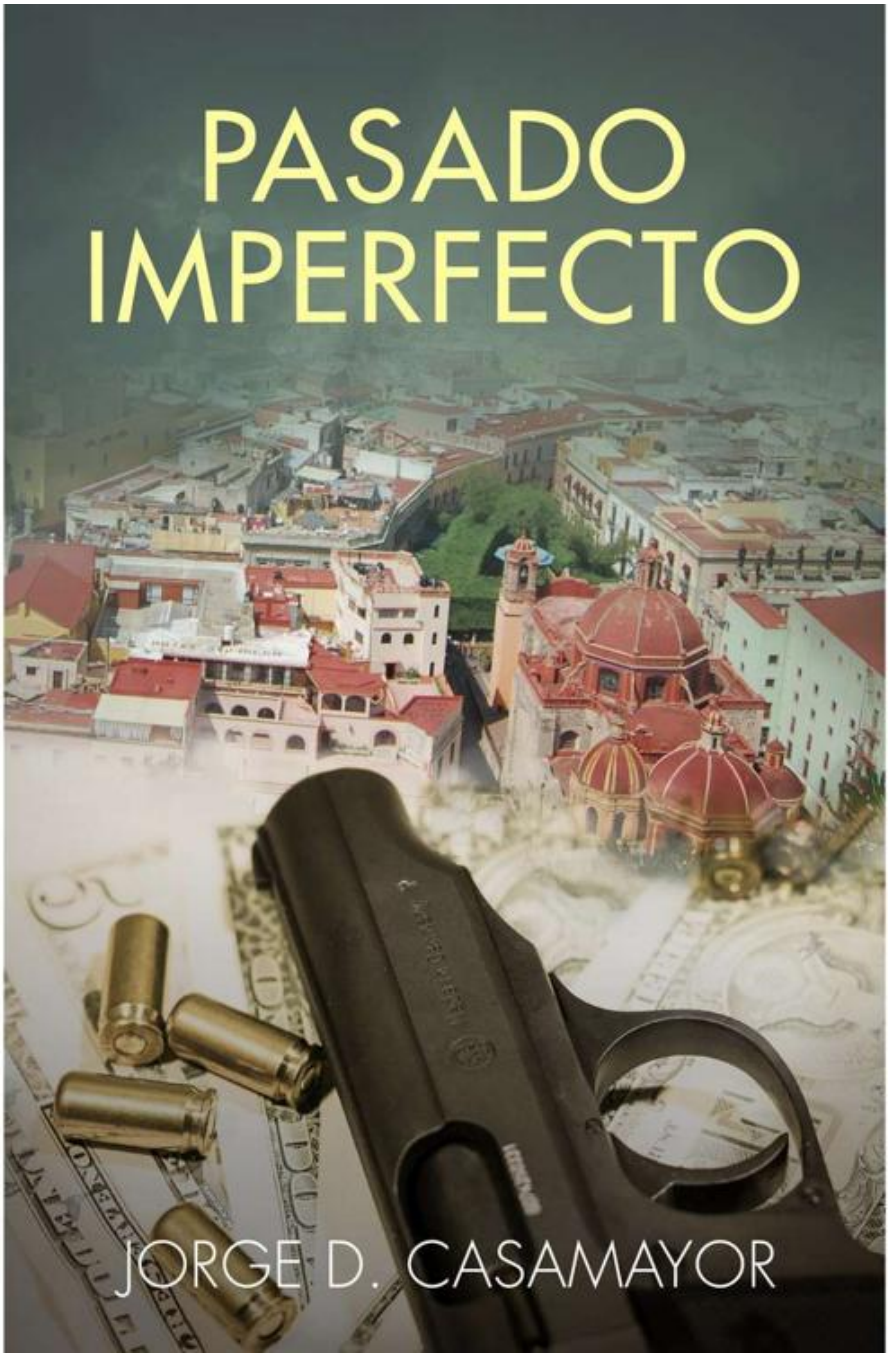
PASADO IMPERFECTO



JORGE D. CASAMAYOR


PASADO
IMPERFECTO
JORGE D. CASAMAYOR

PASADO IMPERFECTO

Jorge D. Casamayor

PASADO IMPERFECTO

© 2023, Jorge D. Casamayor
Los derechos de este libro quedan reservados a su autor. Puede dirigirse a él para solicitar autorización si desea utilizar alguna parte de este contenido.

Mexico D.F.

Un empresario español ha sido asesinado.

A lo largo de la última semana de su vida muchos, incluido él mismo, han podido planear su muerte si ésta no ha sido fortuita. Las rencillas en el seno de su empresa, las infidelidades, los fraudes, los sobornos, son moneda corriente y la intriga por conocer qué acontecimientos provocaron su caída da oportunidad para vivir el ambiente de aquellos años, las vidas de muchos inmigrantes españoles y los dramas de la vida cotidiana en la que lo inaceptable se instaló como algo natural.

PASADO IMPERFECTO

MARZO 2002

Viky, confortablemente instalada en su asiento de primera clase, veía el infinito azul al otro lado de la ventanilla del Boeing 747 que la llevaba, una vez más, quizá la última, a la ciudad de México.

Por fin se vendía el viejo negocio familiar y era conveniente su presencia. Podría haber apoderado a cualquiera para representarla, pero en esta ocasión, después de una ausencia de más de quince años, prefería acudir personalmente y enfrentarse a los recuerdos y escenarios a cambio de cerrar cualquier unión con ese pasado.

Sí, «ese» pasado. Como todos, ella también tenía varios; en su caso, el de su soltería, el de su matrimonio con Pepe en México y el de su viudez de vuelta en España. Quizá el primero, el de su infancia y juventud rodeada del amor de sus padres, mimada y consentida, llena de expectativas e ilusiones, había sido su «pasado perfecto»; el segundo, el que terminaba con el asesinato de su marido y el descubrimiento de una densa trama de traiciones, infidelidades, estafas y sorprendentes revelaciones era el que quería enterrar para siempre. Su pasado imperfecto.

Ello pasaba, naturalmente, por vender el viejo negocio familiar, el que había heredado dándole fortuna y posición, pero también sinsabores y sobresaltos. Lo hubiera vendido en cuanto murió Pepe, igual que se deshizo de otras inversiones, pero entonces era imposible: había otros socios, graves problemas y, sobre todo, una situación económica en continuo vaivén. Quería vender, no malvender, y México salía de una crisis para entrar con mayor fuerza en la siguiente, ahogado por una clase política y un modelo económico incapaces de aportar eficacia.

Junto a ella, un periódico doblado ocupaba el vacío asiento. La crisis de Argentina copaba los titulares de primera página. ¡Cuántas

similitudes con lo que ella había vivido en propia carne! Gasto público incosteable, deuda externa y pública impagable; devaluación drástica, hiperinflación, medidas económicas crueles, injustas y un larguísimo etcétera. Todo ello también lo había sufrido su empresa y, hasta que Vicente Fox no puso en el país un poco de orden —el poco que le dejaban los políticos profesionales de todos los partidos, incluso el suyo—, no hubo la estabilidad suficiente como para poder vender sin perder.

Viky, mirando el horizonte infinito, se dejó llevar por los recuerdos. Aquella semana de agosto de 1986 estaba oculta en su memoria bajo cientos de vivencias posteriores gracias a que su voluntad había luchado durante años para que no aflorara, pero ahora prefería liberar a su mente de tantas ataduras y dejar fluir libremente los recuerdos.

México D. F., agosto, 1986

SÁBADO 23

La reunión estaba siendo un auténtico éxito de asistencia, la sala estaba llena a rebosar. Evidentemente, Pepe era una persona muy querida, al menos muy conocida para haber reunido en torno a él tanta gente. Y no solo la que se encontraba allí en un momento dado, sino la que continuamente iba y venía hasta mantener lleno el recinto.

De todos modos, quizá ayudaba la hora. La media tarde de un sábado, día de descanso laboral seguro, no permite la excusa ni la justificación para no acudir a un acontecimiento social cuando se tiene la obligación de la cortesía hacia un conocido, amigo, compañero, vecino o pariente, hacia un cliente, proveedor, patrón o socio; aunque, en definitiva, ni él mismo llegue a enterarse. Lo importante, cuando no son los sentimientos los que arrastran hacia la reunión, es ser visto; saludar y ser saludado, hacer que reparen en la presencia de uno las personas que familiar o profesionalmente constituyen el círculo íntimo del personaje en torno al cual se crea toda aquella atención especial.

Evaristo, bajo el quicio de la puerta que daba acceso al amplio salón, pasaba revista, sin prisas, a los asistentes agrupados en círculos ostensiblemente homogéneos. Llevaba un traje gris oscuro, planchado, impecable: camisa blanca; corbata negra. Su rostro era taciturno y escondía la mirada tras unas gafas graduadas casi negras. De vez en cuando, saludaba a unos y otros, cambiaba frases en voz muy queda con alguien, se atusaba el canoso bigote y continuaba parsimoniosamente la observación.

Un grupo de casi veinte personas con humildes ropajes campesinos, que constituían, no obstante, sus mejores galas, tímidamente alejados en el extremo exterior de la antesala, hablaban en voz muy apagada, respetuosa o callaban. Observaban con asombro y a hurtadillas lo que sucedía a su alrededor y no daban muestras de querer ser reconocidos

o de hacer notar su presencia. Habían venido en grupo, sin sus mujeres. Querían testimoniar su respeto y devoción hacia el patrón, aunque sabían que este ni se lo reconocería, ni agradecería jamás.

El resto de la antesala lo ocupaban indistintamente los transeúntes que ascendían desde la escalera hacia la sala o los que, retirándose de esta, ya se marchaban y los muy numerosos corrillos de fumadores que comentaban en voz baja, pero sonora. Algunos niños importunaban a los asistentes con sus carreras, juegos o gritos, haciendo recaer sobre los mayores, que tan inoportunamente se hicieron acompañar por ellos, duras críticas. La mayoría de los asistentes vestía traje oscuro y habían debido sacrificar su atuendo deportivo e informal del fin de semana por el más serio y, al mismo tiempo, incómodo, de chaqueta y corbata. Sus conversaciones eran variopintas: deportes o política, finanzas o espectáculos, anécdotas y sucesos. En alguna ocasión circunstancial se hablaba de Pepe y de lo ocurrido el jueves por la noche, pero por poco tiempo. Los contertulios se iban renovando y, con ellos, los temas de conversación. Ni unos ni otros duraban mucho en el mismo círculo.

Dentro de la sala la animación era menor. La mayoría eran mujeres y casi todas estaban sentadas. Se oía un zumbido sordo y continuado por la acumulación de los murmullos pormenorizados de cada coloquio. La luz interior era tenue y la exterior no tenía acceso por los largos cortinajes granates que decoraban las paredes de la estancia. Los rostros, a cierta distancia, se difuminaban en siluetas y el reconocimiento de un determinado perfil se hacía difícil sin proximidad.

En el extremo más alejado de la puerta, a la derecha de Evaristo, estaba Pepe, su mejor amigo. Inmóvil, el rostro sereno, una auténtica obra maestra de sus maquilladores. Con el ataúd cerrado hasta el cuello, presidía su propia capilla ardiente con la misma dignidad que un consejo. Estaba muerto, muerto desde hacía ya día y medio. Acostado sobre el féretro más caro y ostentoso que tenía disponible la agencia de pompas fúnebres: madera de nogal, herrajes de bronce y el forro de terciopelo rojo.

Los embalsamadores habían hecho un buen trabajo. No se observaban huellas ni de las tres balas ni de la autopsia, ni siquiera del largo tiempo transcurrido desde el deceso. Sus casi cincuenta años quedan engañosamente ocultos tras ese rostro, ahora rígido, que siempre le dejó aparentar seis u ocho menos; el pelo rizado, con un caracolillo rubio que da impresión de bondad y que siempre le hizo aparecer como un soñador místico. No había sido excesivamente alto, pero cuidaba su figura con ejercicio y dietas y había logrado mantener un aspecto agradable y dinámico.

Cerca de él, Viky era la imagen misma de la serenidad. Totalmente

enlutada, como muchas mujeres que ocupaban la sala, musitaba breves respuestas a las continuas muestras de condolencia que recibía. Quince años más joven que su difunto esposo, mantenía su equilibrio a pesar de las amargas treinta y seis horas últimas, llenas de sorpresa, incredulidad y dolor primero y de esperas, consultas y peticiones después para que sus abogados lograran rescatar el cuerpo de su marido de las salas y burocracia policiales hasta conducirlo a aquel lujoso velatorio de la compañía de Pompas Fúnebres Gayoso.

En medio del drama permanecía valerosa y ni las sostenibles ojeras provocadas por el insomnio, ni la patente tensión que dejaba adivinar su semblante, ni el descuido con que su rubia melena le caía hasta los hombros le restaban dignidad y atractivo.

Las flores, en coronas o en inmensos ramos, habían cubierto ya casi por completo las paredes y el suelo próximos al féretro y a intervalos iban siendo recibidos nuevos envíos, todos con sus leyendas en letras doradas o plateadas sobre anchas cintas de seda negra. Las consabidas frases y leyendas alternaban los títulos del difunto y el nexo con los oferentes, con las súplicas, las plegarias o las promesas.

Evaristo consideró que la atmósfera estaba bastante cargada. Permanecería allí sin interrupción hasta las once de la mañana, en que el cortejo fúnebre partiría hacia el cementerio. Debería estar atento a resolver cualquier incidente que se presentase, a atender, como uno de los más allegados deudos, a las visitas y a prestar apoyo a Viky si lo precisaba.

Los demás, incluso los familiares, harían turnos y, aunque toda la noche estaría el lugar lleno de dolientes —sincera o simuladamente— acompañantes, no siempre serían los mismos quienes permanecieran. Él, sin embargo, no sería relevado. Quería mantenerse en vigilia, prestar y hacer patente que prestaba un último servicio a su amigo no separándose de él en sus últimas horas de presencia física sobre la tierra.

Sentía la necesidad de respirar aire puro, de estirar un poco las piernas y caminar algo; de reflexionar, de huir de aquel trajín. Lenta e imperceptiblemente, comenzó a desplazarse hacia la escalera. Breves inclinaciones de cabeza que, al mismo tiempo, eran saludos o despedidas, aquiescencia hacia un pésame o exteriorización de un profundo dolor.

Finalmente, ganó la escalera y descendió a la entrada que le separaba de la calle. En el vestíbulo muy poca gente y, a un lado de las puertas de acceso, un panel mostrando el nombre de los distintos ocupantes de cada una de las salas, permaneciendo totalmente ajeno a la dramática información que contenía.

La tarde estaba muy fresca; el suelo mojado. Se respiraba el aire limpio que dejan tras de sí las tormentas tropicales. Como todas las

tardes de agosto, una lluvia torrencial había irrumpido violentamente sobre la ciudad que hasta ese momento había sufrido estoicamente un calor tropical intenso, pegajoso y agotador. Su llegada es sorpresiva para quien no conoce la rutina. Ni siquiera las nubes entoldaron el cielo de modo notorio; se presentaron apenas momentos antes de la descarga. El chaparrón refresca el ambiente, limpia la atmósfera y cesa.

Evaristo caminaba pensativo por los jardines de Sullivan frente al velatorio. El parque estaba vacío. Empezaba a anochecer y apenas había viandantes. Mañana, a la hora del traslado, estará lleno. Los artistas mexicanos habrán tomado posesión del paseo y mostrarán, como todos los domingos, al sol, paseante y al interesado sus obras creando un canto a las costumbres, al paisaje, a la vida.

Hoy, sin embargo, la reflexión obligada tiene como centro la muerte. Pepe estaba frío, sin vida, víctima de tres balas asesinas, disparadas al amparo de la nocturnidad el jueves pasado en un callejón solitario. El hombre afable, el hombre de empresa, el hombre conocido y prestigiado; el hombre con una imagen política seductora... Increíble. ¿Qué pensaría a esas alturas la Policía de todo esto? ¿Será un crimen casual, como hay tantos al cabo del año en las grandes ciudades? ¿Habrán pretendido atracar a alguien que se resistió y al que dejaron muerto antes de huir atemorizados, quizá por la inesperada proximidad de otro vehículo? ¿Habrá habido un intento deliberado de elegir el lugar y a la víctima? Y en tal caso, ¿por qué?

Evaristo se preguntó una y otra vez qué pensaría la Policía. No tenía ninguna confianza en que se resolviera el caso. Él sabía que prácticamente no tenían detectives ni investigadores. Cuando un maleante es detenido, un atraco frustrado, un misterio desentrañado, es debido casi exclusivamente a un hecho fortuito —ocurrido simultáneamente a la comisión de un delito—, que alerta la vigilancia y desencadena el tiroteo, la persecución y la captura. Y solo en los casos en que el autor lo fuera de otro delito, cometido con anterioridad, y «cantase» en el interrogatorio, sería aclarado un caso sucedido tiempo atrás.

Pero también sabía que su amigo tenía una cara oculta, conocida por muy pocos y por nadie tan completamente como por él mismo. Quizá en esa personalidad oculta, en esta doble vida de José Sotillos, se encontrara la clave de lo acontecido.

Antes de subir de nuevo al velatorio, de prodigar su don de gentes con unos y con otros, de dejar que pausadamente transcurrieran las horas que restaban para que la ceremonia concluyera, paseó sin rumbo por el parque aspirando hondo para calmar sus nervios, pero, sobre todo, para dejar vagar su mente. Necesitaba dejarla meditar, recordar o especular, desligándola de las ataduras con que las últimas

horas debió contenerla para permitirse hacer lo que se esperaba que hiciera, sin histerias ni nervios; con dolor y control.

El ejercicio mental que ha debido realizar es muy superior al físico. Este solo incluye la resistencia al sueño, el permanecer despierto y activo desde que ocurrió todo y el ir y venir del domicilio de Viky a la delegación de Policía, de la residencia de abogados de su amigo a la Morgue. El ejercicio mental ha sido más intenso: mantenerse equilibrado, no mirar hacia atrás, permanecer sereno. Infundir confianza, ánimo. Consolar. Dar seguridad.

Sin embargo, ¡hay tantas preguntas que hacerse! Él sabía muchas de las cosas que hizo su amigo la última semana de vida, pero desde luego no podía reconstruirla toda. Hubiera dado cualquier cosa por saber cómo fue, pero, sobre todo, por saber qué conocía de ella la Policía.

LUNES 18

Para José Sotillos, casi todas las semanas eran similares. Variaban, por supuesto, las personas entrevistadas o el tema de conversación y, naturalmente, los problemas que resolver eran diferentes, pero era un hombre metódico, con rutinas muy definidas y una agenda de trabajo cortada por el mismo patrón, semana a semana, mes a mes; año tras año.

Había excepciones, como es lógico —viajes dentro del país o al extranjero— que rompían esa monotonía o, de vez en cuando, algún asunto de especial trascendencia le obligaba a alterar ligeramente su rutina. De todos modos, tenía bastante carga de trabajo en la empresa y suficientes asuntos personales de diversa índole que atender como para obligarle a aprovechar bien su tiempo y es bien sabido que el modo de hacerlo comienza por una buena organización de este... y esto lleva, necesariamente, a la rutina.

Sin embargo, esa aparente monotonía no le hacía en absoluto tediosa su existencia, por el contrario, disfrutaba plenamente con su trabajo en el que su vanidad personal le hacía sentirse sumamente eficiente. Además, había tenido la habilidad de insertar en su programa habitual los suficientes momentos de esparcimiento como para no sentirse agobiado por las responsabilidades y poder disfrutar plenamente de su posición y de su dinero. Podía aparentar ser un esclavo del trabajo, pero, en el fondo, se sentía un vividor que sabe extraer de la vida sus cosas buenas y hallar placer en toda ocasión propicia.

—¡Buenos días, Sr. Sotillos!

—Buenos días, Conchita. Tráeme un café y ven a mi despacho con la agenda del comité de hoy.

Este lunes había comenzado como cualquier otro. Tras despertarse

a las siete de la mañana, había hecho una pequeña tabla de gimnasia y, después de bañarse y vestirse, había desayunado en casa. El resto de los días laborables solía hacerlo fuera, en algún restaurante, siguiendo la costumbre mexicana de aprovechar la primera comida del día para tener, así mismo, la primera reunión de negocios. Sin embargo, invariablemente, los lunes tenía en su oficina un comité de dirección con su personal ejecutivo y prefería llegar allí antes para revisar los últimos detalles. Mientras sus hijos, Pepito y Viky, devoraban apresuradamente los alimentos para salir volando al automóvil en que les esperaba su madre con el motor en marcha y llevarlos a sus respectivas escuelas; el padre se permitía ese día desayunar despacio y solo en casa, leyendo las ediciones matinales de la prensa, eficazmente atendido por la sirvienta. El curso escolar había terminado, pero dado que ese verano no iban a salir de vacaciones, había inscrito a los muchachos en un cursillo acelerado que les pudiera servir de ayuda para obtener unas mejores calificaciones el año próximo.

Después, Marcos lo conduciría en su Grand Marquis blanco a la oficina, situada en la zona comercial de Polanco, para llegar con metódica puntualidad a las ocho y media y poder revisar a solas o con Conchita, su secretaria, los últimos puntos que estudiar durante la media hora que restaba para que llegase el resto de los ejecutivos y comenzase su comité.

Conchita entró con una taza de café en una mano y una gruesa carpeta en otra.

—¿Confirman todos su asistencia para hoy?

—Sí, vendrán González, Muñoz, Jiménez, Vázquez, García y Torres; todos.

—Deja los expedientes de cada uno sobre la mesa de consejo. ¿Terminaste de sacar las gráficas que te pedí?

—Sí, el viernes por la tarde no me dio tiempo; estaba Mola sacando otro trabajo en la computadora y no me dejó interrumpirle. Pero vine el sábado por la mañana y saqué los cuadros estadísticos y las gráficas; también copia para cada uno y están distribuidas en las carpetas personales de todos ellos. El suyo está aquí —dijo señalando el pequeño montón de papeles que había en el centro de la mesa de su despacho.

—Bien, voy a revisarlos. Mientras tanto, cuida que todo esté a punto.

El despacho era amplio y rectangular. Una ventana ocupaba toda la pared frontal hasta la puerta. Con las cortinas abiertas y la poca altura que da un primer piso, eran perfectamente visibles los árboles y jardines de la calle Horacio, una calle ancha cuyo amplio andén central no solo separaba las dos calzadas de los vehículos que iban en uno u otro sentido, sino que permitía el paseo del peatón, el juego de

los niños o incluso el *jogging* de los vecinos deportistas. Junto al ventanal, perpendiculares a él y de espaldas a su pared más próxima, la mesa de ala y su sillón de alto respaldo con orejeras y, frente a él, otros dos más bajos para las visitas. Más atrás, un tresillo donde poder acomodar a un grupo más numeroso, con una mesita de cristal en el centro.

Una hilera de macetones con diversas plantas creaba dos áreas dentro de la misma estancia: el despacho y la sala de juntas; esta con una larga mesa ovalada y diez sillones a su alrededor dispuestos para su uso.

Pocos muebles y adornos, solo unos enrejados donde plasmar gráficas y unas fotos de las fábricas, sencillamente enmarcadas en el área de despacho, y un trípode con portarrollos, un pizarrón y varios cuadros en el área de juntas.

Conchita distribuyó en la mesa los seis expedientes que llevaba; se aseguró de que hubiera lápices, cuartillas y ceniceros y dejó vacío el puesto de cabecera, ya que su jefe examinaba desde el despacho el contenido del que le correspondía.

—Parece que está en orden. Hazlos esperar hasta que estén todos y que pasen entonces. No quiero llamadas para nadie ni interrupciones. Cuando vayan a entrar, me traes otro café. Habla a las fábricas y que te den las producciones de sábado y domingo. Me las pasas por el intercomunicador. Si ha habido algún incidente, me mandas a quien te informe.

Conchita sonrió y salió. Se sabía una muy eficaz secretaria y le gustaba la forma concisa de ordenar que tenía su jefe; en realidad, le gustaba todo de él. Sutilmente, le había dicho que había hecho un trabajo extra en sábado y que ese inoportuno y pesado de Mola había estado a punto de retrasar su labor y dificultar la junta de hoy. También sabía que el hecho rutinario de telefonear todas las mañanas a las fábricas en nombre de su jefe, el pedir los reportes de producción e incidencias daba a los demás una imagen de autoridad y poder que hacía que muchos empleados intermedios la obsequiasen y respetasen pensando que su intercesión en las alturas podría suponer su ascenso, un aumento de sueldo, un permiso o un anticipo a tiempo. Conchita disfrutaba ese indudable poder e intentaba incrementarlo haciendo que sus informadores la mantuvieran al corriente de chismes, pecadillos y anécdotas ocurridas dentro y fuera del trabajo. Administraba con astucia esas confidencias y, generalmente, lograba sus pequeños objetivos dentro de la compañía, consiguiendo de su jefe el favor o la animadversión hacia unos u otros. Sus enemigos la llamaban el Dóberman por su gesto hostil, su rudeza en el trato, su inaccesibilidad y su fidelidad al jefe.

Sotillos miraba pensativo los datos que tenía delante. Los

suministros de materia prima y las producciones marchaban bien; la cartera de ventas y la tesorería mal. El tema de la tesorería tenía su explicación en la inflación: los incrementos de costos se producen meses antes de poderlos repercutir en los precios, creando más necesidad de efectivo para poder comprar materia prima. Pero, por si eso no fuese suficientemente difícil de manejar, el Gobierno se encarga de complicar aún más las cosas: quiere frenar una inflación que él está creando con su desmedido déficit público, pero, en lugar de controlar este, lo que haría recaer sobre sí mismo los sacrificios —austeridad, sobriedad— que pide a la sociedad, actúa más cómodamente exigiendo a los demás.

Y lo hace aumentando en encaje bancario, esto es, obligando a los bancos a prestar menos para reducir así la circulación de dinero, con lo que las instituciones de crédito quedan imposibilitadas de ayudar a las empresas con nuevos préstamos o simple renovación de los vigentes conforme van venciendo.

Todo el sistema se ve afectado y los clientes cada vez tienen menos posibilidades de pagar a tiempo; y los que las tienen, prefieren jugar a financieros e invertir por unos días o semanas sus excedentes de dinero en inversiones bancarias o en certificados de la tesorería, que pagan unos suculentos intereses, incluso superiores a los porcentajes de inflación, ya que el Gobierno comprende que es necesario mantenerlos así de elevados para desanimar una fuga de capitales que buscaría un seguro antiinflacionario en el mercado de divisas frente al derrumbamiento del peso y no desalentar aún más el ahorro.

Problema difícil, pero manejable, pues, por lo menos, no hay sorpresas y las reglas del juego están dadas sobre la mesa. Más complejo es, sin embargo, el tema de las ventas. No le afecta solamente la crisis, el mayor crecimiento habido por otras empresas o la peor calidad comparativa de sus productos. Es un problema interno, por lo menos a su juicio.

El Área Comercial la maneja Muñoz, rival de Sotillos, sobrino de uno de los socios fundadores. Con más años en la empresa y con un mayor conocimiento del país y del mercado al ser mexicano, aspiraba desde tiempo atrás al puesto de director, pero una decisión política de empresa entre los socios lo quiso de otro modo. Sin embargo, él no se ha resignado y le hace la vida imposible a su jefe siempre que puede, amparado tanto en el respaldo que tiene, al ser miembro del consejo, como por su propia capacidad para manejar el área.

De todos modos, comercial va mal. En otros momentos, Muñoz realizó gestiones muy valiosas, estrategias audaces con brillantes resultados, pero ahora no llegan los pedidos a cubrir la capacidad de producción y las plantas están a punto de tener que reducir sus horas de operación. Quizá haya que suprimir el turno de noche por una

temporada. La medida es doblemente dolorosa ahora que se han logrado superar muchos problemas de productividad y cada día fabrican con ligeros incrementos sobre los precedentes; pero la cartera de ventas está baja. La reserva de pedidos pendientes de entrega, que como objetivo debería situarse sobre los veintiún días, ha bajado a tres y sigue descendiendo y en el comité de hoy deberá tomarse la decisión de no trabajar los turnos de noche en las secciones de producto manipulado que no exijan una fabricación continua. Casi una reducción del treinta y tres por ciento de la capacidad productiva. Tremendo.

Claro, será una medida a corto plazo. Seguramente, en unas semanas estará replanteándose el trabajar de nuevo esas horas, pero el impacto psicológico para la gente de la empresa será grave y, posiblemente, el entusiasmo y estímulo existente por superar cada día lo hecho el anterior decaiga y se tarde otra vez en recuperar esas ansias de productividad que tan costosamente Sotillos ha logrado inculcar a su gente. Además, hablando de impacto psicológico... ¡Habrá que oír lo que le echarán en cara los socios en el consejo!

Ese parecía ser el objetivo de Muñoz: reducir las ventas hasta el punto de crear una crisis, una lo suficientemente grave como para hacer tambalear en su puesto. Las gráficas que tiene delante son más ilustrativas que los cuadros estadísticos que las acompañan. Son de computadora, monótonas, pero sumamente explícitas. Todo líneas decrecientes. Allí están, siempre por semanas, las entradas de pedidos en unidades físicas y monetarias, allí figuran los días de cartera que se tienen de reserva, con su meteórico descenso desde dos meses atrás. Pero lo que resulta más aleccionador es el análisis individualizado en la gestión de cada agente comercial, de todos: tanto de los vendedores directos, pagados con un sueldo, como de los agentes libres pagados por una comisión sobre sus propias ventas, como del propio Muñoz que, además de dirigir el departamento, maneja directamente las ventas más importantes por volumen o por rango del cliente.

Son estos últimos análisis los que muestran cómo las ventas de Muñoz y de sus cinco o seis íntimos e incondicionales son las que se han desplomado, pues para el resto de los vendedores las oscilaciones son muy leves y, si bien hay algunas caídas, también hay ligeras alzas en sus desenvolvimientos.

Sotillos se quedó un buen rato reflexionando. Miró su reloj: eran las ocho cincuenta y cinco; cinco minutos más y tendría el despacho lleno de gente; quizá algunos ya habrían llegado y estarían fuera haciendo tiempo hasta la hora del comité. Llamó por el intercomunicador a Conchita:

—Conchita: ven un momento, por favor.

—Ahora mismo, Sr. Sotillos.

La secretaria entró en el despacho cerrando la puerta tras de sí y avanzó por el amplio salón hasta el extremo opuesto donde su jefe permanecía absorto mirando unas hojas.

—Conchita —dijo señalándole el abultado juego de cuadernos y gráficas estadísticas—. ¿Has archivado alguna copia de este expediente?

—Sí, tengo una pendiente de archivo. Cuando me dicte usted la minuta de la reunión, se la adjuntaré.

—¿La ha visto alguien?

—No, está guardada en mi escritorio.

—Muy bien, quiero que me traigas tanto esa copia como las que están repartidas en cada uno de los lugares de la mesa. No vamos a ver hoy con tanto detalle este asunto, así que no quiero abrumarlos con papeles. Retíralas todas y déjamelas en mi mesa. Deja solo los cuadrosresumen globales.

Una vez finalizada su tarea, se retiró Conchita. Sotillos guardó bajo llave la información. Pensaba utilizarla más adelante. De momento, simularía desconocer a ciencia cierta el juego de Muñoz. En caso de que hubiera que justificarse en algún momento de una actuación excesivamente severa con él, podría hacerlo con aquellos datos y, si el contrario no sabía que disponía de esa arma, no podría prepararse para defenderse de ella.

«Muy bien —pensó—, Muñoz quiere desestabilizarme, hacerme caer. Para ello, boicotea las ventas y, quizá, los cobros. Si no actúo, el responsable soy yo; si procedo e invado su área me hace quedar en ridículo al bloquearme, pues la mayoría de los medios los tiene él controlados; si me enfrento abiertamente, me echa encima al consejo. Bueno, lo hace de cualquier modo. Veremos pues, quizás ha llegado la hora de la verdad con este cretino».

En aquel momento, se oyó la voz de Conchita por el intercomunicador:

—Sr. Sotillos, están ya todos aquí.

—Bien, hazlos pasar. Y no olvides mi café.

Los comités eran un reto personal para él. Al mismo tiempo los deseaba y los temía. Podría explicar muchas razones por las que le gustaban. Quizá fuera por sentir su autoridad sobre las cabezas más importantes de la organización; tal vez por la posibilidad de disertar sobre cualquier cuestión que él llevaba más estudiada que los demás; a lo mejor por sentir el gesto aprobador de los ejecutivos que le eran más fieles y alimentar así su vanidad ante el placer de sentir que se está diciendo algo que acepta sin reservas el auditorio.

Pero al mismo tiempo los temía. Eran una plataforma propicia para ser censurado, sentir la hostilidad de una parte de los miembros ejecutivos de la organización, especialmente de aquellos que sienten

más confianza hacia él o de quienes, por estar muy unidos a una parte del accionariado, se sienten menos impresionados por su puesto y por sus atribuciones. Ese es precisamente el caso de Muñoz; un molesto opositor que no tiene la precaución de disimular y que delante de los demás pone en tela de juicio casi todas sus decisiones, haciendo socavar su autoridad y poniéndole en el aprieto de tener que encontrar el justo equilibrio entre la energía del mando y el respeto hacia el representante de una parte importante del accionariado. Los comités son útiles, permiten multiplicar resultados sumando esfuerzos, pero también pueden transformarse en un mecanismo propicio para la pérdida de tiempo, los enfrentamientos personales e incluso, en ocasiones, la caída de su coordinador.

Al inicio de cada comité, Sotillos siempre siente algo parecido a lo que deben notar los toreros al comenzar el paseíllo; confía en salir triunfador, pero no puede evitar el miedo a sufrir un percance. Quizá ese mismo miedo le hace, en ocasiones, ser más agresivo y precipitado de lo conveniente. Las actitudes defensivas muchas veces desembocan en reacciones de ataque.

La puerta se abrió. Un coro de caras sonrientes y de manos extendidas irrumpió en el despacho para saludar al jefe.

—Buenos días, licenciado, ¿qué tal el fin de semana?

—Buenos días, Sr. Sotillos, ¿cómo está usted?

—¿Qué tal, Pepe? ¿Todos bien por casa?

Poco a poco, se fue restableciendo el orden. Se fueron sentando en los lugares que tenían asignados y empezaron a ojear los expedientes que se alineaban frente a cada uno de ellos. También Sotillos se acercó a la mesa, se sentó a su cabecera y carraspeó. Se hizo el silencio.

—Bien, todos tenemos a la vista el orden del día. ¿Alguna modificación?

El orden del día era similar al de casi todos los lunes: el primer punto era el informe laboral a cargo del jefe de Personal, licenciado Torres. El segundo punto, informe sobre suministros a cargo del jefe de Aprovisionamientos, ingeniero García. El jefe de Producción, ingeniero Vázquez informaría sobre el tercer punto, el análisis de producciones. Luego, Muñoz analizaría las Ventas y Jiménez la Tesorería. Según la costumbre mexicana, se titulaban de ingenieros o licenciados, aunque nunca hubieran cursado estudios superiores.

Todos asintieron. No había modificaciones previstas. Como siempre, fueron tomando el uso de la palabra. Torres habló primero de las incidencias laborales: niveles de plantilla, contrataciones pendientes en puestos de responsabilidad, horas extras, gestiones ante el sindicato y en los comités mixtos. Apenas interrupciones con escuetas preguntas y respuestas breves.

García habló después de la situación de aprovisionamientos, flujos,

inventarios, precios, calidades; pocas variaciones sobre los informes de las semanas precedentes.

Vázquez habló entusiasmado de los progresos en producción, del estado del equipo, de la eficacia del mantenimiento y, otra vez, de los récords que iban superando. Fue interrumpido varias veces para definir si se trataba de mejoras ocasionales y fortuitas o estables y duraderas. Acabó lamentando haberse digerido todo el colchón que le proporcionaba una cartera de pedidos pendientes de entrega que, anteriormente, siempre había sido razonablemente abultada y ahora se había reducido drásticamente a tan solo tres días.

Con ello, pasó la estafeta a Muñoz para que hablara de ventas. Muñoz no tenía intención de ser conciso y empezó a divagar. Habló de ejemplos concretos de clientes a los que había dejado de vender por no poder dar precios tan bajos como los ofrecidos por la competencia, del infructuoso esfuerzo de su gente trabajando, buscando ventas en clientes antes fieles y ahora hostiles, en represalia por las directrices marcadas a Comercial por la dirección de la empresa.

Llegó un momento en que la indignación de Sotillos le hizo interrumpir la exposición.

—Pero bueno, las directrices que dices son las únicas aplicables en un momento inflacionario como el que vivimos. Con una inflación del cien por ciento anual tenemos unos incrementos de costos del ocho por ciento mensual. Pensemos que hoy producimos con un costo de cien y vendemos a ciento veinte, aparentemente habremos ganado un veinte por ciento y, como Hacienda y el reparto de utilidades a los obreros se lleva la mitad, habremos ganado solo el diez por ciento.

»Pero eso sería válido solo en el caso de que cobráramos de riguroso contado. Ocurre que tardamos en cobrar tres meses y la inflación ha hecho que, para entonces, los costos sean de ciento veinticuatro.

»¡Nosotros solo cobramos ciento veinte!, por lo que nos faltarán cuatro para poder producir lo mismo, ¡nos habremos descapitalizado no solo en esos cuatro, además en los diez que Hacienda, ciega a este problema, nos va a seguir cobrando por un beneficio falso!

»¿Así quieres trabajar? ¿Para descapitalizarnos en un catorce por ciento cada tres meses? Ni hablar. Hay que cuidar el margen y el plazo de cobro. Di unas instrucciones en ese sentido, unos precios mínimos, unos descuentos y unos plazos de créditos máximos y no pienso ni puedo pensar en modificarlos. Lo demás es trabajar para perder dinero y proponer eso es del género idiota. ¿Eso es lo que quieres que hagamos?

Sotillos había ido aumentando el tono y acabó congestionado y hablando a gritos, mientras que a Muñoz se le veía alterado y rabioso.

—Yo te digo lo que hacen los demás. Te puedo demostrar con

ejemplos y documentos cuál es la situación real ahí fuera, algo de lo que tú no tienes ni puta idea. Estás encerrado en tu bonita oficina con tus pinches papeles y crees que las cosas deben funcionar como te sale del bolo. Pues si don importante quiere hundirnos a todos con tal de tener razón, a mí no me va a joder. Esto tiene que resolverse ya mismo.

Las salidas de tono no eran tolerables por mucha confianza que se hubieran tenido. Una ofensa así en público al principio de autoridad había que cortarlo de raíz, pero Muñoz era sobrino de uno de los socios...

—¿Qué forma de hablar es esa? ¿Qué coño te pasa hoy? ¡Eres un completo fracaso! ¿Qué está pasando en tu área, Muñoz? Las ventas van en picada y creo que debes tener alguna explicación convincente, aparte de soltar improperios...

Muñoz creyó apreciar debilidad en Sotillos para mantenerle el pulso, así que centró su ataque en las normas dadas por su jefe.

—La explicación que todo el país sabe, ¿no lees los periódicos? Simplemente, el mercado va fatal... La crisis, la competencia; se junta todo. Falta poder adquisitivo para comprar, dinero para pagar y, ante la falta de demanda, la competencia debe salir a vender como sea. Bajan precios, admiten plazos de pago más largos, en fin, todo lo que nos tienes prohibido hacer.

—Y que a pesar de todo se hace; nunca hemos tenido la cobranza tan atrasada.

Aparentemente, la tensión iba bajando, aunque se hubiera podido oír el vuelo de una mosca. El resto de los presentes asistía mudos y asombrados a aquel altercado. No era frecuente que se perdieran las formas de aquel modo.

—El Departamento de Cobranzas está bajo tu mando, no el mío.

—La venta no se concluye hasta que no se cobra al cliente. A tu gente de ventas le importa un comino lo que ocurre después de levantar el pedido.

—No es cierto, es gente capacitada y responsable, pero ocurre que no tiene ni medios de hacer fuerza, libertad de maniobrar para resolver los contratiempos ni flexibilidad para amoldarse a los acontecimientos. No se nos dan armas suficientes ni oportunas.

—Pues los datos que tengo me indican que andan de brazos cruzados y es una situación intolerable que no estoy dispuesto a permitir. No solo venden mal, sino que, además, venden menos que nunca. Ya estoy harto de la excusa de los precios bajos de los demás. No venderemos nunca por debajo del precio de costo y dudo mucho que nadie lo haga.

—Tolera o no lo que te dé la gana, los hechos están ahí y está claro que todo es consecuencia de una política equivocada que te obstinas

en mantener.

—Para mí, es clara la responsabilidad del Departamento de Ventas; si no saben hacer su trabajo, es mejor que se dé paso a quien sepa. Tengo que plantearme muy seriamente si es preciso hacer una limpieza de incompetentes en Comercial.

El ambiente empezaba a caldearse de nuevo. Sotillos apreciaba más el orgullo herido conforme continuaba la disputa, aunque Muñoz había suavizado sus modales. Todo parecía indicar que estaba al borde del disparadero.

—Pues nosotros y muchos más pensamos que quien no sabe hacer su trabajo es la dirección y quien debería renunciar es ella.

Muñoz parecía ahora tranquilo. Diríase que consideraba un triunfo desquiciar a Sotillos.

—Perfecto, mientras que la renuncia a dirección debes pedírsela el consejo, la del director Comercial la puede ejecutar el director general, de modo que ya sabes el camino para lo uno y para lo otro y ten cuidado con nuevas tonterías porque no estoy dispuesto a tolerar una más.

—No te daré el gusto de renunciar voluntariamente. Tendrás que echarme tú, si tienes agallas para ello, pero ten presente que, si te atreves a seguir por ese camino, te arrepentirás muy de veras.

Ese era el lado vulnerable de Sotillos —las amenazas—. Era incapaz de no coger el guante del desafío. Su orgullo y su vanidad no admitían rehuir de semejante reto.

—No estoy dispuesto a soportar amenazas ni chantajes, a que se pisotee el principio de autoridad, ni siquiera por uno de los socios. Te has excedido, Muñoz, te retractas ahora mismo o habremos acabado.

—No tengo de qué retractarme. Estoy harto de tus caprichos. De tus órdenes. Manejas la empresa como si fueras el único dueño, como un déspota y, además, estás fracasando y no eres capaz ni de enterarte, ni de rectificar. El que tiene que cambiar el rumbo eres tú, viejo, antes de que esto se vaya a pique.

—¡Se acabó! Te lo advertí, Muñoz. Estás despedido. Torres se encargará de tu liquidación. No tolero más insolencias. Has colmado mi paciencia. ¡Adiós!

—Por escrito.

—En quince minutos, en tu despacho.

Muñoz se levantó y salió de la habitación dando un portazo. Silencio absoluto.

Sotillos tenía que romperlo. Habló con autoridad y aparente tranquilidad.

—Bien, señores, prosigamos. A partir de este momento, el Área Comercial se la encargaremos a Molina, el segundo de Muñoz. Hablaré con él en cuanto terminemos el comité.

Este prosiguió sin nuevos incidentes. Desde luego, se acordó suprimir temporalmente el turno de noche. Los presentes ratificaron al jefe su disposición a colaborar en todo lo necesario. Al salir todos, Torres permaneció unos minutos recibiendo instrucciones sobre la liquidación de Muñoz.

Sotillos se quedó solo. Mandó buscar a Molina y permaneció meditando los pasos siguientes. ¡Por fin había lo había hecho! Había que prepararse para dar respuesta adecuada a los inevitables contraatacantes. Pues bien, ¡la tendría preparada! El próximo episodio sería con los socios, pero no tendría problemas. Convocaría consejo para la semana próxima y, antes, almorzaría un día con Domínguez para preparar el terreno. Hasta Reyes, el tío de Muñoz, tendría que rendirse a las evidencias que guardaba en su escritorio.

...

Miguel Núñez terminó de supervisar la salida del último camión camino a la frontera. Los lunes por la mañana eran especialmente difíciles. La vida parecía haberse detenido con el paréntesis del fin de semana y costaba un trabajo atroz arrancarle su inercia y hacerla funcionar de nuevo. Se sentía especialmente inquieto. El domingo había discutido muy seriamente con su mujer y aún le quedaba un sabor amargo en la boca. Todo había empezado con una tontería, una chispa que hizo brotar una llama y, luego, la hoguera acabó en incendio. Ella estaba quejosa de sus privaciones, de su nivel de vida en franca decaída; los gastos aumentaban mientras los ingresos se estancaban. Estaba descontenta y tenía razón. En la época difícil, de recién casados, ella había aceptado con optimismo y alegría todas las privaciones por las que tuvieron que pasar hasta abrirse camino. Entonces había aceptado feliz; ahora rechazaba esas mismas privaciones por innecesarias. Todo había comenzado por un comentario orgulloso e inocente:

—Mañana tenemos que enviar cinco camiones para la frontera.

—¿Estáis exportando?

—Sí, empezamos el mes pasado con unas pruebas, pero este es nuestro primer pedido en firme: cinco camiones semanales durante los próximos cuatro meses.

—Vaya, ¡eso es estupendo! Pero ¿no es muy difícil?

—Difícil y laborioso. Allá son muy rigurosos en las cuestiones de calidad, de presentación y en las condiciones sanitarias; además, está todo el papeleo. ¡Por si no fuera suficientemente complicado ya de por sí encontrar clientes!

—¡Qué callado te lo tenías! Así que vais a cobrar en dolaritos.

—Bueno, por supuesto lo que exportemos, de todos modos, ten en cuenta que eso va a ser solo un complemento ahora que las ventas locales han bajado tanto. Con la exportación podremos compensar

esas bajas e incluso seguir creciendo. De momento, nuestro mercado principal sigue siendo el nacional. Quizá, si vemos que va bien esta experiencia, vayamos lanzándonos poco a poco más hacia afuera y terminemos siendo básicamente exportadores, pero, por ahora, la idea es solo empezar a tantear ese terreno.

—¿Y qué vais a hacer? ¿Reinvertir todo o empezar ya a repartir algún dinerito?

—Mujer, si la exportación va bien nos tendremos que preparar para podernos afianzar en ella. Ten en cuenta que para el extranjero somos baratos y cada vez lo seremos más, por lo que es un mercado que, una vez captado, nos permitirá crecer sin límites. El país necesita divisas, la demanda interior está en sus niveles más bajos, la inflación obligará a que la devaluación del peso continúe. Es la hora de exportar.

—Mira, solo te oigo hablar de reinversiones, de crecer y de ampliarnos y, mientras tanto, aquí nos llega a duras penas para cubrir los gastos de la casa.

—Pero tengo un buen sueldo, podemos permitirnos ahorrar los beneficios del negocio.

—Tu sueldo llega cada día para menos. Cada vez que lo suben, siempre tarde, las cosas se incrementan el doble. ¡Esto no puede seguir así!

—¿Y qué quieres que le haga? Si los accionistas dicen por mayoría que a reinvertir, hay que hacerlo.

—Pero no nosotros. La próxima vez que amplíen ellos, nosotros tenemos que vivir. Si no hubiera más remedio, nos apretábamos el cinturón y adelante, pero ahora sí lo hay; que les plantes cara y les digas: «Yo no amplío el capital, quiero mi dinero».

—Mujer, no entiendes de estas cosas. Si fuera una ampliación de capital, podría hacer lo que dices, pero lo que hacemos es reinvertir los beneficios, simplemente no repartirlos, y eso tiene que hacerse si los demás lo deciden.

—Pues mañana mismo hablas con tu amigo. Le dices a Sotillos lo que pasa.

—¿Cómo voy a molestarle con estas cosas? No es el momento.

—Y ¿cuándo lo será? ¿Cuándo tus hijos no puedan ir al colegio porque la ropa se les haya caído en pedazos de vieja? ¿Cuándo la humedad de este departamento inmundo me doble de reuma? ¿Cuándo tengas que volver a ir al trabajo en camión y pesero porque no tengas con qué pagar la próxima reparación de tu coche? Lo que pasa es que tienes miedo de hablar con él.

—Yo no tengo miedo a nadie y haré lo que considere conveniente. El que trabaja en esta casa soy yo, y yo decidiré lo que se hace con el dinero.

Había salido a la calle dando un portazo, el primero en muchos

años; y ella tenía razón. Ni siquiera la tenía él con el argumento del trabajo; ella trabajaba más horas en la casa y, además, sin retribución ninguna. Siempre habían decidido todo juntos y seguirían haciéndolo.

Justo cuando llegó a su despacho para telefonear a Sotillos, le dijo su secretaria:

—Está al teléfono la secretaria del Sr. Sotillos. Pregunta por usted.

—Muy bien, tomaré la llamada. Pásemela a mi escritorio. —«¡Transmisión de pensamientos!», pensó Miguel.

—Buenos días, Sr. Núñez, el Sr. Sotillos quiere hablar con usted.

—Buenos días, Conchita, aquí estoy.

Se oyó un clic al otro lado de la línea. Esperó unos segundos.

—Miguel, ¿cómo estás?

—Muy bien, Pepe ¿qué se te ofrece?

—Mira, quería charlar un rato contigo. ¿Qué te parece mañana a las doce aquí, en mi oficina?

—Perfecto, ahí estaré.

—Adiós, pues. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

«Me viene fatal a mediodía, pero ¡qué le voy a hacer! Así tendré ocasión de hablar como ella quiere. Verá que no le tengo miedo al jefe».

...

Sotillos apuró el cuarto café de la mañana. Su cupo máximo era de tres, pero ese día se había excedido, el incidente con Muñoz durante el comité era indudablemente el causante de su estado de ansiedad. La entrevista con Molina había ido bien. Sabía que sucedería así. Por muy ligado que hubiera estado a Muñoz como su brazo derecho, el mantener la estabilidad de su empleo junto con el atractivo aliciente de un ascenso profesional y económico, eran factores que sabía no echaría en saco roto.

Había concretado una cita con Miguel Núñez para el martes. De haber terminado antes con todos los flecos que traía consigo el tema comercial, le hubiera llamado para esa misma mañana, pero ni había tiempo, ni le apetecía. Prefería relajarse. Revisó en su agenda qué asuntos tenía pendientes de estudio para cuando tuviese tiempo suficiente y, tras un minucioso análisis, se decidió por uno de ellos.

—Conchita, me voy a la fábrica. Volveré a media tarde. Dile a Marcos que saque el coche del garaje. Me reuniré con él en cinco minutos frente a la puerta.

Llevaba ya mucho tiempo preocupándole aquel asunto. Las estadísticas le marcaban, en lugar de una notable disminución, un lento, pero progresivo aumento en las mermas. Solo en la comparación de los datos de cada mes con los correspondientes de doce meses antes, un año natural justo, se observaba el pequeño salto

hacia arriba. A veces los números crean malas pasadas; hacen piruetas que no quieren decir nada. Pero en este caso la situación era diferente: los técnicos aseguraban que habían sido reducidas, contabilidad no lo confirmaba.

En primer lugar, unas insignificantes décimas porcentuales de incremento en el consumo de la materia prima invariablemente representan una partida de notable magnitud en valores absolutos, dado que esta supone la mayor parte de los costos de su producto.

En segundo lugar, si bien las variables estacionales, como la humedad ambiente o las mayores o menores dificultades de recolección, hubieran podido explicar ligeras diferencias mes con mes, en la comparación con los ciclos anuales precedentes se observaba claramente esa tendencia al aumento.

Por último, el simple hecho de haberlo descubierto él personalmente, antes que ninguno de sus colaboradores, le obligaba a investigar el asunto sin delegar en nadie hasta sus últimas consecuencias para, una vez concluido el análisis y extraídas las conclusiones, airear a los cuatro vientos su sagacidad, demostrar la inutilidad del personal directivo más próximo y pavonearse frente al consejo.

Había meditado ya suficientemente sobre el particular como para poder establecer un plan de trabajo. El primer paso era asegurarse de que los datos fueran correctos. Revisó a conciencia, con el muchacho que llevaba la sección de costos, los inventarios iniciales y finales de cada mes, las entradas y los consumos. No había errores. Los recuentos físicos cada treinta días se habían hecho siguiendo las normas, las firmas del almacenista y auxiliar de contabilidad estaban en todos los documentos, los procedimientos de control interno, las rotaciones de estivas para dar salida al material más antiguo y los recuentos sorpresivos en fechas no preestablecidas. Todo conforme a lo estipulado.

Fijó luego su atención en el proceso productivo. Vázquez le había precedido a la salida del comité y estaba revisando junto con el jefe de mantenimiento el funcionamiento de una caldera de vapor. Lo mandó llamar y se hizo acompañar por toda la planta, siguiendo el sentido de la fabricación y recibiendo una amplia explicación de todo lo que se había hecho para reducir las mermas.

Todos sabían en la fábrica su obsesión por abatirlas. La reducción del nivel de plantillas y del porcentaje de mermas eran objetivos siempre presentes en sus conversaciones con los mandos superiores e intermedios. Era tan reiterativo en esos puntos que incluso circulaban bromas sobre ello entre los empleados.

Lo cierto era, escuchando a Vázquez, que se habían concentrado muchos esfuerzos para reducir al máximo las posibilidades de fugas en

el proceso, y en buena lógica los datos estadísticos deberían revalidar las opiniones de los técnicos, coincidentes en afirmar que por lo menos las mermas habían disminuido un treinta por ciento. Sus pruebas en laboratorio sobre el análisis de vertidos así lo confirmaban.

Sotillos sabía todo esto y había reparado en lo que significaba. Si las mermas del año anterior, según contabilidad, eran del quince por ciento y si, como decía laboratorio, habían descendido en casi una tercera parte, ahora contabilidad debería apreciar solo un once por ciento. Pero las de este año eran, como indicaba contabilidad, ¡de un dieciséis por ciento! De algún modo se estaba escapando un cinco por ciento y tenía que averiguar cómo.

La tercera etapa de su gestión la centró sobre el control de calidad en la recepción de materia prima. Acompañó al encargado en la revisión de las entradas y constató que los procedimientos se ceñían a lo establecido. Comprobó la documentación completa: remisión del proveedor, nota de entrada del almacén, *ticket* de báscula.

Era casi mediodía, estaba a punto de dar por concluida infructuosamente la primera jornada de investigación, cuando se le ocurrió pedir a portería el libroregistro de entradas de camiones. A cada entrada de mercancía con remisión, nota y *ticket*, debería corresponder una anotación hecha por el vigilante del camión entrado por la puerta y número de placas. En el pasado en algunas ocasiones no habían coincidido.

Antes, para engañar a Hacienda, se habían simulado más consumos ficticios para disminuir el beneficio; se había recurrido al truco de inventar proveedores y compras y entonces no coincidían ambos datos con el registro de entradas de vehículos. Se podía involucrar en ese juego a un empleado de máxima confianza, pero nunca a un portero. Ahora no se hacía ese truco; casi toda la política de evasión fiscal se había concentrado en las ventas... Ventas sin factura; ahora no se inventaban compras.

Y, sin embargo, allí estaba lo que buscaba. A una de las facturas, con documentación completa e indicación de las placas del vehículo que llevó el material, no le correspondía anotación ninguna en el libro de portería. Reinició el análisis con nuevos bríos. Pidió la documentación que necesitaba de los últimos doce meses. El personal de oficinas iba a salir a comer, por lo que se apresuraron a dejar en el despacho que utilizaba para trabajar cuando iba a la fábrica, todo el material solicitado.

Sotillos, dispuesto a no comer aquel día si era necesario, se dispuso a revisar una a una todas las notas de entrada de material con las anotaciones de portería. En los primeros dos meses no había anomalías, en el tercero encontró dos entradas sin registro de los vehículos y, en el cuarto mes, cinco. A partir del quinto mes,

prácticamente de cada veinticinco entradas, una era anómala. Anotó fechas, kilos, placas de los vehículos y nombre de los proveedores. Dos horas después tenía la lista completa. Los vehículos tenían placas muy desiguales en la mayoría de los casos, pero los proveedores eran siempre los mismos. Uno se llamaba Gutiérrez y otro Morales, dos auténticos desconocidos.

El personal estaba a punto de regresar del almuerzo. Devolvió la documentación utilizada al departamento de contabilidad —vacío todavía— y a portería. Cuando volvieran de comer ya archivarían todo sin saber para qué había sido utilizado.

Sotillos encendió un cigarrillo. El fraude estaba claro. Era una auténtica chapuza, pero había funcionado. Habían empleado el mismo sistema que para evadir a Hacienda, pero, en esta ocasión, para defraudar a la propia empresa.

Solo o con cómplices, el único que era imprescindible para haber ejecutado aquello era el jefe de recepción de materiales. Él hacía y firmaba las notas de recepción; pesaba los camiones y podía hacer *tickets* falsos o adjuntar una nota de remisión ficticia. Sería fácil conseguir un cómplice que presentara las facturas en nombre de terceros inexistentes y recibiese los pagos. Tener abiertas cuentas bancarias a su nombre con firmas simuladas donde depositar y cobrar los cheques nominativos tampoco revestía en México especial dificultad. Evidentemente, su sistema de control era deplorable, habían omitido una superposición de controles en un área tan delicada... aunque Martínez era hombre de confianza, un empleado de toda la vida. Increíble.

Miró el reloj. Las cuatro de la tarde. Mañana hablaría con el ratero. Era una conversación que podía esperar. Necesitaba disfrutar de su éxito, saborear su astucia. Había sido un día complicado con lo de Muñoz y ahora con esto. Se merecía un premio. Uno programado para las siete de la tarde, pero que era conveniente confirmar. Marcó un número de teléfono.

—¿Bueno?

—Hola cariño, ¿cómo estás?

—Muy bien, a punto de salir a trabajar.

—Sí, me retrasé en llamarte. No he comido siquiera y se me ha pasado la mañana en un soplo. Solo llamaba para confirmar que paso a por ti a las siete.

—De acuerdo, aquí te esperaré. Come algo.

—Por supuesto, quiero estar fuerte, no vaya a desmayarme en tus brazos. —Sonó una cantarina risita al otro lado de la línea; tras una pausa, continuó—: Un beso, cariño, te quiero.

—Otro para ti, hasta luego.

Colgó el teléfono.

«Perfecto, no hay contratiempos», pensó, y pidió que le llevaran un par de bocadillos y una cerveza para comer algo antes de salir hacia la oficina. Cuando se los llevaron se encerró en el despacho, pues no era muy digno que le sorprendieran devorando la comida.

Sus reflexiones sobre Muñoz o Martínez, poco a poco, se fueron adormilando; la imagen de ella dominó enseguida el espacio. Dejó que vagaran su imaginación y sus pensamientos...

...

¡Era tan bonita, tan adorable! Sotillos recordaba muy bien cómo conoció a Lourdes. Parecía que había sido ayer y hacía ya de aquello nada menos que seis años. Toda una vida.

Era verano. Viky y los chicos estaban en España pasando dos meses de vacaciones con los abuelos. En principio, habían hecho los planes pensando que él los acompañaría tres o cuatro semanas, pues no había tenido vacaciones el año anterior y estaba plenamente justificado un buen descanso. Solían hacerlo así cada dos o tres años y aquel correspondía a todas luces.

Sin embargo, las cosas se fueron complicando. En su trabajo surgieron dificultades en todos los frentes a la vez, y ya con los billetes reservados tuvo que cancelar el suyo e insistir con elocuencia para que Viky aceptara salir sin él. Al fin y al cabo, los abuelos y los chicos se habían hecho a la idea y no había necesidad de destrozarles sus proyectos. Además, Viky disfrutaba enormemente aquel frenético deambular entre tiendas para ir de compras, las invitaciones, el visitar y ser visitada por sus parientes, tan lejanos en la genealogía como distantes en sus residencias habituales. Insistió lo suficiente y ella aceptó.

Estaba —como se dice en España— de Rodríguez: solo, sin familia y, como es típico en esos casos, estaba llevando una vida más ordenada y decente que cuando los tenía consigo pues, pese a su fama de juerguistas y vividores, los Rodríguez son, por lo general, aburridos y desaseados.

Le habían cancelado a última hora una comida y había decidido tomarse el mediodía de asueto. Aparcó su coche en un establecimiento de la calle de Hamburgo y dio un paseo por la Zona Rosa, hasta que decidió que le apetecía comer un cabrito norteño en El perro andaluz, así que tomó asiento en la terraza y se felicitó por haber llegado a buena hora, no solo por encontrar mesa, sino también porque esta estuviese en la calle.

Le encantaba ver el ir y venir de los paseantes sin apenas prisas. En una ciudad en que la circulación es casi toda rodada, apenas hay caminantes y mucho menos paseantes, encontrarse en ese escaparate desde el que observar el espectáculo multicolor de la vida en un mediodía urbano, tan parecido al de tantas ciudades europeas

conocidas se le hacía un regalo.

Oficinistas con chaqueta y corbata, turistas —casi todos norteamericanos— con trajes veraniegos de colores chillones, niños mendigando, vendedoras de lotería, baratijas y *souvenirs*, mordelones uniformados, dependientas con pantalones ceñidos y altos tacones; en fin, un variopinto panorama iluminado por el incandescente sol del mediodía de agosto.

Estaba terminando de limpiar meticulosamente con tenedor y cuchillo los últimos restos de carne adherida al hueso de su sabrosísimo cabrito, cuando apareció ella. Iba con otra muchacha bajita y regordeta, pero sus ojos solo la captaron a ella.

Parecía haberse materializado, hecho carne y hueso la imagen idealizada en sus años adolescentes de la belleza femenina: era alta, caminaba erguida, segura de sí misma. Su cabello rubio lo peinaba con un llamativo moño, que dejaba íntegramente al descubierto una cara casi infantil, toda ojos y boca; ojos almendrados, grandes, azules; boca sensual y arrobadora. Muy pintada la cara y muy ceñida su ropa: una blusa blanca de encaje y un pantalón negro. Llamaba la atención y lo sabía. Destacaba por su altura, por su figura, por su porte. A su paso se levantaban las cabezas masculinas y se volvían a perseguirla con la mirada; miradas de hombre, insistentes y provocativas, de esas que observan de arriba abajo y de abajo arriba; intensas, pretendiendo desnudar de un vistazo, calibrar las posibilidades de éxito tras un requiebro, una audacia o una invitación.

Las muchachas avanzaban lentamente por entre las mesas hacia él. Buscaban algo o alguien, o a quienes les hubieran citado allí o alguna mesa libre en la ya atestada terraza. Finalmente, llegaron junto a él y no se lo pensó dos veces: se levantó dinámico y, sin importarle las cabezas vueltas hacia allí, dijo con la voz más jovial y educada que fue capaz de modular, de un tirón:

—Si buscan mesa, yo estoy a punto de terminar, dudo que encuentren a esta hora alguna libre. Tardo diez minutos en pagar la cuenta y marcharme. Con mucho gusto pueden sentarse y beber algo mientras ordenan. Sería para mí un placer invitarlas a un aperitivo.

Ellas captaron inmediatamente todos los mensajes: que no encontrarían otro lugar, que estarían a salvo de conquistadores molestos y que las invitaba a una copa, pero tenía que irse, por lo que, aun en el peor de los casos, recobrarían muy pronto su libertad. Hacía calor y la mesa con su protectora sombrilla era incitante. El señor era mayor —podía él solo acumular tantos años como entre las dos juntas —, pero se le veía educado. Así que, finalmente, aceptaron sin hacerse mucho de rogar.

A partir de ahí, Sotillos empezó a desplegar todas sus estrategias: la conversación ágil y amena, el tono melodioso de México con el acento

—remarcando las «ces» y «zetas»—español; contó cien anécdotas, las piropeó mil veces y se arropó en una personalidad recién inventada, que le presentaba como separado, sin compromiso, español —a los latinos les fascinan los extranjeros—, recién llegado, desprotegido y curioso. Demostró ser hombre de mundo por su conocimiento de ciudades y países y, sin mencionarlo, su Rolex de oro, su Dupont de oro, su pitillera de oro, hablaron por él de una saludable posición económica. Les contó un cuento sobre sus motivos para estar en el país —analizar posibilidades de montar alguna empresa e instalarse allí para huir de Europa en crisis— y hasta se alojó mentalmente en el Hotel Camino Real por unas semanas. Hizo preguntas y las invitó al aperitivo, a la comida y a los postres.

Lourdes y María se dejaron atrapar en la tela de araña. Pronto les agradó que la conversación se prolongara y que la marcha anunciada no se produjera. Contaron sus vidas, contestaron preguntas e hicieron otras. A las dos horas de conversación, aquel caballero parecía mucho más joven y encantador y su atención iba dirigida solo hacia una de ellas, aunque su educación le obligaba a no despreciar la compañía de su amiga. También quedó claro que iba a caer —como siempre en verano—una tromba de agua, que era hora de marchar.

Él se ofreció a llevarlas, pero traían coche. Invitó a cenar a Lourdes, pero no podía. Quedaron en verse la noche siguiente. A las siete la recogería a la salida de su trabajo, a dos cuadras de allí, en la calle de Londres.

Sotillos aquel día llegó a su oficina muy tarde, pero contento. Estaba a punto de hacer una conquista y eso era lo más fascinante para él, porque esta no iba a ser una aventura cualquiera. Era la mujer más deliciosa y deseable que había conocido, y las docenas de muchachas con las que se había acostado no eran nada comparadas con Lourdes. Y mañana sería suya.

Y, efectivamente, al día siguiente se la llevó a cenar al restaurante El Lago. Cenaron, hablaron, bebieron y bailaron durante tres horas. Luego, sin apenas dudas, sin titubeos ni excusas, se fueron a un motel a pasar las tres siguientes. Cuando, después de la una de la madrugada, la dejó en casa de sus padres, ambos estaban enamorados seriamente el uno del otro. Fue un flechazo a primera vista, fuerte, punzante y definitivo. Fue el amor.

...

Muñoz hablaba muy alterado con su tío. Llevaba con él ya casi una hora y le había relatado todo lo sucedido en la mañana y en los muchos años de difícil convivencia con Sotillos. Su copa de coñac Napoleón había sido llenada por segunda vez y su taza de café estaba vacía de nuevo. Reyes permanecía callado y pensativo. Fumaba un Montecristo pausadamente. No había probado el coñac y con sorbos

muy lentos había conseguido terminar su café. Evidentemente estaba calculando el alcance de todo lo que su sobrino le iba contando. Se le veía ostensiblemente disgustado, pero no hablaba.

Por fin, el hombre más joven calló. Vació su copa de un trago y esperó la reacción del anciano. Sin embargo, tuvo que esperar mucho tiempo. Solo al cabo de un prolongado silencio se oyó la respuesta entre una densa nube de humo.

—Vete una semana de vacaciones. Ve a Cancún, a Las Vegas o a donde se te antoje. A la vuelta hablaremos.

Muñoz se despidió respetuosamente y salió de la habitación.

...

Treinta y cinco años atrás, su vida había cambiado gracias a aquel billete de lotería premiado. ¡Quién se lo iba a imaginar! Su mujer tenía el vicio del juego. Uno horrible que a él le desquiciaba y no comprendía. No era bebedor, pero podía entender a los borrachos; ¡pobre gente! Es tan dura la vida, que ¿cómo no compadecer a quien no sabe enfrentarla si no es con una buena dosis de alcohol encima? Independientemente del sabor de la bebida, hay veces que uno anda con la tensión baja y es preciso subirla; otras que los problemas son tan insolubles que es mejor huir de ellos con una buena curda. Entonces él no bebía nada. Era joven, tenía energías y ganas de triunfar y no podía dejarse arrastrar hacia algo tan vacío. Luego, con el tiempo, le tocó beber bastante para hacer un cliente o conseguir un negocio, pero siempre lo hizo por obligación. No, la bebida nunca fue su vicio, aunque comprendía y perdonaba a quien lo tenía.

Otro que comprendía, más que ninguno, era el ser mujeriego. Y eso sí, él lo había sido como el que más. «Sácale todo el jugo posible a la vida —se había dicho muchas veces— que es lo único que te llevarás cuando te entierren». Y para él sacarle jugo a la vida era enamorar a mujeres. En sus años mozos no había reparado nunca ni en la edad, ni en la condición social, ni en el estado civil de las damas a quienes se enfrentaba. Había sido un carita con suerte y solo los años habían logrado apartarle algo de su afición preferida. Los años y la vigilancia estrecha y casi obsesiva de su mujer.

Pero el juego... El juego era para idiotas. Lo normal es perder y muchos se arruinan. Hace falta que cueste muy poco ganar el dinero para estar dispuesto a perderlo con tanta facilidad. Se lo había prohibido una y mil veces a su mujer, pero ella parecía no hacerle caso. Le vaciaba los bolsillos —tan escasos por entonces— y se gastaba lo que podía en cualquier juego estúpido en la primera ocasión que se presentaba. Pero aquella vez fue distinto. Jugó a la lotería, algo inusual en ella por inocente, y jugó bastante porque había estado enferma sin salir de casa y no había podido gastarse en caballos, ni frontón, ni gallos, ni naipes el producto de varios días de sisas; y tocó

el primer premio.

No era una fortuna, pero para quien vive con lo puesto sí que era un capital. Y ella, orgullosa, se lo mostró para vengarse por una vez de las mil riñas, de los ratos amargos pasados oyendo reprimendas severas por hacer algo en lo que ella creía y que él siempre despreció.

Aquella noche no durmieron. La pasaron haciendo mil proyectos. Pensaron todo, mil formas de gastarlo en viajes o en compras y también en formas de invertirlo en el banco o en negocios; y al fin llegaron a la conclusión de que, si querían salir para siempre de aquellas estrecheces económicas en que vivían, solo montando un negocio podrían conseguirlo.

A la mañana siguiente, él habló con el viejo Pérez, y ambos convinieron en que había que analizar qué sería bueno invertir sus ahorros. Reyes nunca le dijo a nadie que no eran ahorros, que lo suyo había sido producto del azar pues, a pesar de su suerte, siempre siguió considerando el juego como algo pernicioso y poco fiables las personas que caían en él.

Pérez, sin embargo, sí que tenía algunos ahorros. Estaba recién casado y su mujer esperaba un crío, que luego sería niña —Viky—, por lo que también llevaba mucho tiempo pensando en qué podría hacer para preparar una vida algo mejor a su familia.

Pérez era gachupín. Había nacido en Galicia y allí había vivido hasta que, pasados los veinte, un tío que vivía en México le había insistido tanto y hecho tantas promesas, que decidió probar fortuna y embarcar rumbo a América. El tío le dio trabajo, pero no fortuna y así fue su empleado más fiel y barato. Le tuvo varios años como encargado de un molino, hasta que juntó unos pesos y, viendo que sus primos crecían y que cualquier posibilidad de mejoría futura desaparecía poco a poco con el paso del tiempo, decidió despedirse del pariente e independizarse. Y, de ese modo, se hizo abarrotero en el mercado de la Merced, empezando con poco, trabajando mucho y llevando una vida ejemplarmente austera.

Allí lo había conocido. Reyes era vendedor ambulante de telas y prefería la esquina de la tienda de Pérez porque tenía buena situación y sombra durante toda la mañana, además de una fuente próxima donde beber si la sed arreciaba. Del contacto frecuente surgió la amistad, tanta, que cuando se casó Pérez le pidió que él fuera testigo, y quizá le hubiera pedido que fuera padrino de no haber tenido, aunque lejana y distanciada, familia en México.

Anduvieron varias semanas, después de concluido el trabajo, de aquí para allá viendo qué podría ser buen negocio, hablando con unos y con otros y analizando qué habían hecho y quiénes lo habían hecho con más éxito de entre sus conocidos y, finalmente, se decidieron a poner un taller para producir empaques.

Mucho les costó conseguir un pequeño local donde instalar su taller; y para que fuera más barata la renta, resultó ser una bodega situada en el extrarradio, tan lejos que Pérez tardaba tres horas en llegar a ella cambiando tres veces de camión.

También fue un problema grave el conseguir las máquinas, equipos viejos más propios para el chatarrero que para el taller, pero que con atención, cuidado, esfuerzo y cariño lograron hacerlo funcionar.

Desde entonces, ejercieron una inteligente división del trabajo que nunca alterarían con los años. Reyes, vendedor nato por su temperamento amable, servicial y jacarandoso, se dedicó a la calle, a vender, comprar y hablar con los bancos; pero sobre todo a vender que era lo que más urgía. Pérez, hombre de pocas palabras, taciturno y tenaz se quedó en el taller, atendiendo tanto la fabricación como la contabilidad, el mantenimiento y el almacén.

Fueron tiempos difíciles. Jornadas extenuantes de catorce o dieciséis horas en la calle, llamando a puertas, ofreciendo, pidiendo y, a veces, suplicando le permitieran levantar un pedido. Y en honor a la verdad, también para Pérez que, además de sus seis horas diarias en el ir y venir, no trabajaba nunca menos de doce en el taller. Él abría y cerraba. Trabajaban como mulas.

Tardaron varios años en salir adelante. Se quedaron sin dinero dos o tres veces; primero al arrancar, pues invirtieron sus ahorrillos hasta el último peso y se quedaron sin remanente para subsistir hasta que llegaron las primeras cobranzas; y luego, la vez aquella que hubo una restricción tan grande de liquidez que nadie pagaba; y más tarde, cuando tuvieron que cambiar las primeras máquinas que se cayeron literalmente de viejas, por más que Pérez aprendió a ser un auténtico artista en eso de arreglar los fierros para que siguieran funcionando.

Hasta seis años después no se compraron el primer carro y diez después, la casa. Los dos a la vez. Siempre emparejados. Nunca, entonces, tuvieron deseos de sacarse ventaja mutuamente. Fueron años heroicos. De reinvertir todo. De vivir como pobres para poder hacerse algún día ricos.

Luego, con las cosas ya encarriladas, con la prosperidad, vinieron los problemas. La culpa de todo la tuvieron ellos por dejarse convencer. Apareció un cliente, Domínguez, que les propuso una fuerte ampliación de capital para montar otra planta más grande. Él aportaba el aumento íntegro y se quedaban los tres socios al treinta y tres por ciento. Como no entendía mucho del negocio les dejaba a ellos manejarlo y puso un representante suyo como empleado para que cuidara sus intereses.

Se lo pensaron mucho. Les había ido muy bien estando solos, pero era tentador dar un paso adelante tan fuerte y de una sola vez. Además, el capital fresco que se ponía era mucho más de lo que valían

cualquiera de sus partes y, sin embargo, quedaban todos con la misma participación.

Le dieron mil vueltas, pero al final accedieron. Con Domínguez aseguraban un cliente importante, relaciones en bancos, dinero y el prestigio que tácitamente se reconoce en los negocios a quien crece, más, incluso, que a quien más gana.

Se montó la planta nueva, aunque no se cerró la vieja —varias veces modernizada ya por aquellas fechas— y se necesitaron más directivos. Entonces, Reyes puso también a un sobrino —Muñoz, casi un niño— como representante y Pérez, como no tenía a quién, contrató un empleado para que le sustituyera en sus ya cada vez mayores ausencias. Había tenido que hacerlo pues, aunque a Muñoz lo habían puesto casi a regañadientes, si Domínguez no trabajaba, tan socio era él para hacer lo mismo.

Empezaron las disputas entre los representantes y ellos se vieron involucrados y enfrentados unos a otros. Se replantearon prescindir de representantes y tomar de nuevo las riendas personalmente, pero al poco tiempo dieron marcha atrás porque Domínguez, definitivamente, no retiró al suyo y su empleado se sentía con la misma autoridad que los viejos fundadores y ellos no lo podían tolerar de un intruso que, además, no era socio.

Por último, apareció otro tipo de problemas: el político. Al ser tres socios, dos podían decidir por mayoría dar un paso que el otro no aceptase y esa posibilidad creó frecuentes roces que desembocaron en enfrentamientos feroces. Contrariamente a lo que hubiera sido natural, casi nunca estuvieron ya de acuerdo como antaño los viejos, sino que Domínguez y uno de ellos opinaban diferente que el otro. Surgió el recelo y la desconfianza y nadie estuvo ya dispuesto a seguir invirtiendo. Los beneficios se repartían, pero los negocios se estancaban. Estando así las cosas, apareció Sotillos. El yerno de Pérez.

Cuando se casó con Viky, no quiso trabajar con el suegro. Muy digno, dijo que tenía su empleo y no quería que nadie pensara que andaba tras la herencia. Con el tiempo cambió de opinión. Se afincó en México y entró en la empresa. Y, a decir verdad, empezó con buen pie.

Se metió en el bolsillo a Domínguez y Reyes se convenció a sí mismo de que, o bien alguien mandaba o, si seguía la empresa en punto muerto, aquel negocio se iba al traste.

Pensó: «Sería mejor que fuera el jefe alguien de mi gente, pero Muñoz está muy quemado y no lo aceptarán los demás en principio. Pongamos a Sotillos, si lo hace bien, mejor para todos; si, por el contrario, lo hace mal, el puesto está creado, se reemplaza al hombre y entonces nadie podrá negar la oportunidad a Muñoz». Hacía de eso ya casi catorce años. Una sabia decisión entonces, pero que habría que

replantearse.

...

Sotillos llegó a su oficina a media tarde. El par de bocadillos tomados como único alimento le quitaron poco el apetito, pero al menos tuvieron la virtud de hacerle ligera la digestión. Conchita le esperaba con correspondencia y con bastantes documentos para firmar. Se entretuvo en ello un buen raro. El intercomunicador rompió el silencio.

—Sr. Sotillos, se encuentra aquí el Sr. Rosado. Tiene cita con usted. Llega puntual.

—Bien, Conchita, hazlo pasar.

—Si no se le ofrece nada más, me voy ya. Es la hora.

—Muy bien. Pasa a recoger todo lo que he firmado; te ocupas de que sea enviado y puedes marcharte. Hasta mañana.

Entró primero la secretaria a retirar los documentos que se le indicaban; al salir, hizo pasar a Rosado.

—Hola, Pepe, ¿cómo estás?

Juan Rosado era el prototipo del hombre nacido para las relaciones públicas. Vestía y se comportaba como un galán en escena. Cuarenta y pocos años, alto, delgado, su pelo no dejaba entrever ni una entrada ni una cana. Impecablemente peinado y afeitado, a distancia se podía aspirar su aroma de caro perfume francés. Aprovechaba sus viajes a Inglaterra para adquirir su guardarropa y a la vista estaba que lo lucía con notable éxito.

Sotillos lo había conocido hacía ya casi ocho años en un vuelo a París en primera clase. Había aprendido, desde los tiempos de aeromozo, que es ahí donde se puede conocer gente que te convenga y así había sucedido en muchas ocasiones. En aquella, las catorce horas de vuelo, el aire mujeriego y sinvergonzón de su vecino, su charla amena y las inevitables copas propiciaron una intimidad que más adelante se manifestó lucrativa cuando Rosado habló de su profesión —ingeniero— y de su trabajo en una firma de asesores técnicos. Con el tiempo surgió la ocasión y Sotillos supo cómo aprovechar aquel contacto.

—Muy bien, Juan, siéntate.

—Me sorprendió tu llamada, hacía mucho que no querías saber nada de mí.

—No es cierto, simplemente no he tenido oportunidad de hacer negocios.

—Los amigos estamos para todo momento, no solo para cuando hay negocio.

—Por supuesto, pero tampoco era cosa de andarte molestando para nada.

—No es molestia, pero creo que eso quiere decir que ahora sí te

traes algo entre manos.

—Efectivamente, estoy contemplando un ambicioso plan de inversiones.

—¿Para la conservera?

—No, ahí de momento creo que no vamos a hacer nada. Ni de momento ni en mucho tiempo, seguramente.

—Vaya, es una lástima. Ha sido, durante estos años, una fuente continua de trabajo para ambos.

—Sí, es verdad; pero ahora estoy pensando en esto.

—¡Ah, caray! El valor del equipo aquí es mucho mayor que en la conservera.

—No trato de poner una planta completa, sino distintos equipos secundarios. De todos modos, un buen pellizco.

—¿De qué cantidad estamos hablando?

—De unos ochocientos millones.

—¿Valor de compra?

—Sí, quiero que me los factures por mil.

—Un buen margen, doscientos millones... De ellos, cincuenta para mí.

—Por supuesto, mi buen amigo, un veinticinco por ciento de las ganancias para ti y un setenta y cinco para mí.

—Debí estar loco el día que acepté ese reparto. Soy indispensable.

—No, me es indispensable tu función, pero puede hacerla cualquiera. Sin embargo, yo sí que lo soy. Yo negocio el precio y levanto el pedido, pago y convenzo al consejo de la necesidad de la compra.

—Sí, pero yo busco los proveedores, presento ofertas trucadas de tres o más fabricantes y organizo todo el papeleo para que tengas tus facturas en regla y no tengas problemas con Aduanas, Hacienda o los bancos.

—Como ves, eso son funciones. Has aprendido ya a hacerlo muy bien y necesito alguien que lo haga por mí en la sombra y con discreción, responsabilizándose de todo, pero sabes que encontraría a cientos dispuestos a hacerlo. No hablemos más de ello. ¿Aceptas?

—Por supuesto que acepto. Siempre lo he hecho en estos años, pero tengo que recordarte que no es un reparto equitativo. Yo corro con todos los riesgos.

—Por supuesto.

—¿De qué se trata en esta ocasión?

—Principalmente, de equipo para depuración de aguas. Algo también para humos y ruidos. Ya sabes que la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología se ha puesto imposible y está amenazando con echarnos a todos.

—Realmente, hace falta limpiar el ambiente. ¡Respiramos veneno!

—Debieron pensarlo hace veinte años. Ahora quieren arreglar las cosas de un día para otro y amenazan con cerrar la fábrica a quien se resista.

—Como siempre. Plantean todo amenazando, no proporcionando soluciones.

—Así es, pero, en este caso, gastándonos algún dinero podremos responder a sus exigencias.

—Lo cual nos vendrá muy bien a ti y a mí.

—El consejo lo ha entendido perfectamente. O nos gastamos esos mil millones o nos cierran y, claro, la elección es obvia. Además, conseguiremos algunas reservas en recuperación de materias primas y en ahorro de energía. A largo plazo, incluso financieramente se podría justificar la inversión.

—Perfecto. Hay que comprar esos equipos. ¿Tienes por ahí alguna relación de qué se trata?

—Sí. Tengo el estudio completo del Departamento de Ingeniería. Una copia es para ti —dijo alargándole un abultado dosier.

—¿Cuándo quieres recibir las ofertas?

—Cuanto antes. He hecho un sondeo previo y son esos ochocientos, pero hay que apretar a los proveedores para mejorar los precios. Lo que se ahorre, que lo haga la empresa, así incluso puedo adornarme hablando de rebajas.

—¿Es todo material de importación?

—Todo lo que figura ahí, sí.

—Tendré que constituir otra sociedad americana para facturarte y documentarte todo, la anterior la liquidé antes de pagar los impuestos que hubieran correspondido al margen de las últimas operaciones.

—Los detalles son asunto tuyo. Quiero empezar con esto el mes que viene. Tú tienes que encargarte hoy.

—Perfecto. Manos a la obra. Te hablaré en cuanto tenga algo.

—Que sea pronto.

Los dos hombres se levantaron. Sotillos acompañó a su visitante hasta la puerta y lo despidió. Eran casi las siete de la tarde. Caminó satisfecho hacia el escritorio y telefoneó a su casa.

—¿Está la señora?

—No señor, salió con la niña de compras y no ha regresado.

—Bien, dígale que tengo una junta. Que llegaré tarde, pero sin cenar. Tendré mucha hambre porque no he comido, así que, que me deje algo en el horno. No es necesario que me espere.

Recogió los últimos papeles extendidos por la mesa y se dispuso a salir.

—Marcos, no te necesitaré más por hoy. Me voy manejando yo.

—Hasta mañana, señor. Buenas noches.

—Buenas noches, Marcos.

Lentamente, sorteando el tráfico, enfiló con su Grand Marquis blanco el camino hacia la casa de Lourdes.

Pepe había llegado a la vida de Lourdes en un momento muy importante. Hija de familia acomodada, con una infancia tranquila y ordenada, había despertado a la vida repentinamente. En su fiesta de quince años conoció a un muchacho del que se enamoró esa misma noche. Cinco años mayor que ella, sin madurar aún, inconsciente e inconstante, era todo un adulto a sus ojos. Él también se enamoró. Lourdes, ya por entonces, destacaba en cualquier grupo y a su belleza unió esa docilidad infantil hacia quien se admira. Fue un noviazgo corto y apasionado; tanto que, sin apenas saber de la vida, del amor y del mundo, quedó embarazada.

Se casó antes de los diecisiete años y cinco meses después nació el bebé. Le pusieron de nombre Héctor, como su padre. Había sido un embarazo complicado; estuvo enferma, en cama, durante semanas. El corto sueldo del mal trabajo que su marido consiguiera, no le permitía tener casa propia, y el vivir con los suegros, dos cuñadas y una abuela no era lo más apropiado para fortalecer su amor. No tuvieron luna de miel.

Cuando consiguieron salir de allí y vivir en un minúsculo departamento rentado en una colonia en construcción de los arrabales de la ciudad, pareció que la vida empezaba a sonreírles.

Pero ella quedó de nuevo embarazada y Héctor empezó a beber y a llegar tarde a casa. Lourdes, que solo había tenido en su vida las preocupaciones de sacar unas buenas calificaciones o de mantener ordenado su cuarto, pasó a tener un bebé llorón del que ocuparse, una casa que limpiar, ordenar y administrar; un marido que atender, cada vez más distante, y un embarazo que sobrellevar con sus mareos, vómitos y vértigos. La vida les había sonreído solo unas semanas.

Sus padres que, molestos, escandalizados y ofendidos por su prematuro embarazo —aunque sin una abierta rotura de hostilidades —, habían permitido un sustancial alejamiento, ahora, embobados por el nieto y compadecidos de su situación, iniciaron un lento, pero pertinaz acercamiento gracias a los buenos oficios de su madre, una austriaca más liberal, de quien la hija había heredado su espectacular físico.

Tuvo un aborto. Héctor la culpó a ella. Ya desde la vez anterior, el ginecólogo le había avisado que, con su constitución, requería siempre mucho cuidado y reposo para llevar su embarazo a feliz término. Fue la primera disputa seria. Tanto que Lourdes acabó llevándose el niño a casa de sus padres, después de gritos, recriminaciones e insultos.

Realmente, hicieron pronto las paces. Una tarde fue él a casa de sus suegros y pidió hablar a solas con su esposa. El ardor y deseo juvenil que les atraía era demasiado poderoso para soportar un

distanciamiento prolongado, así que se prometieron mutuamente cambios de actitud, amor, comprensión y entrega; volvieron jubilosos hacia su modesto hogar.

Pasaron dos años dichosos. Lourdes encontró un trabajo encantador cuidando niños en un jardín de infancia, sin tenerse que separar nada del pequeño. Ganaba un dinero que aportar a la economía de la casa, y el estar fuera de su cuchitril, conviviendo con gente, asumiendo responsabilidades, contribuyó a que madurara deprisa.

A media tarde, terminada su jornada laboral, marchaba presurosa e ilusionada con el pequeño a su casa; a limpiarla, asearla y ordenarla; dar de cenar y acostar al niño y esperar ansiosa y enamorada la llegada de su marido.

En aquella época, Héctor no fue excesivamente fiel a su esposa, pero de todos modos nada perceptible; alguna escapada de tarde en tarde con sus amigos para beber más de la cuenta y acabar en un burdel o alguna conquista ocasional sin reencuentros posteriores. Evidentemente, él no se sentía a gusto bajo el orden de una disciplina doméstica, ni siquiera sentía por su hijo un afecto especial; él era el causante de su encadenamiento, de su pérdida de libertad. Sin embargo, sobrellevó bastante bien aquella etapa. Su mujer le gustaba y era una comodidad tener sexo asegurado al llegar a casa; cosa que sus amigos solteros y libres tenían que conquistarse cada vez que lo deseaban.

La ruptura llegó con el tercer embarazo. Como en los anteriores, debió postrarse en cama y renunciar a su trabajo. Con la pérdida de su sueldo, volvieron las estrecheces; con el confinamiento, la sensación de vacío. Los nervios hicieron presa en ella. Héctor vino a agravar las cosas; la abstinencia carnal en el hogar lo alejó de él. Las francachelas se sucedieron, las infidelidades se hicieron patentes y la afición a la bebida se desbordó. Se tornó violento y en alguna ocasión llegó a volar una bofetada por no encontrar la casa, el niño y la comida con la atención que él exigía y que la convalecencia de ella impedía.

Una noche, más borracho y más tarde que de costumbre, Héctor se encontró a Lourdes dormida. No había dejado preparada la cena y la puerta del dormitorio estaba atrancada con pestillo. Se sulfuró. Empezó a dar patadas, gritar y a maldecir. A puntapiés destrozó la puerta de la alcoba, y mientras el pequeño, sobresaltado en su sueño, lloraba, dio una soberana paliza a Lourdes maldiciéndola por su desorden, su inutilidad, por ser inservible en la cama y por quererse burlar de él al encerrarse en el cuarto, por la cena no preparada y por su renuncia al trabajo. Ella se defendió con los puños y los pies, le arañó y le arrancó mechones de cabello, pero agotada y exhausta, se desplomó inconsciente. Fue un nuevo aborto. Una nueva huida del hogar a casa de sus padres, una demanda de divorcio y el final de un

intenso y triste capítulo de su vida. Solo algo bueno le habían traído aquellos cuatro años: el pequeño Héctor, y a él decidió dedicar los restantes.

La tramitación del divorcio fue sencilla. Ella renunció a que él le pasara pensión alguna y él renunció a hacer valer cualquier derecho sobre la custodia del niño.

Sus padres tenían una tienda en la Zona Rosa. La atendía su madre, pues su padre era funcionario en una Secretaría de Estado. Convinieron en emplearla a ella en lugar de una de las dependientas, pues así ganaría su propio dinero y podría atender económicamente tanto a la educación del pequeño como a sus propias necesidades. Flexibilidad de horarios, alojamiento y respaldo familiar habían creado un entorno propicio para que Lourdes fuera, poco a poco, serenándose y recobrando su control, disponiéndose así a enfrentar la vida con energía, optimismo y ganas de éxito. Realmente, cada vez quedaban más lejanos en el tiempo, pero sobre todo en su corazón, sus años de matrimonio.

En alguna ocasión accidental había visto a Héctor, pero era consciente de que ya no sentía nada por él, ni amor ni odio. Simplemente no quería verlo, como tampoco a nadie de su familia política, por más que en fiestas como Navidad, santos o cumpleaños, le fuera muy difícil sustraerse a sus reclamos.

Su vida amorosa se había hecho apática. Durante una larga temporada había mantenido relaciones con el abogado que le tramitó el divorcio. Se debió tanto a deseos de venganza, como de autoafirmación, aunque tuvo que ver también la natural necesidad de readaptación de una vida sexual intensa a casi célibe. Pero los encuentros semanales a escondidas, el sentirse la querida de un casado le hizo, poco a poco, renunciar a aquella situación, hasta que, finalmente, seis meses antes de conocer a Sotillos, había decidido poner punto final también a aquella historia.

Estaba, pues madura, a punto para que apareciera un hombre en su vida y las circunstancias hicieron que aquel mediodía en que María había insistido en invitarla a comer para charlar y contarle, con todo lujo de detalles, todo lo que había hecho, o se había imaginado que ocurrió, durante su semana de vacaciones en Puerto Vallarta, se deslumbrara con la personalidad de Pepe; un desconocido que inició su aproximación con el ofrecimiento de una mesa libre en la atestada terraza del restaurante.

...

Miguel Núñez llegó contento a su casa esa tarde. Abrió con su llave la puerta y avanzó hacia el salón donde su esposa estaba sentada entre sus tres hijos jugando al turista. Desde el pasillo, la sorprendió con su salutación:

—Cariño, mañana voy a hablar con Sotillos. Tengo cita a las doce.

—¡Ay, Miguel! He pasado un día horroroso. No sabes cómo he lamentado lo que te dije ayer.

—Tenías toda la razón. De todos modos, hay que ser prudente y hacer las cosas cómo y cuándo convienen. Mañana hablaremos y, si en un día no se solucionan las cosas, insistiré hasta convencerle.

—Haz lo que creas que debes hacer, amor.

Ambos se abrazaron con ternura. Luego Miguel besó uno a uno, a las dos niñas y al muchacho.

—Muy bien, jovencitos, hora de ordenar su cuarto antes de acostarse. Mamá irá preparando la cena mientras, porque hay que acostarse pronto para madrugar mañana. Cuando acaben, vengan conmigo. Estoy en el cuarto de televisión.

Su mujer le volvió a mirar con cariño. El incendio había pasado. Todo estaba en orden.

...

La noche era húmeda y fresca. Los padres de Lourdes cenaban solos, uno frente al otro. Héctor ya se había acostado hacía un buen rato.

—Ese Pepe no me gusta nada en absoluto. Por la edad, podría ser su padre.

—La niña le quiere, así que ni tú ni yo tenemos nada que opinar.

—Pero, mujer, si es un sinvergüenza. Si lleva seis años con ella y ni una palabra de matrimonio. Seguro que es casado. Además, seguro que se acuestan juntos. A su edad no van a salir para mirarse a los ojos. ¡Se está acostando con mi hija un sinvergüenza!

—No, hombre. Ya sabes que es divorciado, además, solo es un buen amigo. Si a ella le gusta salir con él, ya es mayorcita para elegir sus amistades.

—Nunca ha sabido elegir nada. Ni primero marido, ni ahora amigos. Debes hablar con ella muy seriamente. Está malgastando su vida con ese tipo.

—Ya lo he hecho precisamente esta tarde y me ha contestado lo que te he dicho. Quizá tenga razón, aunque no la veo muy convencida, ni siquiera consigo misma.

—Pues a mí ese tipo no me gusta y voy a investigarlo. Debí hacerlo hace mucho tiempo, pero más vale tarde que nunca.

...

—¿Me das fuego?

—¡Vaya!, dejé el encendedor y los cigarrillos en la chaqueta.

Pepe se levantó desnudo y se acercó a la silla sobre la que había dejado la ropa. Hurgó unos instantes en los bolsillos y finalmente regresó a la cama con sus Benson and Hedges y su Dupont.

—¿Quieres uno de estos?

—No, tengo mi cajetilla de Marlboro sobre la mesilla, pero olvidé

los cerillos.

Encendió el cigarro de ella y otro para sí. Luego se revolvió hacia su mesilla, dejó todo menos el cigarrillo y, recogiendo un cenicero barato de cristal, con el nombre del motel impreso en el fondo, se lo entregó a ella. Acomodó la almohada tras de sí para quedar recostado, casi sentado y exhaló una profunda bocanada.

—Ha sido fantástico.

Ella estaba silenciosa, pensativa.

—Estás seria, ¿te pasa algo?

—No, bueno, sí —respondió dubitativa—, pienso en nosotros.

—Yo también. Te quiero cada día más y toda la felicidad que tengo proviene de ti.

—Pepe, esto no marcha. No te engañes.

—¿Cómo que no marcha? ¿Acaso pensabas así hace cinco minutos? Cada vez estamos más compenetrados. ¿Qué es lo que no marcha?

—Nuestra situación, Pepe. Llevamos así mucho tiempo. Tú lo ves desde el plano sexual. Te olvidas de ti y de mí como personas.

—No me olvido. Valoro lo que tengo y lo disfruto. Y procuro no hacer nada que pueda hacérmelo perder.

—Pero ¿qué tenemos, Pepe? Nada. Un rato a la semana. Tres horas de desahogo bajo las sábanas. Esa es toda nuestra relación.

—Lourdes, yo te quiero y tú lo sabes. Nuestra relación es así porque lo queremos los dos. Para que fuera de otra manera tendríamos que hacer cosas que hemos acordado que no queremos. Si me divorciara, perdería mi trabajo y la posición y el dinero que me da el estar casado con Viky. Tú me has dicho mil veces que no te volverías a casar, que con un matrimonio desgraciado es suficiente para ti y que quieres tu libertad, tu trabajo y a tu hijo. Así las cosas, nuestras vidas encajan perfectamente. ¿Qué quieres cambiar?

—A veces pienso que todo. No me gusta ser la querida de nadie. Si mi padre supiera que estás casado, te mataría.

Pepe pareció no haber oído la última frase, aunque un escalofrío le recorrió la espalda.

—Lo supe desde el primer día y por eso te oculté que era casado. Luego temí perderte y lo seguí escondiendo. Cuando me fue imprescindible decirte todo antes de que lo descubrieras tú misma, lo hice, pero, para mí, tú eres el amor de mi vida. No hay otro. Tú sabes que no amo a Viky.

—Pero vives con ella. Lo supe demasiado tarde y fue horrible. Pero te quería demasiado ya y acepté cualquier cosa antes de perderte.

—Yo he intentado hacerme con la posibilidad de independizarme de esas cadenas algún día. Sabes que estoy trabajando en ello. Busco mis propios negocios particulares al margen de la empresa y de la familia. Algún día no lejano podré desligarme de todos ellos.

—Eso vienes diciéndome hace mucho tiempo, pero eres ambicioso, Pepe, y nunca tendrás bastante. Eres un pozo sin fondo.

—No, cariño. Simplemente sé que si salgo no podré nunca regresar y debo estar preparado para sobrevivir. Además, no sabía que tuvieras prisa, nunca me lo has dicho.

—No, pero creo que se me nota. Hoy me vi una arruga nueva y pensé: «Si quisieras cambiar tu vida, ¿podrías? Y de ser así, ¿durante cuántos años más vas a poder hacerlo?».

—Pero bueno, si eres una niña. Puedes hacer lo que quieras. Te quise regalar una casa y no aceptaste. Te he invitado a viajar juntos un sinfín de veces y no has querido. Tienes tu trabajo, que te hace independiente, ¿dónde está el problema?

—No querré una casa comprada por ti mientras no sea para vivir juntos; y no viajaré contigo, no pasaré contigo una noche mientras viva con mis padres, por respeto a ellos. Y en cuanto a la libertad, no seré independiente hasta que no me libere de ti. Creo que sería lo mejor, Pepe.

—Cariño, yo no podría vivir sin ti. Te quiero y te necesito. Si, de repente, tan necesario se ha hecho para ti el casarnos, comprende que es un enfoque nuevo. Y estoy dispuesto a planteármelo.

—Yo no he hablado de matrimonio, sino de vivir juntos, de que estés conmigo. No de compartirte. De no esperar hasta el lunes para verte, de no oír preguntar a papá por qué no vienes a comer con nosotros los domingos o los días de Navidad o Año Nuevo. En fin, todas esas preguntas de mi familia: dónde vives, qué haces. Nadie se cree que solo seamos buenos amigos. Sobre todo, no teniendo otros.

—Siempre dijiste que los fines de semana se los querías dedicar a Héctor y tus padres me tratan con aprecio.

—Son educados. Luego está esto de vivir siempre escondidos. Para que no te vean conmigo no me llevas a cenar ni a bailar, ni al teatro, ni a algún musical; si acaso al cine, cuando tengo el periodo, porque está oscuro y siempre en el otro extremo de la ciudad, si no, a la cama. Solo me llevas al hotel. Para ti, nuestra relación solo significa sexo, lo demás es pérdida de tiempo. Es lo único que te interesa de mí.

—No, mi vida, no digas eso. Te quiero con toda mi alma, quiero demostrártelo. Muy pronto verás que es cierto...

Las lágrimas corrían por sus mejillas. Pepe se enterneció y empezó a besarla con amor y ternura. Ella, poco a poco, comenzó a reaccionar a sus besos y caricias. Finalmente dijo:

—No me hagas caso. Soy tonta. No sé lo que digo. No me abandones nunca, Pepe. Y no me dejes nunca abandonarte. Te quiero.

—No nos separaremos jamás, amor mío, y muy pronto encontraré la forma de estar contigo toda la vida y en todo momento.

Y de nuevo, plácida y sensualmente, comenzaron el eterno rito del

sexo y del amor.

...

Muñoz tardó mucho en dormirse aquella noche. A las emociones del día había que añadir la gran cantidad de alcohol ingerido durante la tarde. No obstante, había sacado una conclusión importante: no se iría a descansar esa semana, ni a Cancún, Las Vegas ni a ninguna parte. Ignoraba qué planes tendría en mente su tío para recomendarle esa actuación, pero él había elaborado otros y pensaba ponerlos en práctica sin dilaciones ni pérdidas de tiempo.

...

Cuando horas más tarde, después de haber acompañado a Lourdes, llegó a su casa, la encontró silenciosa, todos dormían. Se abalanzó sobre el horno en busca de la cena muerto de hambre, pero estaba vacío. Sin duda, la sirvienta dio el recado a medias. De mal humor hurgó en el refrigerador hasta encontrar algunas carnes frías y queso. Buscó un poco de pan y se hizo dos bocadillos que engulló a toda prisa.

«¡Vaya día! —pensó—, como y ceno de bocadillos. No solo paso hambre, sino que me alimento de todo lo que tengo prohibido en la dieta. Voy a ponerme como un tonel. Esto no puede ser más injusto».

Y sin mayores problemas que le quitasen el sueño se dirigió al dormitorio dispuesto a descansar. Realmente estaba cansado. Así fue el primer día de la última semana en la vida de José Sotillos.

MARTES 19

El Club de Industriales del Hotel Camino Real se encontraba totalmente lleno a las ocho y media de la mañana. En el sexto piso del hotel estaba instalado un conjunto de comedores, dos de ellos amplios y otros varios pequeños, reservados. Solo tenían acceso a sus mesas los socios y sus invitados; nadie ajeno a la asociación o que no fuera acompañado por un asociado podía disfrutar de sus servicios que, dicho sea de paso, no eran nada del otro mundo. Sin embargo, el local tenía éxito más por el status que representaba el quedar citado allí con alguien, que por sus habilidades gastronómicas.

Sotillos degustaba pausadamente una ensalada de frutas mientras escuchaba la conversación de sus tres acompañantes, directores como él de empresas del ramo, aunque todas ellas de mayor envergadura que la suya. En realidad, representaban a las tres empresas líderes del sector, tanto por volumen como por eficiencia.

—Este año la inflación va a superar el cien por cien. Va a ser el peor año en la historia de México.

—Realmente no hay forma de pararla. Está totalmente fuera de control.

—Claro que hay forma de pararla, lo que ocurre es que nadie se atreve a hacerlo —repuso Sotillos.

—¿Tú crees, Pepe? ¿De qué forma? ¿Un plan azteca similar al austral? Ya ves que en Argentina también se les ha vuelto a escapar de las manos el control inflacionario.

—No, en absoluto. Esas medidas de contención ficticias basadas en decretos y reglamentos están condenadas al fracaso. Es lógico que se les ocurran a los socialistas y a los partidarios de filosofías izquierdistas, pero no se puede tapar la realidad con un decreto.

—Yo creo que el hecho de ser industriales y empresarios ya nos

coloca filosóficamente en contra de cualquier imposición unilateral del Estado; pero dime: sin ningún control de sueldos, por ejemplo, ¿cómo frenas la inflación?

—Ese es nuestro pecado. Queremos congelar los salarios y que no haya control de precios. Somos inconsecuentes.

—Entonces, ¿tú estarías a favor de que los salarios se disparasen?

—Su freno actual no beneficia a nadie. Los trabajadores viven amargados viendo cómo se degrada su nivel de vida y la capacidad de demanda cae estrepitosamente, obligándonos a disminuir nuestras producciones. Hay inflación, pero no hay demanda. No es solo un problema de presión en el mercado, es sobre todo un problema monetario.

—Pero cuando congelan los créditos para frenarla, todos a palmar.

—Congelan los créditos a las empresas productivas, a las que pueden hacer con sus excedentes de productos que bajen los precios, pero canalizan esos mismos recursos hacia el Gobierno y sus paraestatales.

—Mirad —dijo Sotillos—, el Estado debe aligerar su carga. Debe quedarse sin paraestatales, venderlas, y lo que es más importante, dejar de perder dinero. Luego debe reducir su aparato burocrático drásticamente. Y, por supuesto, tiene que estimular la inversión. Si hay excedentes no pueden subir los precios.

—Lo que dices no me convence. Los dos primeros postulados son irrealizables. No me imagino la reprivatización de los bancos o de Pemex, por ejemplo, sería la revolución. Tampoco me imagino a la mitad de los burócratas en el paro. Otro conflicto incalculable, además en un sector que compone uno de los pilares del partido. En cuanto a lo que dices de los excedentes, ¿no los tenemos ahora y preferimos cerrar las fábricas un turno o una semana antes de bajar los precios?

—Hay miles de paraestatales cuya reprivatización podría hacerse antes de Pemex. Los franceses lo están haciendo y los españoles también, incluso con gobiernos socialistas. De todos modos, el peligro de una explosión contra el sistema está latente. Cada día que un artículo de primera necesidad sube un peso —y lo son todos los días de la semana— ese peligro se acrecienta. Además, no es lo mismo producir con inflación que sin ella. Sin inflación los excedentes no cuestan dinero en la bodega. Con la que tenemos, nos cuestan un ocho por ciento al mes.

—Yo pienso que hay que obrar con cautela. Un poco de aquí y un poco de allá. Algo de reprivatización, algo de control de precios, un poco de cada cosa. Son muy peligrosas las medidas drásticas.

—La prudencia es una virtud, pero la oportunidad, una necesidad. Precisamente, se está haciendo todo con tanta tibieza que, en lugar de avanzar, se retrocede. Han oído que tienen que reducir el déficit y, en

lugar de gastar menos, quieren recaudar más, con lo cual transfieren ese costo a los demás, a los que pueden aportar eficiencia al mercado, haciéndoles la carga tan pesada que prefieren cerrar o estancarse.

—De todos modos, ese énfasis tuyo por alentar la producción muchos no lo entienden. Al revés, la única forma que ven de sanear nuestros negocios sería un acuerdo para limitarla. De ese modo podríamos colocarla al precio conveniente. Todos ganaríamos.

—Puede ser en un plazo corto. A medio y largo plazo eso nos haría más improductivos y faltos totalmente de competitividad. La lucha fortalece. Podemos y debemos hacer acuerdos para controlar los suministros, hacer que tengan una calidad adecuada, afluyan en la cantidad necesaria, sin escaseces y, por supuesto, a un precio razonable, incluso podemos acordar precios de ventas y condiciones comerciales, pero no creo que fuera positivo en modo alguno limitarnos en nuestras producciones.

—Mira, Pepe, ese es uno de los motivos por los que queríamos hablar contigo. Un sector considerable de nuestros colegas está pidiendo a gritos la elaboración de acuerdos tendentes a limitar la producción; nosotros tenemos serias reservas.

—Es lógico que las tengáis. Aparte de vuestras posturas mentales tenéis unos intereses muy específicos. Todas las empresas de ustedes poseen capacidades productivas muy superiores al promedio, necesitan el volumen para garantizar la productividad. Incluso mi caso, salvando las distancias, tiene puntos de contacto; estoy creciendo, queremos crecer, y no puedo abortar esa inercia.

—Exactamente. Esa búsqueda de ruptura de la crisis vía masificación de la producción, abaratamiento de costos unitarios con mejor reparto de los fijos es la que interesa. Y si no hay suficiente mercado interior, exportación de excedentes.

—Para las fábricas viejas, sin inversiones en los últimos años, obsoletas, el camino de la supervivencia es, sin duda, la limitación. No queremos el enfrentamiento, por lo que necesitamos banderines de enganche comunes.

—Pienso —dijo Sotillos— que no es difícil encontrarlos. Antes os decía que yo veo conveniente e incluso necesario, dado el actual escenario de crisis que vive el país y el sector, promover esos acuerdos, tanto referidos al mercado de materias primas y suministros, como al de ventas de nuestros productos finales.

«De cara al Gobierno, también hay mucho que esgrimir. La carga fiscal es aplastante, nuestro sector es intenso en uso de bienes de capital, precisamos de inversiones fortísimas y constantes para mantenerlo a punto, mejorarlo, acrecentarlo o hacerlo eficiente. Con la inflación, los rendimientos en las inversiones financieras —en bancos, cetes, petrobonos o lo que gusten— son muy superiores y

libres de impuestos a las inversiones industriales. Debemos pedir, exigir una libertad de depreciación. Poder contabilizar como gastos las inversiones y depreciarlas todas el primer año, si así conviene. Creo que, como ese, tendríamos oportunidad de encontrar muchos puntos de contacto en nuestras opiniones por diferente que fuera la problemática individual de cada industria del sector. Los temas fiscales e inflacionarios son fuente inagotable de oportunidades para la imaginación creadora. De hecho, hay tantas cosas mal hechas que es difícil equivocarse al promover un cambio. Lo cual, por otra parte, no es raro. Inflaciones terribles solo las padecen los países del tercer mundo —salvo pocas excepciones como Israel, la Alemania de la primera posguerra o la España del siglo de oro que tampoco viene al caso— y aquí la intelectualidad técnica en la materia es exigua como para crear una doctrina eficiente para su tratamiento.

—Pepe, tú sabes que la presidencia de nuestra asociación, aun renovándose anualmente, siempre recae en representantes de las grandes empresas, como las nuestras. Vivimos en un momento difícil en el que puede surgir una fragmentación si no luchamos por esos intereses comunes y comprendidos por todos. Necesitamos ideas y sangre nueva. Hemos estudiado mucho el asunto y queremos proponerte que aceptes ser tú el próximo presidente de la asociación.

Sotillos se quedó muy sorprendido por lo que oía. Sorprendido y alterado. Pletórico de satisfacción y felicidad. Su ego explotaba de alborozo. No obstante, intentó aparentar indiferencia.

—Os agradezco mucho que hayáis pensado en mí, es un gran honor, pero pienso que hay muchos con más méritos. Creo que debéis meditarlo mejor. No creo que yo esté capacitado para ello y, seguro que hablando con otros industriales encuentran docenas de personas adecuadas.

—Lo hemos estado haciendo. Tú sabes cómo funciona esto. Hay votación pública el día de la asamblea anual, pero es en el cabildeo previo cuando se deciden los componentes del consejo y la mesa directiva. Pues bien, el cabildeo está hecho y la elección ha recaído en ti. Venimos a proponerte extraoficialmente que aceptes la designación para ser elegido oficialmente en la próxima asamblea.

Sotillos guardó un teatral silencio durante unos momentos, en los que pareció sopesar pros y contras, para llegar a autoconvencerse. En realidad, estaba a punto de saltar sobre su asiento gritando: «¡Soy el mejor y estos, por fin, se han dado cuenta!», cosa que hubiera sido impropia incluso de un muchacho, por lo que su semblante seguía fingiendo calma y reflexión interior.

—Está bien —terminó diciendo—. Si es cosa sabida y hablada, debo aceptar. Es un gran e inmerecido honor e intentaré por todos los medios hacerme acreedor de la confianza que me demuestran. Acepto.

Los tres acompañantes sonrieron, le dieron sendos apretones de manos —«¡Gracias, Pepe! ¡Felicidades, señor presidente! ¡Bien hecho, enhorabuena!»— y continuaron la conversación comentando los nombres y cualidades de las restantes personas en quienes habían pensado para acompañar a Sotillos en su gestión.

Marcos conducía con precaución entre el denso tráfico. La distancia entre el Club de Industriales y la oficina era muy corta. A Sotillos le había costado mucho trabajo convencer a los socios de la necesidad de comprar aquel local. Con dos fábricas, una a cada extremo de la ciudad, de haber mantenido las oficinas centrales en una de ellas, no solo hubiera marginado a la otra, sino que hubiera mantenido alejados los puntos habituales de visita: bancos, abogados, consultores e incluso complicaba a quienes quisieran ir a verle. Aunque mantenía un pequeño despacho junto al de los respectivos gerentes, en cada una de las fábricas para cuando iba a trabajar a ellas, él se había instalado con un reducido *staff* en el corazón de una zona residencial y elegante, pese a las dificultades que se hubieron de superar para conseguir de la delegación los permisos para operar como oficinas en una zona reservada a viviendas.

Se sentía rebosante de satisfacción por la oferta que había recibido en el desayuno. Era el ascenso de un nuevo peldaño. La consolidación de una imagen pública que había cuidado con esmero desde tiempo atrás. No aspiraba —ni podía como extranjero siquiera hacerlo— a una carrera política, pero consideraba necesario y sumamente halagador el ser conocido; acumular influencia y amistades.

Un peldaño más. Eran ya muchos desde aquella lejana infancia en las calles de Madrid.

Había nacido en los primeros días de la Guerra Civil y de su entorno durante los tres primeros años no sabía más que lo que después había leído en libros de historia y monografías sobre aquella tragedia, pero tenía muy presentes en su memoria los siguientes diez o doce años de miseria, más allá de la simple pobreza. Recordaba las cartillas de racionamiento, tan parecidas a las que cuarenta años después se encontraría visitando Cuba. Recordaba las largas colas de madrugada, turnándose con su hermano y con su madre hasta que, tras horas que parecían siglos, llegaba el turno de comprar los pocos víveres que el racionamiento les asignaba. Recordaba el estraperlo y a aquel vecino que se hizo tan rico y en tan poco tiempo.

Fue una larga época de hambre, mucho tiempo. Toda la infancia, porque despertó a la adolescencia justo cuando todo aquello empezaba a ser superado.

Sus años escolares fueron muy duros, pero por otras causas. Su complexión débil, su menor desarrollo frente a los compañeros en una edad en que los muchachos son crueles con el menos dotado, le

hicieron blanco de burlas, desprecios y palizas. Por entonces, los chavales de su colegio eran especialmente agresivos y se ensañaban con él. Su impotencia para replicarles adecuadamente hizo que se incubaran vivos sentimientos de venganza. Su carácter se hizo retraído y, en adelante, incluso muchos años después, ese resentimiento y desconfianza hacia cuanto le rodeaba fue su actitud más común.

En el verano que cumplió catorce años, tuvo la oportunidad que contribuiría en buena medida a proyectarlo por un camino totalmente nuevo e imprevisto. Había querido aprovechar las vacaciones para trabajar en algún sitio que le permitiera aprender una profesión y sacar unas pesetillas con que poder ir de tarde en tarde al cine. Si el trabajo era bueno, había decidido dejar el colegio, ya con la enseñanza elemental concluida, y seguir estudiando en los ratos libres. Le gustaba la mecánica y había pensado que quizá podría colocarse como aprendiz en un taller para automóviles. Sin embargo, no tuvo suerte. Eran todavía por entonces muy escasos los vehículos que circulaban por Madrid y los talleres. No lo aceptaron en ninguno de los que visitó pidiendo trabajo.

Finalmente, un vecino que trabajaba de conserje en un hotel céntrico de modesta categoría le indicó la posibilidad de que lo aceptaran como botones. No era el trabajo que había estado buscando, pero era un trabajo, así que se presentó y, con la mayor elocuencia de que fue capaz, pidió el puesto y lo consiguió.

A partir de allí, un nuevo horizonte se abrió ante él: el de los viajes. Permanecía embobado oyendo hablar de las ciudades de las que venían o a las que iban los clientes del hotel y, cuando podía, sin faltar al respeto que como tales se merecían, indagaba sobre las bellezas o la personalidad de tal o cual lugar.

La mayoría de la clientela era nacional, comerciantes, viajantes, recién casados que llegaban principalmente de Barcelona o Bilbao, Valencia o Sevilla, pero, de vez en cuando, llegaban extranjeros: franceses e ingleses, sobre todo. Hizo el esfuerzo de aprender estos idiomas y practicando en cuanta ocasión tenía, logró chapurrearlos con gracia, pasando luego al alemán; tres idiomas aparte del materno son un buen estímulo para progresar y así fue. El día que cumplió dieciocho años lo ascendieron a recepcionista.

Él había seguido estudiando por libre, sacando los cursos del bachillerato en el instituto. No tenía amigos; era retraído y su tiempo se lo absorbía por completo el trabajo y el estudio. Sabía que dependía de sí mismo y se esforzaba por ayudarse sin esperar la mano protectora que lo empujara. De chicas, nada. Eran tiempos de cordura sexual, de moral ciudadana, de censura. Como tantos de su generación era un auténtico reprimido.

Su relación familiar era fría. Quería a sus padres y a su hermano

como algo natural, como a seres yuxtapuestos en la vida de uno. Su padre trabajaba como empleado civil en el Ministerio del Aire y su madre era la abnegada y sufrida ama de casa tradicional. Su hermano, cuatro años mayor que él, había conseguido un empleo en un banco y, recién salido de su servicio militar, hacía planes para casarse cuando se fueran superando todos los imponderables económicos que de momento se lo impedían.

Su facilidad con los idiomas, su deseo de viajar surgido en el hotel y la oportunidad de aprovechar algún conocido de su padre, le incitaron a buscar el modo de entrar a trabajar como sobrecargo en una compañía aérea.

Iberia estaba creciendo y necesitaba gente, pero eran muchos más solicitantes que puestos disponibles. Estaban las oposiciones, sus durísimos exámenes y la necesidad de una estricta selección. Sotillos trabajó mucho. Dejó pasar muchas noches sin dormir estudiando y presionó a su padre para que buscara en el Ministerio cuantas recomendaciones pudiera necesitar. Finalmente, sacó la plaza.

No le causó el mínimo esfuerzo dejar su trabajo en el hotel, despedirse de sus compañeros y cambiar el rumbo. Hasta entonces, no había sentido apego por nada y por muy pocas cosas lo tendría el resto de su vida, solo a dos a ciencia cierta: a volar y, mucho más tarde, se le despertaría otra: el dinero.

Fueron años felices: libertad, dinero, viajes. Primero los viajes locales, luego llegarían los internacionales. Poco a poco, se fueron cumpliendo sus ilusiones de recorrer mundo, conocer gente, disfrutar de la vida. Vivió con excitación cada nuevo recorrido, cada nueva escala, cada cambio de destino, hasta que, como ocurre con todo, empezó a hacérsele natural tanto ir y venir.

Las ventajas complementarias de un buen sueldo, buenas prestaciones laborales, estancias durante las escalas en hoteles de lujo con los gastos pagados, configuraron en él una nueva personalidad tratando de disfrutar con avidez de todo aquello que le había estado tan lejano.

Descubrió muchas cosas, y todas hicieron mella en él. Primero, la forma de vida: los estándares de conducta que él había conocido desde siempre, estaban muy superados en toda Europa; segundo, que era relativamente fácil hacerse con un dinerillo extra trayendo o llevando cosas inocentes, caprichillos de lugares donde su precio era de regalo a otros en que por escasear resultaban sorprendentemente caros; tercero, que su uniforme tenía un atractivo especial para las viajeras y que le era relativamente sencillo tener amores repartidos por los lugares más habituales de pernoctación. Conoció lo que era la *dolce vita* y quizá la saboreó tanto que incluso llego a hastiarle... mucho, mucho tiempo después.

Un buen día, en un largo vuelo transoceánico, conoció a Viky. Era una preciosidad de dieciocho años que, habiendo residido toda la vida en México, viajaba a España a pasar una muy larga temporada en casa de sus parientes. La vieja costumbre de los emigrantes: enviar a sus hijos o hijas, si sus recursos económicos se lo permitían, a la península a encontrar marido o mujer en la madre patria. Cuando esto no era posible, buscaban en su mismo círculo de emigrantes a alguien del mismo país, región y, a ser posible, aldea. Cosas insólitas en una gente que nunca ha sido racista y que siempre se ha sentido atraída por la mezcla de sangres, donde se combate el elitismo y se enfatiza el valor histórico del mestizaje.

Le fue fácil deslumbrar a Viky: su uniforme y la experiencia, quince años superior, eran armas invencibles y cuando conoció el alcance de la posición económica del posible suegro, se decidió a dejarse enamorar. Frecuentó su casa y su amistad cada vez que permanecía la tripulación en Madrid y después de medio año de noviazgo, se casaron.

Desde un principio, planteó la cuestión de que él seguiría volando. En modo alguno quería aparentar ante nadie que el dinero del suegro y la posibilidad de administrarlo habían influido en su boda. Pero consiguió de su hermano, ya por entonces ascendido a subdirector de una agencia bancaria, la enseñanza y la recomendación para su lectura, de cuantos libros sobre administración de empresas y economía pudieran proporcionarle unos conocimientos básicos. Como siempre, se aplicó con tesón.

Antes de dos años estaba el suegro, conforme a lo previsto, reclamando su presencia en los negocios para defender el patrimonio familiar. Tras mucho hacerse de rogar, cedió finalmente a dejar su trabajo y a trasladarse a México. Así empezó su tercera vida: la del exitoso empresario.

...

Muñoz salía por aquellas horas de una importante reunión improvisada tras los acontecimientos de la víspera. Había dormido muy mal, con muchos sobresaltos y se había levantado muy pronto. No era especialmente madrugador, pero quería aprovechar esa mañana. Una muy prolongada ducha le había quitado los restos de la resaca por lo bebido la tarde anterior y le había devuelto las energías.

Había llegado pronto al lugar y tuvo que esperar mucho tiempo; primero para enterarse de quiénes eran las personas indicadas para entrevistar y después para encontrarlas y conseguir ser atendido por ellas. Luego había sido una conversación larga. Tuvo que aportar infinidad de datos que le exigían con creciente ansiedad.

Por fin, aquel interrogatorio había cesado. El engranaje estaba en marcha y ya nadie lo detendría. Además, le habían prometido que su

actuación sería inmediata y fulminante gracias a los datos que habían apuntado.

Se sentía satisfecho; había sido menospreciado muchas veces por su tío y por los demás, sin embargo, era más listo que todos ellos. ¡Ahora verían de lo que era capaz! Seguro que su plan era mejor que el de su tío, cualquiera que este fuera.

...

Sotillos llegó a la oficina con semblante risueño. Le esperaba Martínez y una carpeta llena de documentos. Hizo pasar a Conchita y comenzó a firmar. Parecía imposible que desde las seis de la tarde anterior hasta las nueve y media de la mañana se pudieran acumular tantos papeles. ¡Vivimos envueltos en papeles!

Revisó el parte de producción, de cobranzas y de ventas. Todavía no había habido tiempo para que se resistieran por la decisión de echar a Muñoz. No había novedades.

Conchita se retiró y lo dejó con sus pensamientos. Tenía que enfrentarse a Martínez; ¡pobre diablo! Era un pillo redomado. Toda una vida de fidelidad para echarla por la borda a punto de jubilarse, ¡qué idiotez!

Se acordó de su conversación con Rosado. Eran cosas distintas. Martínez estaba robando a la empresa haciendo figurar que compraba algo que nunca poseería. Lo de Rosado era distinto. Era un sobresueldo por su gestión, por horas sin límite de dedicación muy por encima de su obligación y nunca retribuidas. Era un premio a su eficiencia, un premio que se daba él solo porque nadie era capaz de valorarlo con justicia. Era lo justo, ¡eso mismo!

Pulsó el intercomunicador y ordenó a Conchita:

—Que pase Martínez. —Y al entrar este, Sotillos inició la conversación.

—Martínez, hace tiempo que no charlamos y pensé que quizá no le viniera mal salir un rato de la fábrica, darse un paseíto hasta aquí y fumarse un cigarro conmigo. ¿Qué le parece?

—Muy bien, licenciado. Estoy a sus órdenes.

—¿Qué tal la familia? ¿Cómo están todos? ¿Tienes cuatro o cinco chavales?

—Cinco, licenciado. La mayorcita ya se casó. Mi Lupita me va a hacer abuelo el mes que entra. El más chamaco tiene ya doce años cumplidos, abusado el chamaco, ya va a secundaria.

—¡Cómo pasa el tiempo! ¿Cuánto hace que trabaja para la empresa?

—¡Uy! Desde que la empezó su suegro, patrón. Va para treinta años ya.

—Es toda una vida.

—Es como mi casa, patrón. Yo entré con veintiocho años. Un

chamaco. Había ido sin pararle de un lado para otro. De joven uno quiere vivir, conocer, ya sabe; hice de todo. Luego entré de peón con su suegro y me dio la oportunidad de sentar cabeza. Al principio, como eventual. Terminaba un contrato de tres o cuatro meses, se pasaban unas semanas y luego me volvían a contratar por otro tiempo igual. En una de esas, su suegro me dijo: «Mira, Martínez, te he venido echando el ojo y veo que eres trabajador, aunque un poco inconstante. Estoy por darte la planta de fijo y también la oportunidad de que sientes cabeza y te hagas un hombre responsable, pero me has de prometer que vas a cumplir como el mejor para que nunca me arrepienta».

—Un gran tipo, el viejo, y se lo prometiste, claro.

—Yo, la *verdá*, ya estaba cansado de ir y venir, de las parrandas y de la falta de estabilidad. Además, yo andaba detrás de una chamaca muy entrada conmigo que se quería casar y atarme de fijo y como a todo hombre le llega un momento que tiene que echar raíces y pensar en la familia, las responsabilidades y todo eso, pues ahí está. Me acomodé a don Julio y a echarle ganas a la chamba para progresar.

—Sí, además don Julio te ayudó mucho.

—Pues sí, patrón. Con el tiempo me fue dando más y más responsabilidad y cuando murió la pobre Juani al ir a aliviarse de nuestro primer chamaquito, que no llegó a nacer, don Julio me dijo: «Mira, Martínez, las penas hay que ahogarlas con trabajo, no con alcohol. Tienes que ser un hombre y seguir luchando. Verás como, poco a poco, la vida te va dando todo lo que hasta ahora te ha negado. No te arrugues y pelea; que el ser hombre es eso, pelear».

—Seguiste con nosotros y te recobraste del golpe.

—Sí, yo hice caso al patrón y me puse a chambear más duro. Él me hizo encargado y tenía más cosas en qué pensar que de mi pobre Juani y del chamaquito, así que, poco a poco, me fui recuperando. Luego conocí a la Lupita y fue como volver a empezar. Formé una familia y a Dios gracias las cosas se fueron componiendo todas y aquí me tiene, dándole, don José.

—Bueno, luego fue el problema de tu columna y también te ayudó don Julio; porque yo ya estaba aquí y recuerdo todo aquello.

—Sí, patrón. Siempre fue muy bueno conmigo don Julio y, *pos* claro, después usted don José. Ocurrió que tuve mala suerte, un mal accidente levantando unos pesos y me desgracié la columna. Los médicos del seguro dijeron que no podría hacer nunca más esfuerzos, ni trabajar mucho rato de pie, ni cansarme ni nada de eso. Fue duro porque yo nunca había trabajado en oficinas y sabía poco de números, pero don Julio, me acomodó supervisando las entradas de material y la báscula y todo eso. Cosas pa las que se necesita de mucha atención, ser «trucha», pero poco o nada de caminar o trajinar con bultos. Ahí

estoy para servirle, don José, como usted sabe bien.

—Sí, Martínez, es un puesto de mucha confianza; digno para un hombre con tantos años en la empresa como usted.

—Pues sí, patrón, porque por ahí entra todo el material y un error puede costar muy caro, bueno, los de contabilidad y administración pueden avisar si algo no estuvo bien y corregirlo, pa eso están, antes de que frieguen a uno por errores que disque la empresa pierde, pero que, a Dios gracias, casi no ocurre nunca porque ahí andamos bien abusados para que se hagan las cosas como debe de ser.

—Y su ranchito, ¿cómo va? Creo recordar que había comprado uno, hace ya unos años.

—¡Ah! Muy bien, patrón. Eso fue cosa de la vieja. Un primo suyo tenía un ranchito, poca cosa, unos pocos animales, y se fue a vivir al norte, a Durango, así que lo quiso vender. La vieja se encaprichó con él y estuvo dale y dale hasta que no tuve más remedio que ponerme al tiro con el primo. La empresa, bueno, usted, patrón, me anticipó un préstamo y con eso y los ahorrillos que juntamos apretándonos la tripa, pues lo compramos. Ya pagamos todo y va bien. El yerno lo trabaja y, si todo sale bien, pues ya ve, puedo tener una jubilación tranquila.

—¡Ah, pensando ya en la jubilación! ¡Quién lo diría después de haber oído lo pachanguero e irresponsable que fue en la juventud!

—Patrón, los tiempos cambian. Con mi problema de columna no sé cuántos años más podré chambear. Luego está eso de la jubilación. Aquí no es como allá, en su país, o como los gringos, que cuando dejan de trabajar por viejos o por inútiles el Estado, bueno, la Seguridad Social esa, les pasa una buena lana al mes para que sigan viviendo tan a gusto. Aquí, dejas de trabajar y te mueres de hambre o tienes que acudir a la caridad de tus hijos. Después de haber trabajado toda la vida, ¡a la caridad!, cuando estás *amolao* nadie te echa una mano, ¿qué le parece? Y, si tienes algún ahorro en el banco, pues igual. Crees que tienes mucho, te dan unos intereses altísimos que crees que vas a vivir como un politicastro y a la mera hora no tienes nada. Cada año vale la mitad lo que te dan los intereses y al segundo no hay ni para frijol y tortillas. El costo de la vida sube y sube y esto no parece ya que vaya a parar nunca.

—Así, Martínez, que estás preocupado por tu jubilación; quieres asegurarte un futuro como todo un señor, ¿eh?

—Pues sí, patrón, ¿y quién no se va a preocupar tal como están las cosas? En mis tiempos pasaban los años y las cosas no subían de precio, siempre estaban igual. Ahora de un mes a otro no te alcanza la raya. Suben los jornales dos veces al año y, aun así, cada vez el obrero tiene menos para comer. Suben los sueldos un veinte y la vida un cuarenta y es una carrera de nunca acabar, para vivir cada vez peor.

—Pero tú, Martínez, no vives peor, al revés, has prosperado. Tienes tu ranchito, tu coche, tus hijos limpios, bien alimentados. La vida te ha sonreído.

—Ni que lo diga, patrón. El carrito es una carcachita que tuve que comprar para ir y venir, por mi columna. Entre el sueldo de aquí y el ranchito puedo ir saliendo adelante.

—Y, además, tendrás algún ahorrito en el banco.

—Poca cosa, ya ve, lo que hoy es algo, mañana es nada.

Sotillos pensó que ya estaba bien de cháchara y que era el momento de entrar en materia de una vez, así que dejó de hablarle en tono cordial y se dispuso a hacer confesar al viejo. Al fin y al cabo, su culpabilidad era incuestionable.

—Martínez, estoy muy preocupado; pienso que estamos teniendo más mermas de las que debiéramos. ¿Tú qué opinas?

—Bueno, patrón, eso los de fabricación sabrán. Se les va tantito la mano y puede haber fugas, con todo el material que se mueve es fácil un descuido aquí o allá. Además, luego están las humedades y lo que se estropea por guardarlo mucho tiempo en las estibas. Usted sabe que todo eso influye.

—Sé que influye y lo he tenido en cuenta, pero, aun así, las cifras no me checan. Tiene que haber algún problema en tu área.

—Nosotros, en la recepción, nomás supervisamos lo que llega, checamos y lo anotamos; luego contabilidad revisa todo, nos revisan todo nuestro trabajo, no creo que se nos pueda escapar nada.

—Martínez, quiero que me digas qué está pasando. Tú tienes que saberlo.

—¿Saberlo yo, patrón? ¿Saber qué? Yo no he notado nada anormal. Yo hago mi trabajo como siempre y no he visto nada que me llamara la atención.

Sotillos cambió bruscamente el tono de la conversación. Gritó enérgico:

—¡Basta, Martínez! Lo sé todo y te estoy dando la oportunidad de que me lo confieses tú. Quiero tu confesión, ¿entiendes?

—Pero, patrón, no sé de qué me habla. La meritita verdad, no sé a qué se refiere. —Martínez había empezado a temblar ostensiblemente.

—Bien, Martínez, te he dado la oportunidad y no la has aceptado. Te estoy hablando de los *tickets* de entradas falsos. De esos Gutiérrez y Morales que aparecen como proveedores nuestros, que hacen sus facturas, que cobran sus cheques y que no existen, ¿qué me dices de todo eso?

Martínez sintió que un nudo le ahogaba la garganta. Por un momento, mil imágenes surgieron simultáneamente en su mente. Los judiciales, los interrogatorios, las palizas, las celdas. Imágenes vívidas, transparentes, casi reales que iban y venían con vertiginosa velocidad.

Toda la habitación pareció darle vueltas, como aquella vez que subió a un carrusel que giraba loco sobre sí mismo, hasta que, al parar y bajar de él, anduvo dando tumbos como un borracho y acabó vomitando en medio de la calle. Sintió de nuevo aquellas arcadas, revivió estúpidamente aquella escena y deseó vomitar allí mismo, sobre la mesa del licenciado.

No sabía cuánto había durado el silencio, había sido, sin duda, muy largo. Poco a poco, fue recobrando la conciencia del lugar y de la situación, desaparecieron las imágenes carcelarias y las de la feria, y vivió ante él, borrosamente, la figura del patrón. El licenciado le extendía unas hojas y le decía con tono drástico:

—¡Fírmalo!

Obedeció como un autómata y firmó: echó una ojeada; una hoja era su renuncia, otra su confesión.

—Bien, Martínez, has obrado como un canalla. Has traicionado a la empresa que te hizo hombre y que te dio de comer durante tantos años. Eres un infame de la peor especie. Pero estoy dispuesto a darte una oportunidad. No la mereces, pero así y todo te la voy a dar. Voy a guardar estos papeles en mi caja fuerte para asegurarme de que no te vas a olvidar de hacer lo que te pida. Si cumples, algún día te los daré. Si me fallas, vivirás una larga jubilación en la cárcel. De ti dependerá.

...

Reyes colgó el teléfono. En los últimos años cada vez hablaba menos con Domínguez, pero, cuando lo hacían, la conversación era cordial, ambos eran personas educadas.

Habían quedado a cenar juntos con sus esposas el sábado. Sería una cena social, pero, al mismo tiempo, de negocios. Ya le había comentado el tema que tratar: la destitución de su sobrino y no había obtenido la reacción que esperaba. Podría insistir mucho más el próximo sábado, pero quizá fuera sin éxito. Domínguez quería saber lo menos posible del negocio, nada excepto los posibles repartos de utilidades y el valor teórico de la acción mes a mes. La gestión de Sotillos daba buenas respuestas a ambas preguntas, así que por lo demás nada tenía que objetar.

Ante Sotillos era exigente, brusco e incluso, a veces, exageradamente injusto en sus críticas, pero a sus espaldas lo defendía con moderación. De hecho, le representaba una comodidad el tenerlo. Tras la cena del sábado quizá solo habría una severa reprimenda, muy improbablemente una orden para obligar a la readmisión del expulsado, e imposible una destitución. Quizá había que maniobrar de otro modo, ese insolente advenedizo necesitaba un buen y definitivo escarmiento y Domínguez, desde luego, no iba a dárselo. Tenía que plantear serenamente el qué y el cómo de su castigo.

...

Miguel había salido de la fábrica con tiempo suficiente para no llegar tarde, pero el tráfico era denso y sufría perceptiblemente conforme veía avanzar más deprisa las agujas de su reloj que el automóvil sobre la calzada.

No era normal que le citara Pepe en su oficina. En realidad, la conservera que él regentaba no tenía nada que ver con la empresa de Pepe y sus oficinas. Él tenía una importante inversión en ella a título particular y quizá —no lo sabía Miguel— a nombre de su suegro, pero sin conexión alguna con los restantes socios de aquel.

Estaba muy nervioso. Nunca lo había estado al ir a hablar, visitar o reunirse con Sotillos, pero eran circunstancias diferentes. Ahora él tenía que plantearle unas reivindicaciones —se lo había prometido a su mujer— y quizá eso enfriara la relación con su amigo y protector.

Por nada del mundo quería contrariarle; ¡había sido tan bueno con él!, pero debía velar por los intereses de su familia y, aun costándole un gran esfuerzo, debía hacer valer sus puntos de vista. Finalmente, cruzó la última esquina antes de la oficina. Vio a Marcos lavar un coche y se felicitó por no tener que buscar aparcamiento.

—Marcos, te dejo mi carro. Cuídamelo.

—Está bien, ingeniero, ahorita se lo estaciono.

Miguel Núñez había llegado a la hora en punto.

—Sr. Sotillos, le está esperando el Sr. Núñez, tiene cita con usted —había dicho Conchita por el intercomunicador.

—Sí, es cierto, que me espere unos minutos.

Miguel era un muchacho joven, emprendedor. Lo había conocido tiempo atrás visitando la fábrica de unos clientes y le había causado muy buena impresión. Por aquel entonces, Miguel, gracias a su titulación de ingeniero y a pesar de su corta experiencia profesional, había ascendido hasta ocupar el puesto de jefe de la fabricación en aquella planta empacadora. La necesidad de supervisar la calidad de las materias primas que adquiría su empresa y que participarían en el proceso productivo que él regentaba, le obligaban a un constante contacto con los proveedores y Sotillos se ocupó de que de ese contacto surgiera una relación amistosa.

Cuando, con el tiempo, Sotillos concibió la idea de adquirir una planta conservera, no dudó en confiar a Miguel la gerencia general y hacerle su socio.

En efecto, la ocasión se presentó cuando un cliente, fabricante de conservas, empezó a retrasarse en los pagos ostensiblemente y a dar señales de estar haciendo agua. Una investigación demostró que no era debido a problemas sectoriales, sino de gestión. La empresa reunía condiciones, incluso maquinaria, equipo y clientela suficientes como

para ser rentable, pero la administración era deplorable.

Recientemente fallecido el dueño y fundador, la dirección había recaído en un hijo sin afición ni habilidad para llevar el negocio. Las necesidades económicas surgidas del deseo de explorar otras actividades le habían llevado a retirar fuertes sumas de dinero de la conservera hasta descapitalizarla. De hecho, estaba a punto de una suspensión de pagos que, además, hubiera resultado fraudulenta.

Sotillos acudió en su ayuda, a su manera. El muchacho carecía de experiencia y de astucia, por lo que se vio envuelto en la hábil negociación de Sotillos, que hizo hincapié y remarcó muy claramente las responsabilidades civiles, mercantiles e incluso penales en que había incurrido al descapitalizar la empresa. Le ofreció como tabla de salvación su adquisición por una cifra irrisoria, pero que, con la trasferencia de responsabilidades frente a los acreedores, permitían al vendedor verse libre de los riesgos que se cernían sobre su cabeza.

Maniobró al mismo tiempo a través de algún acreedor, proveedor conocido por él, a presionar más violentamente, a amenazar con toda suerte de denuncias si las deudas pendientes no eran liquidadas, y tanto apretó las clavijas que finalmente, suspirando satisfecho por verse liberado de tanta presión, el joven heredero abdicó malvendiendo su negocio.

El paso siguiente fue conseguir nuevos socios. A Sotillos le gustaban los negocios limpios, esto es, sin inversión ninguna. Si no pagaba nada por comprar, por muy mediocres que fueran los resultados, la rentabilidad sobre el desembolso era infinita. Necesitaba recuperar el modesto precio pagado en la compraventa, además de inyectar dinero fresco que sacara a la empresa de su crisis financiera; así que planeó un aumento de capital del cuarenta y nueve por ciento, con prima sobre emisión de acciones, y buscó socios. No le fue difícil colocar la emisión íntegra. A Miguel le ofreció una parte importante, pero sus recursos eran escasos.

—Miguel —le dijo—, como empleado nunca harás fortuna por muy bien pagado que estés; eso no te hará nunca rico. Necesitas tener tu propio negocio: ser dueño, trabajar para ti. Esta es tu oportunidad. Te dejo el capital que quieras y en el futuro, cuando tengas más recursos, cuando tus posibilidades sean mayores, estoy dispuesto a irte vendiendo acciones hasta que seas accionista mayoritario. El puesto de gerente general es tuyo, ya de por sí un buen ascenso. Con lo que ahorres de tu sueldo y con lo que te dé el rendimiento de tus acciones, podrás ir ampliando tu patrimonio, comprar más participación. Yo te ayudaré.

Miguel había tomado una decisión heroica. La fortuna llama a la puerta solo una vez en la vida, por lo que reunió todos sus ahorros, pidió prestado a la familia lo que buenamente pudo conseguir, vendió

su casa y se fue a vivir a un pequeño departamento rentado y con todo ello pudo alcanzar a cubrir casi un quince por ciento del nuevo capital de la sociedad.

Incluso recibió una ayuda complementaria e inesperada de Sotillos. Sin haberlo pedido, para poder completar algún punto porcentual más de lo que hubiera logrado con su solo esfuerzo, Sotillos le prestó el último millón de pesos.

—Mira —le dijo—, yo no lo necesito y a ti te vendrá de maravilla. No quiero intereses. Con el primer reparto de beneficios me liquidas.

—Pepe, te estoy muy agradecido, pero no puedo aceptarlo, esto es demasiado.

—Nada, quiero que completes por lo menos un quince por ciento y te falta este dinero. Lo traigo de mi cuenta en dólares de Banamex, así que me firmas un pagaré por los cuarenta mil dólares que acabo de sacar del banco y asunto concluido.

—De acuerdo, pero cóbrame al menos el interés bancario.

—Es un favor, no un negocio. Quiero hacer esto por ti y puedo hacerlo. No se hable más del asunto.

Su mujer y sus hijos aceptaron la transitoria austeridad de buen grado. Al fin y al cabo, pronto compensarían con creces las estrecheces impuestas por la nueva situación. Quien algo quiere, algo le cuesta.

Habían pasado ya cuatro años y el negocio, efectivamente, había ido muy bien. Sin embargo, Miguel no pudo ampliar su participación. Los ahorros sobre su sueldo sirvieron para ir devolviendo a la familia el dinero recibido en préstamo, y los beneficios... bueno, no hubo repartos de beneficios. Seguía viviendo en el departamento rentado y seguía marcando para los suyos un régimen de austeridad. Con todo, quedaba la compensación de saber que sus ahorros tenían un valor mayor cada día, que al valer más la empresa, su parte también.

Sotillos argumentaba y convencía a sus socios. «En esta época, o se invierte y se amplía el negocio o se pierde el tren». Había que reinvertir hasta el último centavo, crecer, si no, serían desbancados por la competencia. Además, al expansionarse, también harían superiores los rendimientos futuros. Luego estaba la inflación. Incluso para mantener el mismo inventario, con los aumentos de precios, se hacía necesario movilizar más dinero; los mismos días pendientes de cobro en la cartera de clientes, suponían, por el mismo aumento de precios y de producción, mucha más necesidad de recursos.

Los repartos de beneficios eran imposibles; primero, crecer. Además, Hacienda se llevaba la mayor parte del botín. Finalmente, Sotillos había iniciado una nueva maniobra: estaba comprando a sus socios.

—Conchita, haz pasar al Sr. Núñez, por favor.

—Muy bien, va para allá.

La puerta se abrió y desde su mesa Sotillos pudo ver a Conchita que la sujetaba mientras entraba Miguel. Después la cerró silenciosamente.

—¡Hola, jefe, buenas tardes! ¿Cómo estás? —Su rostro sonreía francamente mientras le tendía la mano.

—Muy bien, muchacho, anda siéntate y cuéntame cómo va todo —dijo devolviéndole el apretón de manos.

—Bien, muy bien. Creo que este mes volveremos a batir el récord de ventas.

—Estupendo, llevamos una progresión fantástica este año. ¿Crees que se mantendrá?

—Sí, creo que sí. Es un crecimiento sólido, con base. Continuo y firme. Estoy seguro de que este año vamos a hacer trizas otra vez el presupuesto. Lástima que tengamos tantos meses sin reunir al consejo, creo que les gustaría oír mis informes.

—Sí, verdaderamente con mis viajes hemos perdido la costumbre de la reunión mensual, pero, de todos modos, lo importante es que las cosas marchen, no que se cacareen.

—No creas, no creas. Como ejecutivo, tú sabes mejor que yo lo que agrada en el trabajo una felicitación del consejo.

—¡Bah! Tonterías. Dime, ¿has visto últimamente a alguno de los socios?

—Pues no, desde el último consejo de hace ya tres meses no he vuelto a ver a ninguno. Ni siquiera me han telefoneado para pedir noticias, para que les contara cómo va todo.

—Bueno, Miguel, eso tiene su explicación. Mira, quería charlar contigo para contarte un poco lo que ha estado sucediendo, ¿quieres un cigarrillo? —dijo ofreciéndole la cajetilla.

—Sí, gracias, fumaré uno, casi me he retirado ya del vicio, pero aún me tomo alguna libertad de vez en cuando.

—Tampoco yo fumo casi, pero cuando estoy aquí sentado todo el día, sin ejercicio, olvido mis buenos propósitos y acabo llenando el cenicero de colillas.

—Decías —dijo Miguel tras aspirar hondamente y con avidez y echar una bocanada de humo al techo— que querías contarme lo que ha estado sucediendo, ¿a qué te refieres?

—Sí, mira, he charlado algo con todos ellos: con César, con Gervasio y también con Jaime. Están un poco descontentos de no haber repartido utilidades en todo este tiempo.

—Bueno, realmente a todos nos hubiera venido muy bien, porque haberlas, las ha habido y grandes, pero tú siempre has defendido la postura del crecimiento.

—Sí, claro, pero quizá se ha agotado su paciencia; la verdad es que los encontré bastante molestos.

—Vaya, pues no sabía nada; la verdad es que del último consejo salieron bastante satisfechos.

—Pues sí, pero ya ves lo que son las cosas. Me han estado presionando; más bien fregando, incordiando. Me han puesto la cabeza como un bombo. En realidad, me han hecho ver que un negocio que no da para repartir y para crecer, no es un verdadero negocio.

—No sé, quizá se podrían haber hecho las dos cosas de no haber querido expansionarnos tan deprisa. Utilidades había para todo: Hacienda, repartos, cubrir las necesidades crecientes por la inflación e incluso reinversiones, aunque claro, más moderadas de las que hemos estado llevando a cabo.

—Bien, puede verse así, pero, desde luego ,ellos lo veían de otra manera. Como te digo, me han estado presionando mucho. Al fin y al cabo, yo fui quien los metió en esto.

—Bueno, tú no eres de la clase de gente que se deja presionar. ¿Qué has hecho?

—¿Que qué he hecho? Pues lo único que podía en tales circunstancias. Les dije que, si no estaban de acuerdo, vendieran su parte.

—Bien hecho. ¿Y qué contestaron?

—No estuvieron de acuerdo con el precio y forcejearon mucho. Al fin y al cabo, yo no quería comprar y les dije que solo podía ofrecerles lo que habían puesto, así que, o lo dejaban o lo tomaban.

—Pero, hombre, ¡con la inflación, esto vale por lo menos diez veces más! Además, toda la reinversión que se ha hecho...

—Algo así replicaron ellos, pero yo me tuve que mantener en mis trece. Al fin y al cabo, el problema lo creaban ellos, no yo.

—¿Y qué pasó luego?

—Bien, estaban hartos de no ver un peso y la situación se había vuelto de una tirantez irreversible. Finalmente, aceptaron un tres por uno y les compré sus partes.

—Pero, bueno, ¿así, sin más? ¿Sin enterarme yo de nada? ¿Y el derecho de tanteo entre los socios?

—Les dije que no te dijeran nada para no inquietarte. Podías sentirte responsable de la falta de utilidades suficientes para repartir y haber pasado unos malos días. En cuanto al derecho de tanteo, no existe en nuestra sociedad, no lo mencionan las escrituras ni la ley, excepto en el caso de aumento de capital.

—Yo creo que debería de haberme enterado, yo soy el más interesado en esta sociedad. Está aquí todo lo que tengo. Todo mi patrimonio.

—Te estás enterando ahora y esto debe bastarte. ¿Qué pretendías hacer, comprarlas tú?

—Habría sido una posibilidad... bueno, una pequeña parte. Podría haber buscado quien me ayudara, como la otra vez. Tú sabes que siempre he querido ampliar mi participación.

—Estás en el momento justo de hacerlo. Mira, yo no puedo seguir así. El dinero en el banco da un dineral y aquí ni un peso. Te ofrezco toda la sociedad, el ochenta y cinco por ciento que te falta para que sea toda tuya.

—Pero, Pepe, tú sabes que yo no puedo ni soñar con eso, no tengo nada, nunca podría reunir el dinero suficiente ni aunque me la vendieras a un precio de ganga como el que acabas de conseguir.

—Esa era una opción; la otra, comprar tu parte. El paquete de cien por ciento lo podría seguramente vender si no pido mucho. Tú eliges.

—Pero, Pepe, sabes que no puedo comprar, que no tengo con qué. Pero si vendo, me quedo sin nada, ese precio de un trescientos por ciento sobre el valor de hace cuatro años, tú sabes que es irrisorio. No puedo comprar, pero nadie me puede obligar a malvender.

—Eso es cierto, pero comprenderás que, dado que quiero finiquitar todo este asunto no puedo dejar cabos sueltos. Necesito también que canceles el préstamo que te hice.

—Bueno, si es por eso, creo que podré reunir el dinero. No me habías reclamado el millón de pesos y tú mismo me dijiste que lo liquidara con el primer reparto de beneficios.

—Espero que no te confundas, Miguel, lo que me debes son veintiocho millones de pesos, te presté cuarenta mil dólares.

—¿Cómo? Fue un millón de pesos.

—Tú mismo firmaste un pagaré por los cuarenta mil dólares. No me digas que después de mi generosidad de no cobrarte intereses, de no haberte molestado recordándotelo, tú lo has olvidado tan pronto.

—¡Dios mío! —la voz de Miguel era suplicante—. ¿Cómo puedes hacerme esto? Sabes que hablamos de deuda en pesos, sabes que ni asaltando un banco reuniría ese dinero.

—Escucha, Miguel. Las cosas se han complicado para todos y yo tengo que salir de este enredo. Puedo ser bueno, pero no pendejo. Saqué cuarenta mil dólares del banco para prestarte y cuarenta mil me tienes que devolver. Si quieres vender, vendes... Te perdono los veintiocho millones y te doy otros quince para que hagas con ellos lo que quieras. Si no quieres vender, me cancelas la deuda mañana y te puedes quedar con tu quince por ciento y que te aproveche.

Miguel estaba pálido. Temblaba de ira y de desesperación.

—No puede ser, eres mi amigo. Esto es arruinarme. Dejar en la calle a mi familia. Con ese dinero no puedo ni volver a comprar la casa que vendí. Me estás hundiendo.

—Yo no te hundo ni te arruino. Reclamo lo que es mío y lo que ha venido siéndolo estos cuatro años sin que me lo devolvieras.

Conservas tu trabajo. Seguramente, quien se quede con el negocio te mantendrá; eres competente. Pero yo necesito una solución ya. Esta maldita empresa me ha dado muchos quebraderos de cabeza y ya no puedo seguir así.

»El lunes a las nueve estará aquí mi notario. Si quieres comprar, traes el dinero y liquidamos la operación. Si quieres vender, traes tus acciones y te llevarás el pagaré y un cheque certificado. Si no apareces, no tendré más remedio que ejecutar el pagaré. No quiero dedicarle a este asunto una sola noche de insomnio más. ¿Me has entendido?

Miguel asintió con la cabeza. Como un sonámbulo, se levantó de su asiento y se fue hacia la puerta. La cabeza gacha, los hombros hundidos, el paso cansino. Salió sin despedirse. Se sentía insensible, como un vegetal. El mundo se había hundido para él y lo había hundido su mejor amigo, su protector.

Sotillos lo vio salir sin sentir ninguna lástima ni consideración hacia él, sin remordimientos. «¡Estos infelices se creen que se van a comer el mundo! ¡Quieren hacerse ricos sin saber lo que es llevar un negocio! ¡Ejecutivos presuntuosos e inútiles! Les das la mano y te quieren morder. Son aves de rapiña. Después de todo lo que les ayudas, aún piden más, argumentando que no tienen con qué pagar sus compromisos, como si el ser pobre hasta no tener dónde caerse muerto fuera un argumento para pedir clemencia».

Descolgó el teléfono y marcó un número de Nueva York.

—¿*Mister* Harris? Aquí México. *Mister* Sotillos.

—...

—Buenas noches, le hablo algo tarde a su casa, como convinimos, porque llego ahora de un viaje.

—...

—Bien, *Mister* Harris. He estudiado la oferta de su grupo y he decidido aceptarla.

—...

—Correcto, serán dos millones de dólares por el cien por ciento de las acciones de nuestra conservera. Un millón me los depositarán en mi cuenta de Nueva York y los otros setecientos cincuenta millones de pesos se harán efectivos aquí, en México. Son los únicos que aparecerán en el documento oficial que firmemos para las autoridades de mi país.

—...

—El tema de los testaferros para que detecten el cincuenta y uno por ciento que la ley de inversiones extranjeras exige también está resuelto; tengo tres prestanombres que están de acuerdo en todo.

—...

—Conforme, el lunes les espero por aquí. Hasta entonces.

...

A Evaristo le encantaba comer en el Churchil. Había llegado veinte minutos antes de la hora fijada con Sotillos para el almuerzo, y se deleitaba observando la decoración y la construcción del viejo edificio, fiel imitación de una casa inglesa del siglo XVIII. Encontraba el ambiente elegante y confortable y las carnes eran una delicia.

Su amigo tenía una suerte inmensa que quizá ni siquiera llegaba a comprender y valorar. Para él era normal y frecuente comer en lugares como ese en sus citas de negocios. Incluso la cuenta se la pagaría luego la compañía. Viajaba en un ostentoso automóvil con chófer, también pagado por la empresa. Todo eso sin contar los frecuentes viajes a Nueva York o a Houston por negocios, o las visitas a numerosos lugares de la República, siempre en los mejores hoteles, en el ambiente más selecto. Pepe consideraba normal todo aquello. Pero no lo era en absoluto.

En cambio, Evaristo tenía que pagarse de su propio bolsillo cualquier capricho que se le antojaba, pues podía pasar alguna nota a su negocio para hacerse la ilusión de que eran gastos deducibles de impuestos, pero, al final, él pagaba todo. Su ambiente era muy distinto. Para obsequiar a un cliente o un proveedor nada mejor que una taquería o una pulquería de la Merced. Era otro ambiente, otras gentes.

Reconoció un íntimo sentimiento de envidia hacia su amigo. ¡Le era todo tan fácil, sin esfuerzo! Era su confidente, sabía de sus devaneos y, en ocasiones, había sido incluso su coartada. Tenían una estrecha amistad, pero se sentía por debajo en muchos aspectos y eso le mortificaba, incluso le irritaba el darse cuenta de que inconscientemente le imitaba en actitudes tan simples como cuando se compró el lujoso Córdoba blanco y negro en sustitución de su modesto Datsun, para tener un vehículo que no desmereciera junto al de su amigo.

Paladeaba despacio el oporto que había ordenado como aperitivo. «Sí —pensó—, pronto estaré en el mismo nivel de Pepe. En cuanto nuestro negocio sea una realidad, mi vida cambiará. Voy a vivir como un potentado. Nada de tener que ir por la vida cuidándome de no gastar más de la cuenta ni aparentar que no tengo demasiado allá, en la Merced y por el contrario intentar deslumbrar en cuanto me reúno con los conocidos. Voy a ser rico en todo momento, como Pepe, sin disimulos ni ostentación».

Sotillos llegó con cinco minutos escasos de retraso. Se saludaron, seleccionaron sus menús en la carta y se dispusieron a discutir los últimos detalles de su proyecto.

—¿Qué noticias tienes de lo nuestro? —preguntó Evaristo.

—Conforme a los planes, todo viento en popa. La semana pasada

estuve con el delegado y ya tengo su promesa formal de que nos dará la autorización para construir. Es ya un hecho. Por supuesto, se llevará un buen pellizco.

—Entonces, firmo mañana la compra, tal como habíamos quedado. Piensa que aún tenemos tiempo para volvernos atrás, sin los permisos maldita la falta que nos hace ese terreno.

—Te estoy dando mi palabra de que no hay el menor inconveniente para que nos otorguen los permisos, una vez que presentes la comprobación de que el terreno es de tu propiedad y los proyectos de los arquitectos que nos entregaron la semana pasada.

—Por cierto, quedé en liquidarles sus honorarios pasado mañana. Son una barbaridad.

—¿Has intentado negociar con ellos como te dije? Que los vayan cobrando conforme pasan los de dirección de obra.

—Sí, pero no hay forma de convencerlos. Han accedido a cobrar un ocho por ciento en lugar del quince que, inicialmente, pedían sobre certificaciones de obra por su dirección técnica y asesoramiento en virtud de la magnitud del presupuesto, pero no quieren mezclarlo con los costos del proyecto. El jueves debo pagarles.

—En ese caso, es una buena gestión, Evaristo. Un ocho por ciento es razonable.

—Sí, pero sobre seis mil millones de ejecución material de obra, hablamos de un total de cuatrocientos ochenta. Para mí los quisiera yo.

—Ten en cuenta que ponen a nuestro servicio un completísimo equipo de arquitectos, ingenieros, delineantes, aparejadores. Es un costo a todas luces razonable.

—No sé, Pepe, me dan escalofríos pensar en lo que nos estamos metiendo.

—No tienes de qué preocuparte. Con tus trescientos millones y mis setecientos, cubrimos los primeros pagos. Tengo ya concertadas las compras de diez clientes, que con seguridad se quedan con la mitad del edificio, y nos irán pagando por adelantado en cuanto vean que estamos cimentando. Trabajaremos casi totalmente con su dinero. Todo, menos esta inversión inicial, van a ponerlo los mismos clientes. Fíjate: veinte alturas de mil quinientos metros cada una. Se te hace un mundo de dinero, pero piensa en dólares y vamos a vender barato. Las compañías transnacionales se nos van a rifar los despachos.

—Sí, me lo has dicho mil veces. México necesita oficinas. No hay y los precios están por las nubes; las rentas y las ventas se valoran en dólares, conforme. Pero a lo mejor llegamos tarde, el mercado está ya saturado y no vendemos. México ha estado lleno de oficinas vacías para vender o rentar que nadie ha querido. No lo olvides. Después del terremoto se triplicaron los precios y se ocuparon todas. Esa fue la

gran oportunidad. Pero ¿qué pasará de aquí a dos años cuando terminemos nuestro edificio?

—Pasará que el TAURO será un éxito como lo han sido todos los edificios que se han construido últimamente de esas características. Evaristo, piensa que vas a multiplicar por diez tu dinero; ¿entiendes? En dólares es diez veces lo que suba la inflación. Es como decir mil veces más que en un banco de Estados Unidos. Si llevas hoy allá un dólar, tendrás para entonces un dólar y doce centavos; quizá cuatro veces más pesos que hoy, pero doce centavos de dólar más. En el TAURO, tu dólar se va a transformar en diez dólares, ¿qué me dices?

—Demasiado bonito para ser cierto.

—Mira, el terremoto acabó con las secretarías del Gobierno y ahora tienen oficinas diseminadas en cientos de pequeños edificios esperando reagruparse, pero sin dinero para invertir en grandes colosos. Se fueron al traste también muchísimos edificios de oficinas privadas y otros muchos aún en pie, tarde o temprano los desalojarán. Los grandes consorcios, las multinacionales, los despachos importantes de profesionales o las oficinas de representación de empresas grandes o medianas tienen que ubicarse en edificios como el TAURO, y hay pocos, créeme. Y en nuestra zona, menos. El nuestro va a ser el primero que obtenga permiso de la delegación, de ahí la oportunidad. Es una lotería con un solo número: el nuestro.

—Pepe, tú eres hombre de negocios, de ideas brillantes. Yo no, siempre te he admirado por ello y tú lo sabes, pero comprende mi inquietud. He metido en esto no solo todo mi dinero, sino todo el de mi familia e incluso he hipotecado sobre todo lo que pienso ganar en los próximos dos años. Estoy a punto de saltar del trampolín y me da vértigo. Eso es todo. Y mañana es el salto.

—Yo también me he volcado. Estoy vendiendo la conservera. Exceptuando algún remanente de seguridad en Estados Unidos, todo lo voy a meter en esto. Tengo fe ciega. En sí la construcción puede ser mejor o peor negocio, pero la oportunidad que nos da el delegado es providencial. He empezado a moverme en las ventas y he podido ratificar lo que nos indicaban los sondeos previos. En los primeros seis meses tendremos vendidos y cobrados más de la mitad de los metros a edificar. Antes de terminar, estará todo. Brindo por eso.

Ambos brindaron con una última copa de Rioja, Faustino I., el vino preferido de Sotillos y que había acompañado su T. Bone.

No mentía. Era totalmente cierto lo que estaba diciendo. Había decidido jugar fuerte esta vez. Todo su dinero personal, obtenido a base de quince años de estar al acecho en busca de cuantas oportunidades se presentasen, iba a entrar en juego esta vez. Era una carambola a tres bandas. Los ahorros acumulados habían servido para comprar a sus socios en la conservera sus partes. Vendía esta íntegra

al consorcio norteamericano que la veía como una magnífica cabeza de playa desde la que incursionar en el mercado local y desde la que catapultar importantes ventas al otro lado de la frontera, merced a los bajos costos comparativos. Al menos la mitad del importe de esa venta, hecha con suculentos beneficios, la aportaría al capital de trabajo que precisaría la constructora en su arranque. Aunque esta sería un éxito, mantendría libre de riesgo al resto.

La amistad con el delegado había surgido como producto del azar; pero una vez vistas las posibilidades que representaba, la había alimentado sin escatimar medios. Se habían conocido en un vuelo a Nueva York. En primera clase solo viaja quien puede permitirse el lujo de pagar el doble por un asiento algo más ancho y unas copas sin cargo, gente que no mira los centavos. Él viajaba siempre así y también lo había hecho el delegado. El destino los había sentado juntos y él se encargó de lo demás. La necesidad de construcción que surgió tras el terremoto le brindó el motivo. Luego todo fue cuestión de tenacidad. Y él, básicamente, era tenaz. Evaristo había tenido que ir por delante en poner el dinero. Al fin y al cabo, la idea era de Pepe, los contactos necesarios también y la mayor parte de la aportación. Él necesitaba unas semanas más para concluir una carambola, pero estaría todo listo antes de excavar el primer metro de terreno.

—Pepe —dijo Evaristo—, estoy firmemente decidido y entusiasmado con el proyecto, pero me preocupa su envergadura, el tremendo salto al vacío de iniciarlo con solo una mínima parte del presupuesto cubierta con nuestra inversión y mi falta de experiencia. Tú sabes que nunca he salido de las mueblerías y este es un paquete totalmente diferente. Pienso que voy a tener que estar molestándote continuamente con peticiones de ayuda y de consejo.

—Mira, aunque tú vas a figurar como director de todo, por lógica tienes que dejar que sea el despacho de arquitectos quienes se ocupen de todos los detalles. Vas a estar encima para que aprecien una supervisión constante de los propietarios, pero no tienes que molestarte, ni debes, en tomar decisiones. Tus observaciones, tus quejas, tus opiniones, todo lo debes canalizar a través del arquitectojefe. Yo estaré lo más pendiente que pueda, pero ten en cuenta que tú dedicarás a esto tu tiempo completo, mientras que yo debo destinarlo a mi trabajo.

—Bien, definitivamente, mañana entramos en el juego, ¿me acompañarás?

—No sé si podré, pero lo normal es que me sea imposible desmarcarme un rato para ir contigo. Además, vas a estar todo el día ocupado poniendo en marcha la operación.

—Sí, desde temprano. Tengo que ir al banco y luego a la notaría donde firmaremos todos los documentos. Eso me llevará toda la

mañana, y la tarde la ocuparé íntegra con los arquitectos.

—En ese caso, brindemos otra vez, ¡por el éxito!

Las copas de Duque de Alba, el brandy preferido de Sotillos, chocaron. Habían terminado los postres y era hora de volver a sus ocupaciones. Ambos estaban seguros de que una nueva perspectiva se abriría a sus vidas cuando antes de dos años su obra estuviese concluida.

—Pasado mañana paso a informarte de cómo fue todo.

—Muy bien, estaré toda la mañana en mi oficina.

...

Después de su interesante y provechosa entrevista de la mañana, Muñoz había tenido tiempo de reflexionar sobre los pasos que debería seguir. Para él era ya un hecho que Sotillos iba a pagar cara la estupidez que había cometido destituyéndole y que en poco tiempo podría disfrutar de un descanso merecido. En tales circunstancias, nadie más indicado que él para dirigir la empresa, pues, ya de hecho, podía haberse tomado esa decisión catorce años antes, cuando se confirió la jefatura a su rival.

Durante ese larguísimo período, había permanecido en un incómodo segundo lugar, entregando toda su dedicación, esfuerzo y conocimientos en bien de la empresa. Había hecho méritos sobradísimos para figurar como el aspirante más capacitado para el ascenso, tanto por su proximidad familiar hacia una parte del accionariado, como por su proximidad a la toma diaria de decisiones y su conocimiento de primera mano de toda la estructura, entretelas y matices del negocio.

En un par de ocasiones había intentado, sin éxito, desestabilizar la posición de Sotillos. Sin embargo, en ambas oportunidades sus intrigas habían fracasado, si bien, como mal menor, por lo menos no lo habían hecho aparecer en evidencia. Aunque por todos era conocida la rivalidad existente entre Sotillos y él, en apariencia llevaban una buena relación, tuteándose y mostrándose en público como buenos camaradas.

La realidad, sin embargo, era muy otra y no engañaban a nadie. La envidia y el rencor mutuos eran superiores a cualquier sentimiento de conciliación y cooperación que la razón pudiera imponerles.

En los últimos meses había iniciado su tercer y definitivo intento de desestabilización. Aunque disponía de muchos elementos fieles en la organización, había utilizado los menos posibles, los imprescindibles, a fin de evitar al máximo las fugas de información.

De común acuerdo con un grupo de vendedores fieles a su causa, había iniciado una maniobra tendente a la reducción al máximo de las ventas, justificándose con el argumento de seguir al pie de la letra las instrucciones recibidas por dirección. Como era de suponer que en

algún momento recayeran sospechas de boicot sobre ellos, procuraban recoger cuanta información escrita pudiera corroborar que la competencia se llevaba los pedidos por seguir otras políticas comerciales. A tal fin, habían logrado reunir un buen expediente de copias de ofertas presentadas por las empresas rivales y de pedidos levantados por ellas a clientes habituales propios, con objeto de justificar su mucho esfuerzo y pobres resultados.

Todo había funcionado de maravilla hasta la mañana anterior. En realidad, Muñoz tenía previsto que la tormenta estallara en el consejo antes que en el comité, y había sido un error suyo el soliviantarse en aquel momento en lugar de capear el temporal y presentarse con sus muchas pruebas ante los demás socios, demandando una sustitución en la dirección.

De todas formas, quizá fuera preferible así. Aunque su tío hubiera estado de su lado, hubiera sido a Domínguez y sus representantes en el consejo a quienes hubiera correspondido, como siempre, la función de árbitros, o las pruebas presentadas les resultaban plenamente convincentes o por muy grave que fuera la crisis desatada no se podría asegurar de ningún modo cuál sería la decisión final.

Ahora, sin embargo, ya no servían los paños calientes. La lucha se había desatado y no podría quedar en empate. Se iba a producir una vacante y no existía duda alguna de que él era el más capacitado para cubrirla.

Realmente, había tenido que tomar una decisión difícil que quizás en el futuro se volviera contra él. Era prácticamente imposible que ningún socio lo sospechara y mucho más aún que pudiera probarlo algún día. Como es normal en estos casos, había tenido buen cuidado de presentarse con nombre falso a su entrevista matutina y a lo largo de la conversación, en ningún momento dio un solo indicio de cuál era su personalidad y su vinculación a Pepe.

Definitivamente la suerte estaba echada. Solo quedaba esperar que pasaran unos días, en los que él ya no podía hacer nada. Y cuanto más lejos estuviera de todo el lío, mejor.

Su tío le había dado un buen consejo; claro que no para cumplirlo ayer, sino hoy. Además, debía mostrarle cuan obediente era a sus consejos ahora que necesitaba, una vez más, su voto a favor. Definitivamente, se iría unos días de vacaciones, necesitaba un descanso total para aclarar sus ideas. Tendría que irse solo, sin su mujer ni los niños, magnífico, un viaje de soltero. ¿Por qué no? Necesitaba descansar. Nada de Las Vegas, con transbordos de avión, frenesí nocturno y trajín a todas horas; mejor se iría a Cancún, a tumbarse en la arena y relajarse sin hacer nada, solo proyectos para el futuro. El último viaje a Cancún con la familia le había sorprendido por lo bonito, bien cuidado y lo mucho que había crecido. Era un

auténtico paraíso tropical.

...

Sotillos ordenó a Marcos que se dirigiera a la fábrica. La víspera, por culpa del asunto de Martínez, había visitado una y pensaba aprovechar esa tarde visitando la otra. Tenía por costumbre ir dos veces por semana a cada una de ellas. No estaba mucho tiempo. Eran recorridos intentando captar con la vista cualquier anomalía que los fríos partes estadísticos diarios omitieran. Hablaba con unos y con otros, daba recomendaciones, consejos o si era imprescindible alguna orden tajante, aunque prefería canalizar estas a través de las jerarquías adecuadas.

En ocasiones, permanecía presente en algún comité de planta y otras, como la víspera, estudiando sobre el terreno algún problema específico, pero por lo general eran visitas rápidas, aunque intensas, en las que pretendía tanto hacer que su gente lo sintiera cerca y vigilante, a pesar de la lejana situación de la oficina central, como de vislumbrar indicios de nuevos problemas antes de que estos llegasen a aparecer en los informes.

El recorrido era largo. Desplazarse desde la zona central por el anillo periférico hacia el extremo sur de la ciudad y llegando a este callejear por la zona industrial hasta la planta, todo ello con la congestión de tránsito de las cuatro y media de la tarde, fácilmente era una hora de recorrido. Había quedado con Viky en que le mandaría el coche para recogerla y a las ocho y cuarto se verían en el vestíbulo de la sala de conciertos Nezahualcoyotl, en el centro de la Ciudad Universitaria, también en el sur, relativamente cerca de la fábrica.

Hacían ese plan con alguna frecuencia. Los martes invariablemente había concierto por la noche y a Viky le entusiasmaba la música clásica. Él pasaba dos horas largas en la planta y luego se hacía llevar por algún ejecutivo hasta el Centro Cultural Universitario. Mientras tanto, Marcos había tenido tiempo de recorrer toda la ciudad de sur a norte para recoger a Viky y luego de nuevo de norte a sur llevándole hasta la sala de conciertos. Un recorrido total de casi cien kilómetros, todo por territorio urbano en una de las ciudades con tránsito más caótico del mundo. Pero pudiendo hacer otro el paseo, no era tanto esfuerzo.

Los martes son días activos, musicalmente hablando, en México. Otras veces que no acudían a Nezahualcoyotl —una sala grande, moderna, con una decoración acogedora pese a su magnitud y una acústica impecable— lo hacían a Bellas Artes, a escuchar ópera. A Sotillos le daba una doble satisfacción: cumplir con los deseos de Viky —en justa compensación por la escapada de los lunes con Lourdes— y relajarse oyendo a los clásicos, a los que poco a poco iba

comprendiendo, mientras se sentía distinguido al deleitarse con algo realmente refinado.

Después del concierto, irían a cenar a alguno de los restaurantes preferidos de la zona, normalmente a la Hacienda de Tlalpan o a la Cava, donde solían quedar citados con algún otro matrimonio relacionado con la empresa y sus negocios o con su círculo de amistades. Una cena tranquila, pues a la salida apenas habría tráfico y en veinte minutos más podrían estar en sus casas.

...

Miguel no había probado bocado a mediodía y, sin embargo, seguía sin nada de apetito. En realidad, había estado haciendo lo mismo de siempre sin darse cuenta de nada. Era un autómata. Al salir del despacho de Sotillos, se había dirigido de nuevo a la fábrica. Al contrario que en el viaje de ida, no maldijo el tráfico ni a su servilismo al haber aceptado una hora para la cita que le partía en dos la mañana, en lugar de haberla acercado a primera hora de la mañana o a última de la tarde. Fue silencioso, totalmente abstraído, la vista perdida; la sensibilidad dormida. Había pasado la tarde en la fábrica y ni podía recordar qué había hecho o qué había dicho, ni a quién ni cuándo. Ahora, en su coche, próximo a llegar a casa, se dio cuenta de que se sentía como un auténtico vegetal y que no deseaba nada, sino evaporarse, desaparecer; desintegrarse.

Su amigo lo había vendido por dinero, era un canalla. Le había fingido afecto, consideración, respeto y todo era una farsa. Tantos años de ilusiones, de sacrificios, tanto esfuerzo en hacer cada día mejor las cosas para nada. No podía plantearse comprar el ochenta y cinco por ciento, por mucho que acudiera a amigos y conocidos no conseguiría reunir socios con capital suficiente como para un desembolso así. Su círculo de amistades era modesto, el único potentado que conocía había resultado ser un Judas.

«¡Dios mío! —pensó—. ¿Qué puedo hacer?». No tenía ganas de llegar a casa y paró el coche estacionándolo en una calle débilmente iluminada junto a la acera. Encendió un cigarrillo y puso un casete. Oyó a José contarle nuevas amarguras que unir a las suyas. No podía comprar, definitivamente. Además, ¿quién sabe qué precio pondría en caso de aparecerle con dinero y socios? Había insinuado Sotillos que estaba dispuesto a venderle al mismo precio que a comprarle, pero, obviamente, aquello no tenía credibilidad. Imposible. Quería echarlo a la cuneta y tenía todas las armas en la mano.

¡Quince millones! Parecía tanto y, sin embargo, con la inflación ya no eran nada. No eran suficientes para comprar, por ejemplo, la casa que vendió para poder entrar en el negocio. Evidentemente eran un pellizco. En el banco, con los intereses tan astronómicos que daban, más de un millón al mes, era más que el sueldo. Claro que, al año

siguiente valdrían la mitad y al otro, otra mitad... total, para vivir cuatro años sin trabajar. Desde luego que esa no era su idea, él seguía siendo el mismo. Podía ser un remanente por si lo necesitaba la familia, si no quería que perdiera su valor, podría ponerlo en dólares, veinte mil dólares; al año más de mil de intereses ahora que están bajos; un extra desueldo.

Debía pensar cómo se lo iba a decir a su mujer, había que buscarle el lado bueno, si es que lo tenía, porque no quería darle más disgustos. Había jugado a los negocios y había perdido. Eso les pasa a muchos. Ellos, al fin y al cabo, aún eran jóvenes y podrían intentarlo otra vez. Su única riqueza fue siempre su capacidad de trabajo y esa no la había perdido. ¡Si por lo menos estos últimos años no hubieran sido tan difíciles en su hogar! Peor les va a otros; hay quien se arruina por completo y pierde todo en un negocio. No es su caso. Recuperaría un dinerillo, además, ya no debería nada a nadie.

Miguel, de pronto, dejó de pensar. Sintió una aceleración en el pecho y una energía que le había abandonado desde mediodía. «Pero ¿cómo? —se dijo —voy a convencerme de que esto es normal, ¡ es un robo! ¡Él es un canalla! No es que haya salido un negocio mal, es que me lo quieren robar: el negocio ha sido bueno y muy bueno, pero para él. No voy a dejarme robar, no se merecen mi mujer y mis hijos que no luche por lo que es mío y de ellos. No firmaré el lunes y si quiere pleito, tendrá pleito».

Luego la energía se le escapó otra vez del cuerpo. ¿Pero cómo podría luchar? Había que ser un bandido como él para saber hacerlo, él estaba acostumbrado a esas cosas, a juicios, a demandas, a ir con abogados y asesores que le preparasen el camino. Seguro que al final ganaría, los fuertes siempre ganan.

Miguel sintió deseos de volarse la tapa de los sesos. Así no tendría que enfrentarse a su mujer como un derrotado y a sus hijos como un inútil. Si desaparecía... no, sería peor aún para ellos, incluso en el plano material. Era el padre quien podía aportar sustento y bienestar a los suyos; la huida quizá parecía el camino más fácil, pero también el menos práctico. Además, ¡qué caramba! Puestos a llevar a ese extremo las cosas, mejor cargarse primero al maldito canalla que provoca la ruina de la familia; puestos a hacer víctimas inocentes, mejor aderezar el cotarro con alguna víctima culpable.

No, evidentemente no era ese el camino. Miguel Núñez puso en marcha el motor y se encaminó hacia su casa. Diría a su mujer que iban a estudiar el asunto con más detalle para ver qué solución se les ocurría, que su jefe se había sorprendido de su propuesta y que iba a analizarla. Por supuesto, a Sotillos le diría que a ese precio él no vendía; si quería ejecutar el pagaré que lo hiciese, pero por quince millones de pesos él no vendía el patrimonio de su familia. Estaba

dispuesto a hacer frente a las circunstancias, había sido un buen luchador para su empresa y estaba dispuesto a serlo a partir de ahora para él y para los suyos. No se pararía ante nada, en estas circunstancias, el fin justificaba los medios.

...

Martínez permaneció en la cantina hasta muy entrada la noche. Había ido allí con su yerno para contarle cómo habían sido descubiertos, cómo debían terminar sus manejos ahorita mismo y cómo era seguro que, como poco, les harían devolver todo lo que con tanto esfuerzo habían logrado y que el patrón no lo había denunciado para obtener algo importante de ellos.

La verdad es que pretendía al llegar muchas cosas; desahogarse con el yerno contándole lo ocurrido, sentirse acompañado y apoyado por alguien más joven y fuerte y establecer algún plan de actuación que de algún modo pudiera hacerles salir airosos de aquel problema.

Sin embargo, solo consiguió realizar sus dos primeros objetivos. Cuando llegó el momento de empezar a elaborar alguna estrategia, sus mentes estaban ya seriamente afectadas por el alcohol ingerido y solo sentían ganas de cantar, maldecir al tirano y seguir bebiendo. De hecho, logró sentirse más acompañado y apoyado de lo que él mismo pretendiera.

Llegó a su casa muy tarde, con la cabeza cargada y las piernas débiles; llegó tambaleándose, sin apenas ver el camino y cantando corridos llenos de sangre, de venganza y de odio. Estaba más que justificada una buena borrachera cuando a uno le pasa lo que le había ocurrido a él.

MIÉRCOLES 20

Evaristo no había dormido bien aquella noche. Se había acostado muy excitado por los acontecimientos que se iban a producir y tuvo un sueño, mil veces interrumpido, con sobresaltos y pesadillas. Cada vez que se despertaba le costaba más esfuerzo volver a conciliar el sueño, hasta que decidió, a las seis de la mañana, levantarse definitivamente de la cama y darse un buen baño para alejar el sopor y los malos pensamientos.

Salió del baño envuelto en el mismo albornoz con el que se secara y antes de vestirse se dirigió a la minúscula cocina de su apartamento y se preparó su desayuno habitual; un par de huevos fritos con tocino, un jugo de naranja y un café.

Como hacía cada mañana —solo que, en esta ocasión, con casi dos horas de anticipación—, colocó en una bandeja todos los útiles que precisaba para desayunar sin interrupciones, sin tenerse que levantar a por el azúcar o el tenedor o una servilleta olvidada y se acomodó en su sala de estar, frente al ventanal.

Desde hacía seis años vivía en ese apartamento de la calle Rubén Darío, frente al parque de Chapultepec. Era un sexto piso que permitía contemplar la ciudad extendiéndose hacia el sur, con un primer plano relajante lleno de la vegetación y el verdor del parque. En los días luminosos, sin niebla ni *smog*, como aquella mañana, podía ver kilómetros y kilómetros de ciudad, hasta la cima del Ajusco o el perfil de las montañas que coronaban y cercaban el Valle de México.

Era un apartamento pequeño, como correspondía a la vivienda de un hombre solo, sin compañía ni servidumbre. Un salón hacía las veces de recibidorestarcomedor, una minúscula cocina, un amplio dormitorio y un elegante baño incorporado. Muchos ventanales al exterior en el estar y en el dormitorio y los muebles mínimos, aunque

elegantes, para hacer más fácil el orden y la limpieza del lugar.

Evaristo siempre desayunaba frente al ventanal, con las cortinas corridas, sentado en el tresillo y la bandeja apoyada en la baja mesa de cristal que hacía de centro. No era el lugar indicado, teniendo una pequeña barra en la cocina que podía hacer de antecomedor o incluso una mesa de comedor con ocho lugares casi siempre vacíos, pero a él le gustaba ese sitio y no había nadie que pudiera prohibirle hacer en su apartamento lo que se le antojara.

La comida con Pepe debería haberle tranquilizado, pero sin saber por qué, no había logrado sentirse todo lo cómodo y entusiasmado que debiera. Eran ciertas las aseveraciones de su amigo y lógicas sus proyecciones, pero siempre hay imponderables y factores no considerados que pueden echar abajo el proyecto mejor construido.

Como confidente de Sotillos, había asistido en la penumbra a su operación de liquidación de la conservera. Había conocido en cada momento qué pasos se estaban dando, qué progresos se hacían y qué quedaba pendiente. Con excepción del pequeño quince por ciento del gerente, toda la sociedad estaba ya en manos de Pepe, y el gringo con el que había estado negociando estaba dispuesto a comprársela incluso por más dinero del que necesitaba para la construcción. Aunque el gerente no quisiera vender su parte a Pepe, no podría echar abajo la operación; vendería en todo caso a los americanos, aunque con bastante mejor precio. Pepe pondría toda la carne en el asador para llevarse él la plusvalía, pero no por ello perdería su botín. Así pues, los setecientos millones que debía unir a sus trescientos estaban garantizados.

Lo que preocupaba a Evaristo era la apreciación del mercado que había hecho su amigo y que se le hacía excesivamente optimista. Él había vivido de cerca, aunque como espectador, distintas épocas de expansión y de crisis y siempre el sector de la construcción era el más afectado. Más incluso que el suyo propio: el de los muebles.

Sin saber cómo, de pronto, de la noche a la mañana se pasaba de haber escasez de viviendas a haberlas en exceso, de no haber suficientes oficinas y estar sus precios de venta o alquiler por las nubes, a que quedasen vacíos o sin ocupar edificios completos. Ese era su miedo. Hacía un año, antes del terremoto, sobraban cientos de oficinas que la crisis había hecho cerrar. Después, incluso ahora, faltaban, ¿qué pasaría dentro de unos meses, cuando necesitaran el dinero para continuar la obra? ¿Y dentro de un año, cuando necesitaran tener vendido todo el edificio para terminarlo? Llevaba un buen rato sumido en sus meditaciones cuando sonó el teléfono.

—¿Bueno?

—¡Hola, Evaristo! Hoy es el gran día, ¿verdad?

—¡Hola,Viky! Sí, efectivamente, estoy esperando que sean las

nueve para ir al banco y ponernos en marcha.

—Pepe me lo contó todo anoche volviendo a casa después de la cena. Me dijo que estabas preocupado. Acaba de irse a un desayuno y quise llamarte para darte ánimos. ¡Valor y enhorabuena!

—Gracias, Viky. Son preocupaciones normales, nada de importancia.

—¿Vendrás esta noche a cenar con nosotros y a contarnos cómo te fue?

—Imposible, terminaré muy tarde con los arquitectos. Incluso puede que cene con ellos. Mañana quedé en pasar a ver a Pepe y contarle.

—¡Muy bonito! Y a mí, ¿quién me tiene informada?

—Te hablaré más tarde, ¿te parece?

—A mediodía estaré en casa, llámame, por favor.

—Hasta luego.

—Suerte y hasta luego.

Evaristo colgó el teléfono.

Era increíble, su amigo ayudándole a transformar su existencia, tendiéndole la mano para hacerle subir el escalón que les separaba y él ignorando esa amistad, olvidando los principios más elementales de la camaradería y dudando de él, incluso traicionándolo a sus espaldas. Recordó otra llamada cinco meses atrás, una llamada intempestiva, en una mañana de sábado.

—Evaristo, ¿cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—No sé qué decirte. Te llamaba porque quisiera hablar contigo.

—Muy bien, cuando tú me digas.

—No sé si te vendrá bien esta tarde, sobre las siete. A esa hora yo estaré de vuelta en casa. Te esperaría aquí mismo.

—Perfecto, no hay ningún inconveniente.

Evaristo colgó pensativo, el tono de voz de Viky había sido bastante tristón. Si bien él había estado un sinfín de veces en casa de sus amigos, era la primera vez que le invitaba Viky de ese modo. ¿Hablar con él, de qué?

Evidentemente, tenía que ser sobre Pepe. Había aprovechado un fin de semana en que había salido con los chicos de pesca; a buen seguro, ni él ni los chicos, siempre se los llevaba, estarían en casa, por lo que solamente podría tratarse de algo serio.

¿La salud de Pepe? ¿Sus negocios? ¿Otra mujer? Las tres alternativas eran posibles. La úlcera no era motivo de especial preocupación, pero las mujeres se preocupan por todo, ya se sabe. Con el régimen y la medicación que el médico le había puesto, en un par de meses se solucionaría el problema. No debía ser ese el motivo de la llamada.

Los negocios... podía ser. Siempre hay dificultades, contratiempos y quizá ahora había llegado alguno más serio e importante de los que él conocía. De todos modos, sus tertulias con Sotillos giraban muchísimas veces en torno a las empresas, desde los problemas con los socios, hasta los problemas del mercado, pasando por los empleados, los bancos, Hacienda y un largo etcétera. Evaristo conocía, a través de esas conversaciones, a casi todos los socios y empleados de importancia con sus nombres y apellidos, los rasgos más característicos de su personalidad y los defectos que más molestaban a Pepe. No había por qué hablar a espaldas de él de todo ello.

Otra mujer... Podría ser. Su amigo jugaba con fuego. Era un faldero incorregible y esas cosas a la larga se saben. México es una ciudad muy grande, con mucha gente y eso facilita el anonimato, pero aun así, ¿quién no está libre de una mala coincidencia? ¿O del chisme malicioso? La posibilidad era mayor conociendo a su amigo, su falta de disimulo y de precauciones. De todos modos, casi no tuvo oportunidad de seguir pensando en todo ello. La hora era casi la justa para salir al Mundet a jugar un par de horas al tenis y luego bañarse en la alberca. A mediodía se iría a la Merced, a echar un vistazo a la mueblería y comería en el restaurante de César con toda la palomilla. Partida de dominó y a media tarde saldría a ver qué demonios se traía Viky entre ceja y ceja.

Las mañanas del sábado, como las del domingo, las dedicaba al deporte en un supremo esfuerzo por mantener la forma física. El resto del día solía ser como cualquier otro de la semana; somera vigilancia de los negocios, cuyo punto culminante era la recogida del efectivo producido por las ventas para guardarlo celosamente en casa hasta el depósito bancario del lunes a primera hora y comida, y sobremesa con los amiguetes, con establecimientos vecinos que se encontraban demasiado lejos de sus domicilios como para ir a almorzar a ellos.

—Hola, Evaristo, pasa.

—¡Hola, Viky! ¿Qué tal andas?

Viky le había abierto la puerta y lo saludó con un beso haciéndole pasar.

Evaristo entró al salón. En la mesita, frente al tresillo, había preparado un juego de café.

—¿Qué quieres tomar? He preparado café, ¿quieres un coñac?

—No gracias, de momento está bien con el café.

—Te recomiendo una copa —dijo Viky sirviéndole un Courvoisier sin hacerle caso—,yo ya llevo varios vodkas.

—En ese caso, no me puedo negar —dijo Evaristo sentándose—, pero no recuerdo haberte visto beber «varias» copas nunca.

Viky estaba visiblemente alterada, quizá el alcohol había contribuido en algo.

—La gente, cuando se quiere emborrachar —dijo tendiéndole su copa de coñac y sentándose frente a él—, bebe whisky o algo fuerte, yo estoy probando con el vodka con limón y creo que llevo buen camino.

—Pero bueno, Viky, ¿qué es lo que pasa?

Ella se puso seria, hizo un esfuerzo de concentración, bebió un sorbo de su vaso y miró fijamente a los ojos de Evaristo.

—Mira, te he hecho venir porque necesito hablar contigo. Pepe salió esta mañana a pescar a Tulancingo. Se fue con los niños y no vuelve hasta mañana. La muchacha tampoco está. No va a haber, pues, ninguna indiscreción, pero quiero que me lo cuentes tú, todo. Sé lo de esa mujerzuela y Pepe, así que tú me dirás.

Evaristo se sobresaltó. Esperaba ese cariz de la conversación, pero se reservaba para sí el papel de conciliador, no de delator. A decir verdad, entre todas, no sabía a qué mujerzuela en concreto se refería Viky.

—Mira, no sé de qué me hablas. Haz el favor de explicarte.

—Lo sabes muy bien, eres su mejor amigo y aún no sé si su cómplice: no te hagas ahora el inocente.

—Te aseguro que no sé a qué te refieres, además, no entiendo nada. Primero me dices que lo sabes todo y luego quieres que te cuente no sé qué cosas.

—No seas hipócrita, no puedes seguir encubriéndole. Comprendo que entre hombres os apoyéis unos a otros, pero creo que a mí me tienes un afecto que te obliga igualmente a ayudarme.

—Mira, Viky, sabes todo el cariño que os tengo a Pepe y a ti. Que estoy dispuesto a ayudarte en todo lo que necesites y pueda serte de utilidad, pero ahora, créeme, no te entiendo. No sé de qué me hablas.

Ella bebió otro sorbo terminando su vaso. Se levantó y caminó hacia el mueblebar. Encima de él estaban los cubitos de hielo, el Wiborowa y el refresco de limón. Se sirvió otro vodka en silencio, después volvió hacia el sofá y se sentó junto a Evaristo.

—Me han estado llamando por teléfono, me han estado diciendo que Pepe se acuesta con su secretaria.

—¡Bah! No me digas que a estas alturas vas a hacer caso de los anónimos. Pero, ¡Viky!, tú sabes que en este país es un *hobby* nacional. En cuanto alguien te cae mal, te ha hecho una faena o le tienes envidia, ¡hala!, a echar infundios sobre él, a inventar todo aquello que pueda hacerle daño y a propagarlo a los cuatro vientos. ¿Cómo es posible que hagas caso de semejante estupidez? Alguien ha querido hacerte sufrir a ti, crearle problemas a Pepe, o quizá incluso a esa pobre chica para que acaben despidiéndola. ¿Sabes cuánta gente puede tener envidia de ti? ¿De tu posición económica, de tus hijos y tu marido, de lo preciosa que eres? ¿Sabes cuánta gente puede tener odio

a tu marido? ¿Por ser un triunfador, porque hay que ser duro en los negocios y quizá en demasía con alguien? ¿Por la familia tan maravillosa que tiene? Incluso Conchita, ¿cuántos en la empresa no envidiarían su posición junto a la cabeza, al jefe? ¿Cuántas rencillas no se desatarán por desbancarla y ocupar su lugar? No, no puedes hacer caso a esas infamias.

—Empecé no haciendo caso, diciéndome a mí misma todo eso y más. Pero las llamadas se repetían. Me hablaba una voz de mujer. Normalmente, su vocabulario era grosero y, a veces, obsceno. Unas veces me trataba como a la amiga que se le hace una confidencia, otras me insultaba. Evidentemente, se recreaba martirizándome y yo, idiota de mí, seguía la conversación sin saber cómo interrumpirla. Finalmente, exasperada, lograba cortar la comunicación, temblorosa por lo que había oído, con miedo de que se repitiera la llamada y volviera a empezar el martirio.

»Llegó un momento en que me sobresaltaba cada vez que sonaba el teléfono, que tenía miedo a contestarlo. Ordené que fuera la muchacha quien contestara siempre. Me sentía asediada, acorralada en mi propia casa. Días enteros decía que, si preguntaban por mí, dijeran que no estaba, que había salido sin importar quien fuera, sin tratar de averiguarlo. No dije nada a mi marido. Si era verdad, debía averiguarlo yo, si lo alertaba, nunca sabría si era cierto; tenía que disimular ante él. Pero la casa se me hizo odiosa, el teléfono terrorífico.

—Has debido sufrir mucho, Viky —dijo Evaristo con ternura tomándola de la mano—,pero debiste decírselo a Pepe. Él habría investigado el asunto, mandado vigilar el teléfono o incluso cambiarlo; él te hubiera ayudado a zanjar este asunto.

—Ya te he dicho que no quería alertarlo. Quería averiguar qué había de verdad en todo ello y empecé a espiarlo, a analizarlo, a ponerlo en el microscopio. Muchas mujeres prefieren permanecer ignorantes de lo que hacen sus maridos, simulan no saber que les están poniendo los cuernos. La mayoría porque son condescendientes ante aventurillas que saben serán breves y no dejarán cicatrices, mientras que, si se hicieran las enteradas y se enfrentaran al esposo, las cicatrices que dejarían en el matrimonio podrían ser muy graves e incluso matarlo. Otras, por comodidad, para ahorrarse sufrimientos, otras por interés, para no hacer nada que ponga en peligro su manutención. Al final es como algo natural, sin importancia. «Los hombres son así», dicen, pero yo no soy de esas. Si yo soy de mi hombre, quiero igualdad, justicia, equidad. Él tiene que ser solo mío.

—Pero, mujer, un hombre es de su familia, de su hogar, de aquellos a los que protege; por los que lucha y trabaja, de aquellos a quienes entrega su cariño, su esfuerzo y su vida.

—Bueno, pues empecé a analizar a Pepe. Sus gestos, sus actitudes. Caí en la cuenta de lo lejos que estábamos el uno del otro. A sus hijos prácticamente no les hace ni caso, no los ve. Sus horarios entre semana son incompatibles. Nunca va a las reuniones de la escuela, ni a hablar con los profesores, ni se preocupa por las calificaciones. Todo eso me lo deja a mí. Los fines de semana, excepto uno al mes en que se los lleva de pesca, tampoco se ven. O tiene que salir a algún asunto o hay fútbol americano en la tele, o los niños están invitados en casa de algún amigo. No hace vida con ellos. Si estuviéramos divorciados y los niños bajo mi custodia, no conviviría menos con ellos. En cuanto a mí. —Viky titubeó, bebió otro trago—. Esto es muy desagradable, Evaristo, pero ya estoy harta, tengo que hablar con alguien: soy un mueble. Hace mucho que apenas tenemos vida íntima. Me debía haber dado cuenta antes, pero siempre le echaba la culpa de su falta de interés a las tensiones y preocupaciones del trabajo, a la edad —ya no es un muchacho—, al cansancio de sus largas jornadas laborales; a cosas así. Yo siempre insinuándome, buscándole y él haciéndose el despistado, huidizo, hasta hacer que me sintiera una hembra en celo, pesada, pegajosa, inaguantable. No hay nada, nada... salvo... bueno, cuando salimos de viaje, cuando se aleja de esa zorra parece otro. ¡Esto también tendría que haberme abierto los ojos! Ese cambio de actitud, ese apasionamiento; es cuando únicamente se porta conmigo como un marido.

»Hasta ahora no daba importancia a su desinterés, pero ahora que he descubierto la causa, estoy furiosa. Yo dejando pasar la vida, ávida de vivirla, pero resignada a dejarla ir por cumplir con mi deber, por ser una esposa decente, fiel; malgastando mi juventud, despreciando a cuantos —y son muchos, puedes creerme— me han hecho insinuaciones, me han cortejado, algunos incluso gustándome lo suficiente como para haberme liado la manta a la cabeza; no queriendo saber nada de lo que no fuera mi familia y mi hogar; comprendiendo que si yo era un volcán y él un iceberg, era mi cruz, que lo elegí libremente y que mi obligación era respetarlo. Encerrándome en casa y esperando... ¡Para que él anduviera por ahí, de juerga, burlándose de mí y de mi dedicación, pisoteándome!

Viky estalló en un sollozo; empezó a llorar con agudo hipo. Evaristo la abrazó, trató de calmarla y consolarla, de trasmitirle su afecto y su comprensión, de hacerle sentir que estaba allí, con ella, y que la comprendía. La besó con ternura en la mejilla y le dijo con la voz más suave y convincente que pudo:

—No llores, no pasa nada. Todo eso son imaginaciones tuyas. Has estado mucho tiempo soportando tú sola toda la presión, esas llamadas, los sobresaltos. Vas a ver como todo esto se arregla. El lunes, a primera hora, voy a hacer que te pongan otro teléfono, veré

qué amistades muevo en Telmex para que sea rápido y ahora mismo voy a inutilizar este. Lo demás son fantasías tuyas. Mírate al espejo, Viky, y sonríe. ¿Conoces sinceramente alguna mujer más atractiva que tú? Eres preciosa y lo sabes, también que los hombres nos damos cuenta de ello. ¿Crees posible que alguien, por muy cretino que fuera, te iba a desdeñar por una gata como Conchita? ¡Por favor! Sé sensata y no dejes que los infames que te han estado mortificando se salgan con la suya. Levanta ese ánimo y piensa con la cabeza en lugar de con los pies.

Viky seguía llorando convulsivamente abrazada por Evaristo. Levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Estaba muy cerca. Lo besó en la mejilla y le dijo:

—Eres un buen amigo. No sé si realmente lo sabes o no pero, en cualquier caso, sé que quieres ayudarnos. No te esfuerces, sé que es verdad. Esto se ha acabado.

Se deshizo suavemente del brazo de él, le dio otro beso y se levantó. El vaso estaba nuevamente vacío. Caminó despacio hasta el mueblebar y volvió a llenarlo. Un silencio pesado había caído entre los dos. Sobre el bar había un espejo, se vio en él y observó que las lágrimas le habían corrido el rímel. Sacó un pequeño pañuelo bordado, se secó las lágrimas y se limpió los churretes que había dejado la pintura por toda la cara. Luego se volvió encontrándose con los ojos de Evaristo, sonrió tímidamente desviando la mirada y se dirigió hacia el sofá para sentarse de nuevo en el mismo lugar.

Evaristo la había estado contemplando. Estaba realmente hermosa. Siempre le había parecido la mujer más atractiva que había conocido y no había tenido recato en decírselo delante de su marido, entre risas y bromas, un sinfín de veces. Era increíble que con una mujer así en casa, Pepe se estuviera jugando el matrimonio corriendo tras muchachas que podían aventajar a Viky en juventud, pero ni en belleza, ni en estilo, ni en figura podían llegarle a la suela del zapato.

Por supuesto que las aventurillas tienen su encanto, su no sé qué de misterioso. Esa sensación de volver a ser todavía joven o de sentirse libre, sin ataduras ni obligaciones; de volar. A parte, la posibilidad de ensayar nuevas modalidades, de dejar correr la imaginación, de explorar nuevos placeres, de huir de las inhibiciones obligadas hacia alguien a quien se respeta y con quien se convive. Pero, en todo caso, aquello era inconcebible, Pepe estaba a punto de perder el matrimonio por infiel, siendo que tenía en casa la mujer más atractiva y apetitosa que pudiera desear.

—Sé que es verdad —continuó diciendo ella, después de un largo trago en el que dejó, de nuevo, a medias su vaso—. Cuando decidí comprobarlo, lo hice a conciencia. Empecé a buscar indicios en casa: en su ropa, en su cartera, en sus papeles, en sus cosas; no había nada,

pero seguían las llamadas. Así que decidí seguirle. En principio, pensé en un detective privado, pero no me decidí. Podía resultar caro, podía volteárseme e ir a hablarle a él, había riesgos. Únicamente en el caso de no averiguar nada por mí misma, me arriesgaría. Me resultó muy difícil porque, normalmente, tengo muy ocupado mi tiempo, pero anteayer logré hacer un hueco.

—No me digas que anduviste siguiendo todo el día a tu marido.

—Pues sí, te lo digo. —Viky se dispuso a rendir su informe—: Desayuno de trabajo en el Club de Industriales, pero nada, aunque como está el Club en el Hotel Camino Real, al principio sospeché si no podría escaparse a algún cuarto. Luego, visita al banco. Fue al centro, a la oficina central, no pude estacionarme y me limité a dar vueltas vigilando la espera del chófer. En cuarenta minutos estuvo de regreso. Lo vi entrar y salir del banco, pudo perderse por otra puerta y salir a algún hotelucho, pero no creo. Confío en que estuvo trabajando.

—¡Qué generosa! —Evaristo quería a toda costa rebajar la tensión.

—El resto de la mañana estuvo en la oficina. Es posible, pero tampoco ahí creo que haya tenido ninguna sesión a puerta cerrada con la secretaria.

—¡Magnífico! Tus conclusiones parecen de detective profesional.

—No vino, como casi nunca, a comer a casa. —Ella no hacía ningún caso a los comentarios desenfadados que provocaba su informe —. Fue a Churchill y tuve oportunidad de echar un vistazo a su mesa sin ser vista, nada. También puro hombre.

—Esto parece concluyente.

—No hubo siesta y, muy formal, se fue de allí a la oficina.

—Todo un mártir de la obligación, ¿lo ves?

—Lo vi. A las seis y veinte salió Conchita, se fue caminando y no me reconoció. Yo estaba bien oculta dentro del coche. A las seis y media salió el coche de Pepe del estacionamiento de la oficina. Lo manejaba él. Puse el coche en marcha y lo seguí sin que lo notara. Al final de la calle, frente a la Hacienda de los Morales se subió Conchita al coche. Le había estado esperando allí.

—¿Seguro? —Evaristo estaba realmente inquieto, ¿qué forma había de avisar a Pepe del peligro que corría? ¿Cómo podría ayudar a calmar aquello?

—Seguro. Se metieron en el Periférico hacia el norte, los seguí. Pero como había un tráfico enorme, los perdí.

—Seguro que fue a acompañarla a su casa. La chica saldría antes, compraría unas cosas en la papelería o en cualquier otro sitio y luego el jefe se la encuentra y la acompaña a su casa para que no llegue tarde a la cita con el novio.

—Los encontré al cabo de un rato. Todo el mundo en la misma dirección sin poder salir por los laterales, tienes que encontrarte a la

fuerza. Los encontré antes de Satélite, los seguí de cerca y se metieron a un motel. Cuarto treinta y siete, tres horas y media. Salieron pasadas las diez de la noche. Me vine a casa. Llegó casi a las once. Me dijo que había estado tomando una copa con unos clientes y que venía cansado. Se acostó sin cenar, sin darme un beso y sin ningún remordimiento.

Se hizo otro silencio pesado, plomizo. La habitación estaba en tinieblas, la poca luz indirecta de la lamparita sobre la mesa de rincón y del bar eran suficientes hacía un rato, cuando aún entraba luz desde la calle por entre los visillos, pero ahora, esa semioscuridad hacía aún más patético el momento. Esta vez fue él quien apuró de un trago su copa y se sirvió otra.

—Me voy a divorciar, me las va a pagar. Se va a quedar en la calle, sin la herencia de papá y sin nada.

Se levantó otra vez hacia el bar; estaba temblorosa de la tensión, del alcohol o de ambas cosas, vaciló, dio un traspiés. Él se levantó de un salto y la sujetó contra sí antes de que cayera, ella le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca con fuerza, casi con saña.

Se sorprendió, pero respondió al beso. Fue largo e intenso. No quería que acabara nunca y quizá duró minutos. Sintió que todo su cuerpo temblaba como el de ella. Finalmente, sus bocas se separaron, ella le cogió la mano y lo condujo al dormitorio. Allí volvió a abrazarlo.

—Voy a dejar de ser fiel en este momento y quiero que sea contigo. Sé que te gusto y me quieres y yo necesito saber que soy mujer, que soy deseable y que ese cerdo hijo de puta de mi marido se ha perdido algo realmente bueno.

Ni el sentimiento de fidelidad hacia el amigo, ni el miedo al riesgo que aquello entrañaba, ni la posibilidad de que cuando a ella se le pasara el efecto del alcohol se sintiera avergonzada y no volviera a mirarlo a la cara, podían en aquel momento contrarrestar en él el deseo que aquella mujer le inspiraba. Trémulo de emoción, besándola sin interrupción, fue despojándola de sus ropas y desnudándose él al mismo tiempo. Ella le ayudaba con ansia, con voracidad.

Finalmente, se introdujeron en la gran cama de matrimonio. Apasionados, furiosos, hambrientos uno del otro, insaciables, consumaron su traición sin remordimientos, felices de realizar un acto heroico, de desligarse de tantas cadenas. Se despertó primero él. Un rayo de luz se enfilaba directamente a su ojo. Al principio, se preguntó sorprendido dónde estaba; al instante recordó. Viky dormía a su lado, desnuda. Era hermosísima. La había poseído y era algo que nunca había imaginado que le sucediera, pero, al mismo tiempo, tenía pánico de lo que pudiera ocurrir cuando ella despertara.

El desengaño la había empujado a acostarse con él. El desengaño y

el vodka; claro que a lo mejor había bebido para tener el valor de dar aquel paso. Quizá al despertar se avergonzara de todo. Le echaría de su cama, de su casa, de su vida y a lo peor, incluso, en un momento de arrepentimiento le contaba todo a Pepe. Una confesión así podía costarle no solo la amistad, sino la vida. Por una cosa así se justifica que el marido burlado mate al amigo traidor.

Quizá lo mejor fuese levantarse sigilosamente de la cama, vestirse y salir de la casa. Actuar como si aquello nunca hubiera sucedido. Sería lo más cómodo para ella y para él. Como un mal sueño. Podía incluso telefonear más tarde a preguntarle cómo se encontraba, sin aludir a la tarde anterior, así sabría cómo reaccionaría ella, si aceptaba seguir el juego, tapar el pasado con el silencio. Simplemente aquello no había ocurrido porque, ¡no debía haber ocurrido!

Tal vez era mejor quedarse a esperar su reacción. Intentar justificarse, explicarse. Ella no tenía su total control, pero él sí, él estaba sobrio. ¡Había abusado de ella! Era indigno. Era un canalla de la peor especie. Trataría de conseguir su perdón o, al menos, su silencio, intentaría de asegurar su discreción. Mientras pensaba todo esto, ella se revolvió perezosamente, entreabrió los ojos y lo miró con languidez susurrándole:

—Cariño ha sido magnífico. Ven otra vez, tenemos aún mucho tiempo por delante. Ámame.

...

El desayuno de Sotillos había sido mucho más conflictivo de lo esperado. Una vez cada tres o cuatro meses pasaba unas horas dialogando con José Bermúdez, el líder sindical de sus trabajadores. No podía decirse que fueran amigos, pero ambos se respetaban mutuamente y procuraban no hacer movimientos sin asegurarse el beneplácito o, al menos, la no intervención del contrario.

Su primer contacto había sido violento mucho tiempo atrás, recién llegado al país. En su primer diciembre de estar en México, Muñoz le había dicho:

—Mira, Pepe, me ha hablado Bermúdez para ponernos de acuerdo en lo del Convenio Colectivo. Yo le he dicho que tenemos nuevo director y que debe hablar contigo.

—¿Quién es ese Bermúdez?

—Es el líder sindical.

—¿En dónde trabaja? Todavía conozco apenas a muy pocos obreros y no me suenan ningún Bermúdez en ninguna de las plantas.

—No trabaja en las fábricas, es el líder.

—¿Cómo es posible que el líder del sindicato no trabaje con nosotros?

—Por eso mismo. Él actúa desde fuera. Es el líder de nuestros obreros, pero también el de doscientas empresas más.

—No entiendo.

—Sí, aquí es lo más frecuente. En cada fábrica o centro de trabajo suele haber un secretario del sindicato que es obrero, elegido por votación y, de hecho, trabaja bajo las órdenes del líder. Él dice qué deben hacer o no los obreros. Los controla y los mantiene organizados. Los asesora. Es una mezcla de asesor y conductor, un líder, en definitiva.

—Y dices que maneja otras doscientas empresas.

—Más o menos. No lo sé a ciencia cierta, pero a lo mejor, más.

—¿Y qué quiere decir eso de ponernos de acuerdo sobre el Convenio Colectivo?

—Mira, todos los años nos reunimos él y yo unas dos o tres veces. Vemos juntos qué conviene modificar del convenio y cuánto vamos a subir los sueldos. Llegamos a un acuerdo para que él pueda adornarse frente a los trabajadores por lo mucho que han conseguido y a nosotros nos cueste lo menos posible.

»Conjuramos el peligro de huelga, aunque hacemos luego ver que nos ponen en serios aprietos, o si es conveniente, porque no hay ventas o suministros, programamos una huelga por los días que convenga y así él queda como enemigo acérrimo nuestro y al mismo tiempo quedan escarmentados y dóciles los obreros para que otro año no se pongan muy puntillosos; al fin y al cabo ellos dejan de cobrar su sueldo y en el mejor de los casos recuperan la mitad de los salarios caídos. Un buen escarmiento. Todo bajo el agua. Un acuerdo entre él y yo.

»Luego empiezan las pláticas y acude una comisión del sindicato —cinco o seis— y otra de la empresa. Discuten durante semanas enteras sinceramente, pero al final él y yo movemos a nuestra gente para que todo quede en lo que habíamos pactado. Es el sistema.

—Creo que me va a costar trabajo acostumbrarme a todo ese paripé.

—No se puede hacer de otro modo. Si te saltas al líder y platicas solo con los obreros, no solo no consigues arrancarles un acuerdo —desconfían unos de otros, son incapaces de tomar una decisión—, sino que, además, el líder enojado, te los lanza a la cara como represalia hasta que acudas a él pidiendo paz. Si platicas solo con el líder, pero no le haces al cuento con los obreros, desconfían de su líder y tampoco hay acuerdo.

»Es todo un rito. Ten en cuenta que si pretenden un aumento del quince por ciento, te pedirán el ochenta, tú dirás que nada de nada y así pasarán los días bajando ellos poco a poco: setenta y cinco, setenta, sesenta y cinco, etc., y tú subiendo a regañadientes al dos por ciento, al cuatro, al cinco. Aquí no cabe decirles: «Ustedes pidan el diecisiete, yo les ofrezco el trece y vamos a ver las razones de cada

quién para ver dónde quedamos, lo normal sería el quince por ciento». Tú empezarías en trece, pero ellos seguirían en ochenta, así que firmarías con un veinticinco más o menos, ¿entiendes?

—Ni una palabra. Mira, yo creo que lo mejor es que este año lleves tú también las conversaciones como los años anteriores. Ya tendré tiempo de aprender para la próxima revisión.

—Me parece bien. ¿Qué porcentaje de aumento te parece correcto?

—El de la inflación.

—Bien, tendré que tocar alguna cláusula como becas o uniformes. Cosas sin importancia que hay que ver cada dos años. En los demás años solo se revisa el sueldo, pero este toca ver todas las cláusulas del Convenio.

—De acuerdo. Hazlo como siempre.

Así había quedado zanjado el asunto hasta que, días más tarde, apareció Muñoz:

—Pepe, misión cumplida, ¡ni un punto por encima de la inflación!

—¿De qué me hablas?

—Del Convenio. No me digas que no te acuerdas.

—¡Ah! Por supuesto. Me parece magnífico, justo lo que queríamos.

—No hubo problemas con Bermúdez, mañana empezaremos las pláticas con los peludos. Tenemos que firmar antes del diez de enero.

—Muy bien. Sigue ocupándote de todo.

El nueve de enero se había firmado el nuevo Convenio. Por la tarde llegó Muñoz:

—Pepe, ya firmamos el Convenio en Conciliación y Arbitraje.

—Muy bien, enhorabuena.

—He quedado con Bermúdez esta noche a tomar una copa; tengo que llevarle sus cien mil pesos.

—¿Cien mil pesos? ¿De qué me hablas?

—Son sus honorarios, todos los años se le dan.

—¿Cómo sus honorarios?

—Sí, es un dinero que recibe bajo cuerda por su gestión.

Pepe estaba horrorizado, recordaba. Por aquella época cien mil pesos eran unos ocho mil dólares, algo así como seis millones de pesos de ahora.

—¿Y todos los años se le da ese dinero?

—Sí, va subiendo poco a poco con la inflación. Se le paga de la caja negra para que no haya constancia.

—¿Qué me dices? ¡No es posible! Está mal pagar su gestión, pero peor hacerlo de ese modo. Es desnudarnos ante el Sindicato admitiendo que hay caja negra.

—En todos los sitios se hace igual. A todos los líderes les pagan las empresas bajo mano, y no son tontos como para creer que no evadimos a Hacienda, seríamos los únicos.

—Mira, si siempre se le ha pagado y él espera ese dinero no podemos negárselo, pero tendrá que ser con recibo y nos tendrá que hacer una factura.

—¡Estás loco!

—No puedo admitir con un tipejo así que hay caja negra o estaré en sus manos al menor conflicto. Di que con la nueva dirección ya no es posible pagar nada sin comprobantes, que no hay dinero de donde obtener esos fondos para pagarle y que debe de ser con factura. Échame a mí la culpa y a mis nuevas normas, pero págale con un cheque oficial que salga por Contabilidad.

—Esto nos puede acarrear problemas.

—Sería peor hacerlo de otro modo.

—Está bien.

A la mañana siguiente, Sotillos buscó a Muñoz.

—¿Cómo te fue con Bermúdez?

—Se contrarió mucho. Empezó diciendo que eres un pinche gachupín que no sabes dónde estás parado y continuó diciendo que se las pagarás, para acabar aceptando el cheque y diciendo que extendería una factura un amigo suyo abogado como asesoramiento para que no supieran los obreros que cobraba él el cheque.

—¿Lo ves? Es más el ruido que las nueces. Ayer dimos un gran paso adelante con ese bandido.

—No sé, no sé. El tiempo dirá, pero yo no las tengo todas conmigo.

Y, efectivamente, el tiempo lo dijo. Pasó la revisión del reparto de utilidades sin problemas, aunque procedieron del mismo modo. Ese sistema estaba definitivamente arraigado. Hasta que, en el mes de julio, llegó una notificación del sindicato. Acusaban a la empresa de incumplimiento de contrato y la emplazaban a huelga al cabo de ocho días si no había acuerdo.

Sotillos estaba en New York. Había ido a ver unas máquinas de segunda mano y había hablado esa mañana desde el Hilton de la Sexta Avenida.

—Pepe —dijo Muñoz—, ha llegado un emplazamiento de huelga. —Y le explicó el contenido del escrito.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que Bermúdez quiere desquitarse.

—No es posible.

—Sí lo es, no solo no hay otra explicación, sino que la ha confirmado.

—¿Vas a arreglarlo con él?

—Imposible. Me dijo que tenías que hacerlo tú. Que eres el director y no habla con nadie más.

—Pero estoy en New York.

—Entonces habrá huelga hasta que llegues, hables con él y lleguéis

a un acuerdo. Para mí que sabía perfectamente dónde estabas cuando metió el emplazamiento. Lo ha hecho para fastidiarte.

—Eso es inaudito. ¿Qué crees que debo hacer?

—Yo de ti me vendría. Nunca se sabe en qué puede acabar una cosa así.

—Está bien. Mira, hay cuatro vuelos diarios a México desde aquí, voy a cambiarlo todo y marcho para allá. Haz una cita con él para mañana a más tardar.

—Lo intentaré localizar. ¿Qué le digo?

—Mañana a las nueve de la noche en el restaurante Focolare, le invitaré a cenar. No faltes.

—No, Pepe, no puedo ir, no quiere ni verme y no voy a enfrentarme para nada.

—Pero no lo conozco.

—Lo reconocerás en seguida. Es moreno, delgado y chaparrito, con tremenda pinta de naco. Yo te describiré a él también.

—Espero que me favorezca más tu descripción que a él.

Colgaron el teléfono riéndose los dos; eran aún los tiempos anteriores a la guerra por el poder.

Sotillos llegó primero a Focolare. No pasó al restaurante y tomó asiento en el bar dejándose hundir en un cómodo sillón. Pidió un Oporto y esperó. Bermúdez llegó con casi una hora de retraso. La puntualidad no es una virtud típicamente mexicana, pero su demora era voluntaria y ostentosa. Quería hacer desesperar de impaciencia a su rival y demostrarle, al mismo tiempo, que no le importaba si se cansaba de esperar y se iba. La cita no era necesaria para Bermúdez, sino para Sotillos.

Muñoz lo había descrito bien. Era inconfundible. No mediría más de metro sesenta, ni pesaría más de cincuenta kilos; tan moreno que casi era negro. Debía de ser mulato. Llevaba un traje marrón con grandes cuadros rojos horribles y unas solapas desmesuradamente grandes. Su camisa de seda roja estaba abierta hasta medio pecho dejando ver una cadena de oro de un dedo de grueso y un medallón, también de oro, más grande que un centenario. Llevaba dos o tres anillos en cada mano, gruesos, llamativos y estrafalarios y su reloj, también de oro, tenía una pulsera que abultaba más que su propia muñeca. Para terminar de decorar el conjunto, llevaba dos damas por compañía, una a cada brazo. Altas, redondeadas, con trajes ceñidos que parecían puestos con calzador y zapatos de tacón que parecían zancos. Realmente un conjunto horroroso, extraído de algún grabado costumbrista de chulos y prostitutas baratas. Sotillos se sintió profundamente indignado.

—Buenas noches, usted debe de ser el señor Sotillos.

—Buenas noches, indudablemente, usted es el señor Bermúdez —

dijo levantándose de su asiento y estrechando la mano que le tendía.

—Le presento a dos buenas amigas.

—Hola.

—Hola.

—Buenas noches.

—Pensé que íbamos a hablar de negocios, señor Bermúdez —dijo Sotillos yendo directamente al grano mientras el trío se sentaba en torno a él.

—No sería correcto empezar así una amistad, señor Sotillos. Es una noche excelente para la diversión, ¿no le parece?

—Lo siento. Acabo de llegar de New York, creo que vengo enfermo con fiebre y estoy muy cansado. No quisiera arruinarle su velada con mi falta de humor. Si me permite, me retiraré.

—¡No es posible! Si apenas acabamos de llegar...

—Siento mucho abandonarles siendo tan prometedora la velada, pero, en realidad, estaba esperando tan solo que llegase para disculparme y retirarme. Realmente, no estoy en condiciones de permanecer más tiempo con ustedes, me siento francamente mal.

—¡Vaya, es una lástima!

—Créame que lo siento sinceramente. Si me encuentro mejor mañana, le hablaré para concertar una nueva entrevista, si es posible.

—Claro que sí, mi buen amigo. No faltaba más. Mejórese pronto. Cuídese.

—Buenas noches, señoritas. Hasta mañana.

—Buenas noches.

Había salido en estampida, furioso. Sentía su dignidad herida por aquel mequetrefe. ¡El muy estúpido se había creído que todos eran de su ralea y que podía presentarse a la cita con dos rameras de lo más vulgar! Era una cita de trabajo. Poco a poco se fue sosegando conforme iba llegando a su casa. No debía perder la perspectiva: aquello era un juego de fuerzas. Bermúdez ahora podía considerar que para él el trabajo era algo serio e importante, lo suficiente como para interrumpir un viaje a New York y regresar urgentemente a resolver un problema, pero no estaba lo bastante desesperado para aceptar a cualquier pauta de conducta. Él no perdería su dignidad emborrachándose con un líder o yéndose con él de putas para firmar un acuerdo. Cada uno en su sitio y el de Sotillos no estaba, por supuesto, en ninguna francachela de baja estofa.

Finalmente, sonrió. El muy cretino por lo menos podía haber llevado dos bombonazos. Dos chicas de bandera que le hubieran hecho dudar antes de tomar la decisión de parir. Aquellas dos desgreñadas le habían causado repulsión en el primer vistazo. ¿Quién sabe si habría actuado tan intempestivamente más por rechazo y asco hacia ellas que por mantener su imagen de dignidad incorruptible?

Luego se dio cuenta de que había citado a Bermúdez para cenar y lo había dejado plantado antes incluso de que ordenaran el aperitivo y sin siquiera pagar la cuenta de sus tres Oportos. ¡Le estaba bien empleado, por fantoche!

Al día siguiente, intentó localizarle. La secretaria de Pepe —aún no era por esas fechas Conchita— telefoneó tres veces por la mañana y otras tantas por la tarde sin encontrar al líder en su oficina y dejando el recado de su llamada con la petición de que se comunicara con ellos tan pronto pudiera. No hubo respuesta ni ese ni los dos días siguientes.

Sotillos ya estaba realmente nervioso. Faltaban cuarenta y ocho horas para que estallara la huelga y no había podido avanzar un solo paso. Pretendió hablar con el secretario y con el Comité Sindical y le contestaron sus obreros que el problema debía resolverlo con el líder; analizó con Muñoz y con el jefe de personal cuáles eran las violaciones al Convenio que denunciaban y comprobaron que eran las pequeñas irregularidades cotidianas, sin importancia, imposibles de evitar, pero sin trascendencia y que no justificaban que ninguna cabeza sensata pensara por ellos ir a la huelga.

Finalmente, la víspera al vencimiento del plazo, apareció Bermúdez en el despacho. Sin antesala, sin hacerse anunciar y sin citas previas. Cerró la puerta tras de sí y se sentó frente a Sotillos. Habló sonriente:

—Lo veo muy mejorado. Me alegro de que se repusiera tan pronto.

—Muchas gracias. Efectivamente, ya me encuentro bien.

—Fue una lástima que no se quedara usted con nosotros. Mi intención era obsequiarle y hacerle sentir que al margen de los negocios podíamos ser buenos cuates. Las muchachas sintieron mucho que nos dejara.

—Yo también. Otra vez será. Tenemos pendiente una cena.

—Me han dicho que usted es excesivamente directo y que le gusta ir derecho al grano, sin rodeos. Pues bien, yo tengo un problema y usted puede ayudarme. Usted tiene un problema y yo puedo ayudarle. ¿Entiende?

—Solamente parte.

—Me explicaré. Su problema es la huelga que va a estallarle mañana, quién sabe por cuántos días o semanas. Esas cosas se sabe cuándo empiezan pero no cuándo acaban. Yo ahí puedo ayudarle. ¿Conforme?

—Conforme.

—Mi problema es que, al firmar el Convenio, me dieron cien mil pesos y al aceptar el reparto de utilidades, sesenta mil. Son mis honorarios y hasta ahí no habría problema. Era lo pactado. El problema surgió cuando me hicieron presentar facturas por esos importes y tuve que reservar la mitad para impuestos.

»No pienso acabar quebrado y para ello necesito que usted me ayude. Me reintegra los ochenta mil que dejé de percibir netos, billete sobre billete o le hago una factura de ciento sesenta mil y usted me la paga y así usted justifica su pago, deduce de impuestos la mitad, misma que pago yo a Hacienda y dejemos las cosas en su justo punto.

Sotillos comprendió que no tenía otro remedio. Estaba en las manos del líder y ambos lo sabían. Iniciar su gestión con una huelga en su primer año sería un fracaso. Podía ceder ahora e iniciar una labor lenta de captación de personal hacia la empresa y alejamiento del líder, pero eso llevaría mucho tiempo, años y ahora tenía que decidir sobre la marcha. Finalmente sonrió.

—Me parece correcto, señor Bermúdez. Nunca pretendí erosionar sus ingresos, sino pagarle con dinero de la empresa, no del bolsillo de los socios. Sería muy delicado reunirles para pedirles a cada uno un dinero con este fin. Le puedo asegurar así mayor discreción, pues de otro modo, ¿quién sabe qué comentarios y a quién podrían hacerse?

—Sabía que llegaríamos a un acuerdo. Le traigo aquí la factura ya hecha para no tener que volver a pasar por mi cheque. Esperaré a que lo preparen.

Así se habían conocido hacía ya más de trece años. Desde entonces, los pagos habían sido cada vez mayores, pero siempre con factura; era el pequeño e inútil triunfo que Sotillos se reservaba para sí. Con el tiempo comprendió que, por mucho que acercara los obreros a la empresa, por bueno que fuera el ambiente laboral, por mucho que fuera el carisma de los jefes o bueno el salario y las prestaciones, no se podía dar ningún paso en materia laboral si no era de acuerdo con el líder. De ese modo, hacía ya mucho tiempo que habían institucionalizado esos desayunos para plantear con tiempo, cualquier cambio.

Se citaban normalmente en un Vips, pues no era propio de un líder ser visto en el Club de Industriales o en algún restaurante de lujo. En la época de firma de convenios, diciembre o ante algún aumento de emergencia, la desfachatez del líder llegaba a citar a seis o siete empresarios en el mismo lugar y a la misma hora. Se sentaba cada uno en mesas diferentes, solos o con sus ayudantes y esperaban pacientemente a que el líder les atendiera pasando de mesa en mesa, permaneciendo en cada una cinco o diez minutos, dándoles materia en qué pensar y pasando a la mesa siguiente mientras meditaban las condiciones o preparaban contraofertas. Conforme iba cerrando acuerdos, unos clientes del establecimiento pagaban su cuenta y se iban para dejar su puesto a otros nuevos patrones que habían sido citados más tarde. De ese modo, en diez horas de trabajo era capaz de negociar cincuenta convenios diferentes, que a dos o tres reuniones cada uno, le permitían en dos semanas revisar a sus doscientas o más

empresas.

En circunstancias como la presente, los desayunos eran más tranquilos. Pepe quería incorporar en su próximo aumento de sueldos un incentivo para producción y el líder tenía que estar conforme para que fuera viable. Se lo había explicado con todo lujo de detalles, más de los que necesitaba una idea tan simple. En el próximo aumento, pactarían un cinco por ciento por debajo del porcentaje de referencia, el aumento de los salarios mínimos. A cambio de esa pequeña fracción perdida, implantarían un premio por producción estableciendo tres niveles diferentes de objetivos a alcanzar. La consecución del premio en el primer nivel —una producción calificable como normal— supondría una prima del seis por ciento sobre el salario, con lo que mejoraría ya el aumento de los salarios mínimos. La consecución del segundo nivel, posible, pero que representaría un evidente esfuerzo adicional, permitiría la obtención de una prima del doce por ciento y la consecución del tercer nivel de producción, realmente difícil con la maquinaria y equipo actuales, un dieciocho por ciento.

Por supuesto, nada de hablar de porcentajes, sino que, tras calcular estos, hablar en cifras absolutas. De ese modo, al mejorarse los estándares de producción y el equipo, podían crearse nuevos niveles con premios más sustanciosos, mientras que, si no se revisaban en el futuro los premios de los niveles de producción más bajos, la misma inflación se encargaría de hacerlos insignificantes ante la imposibilidad de derogarlos. La ley impide dejar de dar lo que ya se otorgó y el desarrollo tecnológico hace sumamente peligrosas de cara al futuro las primas de producción, pero este era un sistema que soslayaba ambos problemas, ya que la inflación se encargaba de hacer insignificante con el tiempo todo aquello que no se actualizara.

El líder no estuvo de acuerdo. A los sindicatos no les entusiasman los mecanismos que puedan hacer al obrero identificarse con los objetivos de la empresa en vez de verla como su enemiga. Tampoco suelen premiar al que hace mejor las cosas, sino defender a quien las hace peor. Ni siquiera cuando Sotillos planteó los honorarios del líder por su gestión en ese asunto, hubo acuerdo. Discutieron. La discusión, poco a poco, fue haciéndose violenta, con veladas ostentaciones de fuerza por cada una de las partes, con amenazas encubiertas, sin progresión en los resultados. Bermúdez dejó entrever que estaba al tanto de los esfuerzos hechos por la empresa para atraerse a los obreros y hacer que estos dieran la espalda al líder y Sotillos no se manifestó lo suficientemente elocuente al enfatizar el interés que para empresa y país tenía el mejorar la productividad.

Sotillos no podía sentirse satisfecho. Para sus planes de expansión y productividad necesitaba crear una conciencia colectiva entre los obreros, similar a la conciencia de la empresa. Valorar los mismos

conceptos y marchar unidos en pos de un objetivo común. El establecimiento de un premio de esas características podía ser un buen paso adelante en ese camino. Un tanto paternalista, pero acorde al momento. Quizá en unos años cayera en desuso, pero ahora podía ser muy positivo y, además, procedía de una gestión propia.

...

Miguel Núñez se encerró con el jefe de administración en su despacho.

—Vamos a ver —había dicho hacía más de una hora—, necesitamos saber el valor de la sociedad; con frecuencia me preguntan los socios sobre este tipo de datos y me tengo que encoger de hombros.

—Nada más fácil. ¿Qué criterio de valoración desea?

—¿Como qué criterio? Quiero su valoración, sencillamente, ni un peso de más ni de menos.

—Eso está muy bien, pero depende del criterio que quiera que sigamos. Ninguno de ellos es totalmente cierto, ni totalmente falso. Simplemente son diferentes.

Miguel miró perplejo a su colaborador. Él no era especialista en temas de administración, sabía interpretar un balance y una cuenta de pérdidas y ganancias, pero sus conocimientos contables iban poco más allá. De todos modos, con los números no se juega y dos y dos son cuatro en cualquier disciplina.

—Será mejor que se explique, no sé de qué me está hablando.

—Mire, ingeniero, si tomamos el balance, el valor de la empresa lo da el neto patrimonial: el capital más reservas, más beneficios no distribuidos, etc. Este sería un criterio, el tradicional, pero no es correcto. La máquina que compró hace diez años está totalmente depreciada, pero sigue funcionando y produciendo, tiene un indudable valor, o el terreno que compró y que en los libros se asentó a diez pesos el metro cuadrado ahora quizá valga a mil porque la inflación ha hecho que los pesos de ahora no sean como los de antes. Así pues, hay otro criterio que exige una reexpresión de las partidas de balance afectadas por la inflación con consideración de fechas de adquisición y demás.

»Luego está el criterio de valorar solo los activos fijos: se encarga un avalúo, preferiblemente bancario, que le da otro valor. Se puede seguir el criterio de que, puesto que lo importante son los beneficios generados, las utilidades se capitalizan al interés bancario promedio de los últimos años, o por el contrario el criterio de valorar en función de las ventas que se han contabilizado en el último año. En fin, un largo etcétera, ¿qué criterio prefiere que sigamos?

Núñez estaba cada vez más desconcertado. Quería enfrentarse a Sotillos con datos en la mano; datos reales y consistentes, no simples especulaciones de mercader. Finalmente, decidieron hacer el análisis

tomando cada uno de los posibles criterios, ya habría tiempo de sopesar la veracidad de cada cifra final. Pero era una tarea larga, mucho más larga de lo que hubiera imaginado. Al paso que llevaban, aun haciendo los números con una muy superficial consistencia para buscar una mayor sencillez de cálculo, estarían todo el día con el mismo asunto. De todos modos, harían aquel trabajo. No solo necesitaba valor y determinación para enfrentarse a un socio, sino también datos y argumentos. Hasta ahora, solo había tenido en cuenta niveles de producción o de utilidades, pero en adelante estaba dispuesto a familiarizarse con cualquier tipo de información que fuera necesaria.

...

José Sotillos terminó su taza de café y la apartó hasta el extremo más alejado de la mesa. Luego cerró la carpeta que contenía los informes que acababa de estudiar y encendió un pitillo con su Dupont de oro. Llamó por el interfono a su secretaria:

—Conchita, que no entre en mi despacho nadie, no estoy para nadie. Tampoco quiero llamadas telefónicas. Quiero que me dejen trabajar solo durante un par de horas, así que ni a ti te quiero ver el pelo por aquí. ¿Entendido?

—Sí, señor Sotillos, hasta que usted me avise, nada de interrupciones.

Echó una profunda bocanada hacia el techo y se tumbó hacia atrás en su sillón articulado, muy inclinado, casi horizontal. Subió los pies sobre la mesa, los cruzó a la altura del empeine y cerró los ojos.

Había llegado el momento de tomar una determinación muy seria... y había que analizar todos los detalles con el mayor cuidado. Iba a jugar fuerte, muy fuerte y no podía dejar nada al azar.

La llamada que le había hecho por la mañana al auditor externo había desencadenado todo el proceso.

—¡Hola, Luis! ¿Qué tal andas? ¿Para qué soy bueno?

—¡Hola, Pepe! Te llamo muy preocupado, ¿puedo hablarte?

—Sí, estoy solo, dime.

—Mira, ya sabes que andamos revisando con los inspectores de Hacienda tus declaraciones del último año.

—Sí, claro. Empezaron ya debe hacer tres meses. Como nuestros balances los dictamináis vosotros como asesores externos han estado en tus oficinas viendo todo eso, ¿no?

—Pues mira, chico, la cosa ha ido de mal en peor. No me explico si tenían algún pitazo o si ha sido por casualidad. Han empezado a encontrar cosas raras que ni nosotros habíamos detectado. Tu gente o tú nos deberíais haber avisado para ver la forma de vestir al santo.

—¿Cosas raras? ¿A qué te refieres?

—Tú debes saberlo, porque son concluyentes: desde facturas

apócrifas hasta ocultación de ventas. Un buen abanico de fraudes fiscales. Estás pescado. ¿Cómo es posible que a mí, que soy tu asesor, no me hayas informado para poder ayudarte?

—Bueno, si tu gente no detectaba nada, es que estaba bien hecho, por lo que no tenía caso preocuparte con ello, y si tu gente lo hubiera detectado ya hubieras tenido ocasión de enseñarnos a hacer mejor las cosas.

—Pepe, si no fuera tan grande mi preocupación por ti estaría furioso. ¡Esto no se le hace a un asesor como yo! Cuando te vea, oirás todas mis recriminaciones porque estoy indignado. Ahora te llamo para cumplir con mi obligación y ponerte sobre aviso, el problema es muy grave.

—¿De quién es la responsabilidad en caso de que haya una acusación por parte de Hacienda?

—Mira, en vuestro caso, tuya. El director general y el presidente del consejo son las cabezas de turco; en tu empresa, tú reúnes los dos papeles.

—¿Qué habrá que hacer? ¿Pagar los atrasos? ¿Es posible algún soborno?

—Voy a enterarme de quién lleva el asunto. De momento, sobornos para hacer... quizá que retrasen la entrega del informe, para ganar algunas semanas, pero no creo que se pueda hacer más. Esto tiene trasfondo y no sé de qué tan arriba venga. Desde luego multa, atrasos y pago de lo defraudado, pero además hay un delito de cárcel. La cosa es seria, te estoy diciendo.

—¿De cárcel? Quieres decir que corro el riesgo...

—No es un riesgo. Por desgracia, es prácticamente inevitable...

—Pero ¿cómo? ¿Estás seguro...?

—Pepe, esto es serio.

—¿De qué plazo disponemos?

—Tres semanas, mínimo; eso con algún dinerillo te lo puedo garantizar. Más, difícil. En este tiempo podremos ver qué modo hay de hincarle el diente... con algún recurso, algún amparo, con sobornos, con de todo un poco a la vez.

—Bien, tenme informado. Analiza el tema y nos reunimos la semana que viene. El lunes mejor que el martes, pero ten para entonces toda la información que necesitamos.

—De acuerdo, el lunes a primera hora nos confirmamos la cita. ¡Ah, Pepe! Si por lo menos me hubieras tenido al corriente de todos estos trapicheos... Ten presente que veo esto muy, pero que muy mal.

Tarde o temprano tenía que estallar el problema. Que él supiera, nunca en la vida se habían hecho las cosas como manda la ley. El fraude fiscal es algo tan natural y generalizado que todo el mundo lo practica. Si no fuera por él, no habría empresa que subsistiera en un

país donde la carga fiscal es una de las más altas del mundo y donde la inflación absorbe más recursos que ninguna otra posible aplicación de los resultados. Pero pasarle esto a él, era inaudito, era el colmo de la mala suerte.

Quizá las cosas se resuelvan, los abogados saben cómo liar las cosas: recursos, amparos, pero de todos modos hay que ponerse en el peor de los casos, en la cárcel. La cárcel para él. Conoce algún ejemplo en que ha ocurrido así. El interesado o la familia creen que será por poco tiempo, que con dinero enseguida se conseguirá una secreta libertad, con discreción, sin alardes. Pero también hay ocasiones en que, sin saber por qué, las cosas se tuercen y uno se pudre encerrado... La solución es escapar, huir al extranjero. Muchos lo hacen.

Si va a la cárcel, incluso sabiendo que saldrá pronto, será un hombre acabado. Nada de Club de Industriales, ni presidencia de Asociaciones. Ni siquiera podrá volver a su puesto de director en la empresa y para crear un negocio no encontrará nunca ni socios, ni ayuda del banco ni ningún apoyo. Será un hombre marcado.

Luego está la vida social, también rota. Le señalarán con el dedo como estúpido, ni siquiera como defraudador, eso lo hacen todos... sino como un idiota que se ha dejado atrapar.

¿Qué dirá Viky cuando las amigas le vuelvan la espalda? ¿Y sus hijos cuando en el colegio cuchicheen otros niños? ¡Su papá está en la cárcel! Ya de por sí las relaciones familiares son frías, distantes, están casi rotas. Solo las buenas formas, las apariencias, a lo que tan aficionada es su mujer, mantiene el matrimonio ¿o lo rompería definitivamente? Si ya no hay amor, si solo queda el deseo de mantener la imagen, como ocurre, esto acabará con todo.

Ni siquiera los socios le apoyarán. Han estado mucho tiempo conspirando a sus espaldas. Les costará dinero; el dinero de los impuestos evadidos, de los recargos y de las multas. Y todo, ¿para qué? Por defender apenas un once por ciento de la parte del negocio, que es la futura herencia de Viky. Y el resto, hasta el treinta y tres por ciento que detecta su suegro como accionista —y que le ha permitido durante estos años hacer recaer sobre él la dirección de la sociedad— será para sus cuñados más jóvenes que su mujer que, aunque aún no tienen edad suficiente, algún día no lejano la alcanzarán y lo desbancarán de cualquier modo.

Ha estado corriendo riesgos por unos socios que le son hostiles y por la familia de su suegro que le soportan solo hasta que sea el momento de hacer un relevo provechoso. Ha sido utilizado. No, no puede quedarse a ver qué pasa. Tiene que salir del país. Tiene que desaparecer. Tiene que tragarlo la tierra. Pero ¿cómo?

Hablar con Viky y decirle lo que ocurre. Recoger las cosas imprescindibles, sacar a los niños del colegio e irse a España con los

padres de ella. No tendrían por qué vivir en el mismo Vigo con ellos, podría quedarse en Madrid, que es más ciudad y se vive de maravilla. Con el dinero que se llevarán y con el de Estados Unidos se puede vivir aceptablemente. Incluso podría empezar algún negocio.

¿Empezar algún negocio? ¿Cómo? ¿Partiendo de cero? ¿Como si fuera todavía un muchacho? En España no tiene relaciones. Ha estado muchos años desvinculado de los viejos amigos y compañeros. Algún verano, un corto viaje ocasional insuficiente para mantener encendida la llama de la amistad y de la confianza.

Y sin relaciones, sin conocer el terreno, ¿qué se puede emprender? Nada con posibilidades de éxito. ¿Encontrar un buen trabajo? ¡Ni loco! Con la crisis que hay, apartado durante tanto tiempo de la evolución del país no podría ser redituable ni ser contratado para ningún puesto de categoría.

Además, Viky no se va a querer marchar. Ella ama esto, aquí siente que domina su ambiente, que es alguien. Allí sería una perfecta desconocida, la vida le sería mucho más dura, no está tan enamorada como para romper con todo y empezar de nuevo por seguir a su marido.

Le dirá: «Mira, querido, tú tienes que salir a toda prisa para que no te ocurra nada, pero yo debo seguir aquí una temporada. Los niños tienen que vivir con normalidad, sin sobresaltos. Son muy niños para asimilar un problema como este y los podemos traumatizar para toda la vida si salimos así, huidos, de la noche a la mañana. Yo debo ir vendiendo todo esto: la casa, los muebles, Aunque nuestro régimen matrimonial es de separación de bienes, las cosas que estén al tuyo, hay que liquidarlas cuanto antes para que no te las embarguen... en fin, que no podemos salir toda la familia así de repente, en estampida. Vas tú primero, abres el camino, te instalas y, cuando el curso acabe y tú ya estés organizado, nos reunimos contigo. Serán solo unos meses. Se nos hará duro, pero, sin duda, es lo mejor». Y después, a la hora de liquidar todo y de hacer las maletas, seguro que surgirá alguna razón para una nueva demora y luego otra. Acabará en divorcio, perderá su situación y su dinero de todos modos. Será un desastre, no puede tomar esa alternativa, porque lo que no puede perder es el dinero, sin él la vida es un volver a empezar de cero, ¡no! de menos, en negativo. ¿Qué va a conseguir a su edad? Acabará siendo un don nadie, olvidando y odiando a todos. No, la solución de hablar con Viky entrañaría muchos riesgos.

Sotillos se incorpora sobre la mesa, adopta una postura más ortodoxa y toma papel y pluma. Es metódico. Va apuntando lentamente sus conclusiones, quiere elaborar un buen programa de actuaciones y comienza a anotar ideas, a tacharlas y a corregirlas. Pronto ha emborronado varias hojas y ha aclarado bastante las ideas.

Toma una nueva, limpia y transcribe esquemáticamente sus conclusiones; ocupan poco espacio, es como un rosario de ideas concretas, precisas. Comprueba que no se ha olvidado nada importante y, tomando todas las cuartillas que han servido de borrador, se va a su baño privado. Comprueba en el lavabo que hay agua —a veces la cortan sin saberse nunca por qué— y levanta la tapa del inodoro. Toma la primera página por un extremo y aplica el mechero encendido por el otro. La ve quemarse toda, aún a riesgo de chamuscarse los dedos. El residuo carbonizado lo echa al excusado y repite la operación una y otra vez hasta acabar con todo el material utilizado. Mira flotar los restos, las cenizas sobre el agua. No es reconocible ni una palabra ni una letra. Entonces tira de la cadena y el remolino negruzco es absorbido por el desagüe. Una nueva dosis de agua limpia ha sustituido a la anterior, pero aún se ve flotar alguna nota negra, irreconocible. Repite la operación una vez más, hasta que en el agua no quedan residuos. Después, vuelve a su escritorio y medita sus conclusiones.

Primero. Hay que salir del país. Los riesgos en caso de quedarse son altos e incontrolables. Es una decisión que ya está tomada.

Segundo. Tiene que hacerse con el máximo de dinero líquido disponible, de ello depende la calidad de vida futura.

Tercero. La familia no le va a querer seguir. Tampoco la necesita si cuenta con dinero. No es vital arrastrar con él a su familia. No hay amor. Tiene la oportunidad de empezar a vivir libre y con dinero. Se irá solo.

Cuarto. Es imprescindible no dejar a nadie rastro de su salida. Dado que está dispuesto a terminar con su matrimonio, ni siquiera Viky volverá a saber nunca más de él. Menos aún los socios. Tampoco ningún colaborador.

Quinto. Dispone de menos de tres semanas para actuar. Es imprescindible empezar ya.

Sotillos nunca se había planteado una nueva vida semejante a una reencarnación en un ser libre, sin responsabilidades, con todo el tiempo y el dinero suficientes como para disfrutar, para ser feliz. Puede elegir cualquier lugar del mundo para vivir. Siempre ha deseado un retiro en Río de Janeiro, con su clima, sus paisajes, sus mujeres. Pero puede ir a cualquier parte. No es soñar, es algo posible; más que eso, necesario. No puede hacerlo de otro modo.

Tiene que cubrirse bien las espaldas, no dejar rastro alguno. Eso es difícil, mucho. Pero tiene que hacerlo. Tiene que conseguir que nadie le siga. Tiene que simular que muere —una muerte sin cuerpo... difícil —. Tiene que parecer que el dinero que él se lleve, se lo ha apropiado otro, tiene que urdir una buena trama que sea totalmente coherente, sin cabos sueltos.

Es preciso simular una defunción, suicidio o accidente. Como el auténtico cuerpo no aparecerá, pueden ocurrir algunas de las soluciones vistas en el cine: conseguir un cadáver, incinerarlo hasta hacerlo irreconocible y ponerlo en un lugar que él debiera ocupar. Resulta demasiado fantástico para alguien como él que no tiene experiencia en el crimen y su entorno, que no sabe cómo conseguir un cuerpo del cementerio o de cualquier otro lugar de un modo anónimo. En la vida real estas cosas son más difíciles que en la ficción. Tampoco puede hacer que un avión explote en el aire con su nombre como ocupante, haciéndose sustituir antes del vuelo por un empleado o conocido. No sabe ni cómo hacer una bomba, ni cómo conseguirla para introducirla en el equipaje asesino, ni qué pasaría al saberse desaparecido el muerto real. No, nada de esas truculentas soluciones sirve. Son ideas infantiles.

Quizás hay una posibilidad en el accidente laboral. Ha oído que si alguien cae en las inmensas barricas donde fermentan los vinos, si no es rescatado porque nadie se entera del suceso, los líquidos absorben su cuerpo, fermenta con ellos y, al cabo del tiempo, no quedan más rastros que los objetos metálicos —reloj, cadenas, dientes postizos— que llevara consigo el difunto.

Él no produce vinos ni productos fermentados, pero en la planta hay una máquina tan siniestra o más que puede servir para esta ocasión: el hidrapulper. Este trabaja como una inmensa batidora. Con un diámetro y profundidad variables, es como un inmenso pozo en el que cabrían docenas de hombres, recibe la celulosa y la fibra secundaria y su misión es molerla, desfibrarla, hacerla pequeñas partículas de pasta que cabrán por la rejilla inferior de descarga con agujeros de diámetros milimétricos. Se alimenta de la materia prima y de agua, mucha agua. Un potentísimo motor hace rotar desde abajo unas potentes palas que muelen inapelablemente cuanto cae en su cavidad, mientras es succionado hacia abajo en un procedimiento continuo de fabricación.

En su superficie, cuatro o cinco metros por encima de las destrozadoras aspas, solo se ve agua marrón —consecuencia de la fibra en suspensión, de la pasta que se va formando— y los trozos de cartón o celulosa que la cinta transportadora haya dejado caer en aquel instante, porque al momento, iniciado el rápido y frenético girar concéntrico, todo irá desapareciendo engullido por el remolino que genera la hélice. Si un hombre cae ahí, no puede salir. Es succionado hacia abajo, destrozado, desfibrado e incorporada la pasta. Saldrá al cabo de unos minutos hecho papel sin rastros de sí mismo. Sí, el Sotillos oficial morirá en el hidrapulper, por accidente o suicidio, ya lo determinará más adelante. Sotillos se sintió satisfecho. El rompecabezas había empezado a encajar. Faltaban muchas piezas,

pero tenía forma. Esta tarde seguiría el análisis. Se iba haciendo hora de ir al almuerzo que tenía concertado desde días atrás con los directivos del banco. No podía demorarse más y tenía que despachar aún los últimos asuntos que se habían acumulado en la mesa de Conchita.

Se levantó y llevó al baño su último apunte, el resumen que antes transcribiera. Lo tenía bien grabado en la memoria y podía correr —fuego y agua— la misma suerte que los anteriores. Luego se miró al espejo y se dijo con un tono áspero y cortante: «¡Que nadie descubra un cambio en ti: ¡Todo está igual! ¡Disimula! ¡Ánimo!».

...

Evaristo llegó fatigado a su apartamento. Normalmente, no comía allí a mediodía, sino en algún restaurante, pero estaba cansado y le sobraba un rato lo suficientemente largo como para darse un baño, comer algo y tumbarse media hora frente al televisor antes de volver a salir. Valía la pena la incomodidad de calentar en la cocina cualquier cosa ante la posibilidad de quitarse aquella ropa sudorosa y andar por la casa con una toalla atada a la cintura. Sirvió en un vaso alto unos cubitos de hielo, un chorro de Bacardí, lo llenó de CocaCola y se dirigió a la ducha. El teléfono sonó al poco rato.

—¿Bueno?

—¿Cómo te fue?

—Muy bien, Viky, acabo de llegar y me estaba dando una ducha. Hace un calor horrible en la calle.

—Sí, yo acabo de llegar deshidratada. Debe haber más de treinta y cinco grados a la sombra. No te entretengo si te estabas bañando.

—Ya me sequé, no hay problema.

—Bueno, cuéntame rápido y te cuelgo. Tengo mucho que hacer.

—Fui al banco a primera hora. Ya tenía abonados los depósitos de estos últimos días: las ventas de mi parte en las tres mueblerías y todo lo de la hipoteca de los locales. Me certificaron el cheque para pagar el terreno y me fui al notario. Tardamos bastante allí, un tipo muy puntilloso el notario. Nos hizo escuchar cómo leía completa la escritura, además de todo el tiempo que nos hizo esperar. Finalmente, acabamos y me fui al otro notario, donde estuvimos el otro día firmando la constitución de la constructora. Recogí las copias certificadas y me vine. Tenía miedo de que el vendedor del terreno se echara atrás; ¡hemos regateado tanto!, pero, finalmente, firmó y cobró sin rechistar. Desde luego, le hemos pagado el doble de lo que él nunca soñó que podría llegar a cobrar, pero ha vendido un terreno que se supone de viviendas unifamiliares, ¡se caerá de espaldas cuando vea un edificio de veinte pisos de oficinas!

—Enhorabuena, ahora falta la segunda sesión, ¿no?

—Sí, esta tarde con los arquitectos. ¿Nos veremos mañana?

—Claro, es jueves: mi cita preferida.
—Muy bien, entonces hasta mañana. Un beso.
—Adiós, un beso. Hasta mañana.

...

La comida había sido una auténtica pesadilla. Deseaba volver cuanto antes a su despacho, encerrarse y librarse de la vista de cualquier ser humano para poderse concentrar en sus pensamientos. Tenía muchos puntos que analizar y no estaba de humor para andar fingiendo interés por nada que no fuera su propio futuro. Y, sin embargo, había tenido que soportar dos horas largas de conversación insulsa e impersonal aparentando negociar asuntos ya debatidos.

Esta vez le habían invitado ellos. El comedor del banco estaba en el último piso del edificio correspondiente a la oficina principal. Allí los directivos de mayor rango obsequiaban a sus clientes más distinguidos con un lujo propio del restaurante más sofisticado. La etiqueta de los camareros, la decoración estilo Chippendale, la calidad de su carta y la procedencia de sus bebidas no había cambiado desde los tiempos en que la banca todavía era privada.

Allí estuvo interesándose por los tipos de interés y por las disposiciones sobre encaje bancario como si aquello pudiera tener alguna relación con la solución de sus problemas. Con los tipos de interés vigentes, no había negocio que resistiese un crédito. A nadie interesaban y nadie los pedía. La financiación bancaria hacía mucho tiempo que había dejado de ser motor de desarrollo. Además, los bancos ya no tenían dinero, necesitaban todo para financiar al Gobierno.

El juego ahora era otro. Los gastos por intereses de los créditos concedidos a las empresas son gastos deducibles, lo cual quiere decir, que la mitad los paga Hacienda. Como todo es del Estado, por un lado, cobra cien de intereses, pero por otro devuelve cincuenta al hacer la declaración sobre la renta de las personas morales —las empresas—. Sin embargo, los ingresos por intereses de las imposiciones cobrados por los particulares están libres de impuestos. Debe ser así porque en Estados Unidos no se les retienen impuestos a los inversionistas extranjeros y hay que evitar a toda costa que se escapen divisas.

La solución es obvia. Los socios depositan en el banco, a título personal, un dinero, generalmente producido por su caja negra. El banco, por ello, les paga noventa de intereses libres de impuestos. En ese momento piden al banco que con la garantía de su inversión presten el mismo dinero a su empresa. Este no pone efectivo, ni riesgo, ni gestión, ni nada, pero cobra cien de intereses. Ha hecho un negocio de diez —diferencia entre lo que cobra y lo que paga por nada, por tener licencia para operar como banco—. La empresa recibe el crédito y pagará cien de intereses, pero como son gastos deducibles, el costo

se quedará en cincuenta.

Los socios ganan cuarenta netos y se burla limpiamente y sin riesgos a Hacienda: ¡ah, el famoso *back to back*! —espalda contra espalda—. ¡Único panorama del financiero fiscalista! ¡Único reducto de operación de la banca estatizada!

Sotillos ha hecho un buen papel programando las operaciones de los próximos meses, operaciones que él no finiquitará, pero que nadie más debe sospecharlo. Ahora, recostado de nuevo en su sillón, vuelve a pensar en cómo desaparecer, en cómo evaporarse de su mundo para reaparecer con otra diferente encarnación en otro mundo.

...

Para Martínez, aquello estaba resultando muy embarazoso. Tener que acudir a las mismas horas, al mismo trabajo y ver a los mismos compañeros, como si nada hubiera pasado. Verdad es que solo el patrón y él conocían lo ocurrido, pero aun así era realmente incómodo aquello. Sabía que dependía de un hilo, de un capricho o de un cambio de planes del patrón.

¿Qué era lo que le tenía reservado? Quizá la cárcel y seguro la devolución de todo el botín. Quizá solo algún favor muy personal y peligroso darle en la madre a alguien. Seguramente, sería algo así, porque si no, ya hubiera podido llamar a los judiciales y pedirles que lo encerraran después de una buena paliza. Era muy extraño este patrón. Lo quería tener esclavizado, hacerle decir o hacer lo que fuera su voluntad, tratarlo como si fuera una cosa, privarle de su propia capacidad de decisión.

Quizá esto era peor que el haberlo reportado. Ahora viviría siempre con el terror de no saber cuál iba a ser su castigo o su venganza. Se avecinaba un futuro incierto, aunque era claro que tendría que devolver todo su dinero, el de su seguridad para la vejez, el del bienestar de los suyos. No le importaba el dinero por él mismo tanto como por su familia. Tendrían que desalojar y vender el ranchito y todos se enterarían, familia y vecinos, de lo que había sucedido.

Tenía que hablar con su yerno. La tarde anterior terminaron hasta atrás y no hubo forma de concretar ningún plan, pero de seguro que a su yerno se le ocurriría cómo salir del atolladero, —¡era tan abusado! —, igual que se le había ocurrido cómo poner en marcha su negocito. Saliendo hoy del trabajo iría a hablar de nuevo con su yerno, pero esta vez nada de cantinas. A lo derecho.

...

Sotillos se quedó aquel día hasta muy tarde en su despacho. Canceló una cita que había preparado desde tiempo atrás para cenar con un importante cliente y no salió de su oficina hasta casi la medianoche. Sin embargo, había sido un tiempo bien empleado. Casi siete horas seguidas de jugar al ajedrez consigo mismo. Poniéndose celadas en su

mente y resolviéndolas.

Finalmente, tenía un plan. Diríase que un plan perfecto para dentro de dos semanas. Llegaría a la planta a las siete de la tarde. Con retraso sobre su horario habitual pero todavía una hora normal en la que en muchas ocasiones permanecía viendo asuntos pendientes o recorriendo las instalaciones. Llegaría conduciendo él mismo su coche, pues para no retener hasta tarde a Marcos, le habría dejado salir más pronto. Lo estacionaría en su lugar reservado dentro de la planta y se dispondría a recorrerla lentamente. Una visita de rutina, maletín en mano.

Ya habría anochecido y no quedaría ningún empleado de responsabilidad, porque no le esperarían y la hora de salir era las seis. Con todo, si quedaba algún rezagado, le diría que no lo necesitaba y lo despediría. La planta seguiría trabajando con su personal del segundo turno, el que sale a las diez. Se haría ver por bastantes obreros y hablaría con algunos de cualquier tontería. Dejaría que fuera notorio cómo se encaminaba hacia la zona de pastas, al hidrapulper.

A partir de allí se aseguraría de no ser visto más. Arrojaría al hidrapulper el contenido de su portafolios y el mismo. Habría preparado previamente los objetos que debían reunir para identificarlo más adelante cuando, a la mañana siguiente, limpiaran aquella máquina: su anillo de boda, su Rolex de oro, ¡un millón de pesos mal empleados!, la cadena y la cruz compradas en aquel viaje a Grecia; su pitillera y su Dupont, sus lentes de montura metálica, la chaqueta azul con botones metálicos dorados y sus pantalones con cierre de cremallera, sus zapatos de hebilla plateada y toda una muda por si quedaba algún resto sin desfibrar. Incluso su portafolios tenía cierres y defensas metálicos que no se desharían.

Allí mismo, se colocaría una barba y peluca postizas y unas gafas negras, un pésimo disfraz suficiente para confundirlo en la oscuridad de la noche si se cruzaba por la calle con algún operario que saliera o llegara a trabajar.

Saldría por la puerta pequeña trasera, siempre cerrada y no vigilada, de la que podría obtener una copia de su llave con tiempo y sin levantar sospechas. La puerta daba a una callejuela poco iluminada, allí le esperaría el otro coche.

El domingo anterior iría al mercado de coches de ocasión; compraría en efectivo uno barato, acorde con la economía del barrio en que debería estar estacionado por lo menos desde la noche anterior, cuando lo llevara a escondidas, lo dejara y volviera en un taxi. Después de su supuesto accidente no podía correr el riesgo de ser visto y reconocido por nadie. No podía caminar callejeando por las proximidades de la fábrica buscando un taxi que lo llevara al aeropuerto o a un hotel. No era técnico en disfraces y podía camuflar

su imagen para superar un vistazo rápido a distancia y con poca luz, pero no lo suficiente como para resistir el cruce próximo con un conocido o la coincidencia a plena luz en el aeropuerto.

Manejaría sin prisas hacia la frontera, la de Laredo, que es la más próxima. Haría noche en un hotel de carretera dando un nombre falso: no era cosa de correr riesgos por el cansancio.

Abandonaría el coche sin documentación en cualquier calle poco concurrida; el vehículo nunca habría estado a su nombre y, quitándole las placas, no sería ninguna pista. Debería salir del país por vía terrestre. En avión o en barco, en los viajes internacionales se registra y se comprueba la identidad de los viajeros, y él saldría cuando su yo oficial estuviera muerto. Por carretera podría haber comprobación de identidad, pero no se registraría su nombre. Así pues, pasaría la frontera caminando, como cientos de mexicanos cada día, con su propio pasaporte, visa y mica, la enseñaría y no haría falta más.

Ya del lado americano tomaría un taxi para ir al aeropuerto. Sacaría un billete para el primer vuelo a Nueva York. Daría un nombre falso; en los vuelos interiores no hay control sobre la personalidad de los viajeros. No debía crearse una identidad falsa. Sería posible quizá con más tiempo, pero aun así dejaría testigos del cambio. Por muy lejana que fuera la probabilidad de que conociesen su huida, habría un riesgo; nada de apuros innecesarios.

A partir de su llegada a Nueva York, sería totalmente libre, podría incluso utilizar sus documentos legales, así de simple, sin correr el peligro que conlleva emplear documentos trucados. En la improbable posibilidad de que alguien relacionado con él viera su nombre algún lejano día en un listado de pasajeros a Río de Janeiro, podría tratarse de cualquier otro José Sotillos de los cientos que quizá haya por esos mundos.

Habrá que pagar en efectivo, romper todas sus tarjetas de crédito; nada de cheques sobre sus cuentas bancarias actuales. Tendrá que abrirse otras, en otros bancos, con depósitos en efectivo, nada de transferencias, giros ni cheques. Eso puede ser laborioso. Tendrá que irse un par de días antes a Nueva York a hacer todos los trámites, a acarrear dinero de un banco a otro sin levantar sospechas, en partidas regulares, no demasiado elevadas. Deberá inventar un viaje de negocios para justificarse e ir solo.

El dinero puede quedar en Nueva York, aunque viaje por cualquier otro lugar del globo. Los dólares son buenos en cualquier sitio y los bancos grandes tienen representaciones en todas las ciudades importantes, desde donde poder movilizar sus fondos. Mejor bancos americanos que suizos. No por la molestia de abrir la cuenta, en New York o en Miami hay buenas representaciones de entidades suizas, sino porque no están tan extendidos en el extranjero y sus sucursales

no abundan. Darían más anonimato, pero menos flexibilidad para sacar el dinero dónde y cuándo se necesitara.

El dinero... reunirá el suyo, el de la venta de la conservera y vería cómo sacar algo más de la empresa y de los socios. No puede ser nada ostensible, porque si no habría sospechas de huida, no de muerte. Puede utilizar la confesión de Martínez como coartada para el dinero que comprueben que falta.

Quizá lleve a Lourdes. Es un riesgo, pero los dos se aman. No puede decirle de antemano de qué se trata, pero puede plantearse con tiempo cómo obligarle a decidir entre él sin posibilidad de retorno o sus padres y el ambiente que la rodea. Ella no lo delataría, sería esa huida que siempre habían deseado llevar a cabo juntos y a la que nunca se habían atrevido. Podría decir que no, pero nunca delatarlo... A lo mejor, lo más peligroso es que dijera que sí, y luego, con los años, sintiera añoranza y deseos de volver o de mantener un contacto telefónico o postal fatal. Ese es el único punto pendiente de decisión y el determinar si fue un suicidio o un accidente, pero para ser el primer día sobre veinte de su plazo total ha avanzado mucho.

Tendrá que hacer que Rosado se dé más prisa de lo previsto. Él quizá sospeche cuando se descubra su accidente, pero no podrá hablar, sería acusarse a sí mismo. También la gente relacionada con la venta de la conservera podría sospechar; pero puede empezar a difundir la idea de que él allí solo ha actuado de intermediario defendiendo otros intereses; podría resultar verosímil si desempeñara bien su papel, pues eso son los ejecutivos, la imagen que ha dado de sí mismo es que él es un ejecutivo por antonomasia, no un capitalista. Puede colar. Además, no se trata de demostrar nada, sino de dar una respuesta razonable cuando surjan las sospechas.

Cuando por fin llegó a su casa, todo estaba a oscuras y en silencio. No tenía hambre. Se acostó sin cenar ni hacer ruido.

JUEVES 21

El jueves también amaneció pronto para Evaristo. Al igual que la víspera, había dormido a intervalos y desde muy temprano anduvo en pie poniendo en orden su apartamento, ya que esperaba visita.

Se sentía inquieto y decidió fumarse un cigarrillo frente al ventanal mientras sorbía despacio su primera taza de café. Desde el día anterior era director general y presidente del consejo de administración de constructora de inmuebles para Oficinas Tauro, S. A. de Capital Variable, la flamante sociedad creada con Sotillos, Viky y sus dos hijos, Viky y Pepín, ya que la ley de sociedades mexicana exigía como mínimo cinco socios, tanto en la constitución como durante la vida de la sociedad. Capital fijo de doscientos millones suscrito y desembolsado, capital variable nada de momento. Él figuraba con un treinta por ciento de las acciones, sesenta millones. Pepe ingresaría sus ciento cuarenta en cuanto cobrara la venta de la conservera. Los ochocientos millones restantes que habían de juntar entre ambos estarían en inversiones bancarias, a cambio de los cuales percibirían créditos por el mismo importe. Pepe le había rogado la máxima discreción de cara a Viky sobre el manejo financiero de la constructora y él había prometido mantenerla al margen de toda información relativa al origen de los fondos de Sotillos y a las utilidades que se percibieran. Su amigo no era transparente en absoluto con su mujer en nada y prefería tenerla totalmente al margen de sus negocios personales, aunque en esta ocasión las circunstancias obligaban a que conociera algo. De todos modos, pensaba ocultarle la mayoría de los beneficios y explicarle que el banco le había prestado casi todo el dinero a invertir. Respetaría sus secretos como siempre.

Él, sin embargo, aunque la contabilidad de la nueva empresa todavía no pudiera registrarlo adecuadamente, ya había gastado casi

sus trescientos millones. La compra del terreno, el pago de honorarios a los arquitectos y una pequeña provisión de fondos para las primeras contrataciones de personal y alquiler de máquinas excavadoras se los habían llevado casi íntegros. Estaba entusiasmado. Su padre no comprendería su entusiasmo. Nunca lo había hecho. Le contaría todo cuando fuera oportuno, ahora, todavía no.

El viejo había llegado al país hacía ya casi sesenta años, siendo un muchacho. Su historia había sido la repetida en tantos cientos de casos. Anduvo haciendo toda clase de oficios y menesteres ocupándose donde encontraba quien le tendiera una mano. Hizo de todo en aquellos diez primeros años, sin lograr por ello mejorar su nivel de vida, pero haciéndose, sin embargo, respetar por quienes le iban conociendo por su honradez, nobleza y laboriosidad.

En uno de tantos trabajos, una panadería de propiedad de un paisano, logró echar raíces hasta ascender al puesto de encargado, trabajo que le fue confiado tanto por ser compatriota del patrón como por mostrar una dedicación inusual en un empleado trotamundos. Iniciaba las labores en plena noche, con la primera hornada, allá a las cuatro de la madrugada y no dejaba el mostrador hasta que a las ocho de la noche se cerraba la tienda. Amasaba, horneaba, cargaba con los sacos de harina o con los cestos de pan, vendía tras la barra del mostrador o iba por las casas a entregar a los clientes habituales sus pedidos. Todo sin descansos y sin quejas. Dormía en la bodega, entre los sacos de harina y las ratas y su única salida no laboral de la tahona, era los domingos para ir a misa y pasearse al sol por los jardines de la Alameda Central.

La hija del patrón se enamoró de él y el suegro no tuvo inconveniente en incorporar a la familia a un joven tan trabajador y bien mandado. Y dejó de dormir en la bodega para hacerlo en una aceptable habitación del primer piso. Al año, nació Evaristo.

Recordaba a su padre como un gigante. Nada ni nadie le hacía paralizarse, cambiar de opinión ni retroceder. Quizá su madre, en algún momento al comienzo de su matrimonio, cuando aún era la hija del patrón, pudo ejercer sobre él una influencia tenue y temporal que se perdió en poco tiempo. Él había sido independiente, fruto de su soledad, y a ella la habían educado para obedecer, respetar y seguir sumisa al varón, fuese este padre o marido; la buena educación de principios de siglo.

Su padre, hasta donde él recordaba, siempre había regido los destinos de quienes le rodeaban, era autoritario y firme, le gustaba mandar y no perdía la ocasión de hacerlo.

Evaristo había crecido a su sombra como un ser débil y sometido. Realmente tenía miedo a su padre. Nunca le había dado cariño o comprensión. Le habían exigido disciplina, obediencia y trabajo y

nunca recibió una felicitación por algo bien hecho o un halago, pero sí muchos castigos y golpes.

En realidad, su padre se sintió defraudado con el hijo que había engendrado. Él hubiera querido un muchacho sano, fuerte, desenvuelto, tan independiente y luchador como había sido él; en cambio, Dios le había dado un enclenque siempre mimado por su madre y abuelos como hijo y nieto único, dependiente de los demás; tímido y acobardado. El contraste no podía ser mayor. Pensó que podría enderezarlo exigiéndole cada vez más, tratándolo con rudeza, pero lejos de conseguirlo, lo alejó más de sí, se hizo ver ante él como un ser tosco y brutal y nunca pudo hacer que este sintiera un atisbo de amor filial.

Su padre consiguió, poco a poco, hacerse con una pequeña fortuna. Mientras vivió con su suegro, se resignó a limitarse a regir la panadería y a hacerla prosperar con notable éxito, pero al morir aquel, pasó a diversificar sus inversiones, colocando los rendimientos que iba obteniendo en participaciones con otros paisanos en nuevos negocios. Estaba en boga entre la colonia de inmigrantes el comprar hoteles y baños. Ambos tipos de establecimientos proporcionaban buenos beneficios y no requerían de una preparación especial para poderlos sacar adelante y, con el tiempo, llegó a adquirir varias participaciones. Por supuesto que no por ello varió el régimen de vida de la familia. Siguieron trabajando como si todavía necesitaran de catorce o dieciséis horas de lucha diaria para sobrevivir, siguieron gastando solo lo imprescindible sin regalarse ningún tipo de lujo y ahorrando e invirtiendo lo más posible. Tampoco en esto se diferenciaban en absoluto de las normas de conducta usuales en la colonia de paisanos.

La relación padre e hijo seguía siendo realmente difícil hasta que, cumplidos los dieciocho años, Evaristo decidió abandonar el techo paterno. La confrontación fue especialmente aparatosa. No acabó en golpes por la intercesión pacificadora de su madre. Evaristo aprovechó la sobremesa de un domingo en que estaban los tres solos en la casa para decirles a sus padres que, puesto que ya tenía dieciocho años y en los estudios no era una lumbrera ni les tenía afición, había decidido ponerse a trabajar.

Hasta ahí la sorpresa fue poca, pues algo parecido había determinado ordenarle su padre. Bien es verdad que desde los doce años ayudaba en la panadería todo el tiempo que la escuela y las tareas escolares le dejaban libre, pero era ya hora de que su única actividad fuera laboral y de que empezara a conocer de verdad el negocio y sus responsabilidades.

Pero no eran esos los planes de Evaristo. Él ya conocía las agotadoras jornadas y el duro trabajo que allí le esperaban. No estaba dispuesto a seguir siendo toda su vida un esclavo de su padre,

manipulado y aplastado por él. Había decidido buscarse un empleo. Demostrarse a sí mismo y a los demás que valía tanto como el que más por sí solo, sin necesidad de ayuda de la familia. La poca o mucha sangre paterna que corría por sus venas le impulsaba a liberarse, a buscar su propio destino.

Vinieron primero los consejos, luego las advertencias y, finalmente, las amenazas. Si salía por aquella puerta, no volvería a entrar. Si no quería ayudar a su padre en el negocio, ahora que podía, poco a poco, permitirle ir descargando en él la tarea y empezar una existencia más cómoda y tranquila, que no esperase que su padre se dejase allí la piel a tiras para permitir que heredara sin mayor esfuerzo el patrimonio familiar. Si se iba, que se olvidara de sus derechos sobre la panadería, baños u hoteles. Si se marchaba, nadie le iba a ayudar por ser un hijo desnaturalizado e irresponsable. Siempre había sido un flojo y un inútil, ¿qué esperaba demostrar con aquella espantada?

El muchacho estaba decidido y no entró en razones ni se dejó intimidar. La convivencia en su casa se había hecho imposible y solo pensaba en salir de allí, en poner tierra de por medio y en olvidar cuanto antes aquel infierno. Nunca se había enfrentado a su padre hasta ese día, ni le había respondido liberando la ira contenida, las frustraciones de tantos años; nunca le había gritado, pero aquella tarde respondió con aún más energía y determinación de la que se aplicara contra él hasta que, al final, los sollozos de su madre contuvieron a los dos hombres que estaban a punto de llegar a las manos y con un gesto a la vez teatral y brusco, salió del comedor y dando un sonoro portazo abandonó aquella casa sin hacer ni su maleta. Y nunca volvió a ella.

Con el tiempo, comprendió su reacción. Podía ser dócil hasta el servilismo, pero una vez superado su nivel máximo de aguante, podía explotar con igual o mayor furia que el más aguerrido de los mortales.

Sus primeros días, semanas e incluso meses de emancipación fueron muy duros, mucho más de lo que en ningún momento hubiera sospechado. A punto estuvo de regresar, cual hijo pródigo, al hogar paterno —muerto de hambre, cansancio y desesperación— a pedir clemencia. Solo el odio ilimitado e irracional hacia el patriarca le frenó a hacerlo.

Su primera intención había sido ir a pedir trabajo entre los conocidos, pero, inexplicablemente, solo duraba en cada empleo dos o tres días. Pronto se enteró de que su padre seguía sus pasos y tan pronto lo sabía empleado en un lugar, hablaba con el dueño para pedirle, por favor, que echara a su hijo a la calle.

Las tres primeras noches las durmió al aire libre, tumbado en un banco de algún solitario y mal iluminado parque, sin más abrigo que los papeles que vagabundeando recogía. Luego, con el sueldo del

primer despido, consiguió alojamiento compartiendo un viejo y asqueroso cuartucho con otros tres desgraciados. Su condición varió poco los primeros meses. La madre, enterada de su dirección, le hacía llegar algunos pesillos junto con la ropa abandonada en casa, todo a escondidas del padre, que nunca dejó de hostigarlo para hacerle pagar su rebeldía.

Pronto comprendió Evaristo que tenía que salir del círculo de los conocidos y abrirse paso por sí solo, y fue así como se hizo abonero. ¿Cuántos paisanos con buenas fortunas hoy en día deben sus primeros ahorros a su época de aboneros? Jornadas extenuantes cargados con sus mercancías, ora vendiéndolas, ora cobrando los abonos —o plazos — de un extremo a otro de la ciudad.

En esa tarea se marchitó su juventud y le sobrevino la madurez. Fueron pocos años, pero se le hicieron interminables. Días heroicos de lucha, primero por sobrevivir y luego por progresar. Finalmente, un día, asociado con un compañero de fatigas e invirtiendo los ahorros de ambos más el dinerillo que su madre le pudo hacer llegar, abrieron su tienda, su primer establecimiento: una mueblería.

La colonia era humilde, pero los muebles, malos y feos, eran lo suficientemente baratos como para tener éxito. La ciudad crecía espectacularmente debido a una progresiva inmigración y los muebles se vendían en las colonias más pobres con asombrosa facilidad. En poco tiempo, pusieron una segunda tienda y luego una tercera. El éxito les sonreía, el trabajo, el tesón y la confianza en sí mismo le habían hecho triunfar.

Si su triunfo pudo, finalmente, ablandar el corazón paterno, haciéndose reconocer su casta y cierta similitud con la energía y tesón de su progenitor, nunca lo quiso saber; no dio opción a una explicación, un mutuo perdón o un simple abrazo que rompiera la beligerancia. La progresiva vejez natural del uno o la madurez del otro no sirvieron para tender un puente tardío.

Llegó el momento en que su padre, aquejado por dolencias propias de la edad, debió abandonar definitivamente trabajo y negocios, optando por la venta de estos y retirándose a vivir sus últimos años a su aldea natal, gallega, respaldado económicamente por sus rentas. La inflación iba haciendo mella en ellas progresivamente, pero aún eran lo suficientemente importantes como para depararle tranquilidad en los pocos años que le pudieran quedar de vida.

En un momento determinado, su anciana madre pudo arrancar de su marido la única muestra de consideración hacia el hijo de toda su vida: lo había hecho apoderado sobre sus bienes a fin de que la distancia interpuesta entre estos y su lugar de retiro no impidieran una administración necesaria. En su reciente búsqueda de dinero efectivo para acometer su aventura con Sotillos, Evaristo había

utilizado el poder para poner esos bienes familiares como garantía del préstamo que solicitó, con completo desconocimiento de su padre; ya que, estaba seguro, el viejo no lo comprendería... nunca lo había hecho.

...

Conchita hizo pasar a Rosado tan pronto llegó. De hecho, Sotillos sentía auténtica urgencia en dialogar con él y no tenía ningún motivo para hacerle guardar antesala. Le había telefoneado a primera hora de la mañana a su casa, antes de salir al trabajo, para asegurarse una entrevista inmediata y habían quedado en verse antes de las diez en el despacho de Pepe.

—Hola, muchacho, buenos días otra vez. Aquí me tienes puntual, como te prometí.

—Hola, Juan, siéntate.

—Estoy impaciente por saber cuál es la urgencia, he cancelado mis compromisos de esta mañana para poderme dedicar a tus asuntos. No has querido adelantarme nada por teléfono y me tienes impaciente, ¿más negocios decías?

—Sí y no. Mira, creo que vamos a hacer bastantes más gestiones de las que en un principio habíamos planeado. Más inversiones para la empresa y más negocio para ti y para mí, ¿qué te parece?

—Fascinante, continúa y no te interrumpas.

Sotillos, lentamente, buscó su pitillera, ofreció un cigarrillo a su visita y tomó otro para sí. Encendió ambos y pidió por el intercomunicador dos cafés. Todo con deliberada calma, tomándose tiempo y pensando rápidamente mientras tanto.

En su plan de huida figuraba como factor fundamental la recuperación del máximo de efectivo posible con carácter inmediato. Una fuente de ingresos importante podía proporcionársela el propio Rosado, pero iba a ser muy difícil que se desarrollara con la urgencia necesaria. Sin embargo, su mayor punto de atención debía estar en el hecho de no levantar sospechas, ni mientras preparaba su fuga ni después de haberse consumado su supuesto accidente o suicidio, haciendo que para alguien resultase evidente el engaño. Debía dar una explicación a cada paso que diera para que nadie pudiera relacionarlo antes y, sobre todo, después, con los acontecimientos que se desencadenarían en tres semanas.

Se había percatado de inmediato, desde la noche anterior, de la urgencia de hablar con Rosado y apremiarle a realizar sus gestiones con la máxima celeridad, pero la verdad era que no había podido reflexionar sobre los detalles de la conversación, por lo que debería ahora improvisar sobre la marcha, mostrarle algún señuelo para justificar las prisas y atornillarle en los plazos de ejecución.

—Pues bien, Juan. Ya sabes que siempre estamos haciendo

proyectos y que en sueños tenemos diseñada la empresa para cinco, diez o quince años; lo que ocurre es que luego la realidad se impone y conforme vamos generando recursos podemos ir ampliándola poco a poco.

»El otro día te hablé de los proyectos de inversión imprescindibles para este año con el fin de que empezaras a trabajar sobre ellos. Eran, como te digo, indispensables, estaban ya muy madurados y mi único interés en que trabajaras más o menos deprisa era el interés personal por poder cobrar yo mi dinero cuanto antes.

»Las cosas en estos pocos días han dado un giro importante y es posible que acometamos también este año, además, los proyectos que se habían planteado para el próximo. ¿Te das cuenta? La posibilidad de hacer un negocio tú y yo, nada menos que doble.

—Todo parece indicar que has movido algunos hilos para que nos caiga la lotería.

—Bueno, no todo el mérito es mío, también hay otros que opinan en esto y, la verdad, yo no tendría mucha urgencia en el segundo paso porque, si no nos movemos rápido con el primero, a lo mejor perdemos el negocio.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir con lo de perder el segundo negocio?

—Está claro. Si en ocho días podemos decidir las compras de que te hablé, en quince están levantados los pedidos, pagadas las cantidades iniciales —entre ellas, nuestras comisiones— e iniciados los trámites sobre los permisos de importación, no hay inconveniente, para antes de un mes estar embalados con las ampliaciones de que te estoy hablando. Por el contrario, si tú te retrasas en hacer tu tarea y la empresa, en consecuencia, también, es posible que el consejo decida, o bien posponer la ampliación, lo cual quizá no fuera muy grave, o bien encargársela directamente a la gente de ingeniería con lo cual perderíamos el control sobre esas adquisiciones.

Rosado pareció no estar muy conforme con esa pérdida de control.

—Bueno, en cualquier caso, tú eres el director general, por ti tendría que pasar la aprobación de los precios, proveedores, plazos y demás.

—No creas que es tan sencillo. Lo normal sería que la gestión de compra, búsqueda de proveedores, cotejo de precios, calidades y servicios, etc., lo llevase la gente de ingeniería: en muchísimas empresas es así. Aquí yo he mantenido, porque me interesaba, el sistema que llevaban los socios fundadores, cuando la empresa era pequeña y todas las adquisiciones importantes las hacían directamente ellos. Es muy diferente proponer yo mi proveedor, con todas las cartas en la mano para hacer indeseable cualquier otro, que aprobar o denegar una operación que me han estudiado otros de reconocida

competencia; ahí sería muy fácil que se me viera el plumero en la primera ocasión en que quisiera arrimar la ascua a mi sardina.

—Entonces, ¿crees que hay riesgo de perder el negocio?

—No si nos movemos con rapidez. Sé que te va a resultar especialmente difícil, pero tienes que hacerlo. De hoy en ocho días debo tener aquí las cotizaciones que te encargué el lunes. Muévete aprisa, sal hoy mismo si es necesario a Estados Unidos, contacta con los fabricantes, pon en funcionamiento la sociedad que dijiste que ibas a crear para esto. Ya sabes cómo hacerlo, porque no es la primera vez. Supongo que ya habrás hecho algo desde el otro día, no partes de cero.

—Casi nada. Han pasado solo cuarenta y ocho horas, aunque me hablaste de urgencias, no hasta este punto.

—Como te digo, la situación ha variado en muy poco tiempo.

—Veré cómo me las arreglo. Desde luego, veo imposible una buena negociación de precios en tan poco tiempo y tampoco preparar la documentación para los permisos ni...

Sotillos le interrumpió. Le pareció observar un atisbo de duda en su interlocutor y habría que dejar el asunto lo suficientemente concretado para que no hubiera imprevistos de última hora.

—No sé si me he explicado bien. Necesito el próximo jueves tres juegos de ofertas de equipo lo suficientemente completas y claras como para que el consejo apruebe una el mismo viernes. No me interesan de momento más trámites, quiero solo eso, un material documental sobre el que poder tomar una decisión y que me permita en los primeros días de la otra semana hacerte llegar la confirmación de un pedido y un cheque importante. Para estos ocho días te estoy pidiendo solo eso. Con los datos que ya te di te será fácil conseguir de los mismos fabricantes todo lo que necesiten para armar tus expedientes. Es mayor tu problema de imprenta para que te hagan los logotipos y papelería imprescindible para presentar las ofertas que no saldrán beneficiadas que el constituir sociedades para ellas, pues no van a operar y no necesitas escriturar nada; incluso la que decidas que sí operará —la que presentes con la oferta más interesante— podrás irla formalizando a tu aire antes o después, no importa, de cumplir ese plazo. Luego ya vendrá todo tu trabajo en detalle para armar el rompecabezas, ¿entiendes?

—Entiendo. Tú ahora solo quieres papeles.

—Eso es.

—Y dices que extenderás el cheque en diez o doce días.

—Así lo quiero hacer. Es la forma de dar por cerrado el asunto de la contratación de la maquinaria. A partir de ahí, ya todo puede manejarse como un asunto de rutina más. Por supuesto que estaré pendiente de todos los detalles que vayan surgiendo del mismo modo

que tú tendrás que superarte a ti mismo haciendo que todo vaya sobre ruedas.

—Siempre ha sido así.

—No siempre; pero, de todos modos, has funcionado bien; ahora tendrás que hacerlo mejor porque muy pronto se nos juntará la segunda operación. Ni que decir tiene que las dificultades son dobles, pero también los beneficios en ciernes.

—¿Y qué pasaría si no consigo tener las ofertas presentadas en condiciones para el próximo jueves?

—Que correríamos un riesgo grandísimo de que el viernes se pusiesen a cavilar en el consejo la forma de efectuar este tipo de contrataciones. El resultado de tales meditaciones no te lo puedo adelantar porque no lo sé, pero lo que sí sabemos es que no hay que correr riesgos innecesarios y una demora por tu parte lo haría. ¿Qué me dices?

—No cabe duda de que hay que sacar esto adelante contrar eloj.

—Ninguna duda.

—Entre hoy y mañana voy a poner en marcha aquí varias operaciones que nos serán imprescindibles. Haré también las citas por teléfono para aprovechar bien el tiempo en New York el lunes y el martes. Quizá incluso pueda adelantar alguna para sábado y domingo, tú sabes lo trabajadores que resultan los gringos a la hora de sacar una venta. Me iré el sábado y creo que el martes en la noche o miércoles en la mañana podré estar de vuelta. No será difícil poder dedicar el miércoles, aunque no me acueste en toda la noche, a ponerte todo en orden y a presentarte una oferta sugestiva y otras dos no tanto, de otras tantas empresas el jueves por la mañana.

—Parece perfecto, ¿lo ves? No es tan difícil.

—Puede fallar si entre lunes y martes no acabo y no logro hacerles trabajar el domingo, pero aun así tendríamos de reserva todo el miércoles. En tal caso los papeles te los entregaría el jueves, pero por la noche.

—Correcto. Dado lo vital que es el plazo, yo estaré el jueves localizado todo el día a través de Conchita, pues me interesa que me los entregues en mano para poderlos comentar contigo por si es necesario hacer alguna rectificación de última hora.

—¿Tienes alguna recomendación especial que hacerme? Piensa que luego no vamos a tener tiempo de andar reestructurando toda la operación.

—Bueno, hay varias cosas que debes tener presentes.

Sotillos, desde el momento que empezó la conversación, se relajó interiormente por primera vez. No le eran imprescindibles los ciento cuarenta millones que podían suponer para él aquella operación, pero, evidentemente, era una partida lo suficientemente importante como

para hacer su máximo esfuerzo para que saliera adelante. Había temido con justificada razón que Juan Rosado, por no tener tiempo suficiente para articularla, no le diera muestras de seguridad, pero la charla le habría hecho comprender que Juan era maestro viejo en esas artes, que sabía el terreno que pisaba y que no le asustaba su urgencia.

El ardid de mostrarle una hipotética segunda operación como señuelo parecía haber funcionado sin levantar sospechas. Eso le creaba a él una nueva tarea al obligarle a preparar algún esbozo de proyecto y comentarlo con los socios para que, en el caso probable de que, una vez desaparecido él, Rosado inquiera a su sucesor sobre nuevas ampliaciones, no pusiera nadie los ojos en blanco diciendo que nunca se había hablado nada del asunto y haciendo entonces sospechar a Juan sobre las urgencias de aquella mañana.

Mientras se tomaban una última taza de café, Sotillos le estuvo poniendo en antecedentes de cuanta información podía serle de interés sobre el equipo, los proveedores y las gestiones hechas hasta aquel momento por el Departamento de Ingeniería, pues, aunque el lunes le había entregado el dosier sobre el proyecto, siempre hay opiniones y matices no escritos.

Rosado, que ya había estudiado con detenimiento el dosier, no se limitó a escucharle, sino que le interrumpió varias veces formulándole preguntas o discutiendo algún punto. Finalmente, quedó un único punto pendiente.

—Con independencia de lo que digan los fabricantes del equipo, ¿qué forma de pago estimas que debemos plantear?

—Incluye nuestros doscientos millones en el pago inicial a la firma del pedido, el resto tal como te lo dejen los fabricantes.

—Pero será una oferta presentada en dólares, podemos diluir nuestra comisión en varias partes, como otras veces, sin perjudicarnos por ello.

—Nada, nada. No tiene caso cobrar en abonos cuando se puede hacer de una sola vez. Tengo prisa por gastarme el dinero —añadió bromeando Sotillos—. Esta vez incluye nuestra parte en la entrega inicial.

—Perfecto Pepe, a nadie le amarga un dulce; también a mí me vendrá de perlas recibir ya el dinero. Suerte. Hasta el jueves.

Los dos hombres se levantaron y se estrecharon calurosamente las manos. Sotillos acompañó a su visitante hasta la puerta de su despacho y de nuevo se despidieron otra vez. De vuelta a su escritorio encendió un cigarrillo y se sumergió en sus pensamientos.

Bien. Ciento cincuenta millones... algo más de doscientos mil dólares... habría que rebañar de aquí y de allá todo lo que se pudiera. Aunque Rosado se retrasara, la operación estaba claro que iba a salir. Le había dado un plazo de ocho días cuando, en realidad, podía

tomarse más del doble, un buen margen para imprevistos.

Una vez levantado el pedido, aunque él desapareciese llevándose consigo su comisión, la operación seguiría adelante. Podían llorar su muerte o no Rosado y su sucesor, pero el equipo era necesario para la fábrica y su compra se había discutido y había sido aprobada. Nadie tenía por qué involucrarle a él. Podría hacerlo él mismo si dejaba huellas del paso del dinero por sus manos, pero no pensaba descuidarse en ese punto. Podía involucrarle Rosado con alguna conversación desafortunada, pero a corto plazo no era previsible ya que él mismo estaría en ese caso en la cuerda floja y se le acabaría quizá la posibilidad de hacer más negocios con su empresa y quién sabe si con cualquier otra si llegaba a producirse un escándalo.

Definitivamente, era un asunto del que se podía olvidar una semana. Tenía demasiadas cosas en qué pensar como para detenerse excesivamente con cada una. El sistema debía ser ir dejando asuntos concluidos en poco tiempo y nada podía hacer hasta el jueves próximo en el asunto que acababa de tratar. Decidió dedicar su atención a otra cosa...

...

—Voy a tener que dejar de venir a tu apartamento —dijo Viky.

—¿Por qué? ¿Qué pasa ahora? —preguntó sobresaltado Evaristo.

Viky se incorporó. Tomó un cigarrillo de la mesilla y lo encendió. Se quedó sentada en la cama, fumando y apoyó su espalda en la almohada, con las sábanas cubriéndole hasta el pecho.

—No hay forma de eludir las miradas del portero. Me pone nerviosa que me vea entrar.

—¡Qué casualidad! Nunca que uno entra lo encuentra, ni cuando hace falta aparece por ninguna parte.

—Pues yo no vengo una sola vez que no esté parado junto a su cubículo, mirándome de arriba abajo, viéndome pasar y saludándome con un socarrón: «¡Buenos días, señorita!».

—¡Bah! No tiene importancia. No te conoce de nada. No sabe ni quién eres, ni cómo te llamas, ni dónde vives ni nada que pueda crearte la mínima inquietud.

—Pues, de todos modos, es molesto, mucho.

—Podemos resolverlo de un modo fácil. Consigo otro mando automático para abrir la puerta del garaje y te lo quedas. Aunque a la hora que vienes ya hay espacio suficiente en el sótano para que dejes tu carro donde quieras, pues muchos vecinos ya han salido para entonces, dejo yo el mío estacionado en la calle la víspera. Tú llegas cuando quieras, desde la calle, sin bajarte del carro pulsas el botón, se abre automáticamente la puerta y entras al sótano; estacionas y subes por el elevador sin pasar por la portería. Todo muy discreto.

—¿Y no me encontraré con el portero?

—No puede estar en dos sitios a la vez, si a esa hora dices que está en la portería, no tiene por qué verte.

—Parece convincente; se nos debía de haber ocurrido antes.

Evaristo contestó satisfecho de su propio ingenio:

—No me habías hablado del problema, no podía resolverlo. Soy un pozo sin fondo de soluciones para todo. —Viky sonrió.

—Perfecto, muchacho, pues a ver qué solución das a mi problema.

Evaristo se puso repentinamente serio:

—¿Cuál de todos?

—¿Cómo que cuál de todos? ¿Acaso tengo tantos? No sé qué hacer con Pepe.

—Creo que yo también me voy a fumar un cigarrillo.

Evaristo se incorporó también y buscó tabaco y fuego. En realidad, quería ganar un poco de tiempo. No era el tipo de conversación que le gustaba. Evaristo era un solterón empedernido. Había dejado pasar los años en que un hombre se casa por amor hacía mucho tiempo. Hay una edad en que los hombres se casan por amor, otra por interés y, después, otra por comodidad; existen excepciones, como en toda regla, pero él estuvo demasiado ocupado en la primera y buena parte de la segunda etapa trabajando y luchando por sobrevivir y prosperar como para tener tiempo de cortejar a una muchacha y formar un hogar.

Sus aventuras, más o menos prolongadas con alguna empleada suya, alguna mesera de los restaurantes que había frecuentado o alguna dependienta de las tiendas vecinas a las suyas, le habían satisfecho lo suficiente como para cubrir sus necesidades sexuales sin recurrir a compromisos más firmes y esclavizadores. Su relación con Viky era diferente. Mientras había sido solo la esposa de su mejor amigo, la había admirado por su belleza y por su personalidad sensible y encantadora. Desde que el despecho por la traición de su esposo la había arrojado a sus brazos, la había amado con pasión, con lujurioso frenesí, pero también con consciente raciocinio. Sabía que era una situación a la que, a la larga, debería dársele término, o bien, como él deseaba, con un divorcio y posterior matrimonio con él, o bien la ruptura de sus relaciones y la reconciliación con el esposo. Él no quería la ruptura, no estaba aún saciado de sus caricias y de su entrega, pero veía vacilar a la mujer en seguir adelante con sus relaciones. Sus principios, su educación, incluso sus hábitos y costumbres repelían su propia imagen como esposa infiel, como amante de otro hombre y Evaristo se daba cuenta de esto. Mil detalles apenas perceptibles le avisaban de un peligro cercano, de que aquella felicidad se le acabara, de que una vez saciado su deseo de venganza, una vez repletas sus ansias de vivir con sus aventuras y engaños, con la sensación de libertad y autodecisión recobrada, se replegara de nuevo a su condición anterior de ama de casa virtuosa, decisoria de su

destino, por haber conocido y experimentado alternativas diferentes, no por la indecisión encadenante de la costumbre y los buenos principios aprendidos.

Estaba también la solución de un divorcio. Esa sería una buena decisión, la mejor. No sería fácil que ella diera ese paso, pero había que forzarla poco a poco. Su condición católica le impedía contemplar la posibilidad con frialdad. Era algo prohibido, pero también el adulterio que estaba cometiendo. La diferencia estribaba en que este podía ser tan solo temporal, una terapia. No, no sería fácil llevarla hacia el divorcio y sus problemas afines: custodia de los niños, escándalo social, reconocimiento del fracaso de su matrimonio. En otros entornos sociales el divorcio era moneda corriente, en el de ellos, de amplia tradición y costumbres aldeanas, sería un escándalo.

Luego estaba él. A punto de hacerse socio con Sotillos en el negocio que podía marcar definitivamente su futuro económico no podía tener un enfrentamiento tan dramático como el que surgiría de una boda con su exesposa inmediatamente después de un divorcio incómodo en el que perdería el control de los negocios del suegro y de su reputación empresarial al ponerse de manifiesto que el puesto ocupado en el mundillo industrial se había debido más a una buena boda que a su capacidad y preparación.

Necesitaba ganar tiempo. Si no empezaba a alentar desde entonces mismo el divorcio corría el riesgo de que los sentimientos de culpabilidad de Viky la llevaran a un rompimiento de sus relaciones. Si empezaba ya a alentar el divorcio y se mostraba más convincente de lo necesario, podía precipitar los acontecimientos con más celeridad de lo conveniente.

Él necesitaba culminar satisfactoriamente su negocio con Sotillos en la construcción del edificio. Había invertido allí cuanto tenía, había hipotecado el patrimonio de sus padres y todo ello había que recuperarlo. Pero, además, tenía la opción de transformar, definitivamente, su propio futuro con una solvencia y seguridad económica que con el trabajo constante y rutinario de toda su vida no podría soñar en alcanzar. No podía, bajo ningún concepto, dejar de triunfar: iba en ello todo el esfuerzo invertido hasta aquel momento en cincuenta años de vida, iba en ello la posibilidad de no tener que preocuparse nunca más por el dinero. Una boda con Viky era en todo momento y para cualquiera —lo había sido para Pepe— una solución económica, pero lo primero era lo primero y ahora estaba metido hasta los ojos en el Tauro.

—¿Así que no sabes qué hacer con Pepe?

—Estoy hecha un lío. Tú lo sabes.

—Vamos a ver, ¿lo quieres?

—Creo que no.

—¿Cómo que «creo»? A estas alturas, tienes que saberlo ya.

—Bueno, estoy segura.

—Entonces divórciate.

—No es tan fácil. Están los niños y también mis padres. Para ellos sería un disgusto de muerte. Luego están los vecinos, los amigos... no me hago a la idea.

—Tienes que ir planteándotelo. No es una solución que se deba tomar de la noche a la mañana, pero tienes que empezar a madurar la idea.

—Luego está el qué hacer después del divorcio. Iniciar una nueva vida sola, enfrentándome a tantas cosas que hoy se me dan resueltas...

—Me tendrías a mí. Nos casaríamos —contestó convencido Evaristo.

—¿Es una oferta formal de matrimonio? —preguntó casi irónica.

—Por supuesto, Viky. Sabes que te amo. No puedo pensar en mi vida futura si no es a tu lado. Desde que estamos juntos me siento un hombre diferente, lleno de fuerza, de energía, de ganas de vivir, me siento feliz y no comprendo cómo he podido estar solo tanto tiempo, cómo no se me ha hecho la vida tediosa y aburrida. Tú la has transformado por completo... y ahora dime: si eso lo consiguen dos escasas horas de cama a la semana, y la ilusión de sentirte cerca de mí, ¿qué sería mi vida teniéndote veinticuatro horas, siete días, las cincuenta y dos semanas del año?

—¡Caray, hablas con el entusiasmo de un adolescente!

—Y con la seguridad de la madurez.

—Es difícil, tengo que pensar mucho sobre ello.

—Claro que sí, debes hacerlo.

—No te imagino como marido; eres el prototipo del solterón. —Viky seguía divertida e irónica.

—Yo no me imagino sin tenerte a mi lado.

—Serías un mal marido. Los solteros os volvéis maniáticos, desordenados, trasnochadores y juerguistas. A tu edad ya no te podría educar.

—No soy casi nada de eso y estoy dispuesto a dejarme —replicó con irónica sumisión.

—Volvamos al divorcio... ¿Motivo?

—No sé mucho de derecho conyugal... no lo he necesitado hasta el momento, pero pienso que cualquier abogado puede darte una orientación adecuada. Supongo que su infidelidad podría ser un motivo.

—No sé. Es este un país de machistas y que un jefe se acueste con su secretaria no conmueve a nadie, aunque pueda probarse.

—Yo me preocuparé de investigarlo, Viky, y luego, quizá, el abogado pueda trazarnos una estrategia. —Evaristo estaba decidido a

traicionar los secretos de su amigo. Estaba el asunto de Lourdes que a buen seguro resultaría un filón para cualquier abogado y del que Viky aún ni sospechaba y estaban docenas de historias que a su debido tiempo podrían airearse y demostrarse.

Sus propios pensamientos le fueron excitando progresivamente. Realmente podía reunir testimonios que hicieran lo suficientemente fácil el trámite y no sentía ningún escrúpulo en traicionar también de ese modo su amistad; del mismo modo que ya no sentía ninguno por acostarse con Viky. Sotillos era un canalla egoísta que iba engañando y aprovechándose de todo el mundo y se tenía bien merecido el haber encontrado tan cerca la horma de su zapato. Pero todo eso después de culminar el negocio del Tauro, nunca.

Viky rompió el silencio.

—Sería realmente chistoso conseguir el divorcio acusándole de infidelidad y habérmelo planteado en la cama con otro hombre.

—La vida está llena de ironías.

—No sé, Evaristo, tengo que pensar mucho sobre todo esto.

—Debes hacerlo. No puedes seguir aguantándole siendo que, como tú misma reconoces, ya no hay nada entre vosotros.

—Yo no he dicho que no haya nada, sino que ya no le quiero, pero haber, hay muchas cosas entre él y yo; unos hijos, un hogar, una vida en común. Me casé siendo casi una niña, al menos así me recuerdo y a su lado me hice mujer. Hubo muchos años buenos y es difícil empaquetar los recuerdos y tirarlos por la ventana.

—Si el amor ha desaparecido, ¿qué caso tiene fingir que todo está igual?

—¿Y qué es el amor? ¿Cuánto dura? Me imagino preguntando a mis amigas si aman a sus maridos y ya veo unos ojos en blanco o sus caras llenas de extrañeza, ante la estupidez de mi pregunta. En el noviazgo, en los primeros años de matrimonio puede haberlo, pero lo normal es que luego quede la costumbre, la inercia, la atadura de los lazos mutuamente tendidos, nada más y eso entre los bien avenidos; en los otros, se une además el miedo a lo desconocido, a empezar algo diferente y riesgos, a la sensación de soledad, a despertar por la mañana y ver la cama vacía, sin nadie a tu lado que por lo menos mantenga caliente el lecho.

—Hay gente aburrida que se resigna a una vida tediosa y no merece nada mejor. Yo lo he sido durante mucho tiempo y sé algo de eso. Pero tú eres excepcional, mereces lo mejor, por lo menos obtener aquello que desees. No debes resignarte a lo que la vida te dé; debes caminar para conseguir lo que tú quieres tener. Eres demasiado extraordinaria como para conformarte como esas pobres gentes aburridas que no conocen otra energía que la inercia.

—No creas que es tan simple. Hace falta mucha entereza, mucho

valor para enfrentarse a la rutina diaria sin desfallecer, consciente de la propia impotencia para cambiar las cosas y dispuesto a que ello no le amargue a uno la existencia.

—Me parece que hemos empezado a hablar de generalidades y eso es desviar el tema. Estamos Pepe, tú y yo. El eterno triángulo. Vuestras relaciones están muertas desde hace mucho tiempo. No te quiere, no te atiende, te desprecia y te humilla; debes poner fin a tu vínculo con él. Luego está nuestro cariño, nuestra mutua necesidad el uno del otro. Eso puede contribuir a mejorar las cosas. Te he propuesto —y sigo haciéndolo— que nos casemos. No somos ningunos niños como para no saber lo que hacemos. Creo que no te debe preocupar tanto como para no saber la solución a tu problema.

—No, Evaristo, yo no lo veo así. Para los dos esto está siendo algo sensacional. Es nuevo, excitante y es una ruptura con todas nuestras frustraciones y cobardías anteriores. Pero tú sabes tan bien como yo que algún día tendrá que terminar y esto pasará a ser un bello recuerdo, solamente. Ahora nuestra cita semanal es un estímulo, un aliciente y no nos importa vernos a una hora tan intempestiva para hacer el amor —como es la media mañana— la hora más cómoda para el ama de casa con los niños en la escuela y el marido en la oficina, aunque resultaría aún más en la hora de la siesta o robar alguna noche al domicilio conyugal. No nos importa la hora, ni la obligada brevedad de la cita, ni siquiera casi, que tu portero me espíe. Pero esto, y te repito, tú lo sabes, no puede durar. Nos cansaremos, disminuirá la ilusión o temeremos complicaciones o nuestras obligaciones nos alejarán. Y entonces yo seguiré teniendo mi hogar, tú no habrás perdido tus viejos hábitos y regresarás a tus quehaceres como quien vuelve a casa, sin notar que te falte nada. Así sucede siempre y así nos sucederá a nosotros.

—Hablas como si fueras la voz de la experiencia, como si esto ya te hubiera pasado tantas veces que reconocieras cada paso y cada recodo del camino y yo no estoy conforme. Creo firmemente que lo nuestro tiene un futuro y como lo deseo con todas mis fuerzas, estoy dispuesto a luchar por él por ti, por nosotros hasta convencerte de que te divorcies y te cases conmigo.

—No, Evaristo. Te he dicho que lo pensaré y lo haré, pero de antemano no te hagas ilusiones. No quiero que mis hijos, que ya son mayorcitos y se enteran de las cosas, me acusen de ser una mujer frívola y egoísta que por ligereza de cascos abandonó a su padre, destruyó su hogar y se fue con otro hombre. No puedo consentir que ellos vean así las cosas y, por supuesto, tampoco mis padres, mis hermanos, el resto de la familia y nuestro círculo de amigos, aunque estos, en realidad, me importan bastante menos.

—Pero tú me quieres.

—Sí que te quiero y creo que sería feliz contigo. Nunca has recibido cariño y al tenerlo de mí reaccionas con ternura y pasión, con una dulzura y entrega entrañables, dándome toda tu capacidad de amor tan largo tiempo atesorada por no haberla podido prodigar con nadie. Seríamos felices, estoy segura.

—Entonces, si estás segura de ello, ¿cuáles son tus dudas?

—Si fuera viuda, si Pepe no existiera, la decisión estaría clarísima, pero así tengo primero que deshacer un hogar y sacrificar la estabilidad emocional de mis hijos y eso es mucho egoísmo. No insistas, Evaristo, me he comprometido a pensarlo y lo haré, pero no esperes que tire todo por la borda. No creo que sea capaz de hacerlo.

Él se recostó sobre ella tapándole los labios con los suyos y besándola larga y amorosamente. Después, poco apoco, sus cuerpos fueron recobrando un calor interior y una excitación progresiva. La conversación quedó definitivamente interrumpida.

...

Miguel Núñez estaba sentado frente al licenciado. Había decidido dar aquel paso después de darle muchas vueltas al asunto. Tras la desafortunada conversación con Sotillos, en la que este puso en evidencia su intención de despojarle de su participación en la conservera sin apenas pagarle nada a cambio, el ultimátum recibido, el chantaje implícito en la amenaza de hacer efectivo el pagaré y toda la violencia y prepotencia descargada sobre él, había sufrido una profunda metamorfosis.

Al principio, la angustia, el abatimiento, la sensación de impotencia le había dominado por completo. Después había decidido luchar, si perdía al menos habría vendido cara su derrota. No podía regalar por casi nada el fruto de tantos esfuerzos y de tantos sacrificios. Su familia se merecía que luchara por ella y era lo que iba a hacer.

La víspera se la había pasado completa haciendo cálculos con el contador. Evidentemente, la valoración de un negocio no era tarea fácil y nunca hubiera sospechado que hubiera tantos criterios y tan diferentes para determinar el posible importe que en justicia debería recibir por sus acciones.

Por fin, a última hora de la tarde, había regresado a su casa con una idea bastante concreta de lo que debía exigir por ellas, pero al mismo tiempo le asaltó el terror de no tener agallas suficientes o capacidad negociadora como para conseguir sus modestos propósitos.

Había estado estudiando el asunto con su mujer hasta muy avanzada la noche. Para muchos conocidos suyos los asuntos de trabajo o de negocios no debían tratarse en la casa; eran temas de hombres y cuanto más alejada o desconocedora de ellos estuviese la mujer, tanto mejor.

Él no pensaba así. Estaban unidos para lo bueno y para lo malo y,

en consecuencia, era lógico que participara tanto de los éxitos como de los sinsabores. Además, era una excelente consejera, tenía gran presencia de ánimo y veía los problemas desde una perspectiva mucho más objetiva que la suya propia.

Al principio, sin embargo, había pensado no preocuparla y decirle sencilla y llanamente que a Sotillos le había sorprendido su propuesta de no seguir reinvirtiendo y empezar a repartir beneficios y estaba estudiándola. Al menos, eso le había dicho el martes por la noche al llegar a su casa. Pero luego lo había pensado mejor. Era evidente que corría un riesgo serio de perderlo todo y su mujer tenía derecho de saberlo. Iba a pelear por lo suyo y sería muy difícil poder mantener esa pelea en secreto en su propio domicilio durante una temporada larga, así que lo mejor era contarle la verdad desnuda a su mujer.

Lo había hecho la noche anterior. Con calma, sin dramatismos, le había contado casi palabra por palabra la conversación que sostuvieron el martes. Fue un monólogo largo y reposado al final del cual hubo un largo silencio que había roto ella ahogando un sollozo. Fue entonces cuando se inició el verdadero diálogo. Se reafirmaron en su voluntad de luchar, de defenderse y de no ceder sin resistencia. Analizaron posibles alternativas, pasos que seguir, posibilidades de éxito e incluso qué hacer en caso de que su esfuerzo fuese baldío y al final de la lucha no obtuviesen más que el fracaso.

Nunca se había sentido tan unido a su mujer como la noche anterior en que en medio del abatimiento y la zozobra volvieron a hacer planes, a pensar en el futuro como lo hacían en la época del noviazgo; con más años encima, pero con más compenetración, madurez y cariño mutuos. Sabían que se tenían el uno al otro y que de esa unión obtendrían fuerzas para superar cualquier adversidad.

Ahora Miguel Núñez estaba frente al licenciado. Tenía, normalmente, poco contacto con abogados en su trabajo, pero en una ocasión aquel bufete les había solucionado un problema de escrituras y de actas de asambleas. Sabía que era uno de los más renombrados y caros y por lo mismo de los más confiables del país. Pensaba pasar la minuta como gastos de la empresa, así que decidió no preocuparse e ir a consultar con los mejores abogados.

El bufete era inmenso. Ocupaba dos plantas completas de un moderno edificio y rebosaba actividad. Entre los socios y sus ayudantes, más de cuarenta licenciados y un número superior de secretarias y mecanógrafas cubrían casi todas las parcelas del derecho, con evidente preferencia hacia el mercantil, pero sin olvidar el laboral, fiscal, civil e incluso penal.

Le estaba atendiendo un hombre joven, de menos de treinta años, alto, delgado e impecablemente vestido con un elegante traje gris. Indudablemente era asistente de uno de los socios —estos debían

reservarse para sí los asuntos de mayor relieve— y, pese a sus pocos años, su personalidad irradiaba seguridad y experiencia. Le había escuchado con atención desde las primeras formalidades de presentación y ya había concluido su explicación del problema.

—Por lo que veo, Sr. Núñez, tenemos dos problemas diferentes. Por un lado, la salvaguarda de su participación en la sociedad y, por otro, la ejecución del pagaré firmado por usted.

—Efectivamente, la opción que me brindan de solucionar el segundo problema claudicando en el primero, no estoy dispuesto a aceptarla.

—Por lo que usted me ha explicado, obviamente, usted no tiene recursos para liquidar el pagaré si se lo presentan al cobro.

—Así es. Veo de todo punto imposible conseguir ese dinero.

—Bien, Sr. Núñez; tal y como veo las cosas, antes de estudiar el asunto más a fondo, la opción más viable es la de ganar tiempo. Nadie puede obligarle a vender, pero teniendo usted una pequeña participación del capital, está dispuesto a un sinfín de maniobras adversas. Piense como ejemplo tan solo en dos: mediante asamblea de accionistas pueden votarse ampliaciones de capital que usted no pueda suscribir, perdiendo paulatinamente participación sobre el total. Puede pelearse que esos aumentos corresponden al valor real de las acciones, no solo al nominal, mediante la fijación de primas, adecuadas por emisión de acciones, pero a la larga, le voy a ser sincero, tiene las de perder. Pueden impugnarse las resoluciones de las asambleas cuando no se ha concurrido o se ha votado en contra, pero no creo que podamos conseguir nada más que ganar tiempo. Lo mismo pasa si se decide vender el patrimonio de la sociedad, no la sociedad misma, por un precio que le perjudique a usted; puede terminar siendo dueño de las acciones, pero que estas sean papeles sin valor.

»Por supuesto, cabe la posibilidad de que su socio mayoritario se precipite y haga mal las cosas, en cuyo caso quizá podamos servirle mejor y prestarle una ayuda eficaz, pero si hace todo con cuidado de no cometer errores, va a ser muy difícil conseguir otra cosa que no sea ganar tiempo, evitar un despojo, una rapiña sin medida; quizá podamos poner un poco de orden, pero debe usted ser consciente de los riesgos que corre.

»En cuanto al pagaré, pasa algo parecido. Con la presentación al cobro se iniciará un procedimiento que puede alargarse. Hay que ver qué pasos y cómo los da su rival para averiguar si comete alguna torpeza. De todos modos, ya le digo, podemos conseguir que se demoren los acontecimientos y quizá, con errores del adversario, ganar el asunto o ponerle en la necesidad de negociar con usted, pero también aquí, estimo que debe de conocer usted los riesgos.

—Está muy claro, licenciado, y le agradezco que me haya hablado

con tanta franqueza.

—¿Tiene alguna copia del pagaré? Podría estar mal extendido y contener fallos a los que agarrarnos.

—No, no tengo copia.

—Bien, cuando se lo presenten empiece por no reconocer su firma. No dé ningún paso que pueda acortar el procedimiento. Voy a estudiar su caso con detenimiento y le daré instrucciones de qué hacer en cada momento. Ello, claro está, si está dispuesto a pelear a pesar del panorama tan poco alentador que le he presentado.

—Tengo que pelear, licenciado, no me queda otra alternativa. Cada semana que pase, cada mes que consiga ganar, será una oportunidad nueva de resolver este asunto de un modo menos adverso. No me queda otro camino.

—Es posible que podamos hacer algo, de antemano le he advertido de cuál es la situación; es seria, pero vamos a hacer todo lo que se pueda por impedir que abusen de usted como pretenden.

—Bien, licenciado. ¿Cuándo le parece que nos veamos? Tengo una cita con el Sr. Sotillos la semana que viene, el lunes para ser exactos, y no sé cómo debo actuar.

—Entonces, lo mejor es que no actúe. No esté localizable el lunes por lo menos a la hora de la cita. Póngase enfermo o haga un viaje de imprevisto, por motivos ineludibles. No hay que facilitarle ningún paso. De todos modos, para el lunes ya tendré esto un poco más estudiado, podemos vernos, si quiere, a primera hora de la tarde.

—Muy bien, le agradezco que sea cuanto antes, pues, como comprenderá, es un asunto que me trae de cabeza.

—Lo comprendo perfectamente. El lunes por la mañana se va a pasear a Chapultepec, a relajarse y a despejar la cabeza y por la tarde nos vemos aquí.

Los dos hombres, se levantaron simultáneamente de sus asientos y se despidieron cortésmente. El licenciado insistió en acompañar a su cliente a través de los pasillos del bufete hasta los elevadores. Se intercambiaron frases superficiales sin relación con su conversación anterior, banalidades sobre el estado del tiempo y el trajín de las secretarias llevando y trayendo expedientes de un lugar a otro. Luego, en la puerta del elevador, volvieron a despedirse con un apretón de manos hasta el próximo lunes.

Núñez bajó ensimismado. No le habían dado muchas esperanzas. Si se enfrentaba a Sotillos, le echarían del trabajo por muy socio que fuera. Claro que tendría que indemnizarle. Luego estaba el asunto del pagaré. Podían embargarle, ¿pero el qué? Solo tenía las acciones de la conservera. Quizá fuera conveniente simular que se las vendía a su mujer o a algún pariente. Tendría que preguntar si podía incurrir en alguna responsabilidad penal. Se le habían olvidado muchas

preguntas. Tendría que hacer una relación de todas las que se le ocurrieran.

Desde luego, la lucha iba a ser difícil. Quizá más que la claudicación. Quizá debía tomar el dinero que le ofrecían, conservar su trabajo y no pelear por algo tan difícil de ganar. Era injusto, pero así era la vida para tantas y tantas gentes.

Pensó que era una buena idea buscar una excusa convincente y no aparecer el lunes a la cita con Sotillos. Por la tarde con su abogado se haría una composición del lugar más exacta y entonces decidiría qué hacer. Tenía cuatro días por delante para decidir. ¡Ah, el cabrón de Pepe! ¡De buena gana lo ahogaría con sus propias manos!

...

Martínez no fue a trabajar el jueves. Mandó aviso a la fábrica diciendo que se encontraba enfermo con mucha fiebre. En realidad, tenía mucho que hacer. Con su yerno había hablado mucho la víspera y como siempre le había dado buenas ideas.

De momento, el asunto solo lo conocía Sotillos, aunque no se explicaba por qué le había hecho firmar la confesión para, luego, guardarla en la caja fuerte. Evidentemente, algo muy gordo tenía que hacer para que su jefe se conformara con ello y le dejase en libertad.

Habían planeado matar a Sotillos, él era el único guardián del secreto, pero luego, pensando las cosas, vieron que eso no solucionaba nada, a menos que pudieran recuperar la confesión y eso era muy difícil por no decir imposible. Estaba bien guardada y ellos no tendrían acceso a ella; incluso cualquier intento de recuperación por la violencia podría entrañar nuevos riesgos. Era evidente que muerto Sotillos encontrarían aquellos papeles y eso le acusaría directamente no solo del fraude, sino también de homicidio.

También habían barajado otra posibilidad. Secuestrar al patrón, llevarlo a su despacho y hacerle destruir el documento. Podrían llegar de noche, cuando no hubiera nadie en las oficinas, entrar los tres llevándolo fuertemente amenazado y aparentar si se cruzaban con alguien que iban a revisar algún asunto. Decidieron que no funcionaría. Una cosa era cometer una estafa fabricando unos documentos y otra muy diferente recurrir a una actuación tan difícil. Podría matar por venganza, por odio o en un estado de excitación, pero no se imaginaba soportando todo el largo proceso del secuestro, la llegada a la oficina disimulando ante quienes se cruzasen en su camino y con la sangre fría para no delatarse en todo el proceso. Además, ¿qué hacer después de destruidos los papeles? Si dejaba vivo al patrón, por muy amenazado que estuviera, acabaría delatándolo: tenía todas las pruebas en la mano, aún sin su confesión. Si mataban al patrón, serían identificados, localizados y detenidos, habría testigos que los hubiesen visto ir con él, acompañándolo a su despacho. Existía

la remota posibilidad de no ser vistos si elegían adecuadamente una hora avanzada de la madrugada, pero, de todos modos, el asunto no estaba claro. Finalmente, habían acordado que, si no querían correr con más riesgos de los muchos que ya tenían, la solución estaba en la huida.

Martínez aleccionaría a su mujer y a su yerno y, simplemente, desaparecería. Podría marcharse a otro lugar e iniciar una vida diferente, sin muchos problemas. Lo más valioso que dejaba atrás era el ranchito y obviamente habría que venderlo. Como no había certeza de poder encontrar pronto un comprador que estuviese dispuesto a pagar un buen precio, tendría, antes que nada, que simular una venta a algún pariente para que, en caso de que Sotillos quisiera cobrárselo, no pudiera hacerlo de ningún modo.

Había pensado si irse a vivir a Guerrero o a Chihuahua. En Guerrero con el turismo había muchas oportunidades y lo mismo pasaba en Chihuahua con las maquiladoras. A él en realidad lo que le gustaría sería, con el dinero que tenía ahorrado en el banco y que debía cambiar de lugar cuanto antes y con el que le dieran por el ranchito, comprar otro en el que trabajar; prefería vivir en el campo, lejos de la gente y, a ser posible, trabajando para sí mismo con su familia.

Tenía unos familiares en Durango, quizá es eso lo que haría. Iría a visitarlos y a ver qué se podía hacer por allí. Mientras, su yerno se encargaría de limpiar su rastro y de vender todo lo que quedaba atrás. En cuanto supiera qué iba a hacer y se instalara, mandaría reunirse con él a toda su familia. Realmente, el patrón le había pillado por sorpresa. Si no hubiera sido por lo inesperado de la acusación, por el cambio brusco de una conversación amigable a otra tensa y violenta, él no habría reaccionado como lo hizo, dejándose abatir y destruir sin ofrecer resistencia. Habría negado todo, se habría enfrentado al patrón y, por supuesto, no habría firmado nada.

No sabía qué habría sido mejor. Así, al menos, había dejado una impresión de aceptación y docilidad que podía contribuir a hacer más fáciles sus proyectos. Su huida podía tardar más en ser detectada y los movimientos para llevarse lo que tenía también. Había un par de conocidos que quizá se interesasen en comprar el rancho y estaba dispuesto a dar las facilidades que fuesen necesarias para llegar a un acuerdo.

Su jefe había sido realmente listo al sorprenderle y descubrirle, pero no había sido tanto al decidir tenerlo maniatado y chantajeado, quién sabe con qué oscuros fines. Se había arriesgado a que le diera un plomazo y bien sabe Dios que no lo hacía, no por falta de ganas, sino porque, en lugar de resolver su problema, lo agrandaba. Además, dejaba abierta la opción más fácil y lógica: la huida. En un país tan

grande, aquello no podía resultar difícil.

...

Evaristo avanzó sonriente a estrechar la mano de su amigo.

—Muchacho, ya lo tenemos, ¡dame un abrazo!

Estrechó con fuerza entre los brazos a su amigo que, no obstante, respondió fríamente al saludo de Evaristo hecho a la mexicana, esto es, apretón de manos, abrazo palmeando repetidamente la espalda y nuevo apretón de manos. Finalmente, se separaron y tomaron asiento.

—¿Qué te pasa, muchacho? —preguntó Evaristo observando el rostro tenso y la falta de efusividad de su amigo.

—Nada serio, ya sabes que las preocupaciones nunca faltan.

—Así debe ser para que la vida tenga un aliciente, siempre lo has dicho: no hay nada más satisfactorio que superar un obstáculo o vencer un reto.

—Hay veces que uno preferiría que todo fuera más sencillo, poder disfrutar con placidez de lo poco o mucho que uno tenga sin tenerse que preocupar por quién o cómo te lo quieren arrebatar o de por dónde vendrá el próximo ataque.

—Me sorprendes, normalmente eres tú quien está preparando los ataques y gozas haciéndolo; no te imagino disfrutando con placidez de nada, si no es la victoria sobre una dificultad. Aún me tienes que contar cuándo fue la última vez que conseguiste algo sin una buena pelea.

Pepe sonrió y dijo:

—¿Y quién sabe cuándo se gana una pelea? Hay veces en que crees que has perdido y, a la larga, las cosas se componen de forma que al final terminas reconociendo que fue lo mejor que pudo haberte ocurrido y hay otras en que crees que has ganado, que has conseguido realmente lo que querías, llegas a celebrarlo jubiloso y luego resulta todo ser un completo fracaso.

—Vamos, vamos. Cuéntame qué ocurre. Es un día demasiado bueno para nosotros como para empañarlo con preocupaciones que sin duda serán infundadas. Cuéntame.

—No hay mucho que contar. Los problemas de cada día acaban por aburrirle a uno. No sé para qué quiero tanta gente a mi alrededor si, al final, tengo que resolver yo todo y lo que no haga yo no se le ocurre hacerlo a nadie.

Pepe despotricaba sin ton ni son. En realidad, estaba intentando disimular con su amigo el motivo auténtico de su mal humor. No había ocurrido nada anormal en la oficina, en la empresa todo estaba en orden, pues el despido de Muñoz no había generado reacciones todavía, no había nada mejor o peor que cualquier otro día del año. El problema serio, el auténtico, solo lo sabía él desde la víspera; se lo había comunicado Luis, su auditor externo, por teléfono.

Estaba realmente aterrorizado por todo lo que se le venía encima. Había hecho un plan que consideraba bueno, francamente bueno para eludir sus responsabilidades, pero aun así faltaba llevarlo a la práctica sin contratiempos.

Ante Rosado había aparentado normalidad con relativo éxito, pero tan pronto terminó su entrevista y tuvo que empezar a revisar los asuntos de rutina, su nerviosismo fue creciendo sin apenas permitirle concentrarse en lo que estaba haciendo. Hubo un momento en que no pudo resistir la tensión y abandonó todo para sumergirse en sus pensamientos. Así lo había encontrado Evaristo cuando llegó a visitarle a su oficina, tal como habían convenido en el almuerzo del martes.

Hacía tan solo dos días y ¡cuántas cosas habían ocurrido desde entonces! No muchas, solo una, fundamental: la llamada telefónica de Luis que suponía un cambio trascendental en su vida. No podía quitarse de la cabeza el sinfín de pensamientos que acudían a su mente atropelladamente. Parecía todo relativamente fácil en proyecto, pero ¿quién sabe lo que podía acontecer en el último momento? Había muchas cosas que podrían no salir bien.

Necesitaba atornillar a Núñez para que le transfiriera sin demora sus acciones, necesitaba liquidar la venta de la conservera con Mr. Harris sin contratiempos y con urgencia, tenía que completar la operación con Rosado para ganar un pellizco suplementario, poner a buen recaudo todo su dinero viajando para ello a New York y, luego, tenía que preparar a conciencia todo el paripé de su desaparición sin dejar cabos sueltos. Curiosamente, la conciencia no le pasaba factura. Abandonar a su mujer y a sus hijos era una liberación, no una tortura. Quizá, desde mucho antes, su fuero interno deseaba un empujón que le obligara a hacer lo que ahora estaba planeando por instinto de supervivencia.

Mucho que hacer en muy poco tiempo y, además, mientras tanto, simulando que todo seguía en orden, con un ritmo de vida lo más similar posible al que había estado llevando hasta el momento, sin grandes alteraciones, sin cambios visibles.

Allí estaba el simplón de Evaristo feliz y contento porque había puesto en marcha la constructora; ilusionado con la edificación del Tauro financiado por los propios compradores y asegurándose pingües ganancias. Pero el Tauro no se construiría nunca, no al menos con su dinero, que debía viajar muy lejos para asegurarle una jubilación anticipada sin el agobio del trabajo ni las estrecheces económicas.

El pobre diablo había metido todo su dinero en aquel asunto. De buena gana le diría que no había nada que hacer y que recuperara todo cuanto antes, todo lo que pudiera. Aun así, perdería bastante, pero salvaría un buen pellizco. De todos modos, no se lo podía decir.

Ni él ni nadie debía estar al corriente de su problema ni de sus planes. Intentaría insinuarle de algún modo que era mejor dar marcha atrás, pero no podía exponerse.

¡Pobre diablo! Había sido un buen amigo, aunque mediocre y vulgar, sin gran preparación ni energía para nada. Su único gesto valiente había sido enfrentarse a su padre como lo hizo, pero, aparte de ello, nada en su vida demostraba carácter. Y, sin embargo, habían sido buenos amigos. Finalmente, tras sentarse ambos, le dijo:

—Mira, Evaristo, no sé cómo decirte esto porque es muy grave, pero sería muchísimo peor si no ponemos remedio cuanto antes, el negocio no se va a poder hacer aún; hay que cancelar todo de inmediato.

Evaristo se puso lívido, era lo último que hubiera esperado oír. No podía creerlo.

—Pero ¿cómo? Anteayer mismo me dijiste que estaba todo en orden, que siguiera adelante. No puede ser posible que justo ahora, cuando acabamos de embarcarnos, tengamos que echar el freno.

—Me han avisado hace un par de horas —mintió Sotillos— de que ha surgido un contratiempo en la delegación, me han dicho que pare de inmediato todo.

Evaristo estaba frenético.

—¡Pero si te había asegurado el delegado que todo estaba aprobado! Tenemos que ir ahora mismo a hablar con ese sinvergüenza; o nos arregla el problema o lo mato. No es posible que nos haga esto. ¡Tiene que haber alguna solución!

Sotillos se aterrorizó de que la vehemencia de su amigo lo llevara a una entrevista que demostraría que lo estaba engañando. Había cometido un error al intentar prevenirle con tan poco tiempo disponible para evitar que las pérdidas de su amigo fueran mayores, pues él, con su resolución de huir —de la que evidentemente no le podía hacer partícipe— no iba a poner ni un peso en ese negocio. No se debía haber dejado llevar por ese sentimiento de ayuda, y era preciso corregir su debilidad sobre la marcha para evitar que la suspicacia de Evaristo jugara malas pasadas. Decidió quitar importancia al asunto, retractarse con la salida más airosa posible y ganar tiempo; después de todo, solo necesitaba mantener tranquilo a Evaristo dos o tres semanas, sin aportar el dinero prometido antes de su proyectada desaparición.

—Se trata de un contratiempo transitorio, se resolverá en quince días, veinte a lo sumo, pero ahora acaban de recibir unas inspecciones y el delegado no quiere correr riesgos.

Hizo Sotillos una breve pausa en la que observó atentamente el efecto que sus palabras iban causando en su amigo y continuó hablando con su tono meloso y convincente:

—Me ha pedido por favor que esperemos unos días para dejarnos caer por allí, no quiere que nos vean con él, pues, como va a darnos finalmente el permiso, puede levantar sospechas de complicidad y ya ves que ahora con eso de la renovación moral tienen a todos los funcionarios en la mira con lupa. Simplemente, me advirtió por si hay algún desembolso que podamos retrasar unos días, que esperemos, pues, tal como está el costo del dinero, pretendía darnos un aviso para ayudarnos a ahorrar algo, como ves, nada de importancia. Evaristo había parecido comprender, pero, de inmediato, le asaltó una duda.

—¿En qué quedamos? Empiezas diciéndome que es muy grave y que el negocio no se va a poder hacer y, a continuación, me dices que es un pequeño retraso sin importancia.

Sotillos siguió improvisando con su mayor desfachatez:

—Conociendo tu afán, interés y urgencia en esto, me parece que para ti esperar unos días va a resultar gravísimo, pero, objetivamente, tienes que comprender que no pasa nada por un mínimo retraso inicial... a eso me refería; pretendo, e insisto en ello, cancelar todo pago que pueda demorarse un poco, pues si, en lugar de pagar hoy cincuenta millones, lo haces en dos semanas nos podemos ahorrar casi doscientos cuarenta mil pesos de intereses que buenos son, a eso se refería el delegado, a esos pequeños detalles.

Evaristo quedó ensimismado un buen rato sumido en sus pensamientos.

—No, no creo que podamos ya retrasar ningún pago; hice todo como acordamos para empezar cuanto antes.

—Sí, ya comprendo. Bueno, pues en ese caso, ni modo, no hay de qué preocuparse. Empezaremos con un pequeño retraso inicial que podremos recuperar con la obra ya en marcha.

—Pepe, nos conocemos bien y esto me huele muy mal. Has empezado diciéndome que había algo muy grave, que el negocio no se iba a poder hacer, que había que cancelar todo de inmediato. Para recibirme así ha tenido que pasar algo que tengo derecho a saber. En cuanto te pregunto, como es natural, de qué se trata, cambias radicalmente tu actitud y ya no hay de qué preocuparse, ¿qué pasa, Pepe?

El tono de voz de Evaristo se había ido incrementando poco a poco. Se le apreciaba una furia difícilmente contenida. Sotillos se asustó de la reacción de su amigo. Había sido un perfecto estúpido al haber iniciado así la conversación. ¡A la mierda si Evaristo perdía su dinero! Bastantes problemas tenía él encima como para intentar resolver los de los demás. También él se alteró visiblemente. La atmósfera de la estancia estaba cargadísima.

—Estás nervioso y así no hay quien sea capaz de razonar. Ya te he explicado que no pasa nada, simplemente, tendremos que retrasar algo

el inicio. Por mi parte, todo va sobre ruedas, el lunes tendré aquí a los americanos y haré efectiva la venta de la conservera. Podremos entretenernos algún día con la firma de los documentos, las transmisiones de acciones y todo lo que tengan que preparar sus abogados, pero de todos modos mi plan ya preveía la semana próxima como plazo para finiquitar ese asunto. ¿Ves? Todo en orden.

Evaristo tenía los nervios crispados, pero se contenía, aunque haciendo para ello un gran esfuerzo.

—Pepe, hay algo que no marcha y quiero saberlo. Vengo eufórico por haber cumplido con precisión toda mi parte del plan y me recibes frío, abstraído, distante y preocupado. En la primera ocasión me sueltas eso de que no se va a poder hacer el negocio, dime, ¿qué ocurre?

—Pero bueno, ¿cuántas veces voy a tener que repetir lo mismo? Me preocupé por ti; vi las cosas desde tu punto de vista y me pareció un desastre esa pérdida de tiempo. Realmente fui un necio y planteé la conversación desafortunadamente. En lugar de empezar consolándote y haciéndote ver la solución, te alarmé sin fundamento alguno y sin que consiga, con ningún razonamiento, hacerte entrar en razón.

—Pepe, este asunto es muy serio para mí. Debo estar al corriente de todos los incidentes.

—¿Cómo que muy serio para ti? ¿Y para mí qué crees que es? ¿Un juego de niños? Voy a meter, como tú, todo lo que tengo, no puedo andar con chiquilladas. Te hablo de un contratiempo y te me pones histérico. ¡Vamos ya, Evaristo! Tanto perjuicio es para ti como para mí la pérdida de algunas semanas, así que no voy a seguir poniendo paños calientes. Tenemos un retraso, esperamos veinte días, se arregla y en paz. —Luego continuó en tono conciliador—: Mira, va a durar este asunto unos meses, tendremos contratiempos, diferencias de criterio a veces incluso enfrentamientos. Tenemos que estar preparados para ello, para canalizar nuestros pareceres encontrados, nuestros puntos de vista diferentes, haciéndolos constructivos y complementarios. No podemos dejarnos llevar por los nervios y convertir cada revés en una cuestión personal entre nosotros. Debemos ahorrar energías para hacer un buen uso de ellas.

»He iniciado desafortunadamente la conversión, te he pedido disculpas y dado aclaraciones. Vamos a serenarnos y a sacar de esto alguna ventaja, ¿no te parece?

—No veo cuál podemos sacar de esto.

—Tú no sé. Yo voy a abocarme a buscar nuevos clientes. No hay que perder de vista que son ellos los que van a poner casi todo el dinero. Tengo dos o tres prospectos que quizá en estas tres semanas se concreten. Tú, quizá, puedas hacer algo con los arquitectos, revisar precios de materiales o pedir más cotizaciones. Bien empleados estos

días quizá nos permitan ahorrar algún dinero por mejor gestión de compra.

—No creo, porque esta gente sabe hacer bien su labor, pero en algo me tendré que ocupar para no estar mano sobre mano. Como dice el refrán que «el ojo del amo engorda al caballo»; quizá pueda mejorar algo.

—¿Lo ves? Hay que ser positivo.

Pepe intentaba dar ánimo y confianza a Evaristo y lo iba consiguiendo poco a poco. Aparentemente, el peligro estaba definitivamente conjurado.

Aunque no tenía ningún humor para pamplinas, consiguió el suficiente dominio sobre sí mismo para darse un aire de confiado optimismo. Alargó deliberadamente la conversación, haciéndola superficial y agradable, contó algún chiste, alguna anécdota y pudo llegar al convencimiento de haber apartado de la mente de Evaristo los nubarrones, los negros presagios y las dudas sobre su propia confiabilidad.

Al cabo de media hora más, los dos amigos se separaron. Pepe no solía beber licor en la oficina, pero tenía un pequeño bar para obsequiar a algunas visitas. Cuando se quedó solo, se sirvió una copa de Duque de Alba. La necesitaba.

...

Luis Luna revisaba meticulosamente el trabajo de sus empleados. Estaba de mal humor. Después de quince años de ejercicio profesional, estaba a punto de sufrir su primer descalabro. Todos los fracasos duelen, pero más, mucho más, el primero, sobre todo si se tiene después de conseguir un nombre, un prestigio. En los comienzos es lógico y natural tenerlos; cuando se está en la cumbre es imperdonable. Con su amigo y socio Pedro Revuelta dirigía uno de los despachos de auditores más prestigiados. Como contador público titulado, después de unos trabajos introductorios recién terminados los estudios, había decidido establecerse por su cuenta. Pedro y él encajaban mutuamente y fueron cosechando éxitos con relativa facilidad.

Ya hacía tiempo que habían llegado al punto en el que eran ellos los que seleccionaban a su clientela y no a la inversa. Habían sabido resistir la tentación de que su despacho creciera más de lo que ellos, personalmente, tenían capacidad de controlar.

Había comido frugalmente en el Vips próximo al edificio de sus oficinas y había regresado apenas con el último bocado a medio masticar para reincorporarse a su tarea. El despacho, con las paredes recubiertas de madera y sobrio y elegante mobiliario de estilo, resultaba acogedor a aquellas primeras horas de la tarde. No había regresado todavía de comer ninguno de los empleados y flotaba un

silencio propio para la concentración.

Una vez más, revisaba el expediente del grupo que dirigía Sotillos. Hacía muchos años que eran clientes suyos. Nunca hasta entonces habían tenido problemas. Mantenía con Pepe una superficial amistad. Se veían mínimo una vez cada dos meses, ocasionalmente en la oficina del uno o bien del otro, aunque ambos preferían a mediodía almorzando en algún restaurante.

En esas reuniones, Luis ponía al corriente a su cliente de todas las cambiantes reglamentaciones fiscales, depuradas y explicadas para su mejor comprensión, rematándolas con un capítulo de sugerencias para aprovecharlas en el caso de sus empresas del mejor modo posible. Eran reuniones densas y provechosas muy similares a las que Luis tenía el resto de los días del mes con casi todos sus clientes, por lo que, si bien para este llegaban a resultar tediosas y reiterativas, para Pepe eran fascinantes, aunque agotadoras.

Con una de las cargas fiscales más altas del mundo y con una compleja legislación impositiva cambiante no solo cada año, sino en ocasiones varias veces dentro del mismo ejercicio, el tener a alguien que estudiara y asimilara todos aquellos cambios y, sobre todo, fuera capaz de digerirlos y encontrar para cada uno el camino de sortearlos y obtener adicionales ventajas y ahorros, era algo de un valor inestimable. Así lo entendía Sotillos y por eso mantenía y alentaba aquella relación.

En principio, como auditor externo, la obligación de Luis hubiera sido tan solo pasar las revisiones anuales, hacer el dictamen que someter a los socios y aprovechar de paso una costumbre no escrita en la legislación fiscal mexicana según la cual las empresas cuyos balances estuviesen auditados por un despacho reconocido, tenían muchas menos probabilidades de recibir la visita siempre desagradable de los inspectores de Hacienda. Pero Luna era un excelente profesional que, además, otorgaba a sus clientes un par de servicios complementarios; una asesoría constante durante todo el año y la gestión ante alguna dependencia pública de la tramitación de este o aquel expediente, licencia o permiso. Sus años de trabajo le habían permitido conocer a muchas personas en la administración que en una determinada circunstancia hicieran que algo caminara más rápido o más lento, según interesaba.

Pero eran favores limpios, basados en la confianza y respeto de quienes conocían a Luis, no en el regalo o en la mordida o en el sobre bajo la mesa. Era un profesional serio, decente y honrado con un prestigio basado en su propia trayectoria. Y ahora estaba a punto de caer sobre su historial una fea y gran mancha. Todo por culpa de Sotillos. El muy sinvergüenza, no contento con realizar todo el ahorro fiscal que las directrices y consejos de Luis le permitían, todo ello

dentro de la ley, pero manejándola en provecho propio al máximo, se había involucrado en una serie de prácticas fraudulentas muy peligrosas. Y lo había hecho a sus espaldas.

El muy cretino lo había tenido al margen del asunto y sus muchachos, al revisarle la contabilidad, no habían sido capaces de detectar el embrollo. Se había creído muy listo y había estropeado completamente el prestigio de Luis y él mismo corría un riesgo inminente de acabar en la cárcel. Realmente, los fraudes fiscales habían estado muy bien hechos, tanto que ni su gente los detectó. Pero estaban siendo inspeccionados por azar sus contabilidades y Hacienda sí que lo detectó. ¡Maldita sea!

Con el dinero se podían arreglar muchas cosas, pero no era su estilo; además, en este caso, no sabía cómo se habían movido los hilos porque estaban ya al corriente más funcionarios de lo conveniente. Iba a retrasar la explosión, pero la bomba explotaría llevándose por delante a Sotillos y manchándolo a él. Su prestigio al garete.

Era increíble cómo habían descubierto las trampas. Después de varias semanas de revisión, con normalidad absoluta, de pronto aparece simultáneamente todo un largo rosario de irregularidades. Totalmente increíble. Solo existía una posibilidad: alguien tenía que haber dado el pitazo. Los inspectores por sí solos no habían descubierto todo aquello: habían ido a tiro hecho, sobre seguro. Alguien les había informado y solo podía ser alguien de dentro de la empresa. Alguien que supiera lo suficiente como para poder hacer tanto daño.

Tenía que ser un enemigo personal de Sotillos, no podía ser de otro modo. Como presidente del consejo y como director general, él era el máximo responsable de la empresa. Él tendría que afrontar todo el problema y sus consecuencias serían muy graves.

Luis se sentía culpable. Él y no Hacienda debería haberlo detectado todo. Entonces habría habido tiempo para enmendar los errores, aunque desde luego, después de enmendados, habría roto su compromiso de trabajar para Sotillos. Era intolerable que, a sus espaldas, tomándolo a él como cómplice inocente, hubieran preparado todo aquello.

Sus clientes se comprometían a seguir sus instrucciones: podían aceptar o no sus consejos, pero nunca intentar sorprenderle con prácticas tan peligrosas. Él les buscaba el camino para ahorrarse muchos cientos de millones de pesos por impuestos, pero de un modo técnico, aprovechando las fisuras de la ley, aprovechando incentivos, desgravaciones, subsidios. Siempre había pensado que quien pagase todos los impuestos que generara se arruinaría, pero que él podía dotar a sus clientes del asesoramiento necesario para no incurrir en defraudación.

Ayudaría a Sotillos en lo que buenamente pudiera, que presumía iba a ser bien poco, y después cancelaría el contrato con aquel cliente, pero, mientras tanto, tenía que investigar qué había pasado para que se detectaran aquellas irregularidades.

Estaban lo suficientemente bien hechas como para que sus muchachos las hubieran pasado por alto, aunque eso no era una justificación, ni mucho menos, pues su obligación era haberlas descubierto. Ahora bien, el modo sorpresivo y repentino como habían aparecido demostraba casi de un modo irrefutable que había habido un soplo, una información muy concreta y precisa pasada a alguna jerarquía de Hacienda bajo mano. Dada su naturaleza, pocos podían estar en posesión de ella, lo que reducía a un puñado el número de sospechosos. Alguien lo suficientemente próximo a Pepe como para conocer con tanto detalle todos aquellos manejos y que lo odiara lo suficiente como para dar aquel paso. Un paso indigno, traicionero... y sumamente peligroso.

Decidió que, cuando menos, debía aclarar aquel punto. A estas alturas, poco podría hacer para defender a su cliente, pero, al menos, se sentía en la obligación de darle una satisfacción explicándole concienzudamente cómo y por qué se habían desencadenado los acontecimientos. Aunque el nombre de un informador es materia sumamente reservada precisamente para proteger y alentar tales informes, conocía la suficiente gente en Hacienda como para confiar en que podía sacar algo en claro. Por si no llegaba a sacar un nombre y un apellido, haría también discretas averiguaciones en la empresa de Pepe. Seguramente, obtendría en ambos lugares informaciones complementarias que le llevaran a darle a su cliente el nombre del judas, del traidor que le había vendido quién sabe por qué siniestros motivos.

Le debía a su cliente, al menos, esa reparación personal. Además de ese modo, estaba implícita una justificación profesional. La explicación de por qué los inspectores habían estado más listos que sus muchachos y él, detectando algo que ellos habían pasado por alto.

...

Echó una bocanada de humo y se dejó hacer. Estaba tumbado, muy erguido, apoyada su cabeza sobre dos almohadas dobladas, las piernas muy abiertas, las rodillas flexionadas.

Ella estaba allí abajo, en medio, sin cesar de maniobrar. Con la boca era infatigable, atendiéndole con frenesí. No se cansaba nunca. Pepe se dejó llevar por la agradable sensación que Conchita conseguía proporcionarle. No tenía prisa, no había pasión en él. Se sentía un sibarita y quería disfrutar el máximo rato posible y ello le exigía concentración física y control mental. En Brasil echaría de menos estos ratos, aunque no dudaba de que pronto encontraría la forma de

hacerse la vida placentera.

Había tenido suerte con las mujeres. Viky era muy vistosa y realzaba su figura de triunfador llevándola a las reuniones sociales siempre elegante, deslumbrante, derrochando a diestra y siniestra amabilidad, distinción y clase. Lourdes era su amor secreto. Algo profundo e intenso muy diferente a los cientos de aventurillas que había tenido. Sólido hasta durar tantos años e íntimo. Conchita era un caso aparte, no le atraía por su físico vulgar, ni por su personalidad sin pulir, ni sentía hacia ella ningún sentimiento similar al amor, ni siquiera al cariño. Simplemente era una hembra siempre dispuesta y dócil en la cama, que aceptaba satisfacerle en sus fantasías o en sus aberraciones.

No entendía cómo había llegado a liarse con su secretaria. Siempre había dicho aquello de que meter la verga en la nómina daba malos resultados. Era una frase vulgar que había oído no sabía dónde, pero que había adoptado como propia con pleno conocimiento. Y la había respetado al pie de la letra hasta que empezó su lío con la muchacha sin apenas tener conciencia clara de haberlo buscado ni de cómo surgió.

Ella se dejaba hacer, dominar, se humillaba a todos sus caprichos. Su atractivo físico no desencadenaba en él el deseo de posesión, pero su docilidad sexual era suficiente estimulante. A pesar de su relación, ella siempre le trataba de usted y él se preocupaba en la cama de no hacerle olvidar que allí era tan solo su esclava. No podía comprender la atracción que él despertaba en la muchacha. Suponía que era su situación como jefe, como jerarca máximo de la organización en que ella trabajaba, la jocosamente denominada «erótica del poder». En su pequeño mundo, sin duda, nunca había conocido a nadie con la posibilidad de mandar sobre otras cuatrocientas personas o de firmar cheques por docenas de millones. Quizá el entorno de Pepe, desde el atavío personal elegante e inmaculado, pasando por su magnífico coche o su deslumbrante despacho hasta su pléyade de influyentes amigos y conocidos con seguridad creaban un hálito seductor para ella. Las horas que convivía con él le alejaban con seguridad de su realidad cotidiana, monótona e insignificante. Vivía con sus padres en una atestada vecindad suburbial. Sí, su ambiente en la calle o en la escuela había sido el de las sufridas clases necesitadas. Los novios que había tenido nunca la hubieran sacado de aquel ambiente y Armando, con quien seguramente acabaría casándose, era alto, guapo, galán, pero tan pobre como ella.

Se veían un día a la semana. Siempre los jueves. Pepe era metódico incluso para sus escapadas: lunes, Lourdes; jueves, Conchita.

Lourdes... había estado barajando la idea de llevarla con él o, al menos, de darle la opción de ir. Finalmente, la había desechado por

completo. Sería un estorbo. Ella tenía obligaciones a las que no renunciaría: su hijo, fundamentalmente, y él no estaba dispuesto a cargar con un crío que no era suyo cuando iba a abandonar a los propios.

Luego estaba el factor riesgo. En cuanto diera la mínima pista a alguien de lo que iba a hacer, escaparía el asunto a su control, estaría en manos de terceras personas. Una indiscreción, deliberada o no, podía dar al traste con todo. No, el capítulo Lourdes, como todos los demás, debería cerrarse definitivamente. Ya había cometido una indiscreción con Evaristo y había estado a punto de costarle muy cara. No se tentaría el corazón. Fuera sentimentalismos. Decidió abandonar sus divagaciones y concentrarse en lo que Conchita estaba haciendo. Estaba allí para olvidar sus problemas y disfrutar un rato.

...

Dos horas después, salieron del motel. Iban siempre al mismo, les quedaba en el camino de casa de Conchita y estaba muy apartado de la oficina, por lo que era casi imposible una maldita coincidencia que los hiciese visibles a algún conocido. Era noche cerrada y había llovido. El suelo estaba mojado y, aunque era algo tarde, los coches no corrían por miedo a un derrape. Ya se sabe que, en cuanto caen cuatro gotas, los choques son frecuentes y la grasa y polvillo acumulados en las calles de México son un excelente lubricante para facilitar que las ruedas patinen y los conductores pierdan el control de sus vehículos.

La charla, como siempre, era insustancial. Poco a poco, llegaron a la colonia y, tras callejear durante algunas manzanas, llegaron a la puerta de la vivienda de Conchita. Sin parar el motor, se despidieron hasta el día siguiente. Apenas rozaron sus mejillas y ella descendió, sacó su llave, abrió la puerta y entró. Solo entonces él pisó el acelerador y arrancó sin prisas.

En la esquina, se detuvo. Había un tope, ¡malditos topes! ¡Hace falta ser incivilizados para necesitar que alguien ponga una barrera trasversal de cemento de escasos centímetros para que la gente se pare en las esquinas a mirar si viene otro vehículo!

México está lleno de topes; son anchos, estrechos, vibradores, de barra, de cemento, metálicos, pintados, despintados; los hay para todos los gustos. Nadie sabe si los ponen las delegaciones para hacer como que trabajan o los vecinos por su cuenta para mortificarse unos a otros, pero ahí están los topes como testimonio de que, si no es a la fuerza, no hay conductor que obedezca una señal de tránsito.

El coche estaba casi detenido, saltando el tope, con cuidado de no maltratar los amortiguadores en extremo, cuando se le acercó por detrás otro vehículo menos prudente y cuidadoso, con los focos encendidos. Pepe lo vio acercarse por el retrovisor y emparejársele. Miró a su izquierda en un gesto natural de curiosidad hacia el

conductor del otro vehículo. Su ventanilla estaba bajada y pudo ver con sorpresa un rostro conocido. Instintivamente, pulsó el botón que bajaba electrónicamente su propia ventanilla haciendo un intento de sacar la cabeza para cruzar dos frases. La sonrisa se le heló en el rostro; el conductor del otro vehículo le miraba con odio y algo metálico centelleó una fracción de segundo antes de que sonara un disparo. Apenas tuvo tiempo de oír su sonido seco y de sentir que el cráneo le saltaba hecho pedazos. Aún hubo dos disparos más, que también dieron en el blanco, pero él ya no vio ni oyó nada más. Expiró instantáneamente. Luego, mientras su coche sin control se estrellaba hacia la derecha contra una barda, el otro vehículo aceleró violentamente y se perdió en la noche.

VIERNES 22

La noticia del asesinato de Pepe Sotillos empezó a divulgarse a medianoche del jueves. Un coche patrulla de la Policía localizó al Grand Marquis chocado contra la barda. La colisión debía haberse hecho a muy escasa velocidad porque la carrocería apenas había sufrido con el impacto. Observaron la ventanilla del conductor bajada y este apoyado contra el volante.

La patrulla paró a pocos metros y sus ocupantes se acercaron al vehículo esperando encontrar un borracho o un herido leve. Su sorpresa fue grande cuando, al acercarse, pudieron comprobar las salpicaduras de sangre y el cráneo destrozado del único ocupante.

En pocos minutos, la solitaria callejuela era un hervidero de coches patrulla y llegó una ambulancia haciendo sonar su sirena. En el silencio de la noche el ruido provocado por aquel ajetreo fue suficiente para alertar a los vecinos que en tropel salieron de sus casas a ver cuál era el motivo del escándalo.

Fue por ello por lo que la primera de entre los conocidos de la víctima en enterarse de lo sucedido fue Conchita que, recién llegada a su casa, se estaba cambiando de ropa sin prestar atención al ruido que provenía de la calle, hasta que alguien dijo, en voz lo suficientemente alta como para estimular su curiosidad, que había un tipo asesinado en la calle, dentro de un Grand Marquis. Pese a lo improbable de que su sospecha fuera cierta, se sobresaltó, y llena de angustia e inquietud, bajó corriendo las escaleras y salió a la calle en dirección al numeroso grupo de gente que se arremolinaba en el lugar del suceso.

Conchita llegó corriendo sofocada y al ver el espectáculo que tenía ante sí, al identificar el automóvil y al tomar conciencia de todo lo que estaba ocurriendo en derredor suyo, no pudo evitar un grito de angustia y un prolongado sollozo. Finalmente, rompió a llorar

nerviosamente.

Normalmente, las personas que curiosean alrededor de un espectáculo similar son insensibles al dolor o a la angustia, la proximidad con el drama no les afecta, la tragedia es para ellos tan solo una anécdota. Por ello, llamó la atención la muchacha a uno de los patrulleros que deambulaban por allí y antes de que se sobrepusiera de la impresión ya estaba rodeada de policías uniformados que le preguntaban si conocía a la víctima. La realidad era tan obvia que de nada hubiera servido mentirles. Un rato más tarde era introducida en un vehículo de la Policía y dirigida a la delegación para rendir declaración.

Apenas dos horas después de ocurrido el asesinato, llegó la noticia a casa de Viky de boca de dos oficiales que se presentaron a informarle con deferencia y respeto, pero con evidente falta de interés. Para ellos, aquello era rutina y no había ningún motivo para que se sintieran afectados. Viky oyó la noticia con estupor, sin dar crédito a sus oídos y, tras llorar un poco, tomó la decisión de telefonear a Evaristo. Ella no sabía qué pasos eran los que debían darse, se sentía sola y aturdida y necesitaba a alguien al lado en quien apoyarse, que tomara la iniciativa y se ocupara de todo aquello que debiera hacerse.

Evaristo recibió la llamada telefónica de Viky en su casa. Estaba bebiendo una copa y viendo la televisión; aún no se había acostado, por lo que pudo ponerse en camino hacia la casa de Sotillos en un momento. Apenas treinta minutos después de cambiar cuatro cortas frases de angustia y estupor con Viky, estaba llamando al timbre de su casa.

Él se encargó, antes de salir hacia la delegación, de ultimar los detalles que le permitieran rescatar el cuerpo de su amigo para su funeral y entierro, de telefonear a los más allegados del difunto, y así fue como en las primeras horas de la madrugada del viernes, los socios y los principales ejecutivos de la empresa de Pepe Sotillos recibieron la noticia de su muerte.

Al amanecer el viernes, empezaron a llegar los más íntimos a la casa. En el transcurso del día ya no estarían solos ni un momento sus ocupantes. Pepín y Viky ya eran lo suficientemente mayores como para enterarse y darse perfecta cuenta de lo ocurrido. Después de sus lloros iniciales, habían recobrado la compostura y se mantenían serenos, aunque tensos. De vez en cuando, la llegada de algún conocido que les abrazara en señal de condolencia era motivo suficiente como para hacerles perder la compostura y estallar en renovados sollozos.

En tanto en cuanto el cuerpo de Sotillos era trasladado a la funeraria y no estaba accesible a sus deudos por tenerse que cubrir ineludibles trámites legales preceptivos en casos de muerte violenta

como la suya, la casa fue un hervidero de gente; el teléfono no dejó de timbrar y un completo caos se adueñó del lugar. Viky habló a España con sus padres, con su cuñado y sus suegros. No esperarían la llegada de nadie para el entierro. Solo su cuñado vendría al día siguiente. La diferencia horaria le impedía tomar el avión del mismo viernes, por lo que saldría a media mañana de Madrid el sábado y en la misma noche llegaría a México. Era temporada de turismo y la gente volvía esos días de vacaciones ante la próxima reapertura de los colegios. En caso de no poder volar directamente por Iberia o Aeroméxico lo intentaría desde París por Air France o desde Ámsterdam por KLM. El entierro se haría de todos modos el domingo en la mañana.

...

El interrogatorio había sido sumamente penoso para Conchita. Ante todo, estaba el lugar: frío, destartalado, desangelado. Obviamente, nadie hubiera pretendido que la delegación debía ser un sitio acogedor, pero aquel edificio era lo más inhóspito que ella había conocido nunca: claro que quizá influía en verlo así el motivo que la traía. Los techos eran muy altos y se veían sucios, al igual que las paredes. La pintura, de un verde desvaído, faltaba en amplias áreas en las que se apreciaba descascarillado el yeso; en el suelo se acumulaba polvo y basura desde el último día, lejano ya, en que alguien había pasado una escoba. El mobiliario, exiguo e incómodo contribuía a completar una imagen bien poco atractiva del lugar.

Además, hacía frío y había humedad. La humedad era lógica por la época del año; la sensación de frío, su consecuencia. Los capitalinos dicen con frecuencia que en el D. F. se puede disfrutar de la climatología de las cuatro estaciones en un solo día. Primavera en la mañana, con una temperatura muy agradable; sol y un medio ambiente templado. Verano a mediodía, con temperaturas muy altas que hacen molesto el saco y la corbata y obliga al automovilista a poner en marcha el aire acondicionado de su vehículo. Otoño en la tarde, sobre todo en la época de lluvias en que, invariablemente, las tormentas tropicales configuran en breves minutos una climatología totalmente diferente a la de poco tiempo antes. Invierno en la noche. Un invierno muy benigno, eso sí, y ahí es justamente donde exageran. A pesar de la pronunciada altitud de la ciudad, dos mil doscientos cuarenta metros sobre el nivel del mar, y de la proximidad a cumbres tan impresionantes como la del Popocatépetl, nevada casi todo el año, lo que es invierno apenas se conoce en México, salvo ocasionales entradas de corrientes de aire frío, procedentes del norte o cuando, cada vez más frecuente, se presenta la llamada inversión térmica, esa consecuencia monstruosa de la contaminación ambiental, que hace que las partículas sólidas en suspensión en el aire, debidas a humos fabriles, de vehículos y de viviendas, impidan el paso de los rayos del

sol y quede sin calentarse la corteza terrestre, con el agravante de que al no producirse este calentamiento, tampoco lo hacen el de las capas de aire más bajas, interrumpiéndose así la normal movilidad de estas hacia las alturas y las capas altas, más frías, densas y limpias hacia abajo. Ventilación imprescindible para que el ambiente sea limpio y el aire respirable.

Conchita no pensaba en todas estas disquisiciones. Simplemente tenía frío, mucho frío, y eso, unido a lo desagradable del lugar, le hacía más penoso el interrogatorio. Luego estaba el tema de su confesión. Obviamente, había tenido que declarar qué tipo de relaciones la unían a su jefe y más concretamente qué habían hecho aquella tarde. A qué hora salieron de la oficina, a qué motel fueron, cuánto tiempo permanecieron en él, a qué hora regresaron a su casa, cuándo se habían separado. Un sinfín de preguntas molestas que la dejaban marcada para siempre como amante de un hombre casado y que la obligarían, para evitar situaciones todavía más embarazosas, a renunciar a su trabajo, a olvidarse para siempre de su puesto, su sueldo y sus prerrogativas como persona influyente dentro de la compañía. Si bien al ver el coche estrellado y el cuerpo sin vida de Sotillos había llorado por él, al cabo de las horas su lamento era también por ella misma. Se había podido dar cuenta de cómo las circunstancias la hacían también víctima. En cualquier otro día de la semana, a cualquier otra hora del día en que hubiera muerto Sotillos, no se hubiese visto ella involucrada, señalada; así, había sido puesta en evidencia. En vida de su jefe, no había tenido ningún especial cuidado en disimular el tipo de relación que les unía; era un broche de autoridad ante otras secretarias o ante empleados de ínfima categoría el que sospechasen la intimidad que les unía. Ahora, desaparecido aquel, todo ello se volvía en contra. Tendría que salir cuanto antes de aquel lugar, alejarse de sus antiguos compañeros, perderse.

También había tenido que declarar más cosas, muchas más. De entre todas ellas, una tenía clara a estas alturas. Sin saber cómo, había involucrado como sospechosas a dos personas. Ni siquiera ella había tenido tiempo de reflexionar sobre quién o quiénes pudieran estar interesados en segar la vida de su jefe, pero las preguntas habían sido hábiles, repetitivas, con una secuencia inesperada.

Había salido a relucir el nombre de Muñoz. Una bronca tan notoria, un conflicto tan importante y reciente era lógico que lo detectaran unos profesionales experimentados, como eran los que la interrogaban, en poco tiempo. En realidad, no había, que ella supiera, ninguna otra persona que hubiera tenido recientemente un altercado grave con Sotillos, que pudiera guardarle rencor u odio que estuviera dispuesto a vengarse violentamente de él, en definitiva, que resultase ser un enemigo real.

Desde el lunes anterior, por unos y otros había llegado a enterarse con bastante detalle de lo acontecido en la última confrontación entre Sotillos y Muñoz, del despido de este y su inmediata sustitución en el organigrama de la compañía, e incluso, casi palabra por palabra, de las frases que se habían cruzado los dos rivales.

Conforme las preguntas le hacían ahondar en el tema, más evidente se iba ofreciendo a sus ojos la culpabilidad de Muñoz. La vieja enemistad, el recelo, la envidia, el amor propio maltrecho, el deseo de venganza. Todo encajaba en un hombre que, por encabezar un bando rival, nunca había gozado de las simpatías de la muchacha.

El otro nombre que había surgido era el de su novio, Armando. Lo de novio era un decir: él era un mujeriego incorregible y, sin embargo, celoso y dominante como el que más. Siempre estaban discutiendo, enfadándose y reconciliándose. Armando era joven, alto, buen mozo, guapo, pero un faldero. Siempre estaba metido en líos por culpa de las mujeres. Las conquistaba con facilidad y hacía alarde de ello y para Conchita, que admiraba su atractivo masculino, no dejaba de ser molesta tanta competencia y se vengaba de ello a su modo. Secretamente en sus salidas con Sotillos, públicamente yendo al baile o al cine de vez en cuando con algún conocido de Armando para que este no tardase en enterarse y en notar un aviso de «¡basta, hasta aquí hemos llegado!», más o menos sutil. Por eso, sus peleas por celos eran frecuentes, tanto que estaban más tiempo enfadados que reconciliados.

En el interrogatorio salió a relucir Armando, su temperamento celoso y sus frecuentes disputas; y sin saber cómo, poco a poco fue apareciendo también como sospechoso. Si a Conchita no le había importado mucho involucrar a Muñoz, no le pasó lo mismo cuando sintió que estaba haciéndolo con Armando. Al darse cuenta de ello, empezó a quitar importancia a una larga serie de actitudes y a su relación con él y, como suele ocurrir en estos casos, solo sirvió para agrandar las sospechas despertadas sobre él.

Finalmente, después de una interminable sesión de preguntas que parecieron durar toda la noche, se le permitió retirarse. Su padre le estaba esperando serio, triste, cansado y preocupado, pero no pudo reprimir una sonrisa y un destello especial en sus ojos cuando la vio atravesar la puerta al fin, libre. La abrazó y con torpes modales que no podían ocultar su amor paternal, la sacó a la calle y se encaminaron hacia su casa.

...

Otra persona que sospechó de Muñoz tan pronto supo la noticia del asesinato de José Sotillos fue su propio tío. A primeras horas de la mañana había recibido una llamada telefónica hecha por Evaristo desde casa de su difunto amigo. Evaristo solo le había informado de

los pocos detalles que la policía les había dado, pero entre ellos estaba claro que le habían soltado tres tiros a Pepe y que casi con seguridad no le habían quitado nada. En principio, el móvil del robo estaba descartado.

Reyes pensó muy seriamente que quizá su sobrino había sido el responsable. Lo quería como a un hijo. No había tenido en su matrimonio y, sin embargo, él tenía vocación patriarcal. Hubiera querido sentar a su mesa a seis u ocho vástagos que con el tiempo le dieran una veintena de nietos como mínimo. Hubiera querido trabajar y prosperar por ellos hasta hacer un clan, un gran y poderoso clan en el que los unos apoyasen a los otros y con esa fuerza y energía interior poder crecer en riqueza y ascender en poderío, poder incluso incursionar en la política, hacerlo, por supuesto, en las finanzas, y él, poco a poco, desbordado por el empuje de las generaciones más jóvenes, ir siendo relegado a un plano simbólico de padre espiritual, de sumo sacerdote, de cabeza visible de la tradición y esencia familiares y como espectador del éxito de los suyos, alentarles, aconsejarles y mantenerlos unidos.

Ese había sido un bello sueño, pero que ya hacía mucho que se había visto obligado a desechar. Su mujer era estéril, nunca tendría hijos, y él, aunque de tarde en tarde imaginaba cómo habría sido su vida de cumplirse estos deseos, fantaseaba ante la posibilidad de que todo hubiera sido de otro modo, estaba resignado ante lo que el destino le había deparado.

Uno de los motivos que influyeron tiempo atrás para abandonar su gestión al frente de la empresa y siguiendo el camino de Domínguez y de Pérez dejarla en manos de representantes fue esa ausencia de descendencia, ese sentimiento de esfuerzo baldío que, sin desearlo, le dominaba en ocasiones.

Muñoz era sobrino de su mujer, siempre había estado muy unido a ellos, los parientes ricos. A él le agradaba el niño y le tomó cariño y de muchacho pasó largas temporadas viviendo como hijo en su propia casa. Como heredero natural de cuanto poseía cuando él y su mujer faltasen, Reyes le fue aleccionando e ilustrando en los secretos del negocio y sobre todo, dado que era la parcela que mejor conocía, en su área comercial. Desde que el muchacho llevaba pantalones cortos, recordaba habérselo llevado con él, disfrutando de su compañía y presumiendo ante clientes, amigos y conocidos de aquel rapaz que, poco a poco, iba aprendiendo a comportarse en público, a ser amable, cortés y educado, a contar un chiste o una anécdota graciosa cuando llegaba el caso, en fin, a saber estar.

Tuvo mucho tiempo para aprender, porque su tío le dedicó muchas horas durante muchos días de muchos años. No hizo estudios superiores, no se graduó en ninguna escuela especializada, incluso

desdeñaba y nunca pisó un aula donde se impartieran cursos específicos de ventas, mercadotecnia, *marketing*, pese a estar dedicado por completo, con su tío, al área comercial del negocio. De todos modos, lo cierto es que aprendió bien.

Llegó a conocer a sus clientes como amigos de toda la vida, con nombres de la mujer y los hijos y fechas de nacimiento y boda, sus distracciones preferidas, sus aficiones y sus rarezas; conocía puntos débiles y la forma de capitalizarlos en su propio beneficio. No ejercía una venta profesional e impersonal en base a las ventajas de su producto y de su servicio, sino que realizaba la vieja personal, el amigo, basada más en la relación que les unía que en un conocimiento del mercado. Con todo era efectivo. Muy efectivo.

Cuando los socios tomaron la decisión de nombrar representantes, Reyes, como cosa natural, nombró a Muñoz. Se sintió triste al abandonar su querida actividad, pero comprendió que era lo mejor. El muchacho no le defraudó y él, con el dinero que iba recibiendo, se dedicó a hacer pequeños negocios más para no aburrirse y seguir sintiéndose ocupado en algo que por acumular beneficios. Pasó a llevar una vida tranquila, reposada, en justo premio a sus muchos esfuerzos y disfrutaba de reuniones con los viejos conocidos y de ocasionales viajes a Houston a checar su salud y a hacer compras y a Brownsville, donde tenía una casita y pasaba largas temporadas dedicadas a la pesca, afición tardía surgida ya en su vejez y que le había aportado un motivo para huir del tedio y del aburrimiento.

Ahora su sobrino estaba en apuros. Era un hombre caprichoso acostumbrado a salirse siempre con la suya. Como tíos no habían sido buenos educadores, siempre le habían dado lo que quería y cubierto todos sus caprichos. Ya de hombre, la gran contrariedad de su vida había sido toparse con Sotillos y tenerlo que soportar como jefe. Era algo muy superior a su poca capacidad de resistencia y nunca disimuló el trastorno que le causaba sufrir aquella situación.

Por si no fueran pocos los constantes roces y disputas, el episodio del lunes lo hacía aparecer como el principal sospechoso. Para él, desde luego, lo era. Telefoneó a su casa y su mujer le dijo que había salido unos días a Cancún. Le dio el nombre del hotel, el número de cuarto y el teléfono para localizarlo. Él le hablaba todas las noches para preguntar por ella y por los niños; volvería el domingo. Anoche también había hablado.

Reyes colgó el teléfono, feliz. El muchacho había seguido su consejo y se había ido a descansar mientras él preparaba un plan. Seguía siendo el sobrino obediente y fiel para quien una indicación o un deseo de Reyes era una orden. Marcó satisfecho el número que le habían dado momentos antes y, después de esperar un rato a que lo localizaran, pudo hablar con él.

La conversación duró unos minutos. Le contó lo ocurrido e hicieron pocos comentarios.

Al colgar el aparato, una nueva duda asaltó su mente. Obviamente, Muñoz no había sido el autor material del atentado, estaba a dos mil kilómetros de distancia del suceso y podía probarlo, pero ¿quién no le aseguraba que no hubiera encargado a alguien para hacerlo? En México es fácil encontrar un asesino a sueldo, un matón que esté dispuesto a quitar a alguien de en medio por dinero. No, su sobrino no se encontraba libre de sospechas, estaba metido en un lío, en uno bueno.

...

Al terminar de hablar con Reyes, Muñoz estaba sorprendido y nervioso; en realidad, tardó en asimilar la idea. Debería sentirse satisfecho de que su enemigo, al que realmente odiaba, hubiera desaparecido del mundo de los vivos, pero la sorpresa era tan grande que no dejaba apenas lugar para la satisfacción.

Era muy temprano, aunque el sol iluminaba con fuerza ya todo el paisaje. Miró por la ventana de su cuarto y decidió bajar a pasear un rato por la playa. Admiraba todo aquello. El agua del mar, tan limpia y transparente que se veía el fondo de arena blanca, suave; la vegetación exuberante, con los palmerales llegando al borde mismo del mar, en la misma playa. Era un lugar paradisíaco. A esas horas, todavía no había casi bañistas en la playa; allí la gente trasnochaba. Por la noche, las salas de fiesta y las discotecas estaban a rebosar y las terrazas de los restaurantes tardaban en vaciarse hasta la hora de cerrar. Caminaba despacio, descalzo con tan solo el pantaloncillo corto de su traje de tenis y una playera de vivos colores defendiéndole de los aún inofensivos rayos del sol.

De modo que habían asesinado a Sotillos. En algún momento de ira y odio intensos, no podía negar que le había asaltado la tentación de hacerlo él mismo y no solo en esta última semana, sino también, esporádicamente, tiempo atrás. Pero siempre había desechado la idea por falta de valor para afrontar sus consecuencias. Ni se imagina apretando un gatillo, ni sufriendo condena por homicidio tras las rejas. No era un problema de consideraciones morales de las que sabía poco, era una simple cuestión de sangre fría... o excesivamente caliente. Él era más tranquilo e inteligente. Podía elaborar una venganza refinada, sin riesgos, como lo había hecho. Tampoco habría sido capaz de mandarlo matar, de contratar a alguien que lo hiciera. Eso era doblemente estúpido porque tenía más riesgos. A los naturales en sí de la acción, los del chivatazo, la denuncia de un tercero.

Su tío sí que era capaz de haber tramado algo así. Lo mandó fuera, lejos del Distrito Federal. Lo quería tener en un lugar seguro, libre de sospechas. Con su aire de «capo» mafioso, su sueño secreto de

encabezar un clan, era posible que hubiera querido proteger al miembro débil, atacado y con problemas y, sin consultarlo con nadie, sacando adelante su empuje emprendedor, intentar resolver por la vía rápida.

¿Sería posible que su tío se hubiera involucrado así en un asunto tan turbio? Él siempre pensó que Reyes pretendía hablar con Domínguez, urdir un plan para que se produjera un relevo pacífico en la jefatura de la empresa, si Sotillos había permanecido tantos años, hora era de que se turnara a él como el representante de otro socio.

Ese siempre fue el estilo de Reyes: la negociación, el trato, el compromiso y eso era lo que esperaba Muñoz que hiciera esta vez y como no las tenía todas consigo de que esa técnica diera el menor resultado, era por lo que había intervenido. Si no hubiera sido por el asesinato de Sotillos, su plan habría funcionado lo suficientemente como para desbancarlo y dejar su puesto libre, vacío para ocuparse de inmediato por alguien tan capacitado como él mismo.

Por supuesto, lo primero que haría sería regresar. Debía estar presente en el funeral de Pepe y, desde luego, debía estarlo también en el primer consejo de administración que hubiera. Pepe lo había despedido como ejecutivo, pero incluso estaba pendiente tramitar todo el papeleo con Torres, indemnización incluida, decisión que, evidentemente, se revocaría el lunes, pero como consejero tenía la misma fuerza que siempre, si no es que mucha más, y desde ese puesto podría echar la suficiente leña al fuego como para conseguir el tan ansiado nombramiento de director general.

Informaría de los sucesos del lunes explicando sus puntos de vista, mostraría las pruebas documentales que poseía y que hacían patente cómo la baja de ventas era debida al seguimiento estricto de las normas que Pepe había impuesto y que estaban fuera de mercado, lejos de las prácticas seguidas por otras empresas de la competencia. El consejo comprendería que Muñoz planteaba razonamientos válidos y que Sotillos se había dejado llevar por su propio orgullo al responder con la violencia con que lo hizo olvidando el interés de la compañía y sacrificándolo al culto de su propia egolatría. Volvería en el primer vuelo de la tarde. Confirmaría cuanto antes su reservación para el regreso.

Le preocupaba su tío. Con toda seguridad su mano había participado de un modo u otro en la muerte de su enemigo. Esperaba que la policía no le implicase en el delito, que hubieran hecho las cosas con limpieza.

Era increíble hasta qué extremo puede llegar un hombre ultrajado. Con su edad y situación económica, había arriesgado tanto sin necesidad. Era un viejo león, un bravo luchador, siempre lo había sido: pertenecía a otra generación en la que la lucha por la

supervivencia se llevaba en la sangre.

Miró una vez más al horizonte. Era un lugar como para quedarse a vivir allí para siempre: sin aglomeraciones, sin prisas, sin contaminación; bello como nunca había visto nada igual. Por la noche estaría de nuevo en Distrito Federal con sus atascos de tránsito, su vivir a la carrera, sus sobresaltos; sería la vuelta a la normalidad. No había echado de menos estos días a su mujer ni a sus hijos. Había tenido muchas cosas en la cabeza y necesitaba estar solo, pero todas las noches llamaba a casa y sabía que todos estaban bien. Ahora regresaría a la casa y a la familia, con seguridad a su trabajo, aunque, esta vez, dando un pequeño, pero importante salto hacia arriba.

...

Tan pronto como Miguel Núñez llegó a la conservera, se enteró de la noticia. No le habían hablado a su casa para decírselo, pero sí tenía su secretaria información de lo sucedido.

En los primeros minutos quedó consternado por la sorpresa, después reaccionó telefoneando a su esposa.

—Ha ocurrido algo muy grave —dijo con voz apagada.

—¿Te pasa algo?

—No, a mí no. Ha muerto Sotillos.

—¿Cómo? ¿Qué ha muerto? ¿Cuándo?

—Murió anoche.

—¿De repente? ¿Qué pasó? ¿Un ataque al corazón? ¿Un accidente? —Se oía muy excitada.

—No tengo noticias muy precisas, pero parece ser que lo asesinaron.

—¿Cómo ocurrió? ¿Lo asaltaron? —La sorpresa había dado paso a la preocupación.

—Ya te dije que la información que me han dado es muy confusa. Parece ser que le dispararon en un callejón oscuro. No sé si le robaron o no, pero creo que no.

—¿No se sabe por qué lo mataron, ni quiénes?

—Me temo que no, que aún no saben nada.

—Miguel —la voz de la mujer seguía demostrando preocupación—, no entiendo muy bien esto, pero la muerte de Pepe soluciona el asunto del pagaré y de las acciones, ¿verdad?

—He pensado en ello desde que me enteré. En lugar de lamentar su muerte, de sentirla, creo que estoy tranquilo, casi satisfecho, como si me hubieran quitado un peso de encima. Todo el afecto, admiración y agradecimiento que durante años he sentido por él, lo había transformado en odio y resentimiento estos últimos días. Noto un gran alivio en todo el cuerpo. Nunca supe lo que era odiar hasta esta semana, nunca deseé tanto morir o matar, nunca había sufrido tan intensamente ni me había sentido tan desesperado.

—Cálmate, no hables más. Yo te comprendo. Soy tu mujer. Hayas hecho lo que hayas hecho, estoy a tu lado para ayudarte y para defenderte. —Parecía muy alterada.

—Haya hecho... ¿qué? —Miguel estaba sorprendido.

—Miguel, no te atormentes más, ha sido un mal sueño, una locura pasajera. No lo has hecho tú, Miguel, han sido las presiones...

Miguel la interrumpió nervioso:

—Estás desvariando, entiéndeme: ¡Yo no fui! Pasó en algún momento por mi imaginación hacerlo, pero lo deseché. ¡Yo no fui!

—Llegaste anoche tan tarde...

—Estuve hablando con unos conocidos, ellos pueden testificarlo; son gente que trabaja en una casa de bolsa. Tengo poco trato con ellos, pero los conozco lo suficiente como para invitarlos a cenar y hablar de mi problema. Tenía que buscar ayuda. Había estado con un abogado y no me prometió más que tiempo, así que concerté una cita con ellos y me los llevé a cenar. Les conté mi problema, les hablé de mi necesidad de dinero o de encontrar socios para comprar su parte a Sotillos. Fue una cena de negocios, poco productiva, pero de negocios.

—¿De verdad, Miguel?

—Puedo demostrártelo a ti, a la Policía o a quien dude de lo que digo. Están esas personas, está el restaurante, hay un montón de gente que me vio. Que alguien pudiera pensar eso puede tener explicación... pero que lo hayas creído tú...

—Perdóname. He estado muy preocupada por ti. Sé lo que han sido para ti estos días. Sé que eres incapaz de hacer conscientemente algo así, pero, si cometieras alguna vez un error, ¿quién mejor que tu mujer para comprenderte y ayudarte?

—¿De verdad has pensado que yo lo hice?

—Sí. Hasta que tú me has dicho que no.

—Si tú lo has creído, pueden hacerlo otros...

—Solo si saben a qué presión te tenía sometido.

—Escucha: no lo hice. Si lo hubiera matado te lo diría, aunque solo fuera para que me ayudaras a urdir una coartada, pero no fui yo y, afortunadamente, puedo demostrarlo.

—¿Te molesta que haya dudado de ti?

—Claro que sí, aunque era lógico que yo hubiera estado metido en esto. En realidad, no sé quién lo hizo, pero no tendría más motivos que yo. De todos modos, tienes que estar tranquila, no fui y puedo probarlo. ¿Entiendes?

—Sí, mi amor.

—Adiós. Te hablaré más tarde. Te quiero.

Miguel Núñez colgó el teléfono. La conversación había sido más larga de lo usual para él. Cuando llamaba a casa, por lo general, solo se cruzaban cuatro frases. Lo hacía para avisar de que se retrasaría en

llegar por algún motivo o cosas así. No era aficionado al teléfono y lo usaba solo lo imprescindible.

En aquella ocasión, la conversación había durado más, realmente la noticia lo ameritaba, pero, lo que le había sorprendido había sido la reacción de su esposa. ¡Así que ella lo creía capaz de haber matado a Sotillos! Nunca se sabe por completo qué piensa una mujer por muchos años que se haya convivido con ella. No debía preocuparse porque alguien más tuviese la misma idea. Era muy improbable que el modo de actuar contra él de Pepe lo supieran más personas y, aunque así fuera y llegaran a señalarlo, tendría el modo de salir ileso del atolladero, aunque le causasen algunas molestias.

¡Mira que sospechar su mujer de él! ¡Era inaudito! ¡Hasta qué punto son capaces de desvariar las cabezas femeninas!

Salió de su despacho y se encaminó hacia la planta. Iba con ánimo redoblado como hacía tiempo que no sentía. Aquello era suyo, una pequeña parte, pero suyo, y nadie estaba ahora al acecho para arrebatárselo. Nunca le había parecido aquello tan hermoso.

Es posible que Sotillos, efectivamente, hubiera estado haciendo gestiones para vender la empresa, de otro modo no se hubiera justificado la compra de acciones que recientemente había hecho a los restantes socios y que debía culminar con la participación de Miguel. Pues bien, si era una operación en marcha y el precio era interesante, y seguro que lo sería porque si no Pepe no se hubiera embarcado en ello, él también vendería. Podía incluso exigir condiciones, como que le mantuvieran el puesto durante tres años por ejemplo o algo así.

El dinero lo pondría a buen recaudo. El grueso invertido en marcos alemanes o en yenes, algo sólido que le pudiera proteger en un momento dado de un revés. Una parte podía reunir para comprar una casa como la que tenían antes de asociarse con Pepe. Seguirían viviendo de su trabajo, pero con un respaldo que nunca habían tenido. Además, tendrían unos extras con los intereses...

Si no se vendía la empresa tampoco pasaba nada. Conseguiría que hubiera repartos de dividendos y frenar esa carrera alocada hacia la reinversión y empezar a ver y disfrutar de lo que se ganaba. Debía a su familia una mayor calidad de vida y estaba dispuesto a proporcionársela.

...

Martínez llegó el viernes a laborar a la fábrica. Había faltado por presunta enfermedad la víspera y no quería todavía que se hicieran muy patentes sus planes de huida, por lo que era mejor que sus ausencias no fueran prolongadas para no hacerlas notorias. Había empleado el día anterior en preparar casi todo lo que necesitaba para partir, estuvo muy atareado todo el día y no pisó la cantina absolutamente para nada.

Cuando llegó a la puerta de acceso le sorprendió ver un grupo numeroso de obreros hablando entre sí. No era un hecho frecuente, pero lo atribuyó a algún problema sindical. Los viernes eran días de pago de raya y era posible que se hubiera puesto algún anuncio como otras veces, diciendo que por avería de la computadora no se pagarían hasta la semana siguiente las horas extras o alguno de los complementos variables al sueldo. Aunque el tema no le preocupaba en absoluto, el paso obligado era por en medio de aquel pequeño tumulto y, así, sin quererlo, fue como se enteró del asesinato del patrón.

Martínez se quedó helado. Tardó muy poco en comprender que era lo peor que le podía haber ocurrido a él. Muerto Sotillos, se abriría la caja de seguridad tarde o temprano, más bien pronto, y allí aparecerían los papeles que él había firmado. En el mejor de los casos, eso serviría para meterlo en la cárcel por fraude, en el peor, por asesinato. Estaba en una trampa, él solo, con su firma, se había colocado los grilletes, las pruebas serían tan contundentes que no habría quien le pudiese sacar del atolladero.

Anduvo todavía remoloneando entre sus compañeros para ver qué detalles conseguía conocer, pero lo que sabían de cierto era poco; tan solo la noticia escueta. Sobre ella se habían elaborado hipótesis y conjeturas, pero con seguridad se sabía bien poco.

Finalmente, decidió que la recuperación de su enfermedad había sido excesivamente superficial y que aún se encontraba muy mal y que debía ir de nuevo a visitar al médico de la Seguridad Social. Por lo menos, eso fue lo que dijo al vigilante de la puerta para que lo comunicara al Departamento de Personal. Dio media vuelta y salió del recinto de la fábrica lo más deprisa que pudo. Se encaminó al terreno especialmente dedicado al estacionamiento de vehículos de empleados, y poniendo en marcha su carcacha se dirigió todo lo rápido que pudo hacia su casa.

Los nervios y el miedo le daban alas, tardó la mitad de tiempo en regresar del que le había costado hacer el camino de ida. Tenía que irse ya. Hoy mismo. No era posible esperar a organizar las cosas. Era probable que a media mañana estuviesen abriendo la caja fuerte de Sotillos y en pocos minutos darían con sus papeles. Antes de mediodía tendría tras de sí a los judiciales pisándole los talones.

¡Ese buey de su yerno! Siempre lo había tenido por un muchacho abusado. Había resultado ser muy listo al menos hasta entonces, pero ahora ¡la había regado! La víspera habían estado juntos bastante tiempo preparando todo lo que debía hacerse para el traslado de la familia, pero por la tarde no lo había visto. Era de suponer que había ido a la cantina a olvidarse de los problemas o a mejorar sus humos o lo que ahora era presumible, a armarse de valor. Seguramente, con el

calor y la euforia de las copas, había vuelto a imaginarse un mundo sin Sotillos y decidió poner manos a la obra él mismo para solucionar cuanto antes el exceso de la naturaleza al haberlo dejado vivir tanto tiempo. Seguro que estaba borracho como una cuba cuando lo hizo, pues era un tema hablado y sobre el que se había decidido su total inconveniencia.

Llegó a su casa con el tiempo justo de encontrar a su mujer que salía a la compra. Le explicó en dos palabras que se iba y dónde localizarlo en Durango; preguntó por el yerno, que ni andaba por allí ni sabían dónde estaba y, sin esperarlo, llevándose lo que primero pudo preparar, partió veloz de su hogar.

A mediodía, llegó el yerno y se enteró de lo ocurrido. Pensó que Martínez había quitado de en medio a su patrón y maldijo su mala cabeza. En realidad, ninguno de los dos lo había hecho, pero ambos sospecharon mutuamente. Aunque hubieran tenido ocasión de hablar entre ellos y confesarse mutuamente ser inocentes, tampoco se hubieran creído, pues el encubridor de un crimen también tiene responsabilidades ante la ley y era obligado no admitir la comisión de un asesinato ni ante la propia familia, no por miedo a ser delatado, sino por no perjudicarla involucrándola.

Martínez, ya en la carretera, no dejó de darle vueltas al asunto. Incluso en el caso de que se encontrase pronto a un culpable, único en el que no recaerían las sospechas sobre él, la decisión de huir era la correcta. Estaban los papeles, su confesión no dejaba lugar a dudas. Sería detenido y encarcelado por fraude. Con Sotillos en vida aún podía tener la esperanza de que el asunto durmiera hasta que el patrón necesitase un servicio muy especial suyo y que incluso en ese caso no fuera especialmente difícil de ejecutar para un hombre decidido como era él, aunque los años no pasaban en balde. Pero con el patrón muerto, estaba claro que no podía quedarse con su familia en su casa. Sospechoso o no de crimen, era un actor confeso de fraude, y eso no solo se castigaba por la vía civil o mercantil —le había dicho un conocido suyo muy letrado en esas cuestiones—, sino también por la vía penal.

...

Para Viky, todo aquello parecía una pesadilla, nunca hubiera imaginado que pudiera desatarse tanta confusión sobre un hogar como lo que se había desatado sobre el suyo. Tampoco podía decir que estuviera afligida, ni mucho menos que estuviera aliviada. No quería a su marido e incluso, en ocasiones, lo detestaba, pero no tanto como para desear su muerte. Estaba aturdida y no tenía muy claros cuáles eran sus sentimientos, aunque sí estaba segura de que no le costaba ningún trabajo mantener su serenidad como opinaban quienes la rodeaban.

Habían sido muchos años de convivencia. Lo había conocido siendo una niña, él la había hecho mujer en cuerpo y espíritu, le había dado dos hijos y se había acostumbrado a su compañía. Todo hubiera ido bien de no ser por aquel lío con su secretaria, aunque, analizándolo fríamente, quizá lo que había fomentado su desprecio eran más las consecuencias que el propio engaño. Aquellas llamadas telefónicas atormentándola, acosándola, violando su intimidad era el haber tenido que soportar todo aquello por su culpa lo que le había distanciado definitivamente. Aquello parecía una pesadilla, algo irreal, pero estaba ocurriendo.

Imaginó, por un instante, lo que sería su vida a partir del momento del entierro, cuando todos se fueran y se quedara de nuevo ella sola con sus hijos. No hacía mucho, la víspera, se había imaginado libre de él, pero de otro modo. Aquella conversación con Evaristo... parecía una premonición. ¿Quién hubiera imaginado que, veinticuatro horas después, ella estaría libre? No podía pensar en Evaristo, andaba por allí, de un lugar a otro, haciéndose cargo de todos los detalles y, sin embargo, se sentía más lejos de él que nunca. Le daba escalofríos pensar en sus relaciones, le parecían en este momento de luto algo increíble; descubría sorprendida toda su inmoralidad e indecencia. No podía imaginarse una futura boda con él, ni siquiera una vuelta a su relación anterior, era algo que en aquel momento le repelía, claro, que quizá fuese un efecto de las circunstancias y pasadas estas todo volvería a su cauce normal, pero ahora eran cosas impensables.

A decir verdad, también a él le había encontrado algo raro. Atento, servicial, cariñoso, incluso... pero algo, sin saber qué, le delataba. Quizá le estaba ocurriendo lo mismo que a ella.

Luego, un pensamiento cruzó fugazmente su mente. Evaristo la consideraba una mujer vengativa, mucho. Capaz de la mayor generosidad, pero, al mismo tiempo, del mayor rencor. Era una mujer muy instintiva, muy natural. Fruto de ello había sido su relación con él.

Pepe había muerto casi en la puerta de su amante; ella sabía de la secuencia y horarios de esas escapadas, tanto que un día les había seguido y sorprendido, tanto, que había fijado para sus citas clandestinas con Evaristo el mismo día de la semana en un deseo de revanchismo exagerado hasta en los más mínimos detalles. Era posible que Evaristo sospechase de ella, si por venganza había sido capaz de engañarle con su mejor amigo, ¿quién sabe si ese mismo sentimiento, acrecentado quizá por la conversación de la mañana no le habría dado un valor del que hasta entonces había carecido? Era probable que pensase así. Ello justificaría ese comportamiento extraño que ella percibía en él, pero que no sabía descifrar a ciencia cierta.

Muy bobo o muy engreído debía ser Evaristo si pensaba así de ella.

No iba a tener el mal gusto de ajustarle las cuentas al marido delante de la casa de la amante para que todo el mundo que aún no lo supiera se enterara de cómo, cuándo y con quién le ponía los cuernos, además, el crimen pasional es más cosa de hombres, las mujeres se consuelan mejor o les afecta menos un engaño. Por nada ni por nadie hubiera hecho algo así, ni por venganza, ni mucho menos para quedar libre y poder casarse de nuevo. Era algo que le traía sin cuidado.

No, no podía pensar eso de ella. No iba a dejar a sus hijos sin padre de ese modo ni se iba a arriesgar a perder lo que tenía por un paso mal dado. ¿Y si hubiera sido el propio Evaristo? Como ella, conocía los pasos de Pepe y podía buscar el lugar y el momento más oportunos. Si Evaristo adivinaba lo que ella estaba pensando, sería él ahora el que la tildaría de boba y engreída. No podía amarla hasta dar un paso tan idiota siendo que ella no había renunciado a la idea de seguirse viendo ni de pensar en el divorcio. No, no podía arriesgar su libertad por ella, ni siquiera dar un paso que en lugar de liberarla de su marido pudiera hacerla sentirse culpable y distanciarla definitivamente de él como en aquellos momentos se sentía.

Decidió abandonar aquel tipo de pensamientos que no conducían a nada. Tenía que pensar en cosas más concretas. Tenía que revisar los papeles de Pepe. No sabía si tenía algún seguro de vida ni si había hecho testamento. Desde luego, las acciones de la compañía eran de ella —bueno, de su padre, aunque se las había cedido en vida— y la casa estaba a su nombre y la mayoría de las inversiones. Se habían casado en régimen de separación de bienes por consejo, casi exigencia, de su padre y eso simplificaba las cosas. Pero Pepe tenía sus asuntillos y, aunque no sabía muy bien dónde, sí había algún dinero, poseía una participación en la conservera que no tenía muy claro de qué porcentaje se trataba, ni qué valor podía tener y no sabía si ya había aportado algo al negocio de la constructora que iba a iniciar con Evaristo.

En fin, que tenía que ponerse a ver todo eso. Quizá en la caja de seguridad de la casa o en la que tenían en el banco para guardar acciones y las joyas hubiera datos que pudieran informarle de cómo estaba todo. Pediría ayuda a Evaristo o mejor a su hermano, que era aún un muchacho, pero entendía algo de esas cosas. A Evaristo le consultaría solo las dudas; a él y al abogado de su padre, un anciano caballero siempre educado y servicial que la conocía desde que era una mocosa. Decidió dejar descansar su cabeza un rato y volver al papel de viuda desconsolada. Su público la quería así.

...

—Mamá, ha pasado una cosa horrible.

—¡Qué, hija mía! ¿Qué ha pasado?

—Ha muerto Pepe.

Lourdes acababa de colgar el teléfono. Normalmente, se hablaban una vez al día. Sotillos aprovechaba el mediodía para llamarla, estuviese donde estuviese. Aunque fuesen solo unas palabras, el oírse la voz mutuamente era suficiente para sentirse cerca el uno del otro. Los lunes para reconfirmar su cita y los viernes, como mínimo, siempre le hablaba Pepe. Como ella ya estaba a punto de salir de su casa hacia la tienda y había pasado la hora normal en que él se comunicaba, sin hacerlo, Lourdes había tomado el teléfono y llamado a su oficina. Fue entonces cuando se enteró del suceso. Lloraba visiblemente, estrechando un arrugado pañuelo entre su nariz y sus dos manos. Su madre se le acercó y la abrazó con un gesto de maternal protección, como queriendo interponerse a todas las penas de su hija para que no la alcanzasen nunca.

—¡Pobre hija mía!

—Lo han asesinado —dijo entre hipos y sollozos—, anoche.

Siguió un rato abrazada a su madre, luego se soltó súbitamente y corrió a su cuarto, cerró la puerta y se tiró sobre la cama para poder seguir llorando sin testigos, sola en su intimidad, con su dolor. Se sentía vacía, era increíble que, de pronto, le hubiera sido arrebatado de un modo tan súbito y traicionero, justo ahora, cuando se sentían más cerca que nunca. ¡Había hecho tantos planes para ellos!

Desde el lunes, en que tuvo aquella conversación con su madre, había estado toda la semana pensando en él y en el futuro de ambos. Cuando salieron juntos, en la tarde, de un modo estúpido y algo forzado le había sacado a relucir el tema y él había reaccionado muy bien, como ella esperaba.

Durante esta semana había estado madurando el asunto y el lunes iba a volver a hablar de su futuro, pero sin sentimentalismos ni histerias. Iban a planear qué harían. Los dos se querían y deseaban estar juntos. Él necesitaba iniciar los trámites de divorcio y quizá precisara algún tiempo para ordenar sus asuntos económicos que tanto le preocupaban, aunque para ella carecían de importancia. Estaba segura de que él aceptaría romper el punto muerto de sus relaciones y hacerlas avanzar definitivamente hacia un final feliz. Y ahora que estaba tan cerca de él, se lo arrebataban de entre las manos.

Sonaron unos golpes tímidos en la puerta. Se secó los ojos y fue a abrir.

—Hija, si prefieres estar sola me iré con Héctor a dar un paseo, pero quizá quieras desahogarte conmigo.

—¡Mamá! —Volvió a abrazarla, la estrechó y se separó de ella. Las dos se sentaron sobre la cama con las manos entrelazadas.

—Lo querías mucho, ¿verdad?

Lourdes se quedó pensativa, perdida la mirada en un punto indefinido.

—Es curioso, no lo he sabido en mucho tiempo. Era por temporadas, había rachas en las que pensaba que debíamos terminar, que lo nuestro no tenía futuro. Sin embargo, había otras épocas en las que me daba cuenta de que estaba perdidamente enamorada de él y que sentía él lo mismo. Ahora estábamos en una de ellas, estábamos haciendo planes muy serios.

—¿Planes muy serios?

—Sí, quizá tu conversación conmigo del otro día los había desencadenado. Eran cosas que no nos había preocupado resolver, pero sobre las que tú me hiciste ver que ya era tiempo de tomar una decisión. O romper y quedar libre o atarme a él definitivamente.

—Siempre me has hablado de él tan poco...

—Sí, verdaderamente no quería hablar de él en casa. Quería dar una imagen diferente de la real. Os decía que éramos solo amigos, pero nos amábamos; os decía que ya había tenido bastante con un fracaso matrimonial como para buscar otro y la verdad era que pretendía consolarme yo misma ante lo que era imposible. A ustedes les oculté muchas cosas yo misma por defenderlo; a él también por hacerle todo más fácil, pero la que sufría era yo, y ahora estábamos decididos a arreglar las cosas de una vez por todas.

Lourdes hablaba con una convicción tal como si todos sus planes, sus pensamientos, sus deseos ya hubieran sido comentados y discutidos con Sotillos y, sobre todo, como si ya este los hubiese aprobado sin reservas.

—¿A qué te refieres con eso de que era imposible que os casarais?

—Mamá, siempre te lo he ocultado, pero Pepe era casado.

—Pero ¿cómo? Dijiste que era divorciado...

—No me atreví a confesártelo, sobre todo por papá. Viviendo en vuestra misma casa sabía que tenía que ceñirme a vuestras normas. Ninguno de los dos hubiera aceptado una relación mía con él de haber sabido su situación... sobre todo papá...

—Papá lo sospechaba —dijo la madre algo abstraída.

—Estaba preparando su divorcio. No lo había hecho antes por problemas económicos, quería darme lo mejor y la familia de su mujer era de mucho dinero, tenía que andar con cautela.

—Tu padre dijo que te estaba engañando, que se estaba aprovechando de ti...

—No, yo siempre supe todo —mintió Lourdes convencida—, lo único que tardé en saber era cuánto lo amaba y que quería casarme con él. Siempre le dije, como a ustedes, que no quería volver a unirme a un hombre... Le mentí, si no, él se hubiera separado mucho antes, en cuanto se lo hubiese pedido.

—Hija mía, descansa. No salgas esta tarde a trabajar. Toma algo para dormir y acuéstate —dijo su madre abrazándola con cariño, pero

con la mente muy distante, recordando algo que le había dicho su marido la noche del lunes y sintiendo un escalofrío al pensar que era tan bruto como para ser capaz de hacer algo en lo que no quería ni pensar: «A mí ese tipo no me gusta —había dicho— y voy a investigarlo. Y «es un sinvergüenza, seguro que es casado».

...

Juan Rosado llegó al aeropuerto Benito Juárez a embarcar en su vuelo a New York con tiempo muy sobrado. Tuvo que esperar a que fueran atendidos los tres viajeros que estaban formados antes que él ante el mostrador de la compañía aérea para facturar su equipaje y recibir la tarjeta de embarque. De todos modos, fue poco rato; los trámites eran sencillos y los dos empleados que atendían al público lo hacían con diligencia y eficacia.

Cuando finalizó sus trámites ante el mostrador, miró su reloj dudando entre dirigirse a la sala D, especial para salidas internacionales o hacer un poco de tiempo paseando por el aeropuerto. Faltaba casi hora y media para la salida de su vuelo, demasiado para entrar ya en la zona de embarque sin tener lectura a mano. Decidió dar un paseo y recorrer el largo pasillo que constituye el cuerpo principal del edificio del aeropuerto. Se desatendió de las instalaciones que le quedaban a su derecha —mostradores de acceso a las salas de espera, teléfonos, lavabos, oficinas de servicios, bares— y concentró su atención en la izquierda del corredor, en la que pequeños cubículos ofrecían una variedad de artículos para su venta de última hora al viajero: *souvenirs*, publicaciones, lotería, bebidas, etc. Son tiendas minúsculas donde se puede hacer una última compra antes de emprender el vuelo.

Juan se entretuvo cuanto pudo observando los escaparates y, cuando llegó al último establecimiento, una oficina bancaria para el cambio de divisas regresó lentamente desandando lo recorrido. Cuando volvió a llegar frente a su punto de origen, el mostrador desde el que se despachaba su vuelo volvió a mirar su reloj, habían pasado muy pocos minutos. Estuvo dudando si entrar en una librería a comprarse algo de leer. Había dejado la novela que estaba leyendo dentro de la maleta ya facturada en un tonto descuido en lugar de en el maletín de mano que llevaba consigo. Siempre tenía un libro de cabecera, pero no le gustaba leer dos al mismo tiempo, así que decidió no comprar otra novela.

Mejor ojearía el periódico... luego pensó que en el avión le darían cuantos gustase, así que finalmente se decidió a entrar y después de perder un rato revisando el estante de las revistas, tomó dos, las pagó y salió de nuevo al gran corredor. Había agotado toda su iniciativa para perder tiempo y aún era pronto. Tomó pues una resolución. Ya que debía de esperar, lo haría de modo más cómodo posible. Se dirigió

resuelto a la sala de cortesía que American Express tenía en el aeropuerto para sus tarjetas habientes de la Gold Card, pulsó el timbre junto a la puerta de cristal y esperó que un solo zumbido le indicase que la podía empujar y penetrar dentro del recinto. Dio su nombre, número de tarjeta, número de vuelo que debería tomar y firmó en el libro de registro que la bella recepcionista le mostró y se dispuso a esperar viendo Televisión y tomando un café de cortesía.

Conocía la sala por otras esperas anteriores y aún no había tomado su primer café cuando se sentó frente a los locutorios telefónicos a hacer unas innecesarias llamadas que le distrajeran. Habló con su casa y se despidió una vez más; habló a su oficina a recibir los últimos informes y habló a Pepe Sotillos. Quería decirle que partía un día antes de lo previsto porque la mañana había sido sumamente efectiva y, además, tenía ya citas nada menos que para el sábado y domingo, por increíble que fuera, y con seguridad estaría de vuelta el martes en la tarde. Pero no pudo decirle nada, al revés, fue él el que se enteró de algo realmente importante, algo que podía cambiar todos sus planes.

Cuando colgó el teléfono tuvo que sujetarse la cabeza con ambas manos. Permaneció así un buen rato. Parecía increíble, ayer mismo habían estado juntos, haciendo planes. Su viaje carecía de sentido. Pepe ya no firmaría aquellos pedidos ni cobraría su comisión. Sin embargo, la empresa necesitaba el equipo; él tenía el dosier y podía ofertar de cualquier modo, no sería tan fácil como con Sotillos, pero aún no había perdido la operación. Debía intentarlo. Tenía su plan de viaje hecho, las entrevistas programadas... quizá fuera un esfuerzo y un gasto inútiles, pero podía probarse. Seguiría adelante, pasaría la oferta solo con el sobreprecio de su comisión y así quizá resultase interesante para la empresa. Iba a rebajar la comisión de Pepe, un ahorro considerable.

No, no debía cambiar sus planes. Volaría a New York, regresaría el martes y tan pronto hubiera un nuevo director general se presentaría con su oferta insistiendo en que Pepe la conocía y ya había dado luz verde. Defendería esa posición a ver qué sacaba de todo ello. Dice el refrán que «a río revuelto, ganancia de pescadores» y una empresa como aquella, con su jefe desaparecido de aquel modo, seguro que durante algunas semanas sería un buen río revuelto... y él había aprendido a ser un buen pescador.

La recepcionista llegó a avisarle qde ue ya debía pasar a la sala de espera del recinto internacional. Agradeció la atención, se despidió y salió camino a la puerta D a pasar la revisión del equipaje de mano y de migración.

Con Pepe se había ido la seguridad de hacer buenos negocios, pero todavía quedaban probabilidades. A lo mejor, con el paso del tiempo, el nuevo director se aficionaba también a su modo de operar. Sotillos

lo había metido en aquel mundo, pero él había aprendido ya lo suficiente como para saber manejarse solo. Era hora de demostrarlo.

Cuando avisaron al pasaje de que ya podían entrar a la aeronave a ocupar sus asientos, Rosado había asimilado por completo la noticia. Estaba totalmente tranquilo y su única ansiedad era demostrarse a sí mismo cuanto antes que era capaz de hacer todo igual sin ayuda desde dentro, que era capaz de convencer al nuevo personal directivo de la compañía de que le compraran a él. Ya dentro del aparato, guardó su maletín de mano bajo el asiento, se sentó y abrochó el cinturón de seguridad, tomó una de las dos revistas recién compradas y comenzó a ojearla sin aparente interés.

Cuando el avión inició su recorrido sobre la pista, estaba totalmente absorto en la lectura. El recuerdo de Pepe Sotillos no había podido arrancarle un solo sentimiento de conmiseración.

...

Luis Luna fue una de las últimas personas en enterarse del fallecimiento de José Sotillos aquel viernes. Telefoneó a última hora de la tarde a su oficina para concretar la cita del lunes, pero pronto comprendió que no habría tal. Fue quizá la sorpresa el sentimiento predominante. Lo lamentaba, pero no podía decirse que le conmoviera.

¡Era increíble la falta de seguridad ciudadana que padecía el país! Los asesinatos, los secuestros, los atracos, las violaciones se habían convertido en algo corriente, cotidiano. Ya nadie parecía escandalizarse por la pérdida progresiva de seguridad.

Era asombroso a qué grado la gente se acostumbra a todo sin protestar, sin exigir soluciones. Todo el mundo acepta ya la falta de seguridad como algo natural, la contaminación ambiental y la inversión térmica como algo natural, la corrupción pública como algo natural, la inflación, la crisis, la devaluación diaria, el crecimiento del paro como algo natural.

Recordó aquellos versos tan admirados en su época de estudiante: «...no digáis jamás “es natural”... para que nada parezca imposible de cambiar...».

Él era un hombre honrado, un hombre decente y se rebelaba contra tanta sin razón, pero ¿qué podía hacer para enfrentarse al caos? Poca cosa, tan poca que había decidido ceñirse tan solo a lo que estaba a su alcance: él haría las cosas como debían hacerse, sin importarle los modos de actuar ajenos, él no aceptaría la «naturalidad» de los otros, tenía un estricto código del honor y de la justicia y se apegaría a él.

Sotillos era un personaje muy especial. Lo había tenido engañado, lo había usado como cobertura de sus trastadas sin darse él cuenta de nada. Había descubierto su doble juego demasiado tarde, pero no era probable que su muerte tuviese algo que ver con sus fechorías.

Tenía enemigos, eso era indudable y la prueba estaba en que lo habían denunciado a Hacienda con pelos y señales, con tal lujo de detalles que hubiera sido imposible que escapase de la cárcel, pero no creía que fuesen enemigos del tipo de los que se apostan en una calle solitaria para soltarle tres tiros. Podían ser enemigos de guante blanco, pero no matones.

Pepe había sido víctima, sin duda, de maleantes. Hacía poco había leído algo así como que se estimaba que en un ochenta por ciento de los hogares de la ciudad de México había al menos un arma de fuego. Era una población armada, unos pocos para intimidar, robar y hacer sus fechorías, otros muchos para defenderse desconfiando de que la policía pudiera velar por ellos.

Le habían impresionado las estadísticas de homicidios comparadas con otros países. Había leído que en México había casi dieciséis y medio homicidios al año por cada cien mil habitantes, mientras que, en Inglaterra, con sus famosas novelas policíacas, de crímenes y suspense la tasa tan solo era de 0,4; en Francia del uno por cien mil; en España del 1,1 uno y en Alemania Federal del 1,3 por cien mil habitantes.

Con aquel acontecimiento, su asesoría al grupo que hasta ayer dirigía Sotillos debía de modificarse radicalmente. Ya no se trataría tanto de proteger al hombre como a la empresa. El hombre había desaparecido y con él sus responsabilidades, la empresa seguirá adelante y había que ayudarla a sobrellevar las tempestades. Era viernes por la noche. No era el momento de iniciar el estudio de una estrategia de defensa, sino de honrar a los muertos y consolar a los deudos.

Comprobó que en su agenda figuraba el domicilio de Sotillos y se dispuso a dirigirse a su casa a dar el pésame a la viuda y a ofrecerse para todo lo que pudiera ser de utilidad. Le habían informado de que todavía no había salido el cuerpo de las dependencias oficiales y cuando lo hiciera lo trasladarían a la Agencia Funeraria Galloso de la calle de Sullivan, pero de momento, la viuda y los familiares recibían el pésame en su casa. Al día siguiente saldrían las esquelas en los periódicos y se fijaría la hora y día del entierro, de momento aún vivían una cierta provisionalidad y no había instalada ninguna capilla ardiente.

Luis Luna dejó su escritorio ordenado. Todo el personal de la oficina se había marchado ya exceptuando su socio, que seguía trabajando. Se dirigió a su despacho para convencerle de que le acompañara a efectuar un acto obligado de humanidad.

DOMINGO 24

Durante las primeras horas de la mañana, el velatorio se había ido llenando poco a poco con todos aquellos que tras su visita del sábado se habían retirado y regresado desde sus casas dispuestos a dar el último adiós al finado. La aglomeración era tal que, por no caber en la sala, los visitantes se arremolinaban también en el vestíbulo, en las escaleras e incluso en la calle.

Como la víspera, pequeños corros de gente enlutada hablaban en voz baja esperando la hora del traslado al cementerio.

El hermano de Pepe había llegado desde Madrid el sábado por la noche y demasiado fatigado por las catorce horas de vuelo, las ocho de diferencia horaria y el efecto de la altitud, apenas mantenía la lucidez suficiente como para corresponder a las manifestaciones de duelo que recibía. Con él, había llegado el hermano mayor de Viky, estudiante a punto de graduarse en la Universidad de Barcelona, que se quedaría unos días más, ya que, por esta época de vacaciones, su retorno no urgía y, sin embargo, era probable que pudiera ser de alguna utilidad a su familia. Eran los únicos que se habían desplazado desde tan lejos pues nada podía hacerse ya. Lo que había sucedido era algo irreversible.

A las once en punto llegaron a retirar el féretro. Eran ocho hombres uniformados que, con la agilidad que da la costumbre, dispusieron en breves minutos todo lo necesario para trasladar el ataúd hasta el vehículo que les esperaba en la planta baja y desalojar el velatorio de flores y visitantes. La mañana era hermosa. El sol brillaba con todo su esplendor, pero no hacía aún calor, se aspiraba aire limpio y el parque de Sullivan se veía animado y concurrido. El mercado de arte ya se hallaba instalado y los parterres y jardines estaban bordeados de pinturas sobre los caballetes o por esculturillas sobre mesas y

plataformas. Los artistas vigilaban su mercancía con aparente desdén que trocaban en espontánea amabilidad cuando algún paseante se detenía más de lo normal ante alguna obra que le llamara su atención o se interesara por ella. El currículum de cada expositor desplegado en forma de mural, donde se mezclaban recortes de periódico con críticas, anuncios de pasadas exposiciones, entrevistas y biografías, daba la oportunidad de conocer más sobre aquellos exóticos personajes que se sentaban, ora leyendo, ora comentando con sus vecinos, entre sus propias obras.

La calzada de la calle separaba dos mundos y quienes asistían en uno y otro lado a cualquiera de ellos, permanecían ignorantes y desinteresados en el otro. Poco a poco, se fue formando la caravana. Encontrar lugar para estacionarse nunca es problema fácil y tan pronto se supo que el cortejo iba a ponerse en marcha, se deshicieron velozmente todos los corros de conversaciones y cada quién acudió presuroso en busca de su automóvil. Desde las calles y los estacionamientos próximos fueron llegando los vehículos con tan solo uno o dos ocupantes para tras esperar alineados junto a la salida de la funeraria, ir recibiendo a sus restantes pasajeros rezagados.

Por fin apareció la larga limusina negra que trasportaba el féretro de José Sotillos y detrás otras tres de respeto, también negras, en las que viajaban los familiares más próximos y en las que por haber más espacio del necesario se habían ocupado también por algunos amigos íntimos. Tras los cuatro vehículos, se fueron alineando, marchando a su misma velocidad, los restantes automóviles.

La caravana era larga, pero la distancia también. El tráfico y los semáforos se encargaron de ir fragmentándola. El recorrido lo conocían muy bien los chóferes de las limusinas, por lo que, olvidando que una velocidad moderada hubiera estado más acorde con el respeto que la ocasión requería, pisaron a fondo sus aceleradores y maniobraron con la destreza necesaria para hacer su trayecto cuanto antes. De todos modos, los domingos por la mañana las calles están menos concurridas, no hay atascos y bien se puede echar un *rally* a los compañeros de trabajo.

Llegaron a las puertas del Cementerio Español mucho antes las limusinas que el resto de los automóviles, pero los empleados parecían no querer esperar y hubo que contener su impaciencia con buenas palabras y algunas propinas.

El único que parecía haber llegado antes era el capitán Rojas. Sabían que era el policía detective que llevaba la investigación por el asesinato de Sotillos y poco o mucho habían tenido ocasión de dialogar con él Viky, Evaristo y alguno de los primeros en aparecer en el cementerio. No le habían visto en la funeraria y recibieron allí su saludo y su pésame. Se le veía ojeroso y fatigado y era obvio que

había pasado también él la noche en vela y que quizá acudía allí directo desde la Delegación sin haberse desviado hacia su domicilio a asearse, a descansar o a cambiar su arrugado traje.

Existe la costumbre en muchos lugares de que las mujeres no asistan al cementerio o, por lo menos, las viudas se quedan en casa. Viky no lo había querido así y, acompañada por su hermano y por el de Pepe, había decidido presidir el entierro.

Al poco rato, empezaron a llegar los primeros automóviles y, sin esperar a los más rezagados, pero con una digna lentitud, el cortejo se puso en marcha y avanzó serpenteando por entre los muchos pasillos a cuyos lados se alineaban las sepulturas. Delante, un sacerdote iba canturreando una letanía a la que nadie hacía caso, la mayoría estaba más interesada en leer de reojo las inscripciones de las lápidas calculando los años de vida o si la familiaridad de algún apellido se debía a un lejano parentesco con tal o cual conocido.

Al cabo de casi diez minutos de marcha lenta entre cipreses y sepulturas en un laberinto de calles sin nombre, hicieron alto ante una tumba abierta, comprada a toda prisa en las últimas cuarenta y ocho horas, pues no había previsto Pepe acabar allí, así, tan pronto, sus días.

El sacerdote rezó todavía un rato más recibiendo quedas respuestas de muy pocos de los presentes. Mojó su hisopo en agua bendita y salpicó el féretro, la tumba y a algún asistente al que la aglomeración obligaba a estar demasiado cerca y, finalmente, calló. Entonces, los sepultureros bajaron el ataúd al nicho y empezaron a dar paletadas de tierra para cubrirlo, le echaron encima todas las flores que el furgón había trasladado hasta allí y continuaron durante un rato echando tierra. Finalmente aparentaron acabar, recibieron su propina de manos de Evaristo y se retiraron.

Fue entonces cuando se dio paso al último acto del ritual. Viky, los niños, su hermano y su cuñado se alinearon junto a la tumba y una larga procesión de supuestamente apenados conocidos empezó a desfilar por delante de ellos dando a cada uno un abrazo, un beso o un apretón de manos, mientras sus labios murmuraban estereotipadas frases comunes de pésame y condolencia. Fue así como, poco a poco, se fue deshaciendo el nutridísimo grupo que había acompañado a José Sotillos hasta su última morada, como se deshacen, más elegantes o modestos, tantos cortejos fúnebres.

Cuando la procesión de dolientes amigos terminó ante Viky, vio que quedaban junto a ella muy pocas personas. Estaba muy afectada, pues con independencia de lo que Pepe significara en los últimos meses para ella, la escena por la que acaba de pasar era capaz de romper los nervios de cualquiera. Estaban a punto de despedirse los últimos rezagados y de organizar el retorno cuando Rojas se acercó a

Evaristo.

—Todo ha terminado.

—Sí, todo.

—Señor, ¿tendría inconveniente en acompañarme a la delegación?

—Naturalmente que no. ¿Hay que hacer todavía algún trámite?

—En cierto modo; debemos intercambiar con usted algunas informaciones.

—Si usted gusta, podría pasarme por allí más tarde. Se le ve cansado y, seguramente, preferirá comer, echar una pequeña siesta y recibirme a última hora de la tarde. A mí me vendría mejor, pues podría acompañar a la viuda, a los muchachos y a estos familiares a su casa, ver si todos quedan bien atendidos e ir a su entrevista sin dejar ninguna obligación pendiente.

—Lo lamento, pero necesitamos platicar con usted cuanto antes. Preferiría irme a descansar sin haber dejado nada pendiente.

El oficial no podía mostrarse más cortés y educado, pero, al mismo tiempo, su decisión de hacerse acompañar por Evaristo era firme, tanto que este se encogió de hombros aceptando la invitación.

—Dejé mi coche en un estacionamiento próximo a la funeraria, me trajo hasta aquí una de las limusinas. Supongo que no tendrá inconveniente en llevarme en su patrulla.

—En absoluto, era la oferta que iba a hacerle.

—Permítame, pues, que me despida de estas personas y le acompaño.

Evaristo tardó muy poco tiempo en acompañar al reducido grupo familiar hasta los automóviles, despedirse y excusarse de no ir con ellos por tener pendientes aún unos asuntos que reclamaban, al decir del capitán Rojas, su atención. Recomendó descanso para reponerse de las últimas noches pasadas en vela y prometió acercarse por el domicilio de Viky para cerciorarse de que todo estaba en orden.

Finalmente, se reunió con Rojas, que se sentó junto a él en los asientos de atrás de la patrulla. El chófer y ayudante del capitán ocuparon los asientos delanteros. El recorrido lo hicieron en silencio. De vez en cuando, la radio del automóvil lo interrumpía, dando instrucciones apenas comprensibles, pues, por lo visto, mantenían abierta la comunicación con alguna central.

Evaristo estaba cansado. Habían sido muchas horas de tensión sin apenas dormir, yendo de un lado para otro y atendiendo a cientos de personas. Estaba totalmente agotado. En cuanto terminara con Rojas, recogería su carro, pararía por casa de Viky un momento a ver si le habían hecho caso y estaban todos descansando y se iría a su casa. Se daría un baño y sin probar bocado —no tenía hambre, solo sueño— se acostaría. Mañana sería otro día. Se habían truncado muchas cosas con la muerte de Pepe y había que ponerse en marcha para buscarles

solución.

En primer lugar, estaba el Tauro. Viky sabía que Sotillos quería hacerlo, por lo que no habría inconveniente en seguir adelante, era socia de la constructora y allí Pepe solo hacía falta para poner el dinero, que iba a venir de la venta de la conservera y también era un asunto en marcha. Viky desconocía muchos detalles que ahora él tendría que hacerle saber, pero lo crucial, la necesidad de construir el Tauro, lo tenía muy claro; era una entusiasta de él y hasta le había estado telefoneando a cada paso que daba para enterarse de sus progresos y felicitarle por ellos.

Luego estaba su asunto amoroso. Ahora no había ningún tipo de barreras que los separaran, es más, seguramente su viudedad les acercaría todavía más, pues tendría que apoyarse en él —como ya había hecho en las últimas horas— para ayudarle a organizar todos los asuntos dejados en el aire por Pepe. Era una mujer inteligente, pero nunca o muy pocas veces había participado en asuntos financieros y hasta el más experto ante una situación como la que se le presentaba a ella necesitaría un consejero. Él no era bueno en la materia, pero, indudablemente, le sería una valiosa ayuda.

Sería inevitable. Sola, desprotegida y cada vez más acompañada y ayudada por Evaristo, tendría que aceptar casarse con él, con toda seguridad. Ya existía una relación entre ellos, una intimidad que le había hecho plantearse al menos la alternativa del divorcio; ahora, ni siquiera era necesario dar tan desagradable y problemático paso. Tendría que pasar un tiempo prudencial para no dar lugar a chismes ni habladurías, para que se hicieran a la idea los niños y los parientes próximos; para arrancarle a Viky los últimos residuos de respeto a Pepe o de temor al qué dirán.

Se sentía íntimamente satisfecho. Iba a culminar todas sus aspiraciones en los próximos meses. En menos de dos años, el Tauro estaría construido, vendido y cobrado, y él habría ganado lo suficiente como para ser rico sin trabajar nunca más. Además, para entonces, estaría casado con una mujer bella y rica, dándole doble seguridad a su situación económica y una estabilidad emocional de la que había carecido toda su vida. Era una carambola increíble, que ni habiéndola programado tras concienzudas horas de análisis hubiera podido resultar más satisfactoria.

No podía sentir lástima por Pepe. Había vivido y disfrutado ya lo suficiente. Esa vida que él adivinaba como alcanzable en pocos meses había sido real y tangible para su amigo durante, al menos, quince años. La había saboreado hasta las raíces, consciente o no y ahora la rueda de la fortuna le señalaba a él como su próximo beneficiario. En el fondo, siempre le había tenido algo de envidia y en su fuero interno le reprochaba el que todo le saliera bien. Se aprovechaba de las

mujeres, de sus socios; de sus empleados. Tan solo él había estado al margen de sus manejos y ¿quién sabe si de haber convivido como socios en el Tauro no le hubiera gastado también alguna mala pasada?

Evaristo pensó que no era propio salir de un funeral tan satisfecho. Si Rojas se daba cuenta, podría crearle una situación embarazosa. Se concentró pues para aparentar un silencioso dolor más acorde con las circunstancias, mudó su semblante, su gesto y su compostura para hacerlas propias de la situación. Miró de reojo a su compañero de asiento, pero comprobó que estaba absorto en sus meditaciones y no reparaba en él.

Sotillos había sido un ave de rapiña. Él siempre lo había comparado con el gavilán. Poseía una vista penetrante para descubrir cualquier oportunidad a su favor... gran fuerza en las garras, de las que no dejaba escapar cuanto cayera en ellas... un graznido agudo y áspero como corresponde al seco acento español, cuando se habla en México donde los tonos son dulces y cantarines... su plumaje gris azulado por encima, alusión directa a sus colores favoritos en el vestir y, por lo regular, no se alimenta de carroña. Eso era lo más triste, por lo común, sus víctimas serán gente decente: Lourdes, Núñez... Hay otra clase de individuos que perjudican a los que son como ellos, ventajistas y malvados, pero Pepe parecía recrearse en devorar buenas gentes.

Finalmente, la patrulla llegó a la delegación. Descendieron las cuatro personas a la vez y se encaminaron hacia las oficinas. Evaristo fue conducido al despacho de Rojas y tomó asiento frente a él.

—Muy bien, capitán, ¿en qué puedo servirle?

—Ahorraríamos todos tiempo si hiciera voluntariamente su confesión.

—¿De qué me habla?

—Del asesinato de Sotillos, por supuesto.

—No le entiendo.

—Me entiende perfectamente. Usted lo mató.

Evaristo se sobresaltó visiblemente sorprendido.

—¡Pero bueno! Esto no tiene ni pies ni cabeza.

—Mire, tenemos evidencias. Sabemos cuándo, cómo, con qué y quién. El quién es usted. No sabemos el por qué, pero lo averiguaremos y algún detalle más. Hay pruebas, ¿me entiende? Le hemos traído aquí para que haga su confesión y la firme. Esto puede ser tan largo y desagradable como su obstinación exija o tan breve y simple como usted guste. Pero desengáñese si piensa que va a salir de aquí a otro sitio que no sea al reclusorio.

...

Ojeroso, cansado, pero por fin tranquilo, Armando permanecía todavía en la delegación. Llevaba allí desde el día anterior y tampoco él había

dormido. No le habían tratado ni con la amabilidad ni con la cortesía con que Rojas se dirigía a Evaristo. Desde el momento en que le detuvieron había sufrido empujones, manotazos y algún que otro golpe que le tenían amoratadas varias partes del cuerpo. Tampoco el vocabulario con que le interrogaron hubiera tenido cabida en un aula académica. Su declaración estaba ya mecanografiada y solo faltaba su firma, pero sin saber por qué, lo retenían todavía. Confiaba en que, de un momento a otro saldría libre, pero todavía no terminaba de creérselo.

La Policía lo había estado buscando desde que Conchita terminó de hacer su declaración, pero no lo habían localizado hasta el sábado por la mañana por culpa de un descuido suyo, pues la verdad es que él pensaba que terminarían por buscarlo y había decidido no dejarse ver demasiado. Se le ocurrió ir a su casa de madrugada por algunas cosas y allí lo detuvieron.

De quien primero había sospechado Rojas era de Armando. Llegaba Sotillos con Conchita, indudablemente venían de acostarse juntos, el novio los ve, se siente traicionado y se venga del intruso. Un crimen pasional, por celos, como hay tantos. Sin embargo, Armando no aceptó el papel de asesino y prefirió el de testigo. Tenía una historia que contar y valía la pena comprobarlo.

Para Armando, aquello había resultado un infierno y, por ello, era mejor contarlo todo, era su única probabilidad de salir de aquel lío, aunque quedase en ridículo. No hubiera querido que se supiera que su novia se la pegaba con otro, pero puestos a elegir entre ese pequeño descrédito y continuar con aquel interrogatorio, no había duda. El jueves, él espiaba en la calle a Conchita su llegada. Sabía que su amante la dejaría allí entre diez y once de la noche como todos los jueves. Quería hablar con ella. Estaba harto. Había fracasado su intento de separarla del jefe. Había probado todo, incluso hacerlo a través de la esposa de aquel.

Meses atrás, había estado desarrollando una auténtica operación de acoso telefónico. Consiguió de su hermana que hablara a la mujer del jefe de Conchita y le contara lo que hacía su marido con ella. Fue maniobra laboriosa pues desde localizar el número telefónico hasta convencer a su cómplice, le llevó un esfuerzo que siempre consideró le llevaría a obtener el éxito.

Pero, a pesar de la insistencia y de la violencia de las llamadas, no consiguió que fuera abandonada y que aquella relación terminara. La señora que por teléfono parecía tan nerviosa y asustada, no debía tener sangre en las venas o valor para enfrentarse al marido. Él hubiera querido darle un buen escarmiento cuando Conchita, rechazada por su amante tras las presiones domésticas, hubiera vuelto con él como un corderito. Él también la habría rechazado, pero tras

humillarla, como se merecía. Como no habían funcionado sus intentos de separarla de su amante, había ido él allí aquella noche. Quería hablarle, estaba harto.

Iba a dejarla plantada de todos modos, pero se merecía unas cuantas palabras y una buena paliza. Que se enterase su familia, su calle y toda la vecindad de la clase de puta que estaba hecha. Quería dejar resueltos de una vez sus problemas con esa mujer. Estaba esperando cobijado en el quicio de la puerta en la banqueta de enfrente a la de la casa de Conchita algo más adelante. Había llovido en la tarde y hacía fresco. Tampoco quería que lo vieran antes de hora, aunque no era probable, pues la calle estaba muy oscura. Iría a hablar con ella cuando el coche que la traía se hubiera alejado. Llamaría al portal y tendría que abrirle y escucharle.

El Grand Marquis de Sotillos se aproximó a su punto de observación. Se detuvo un momento sin parar el motor y la puerta delantera contigua a la del conductor se abrió dejando ver a Conchita que salía del automóvil. La muchacha abrió su bolso, sacó una llave, la puso en la cerradura y entró. Conforme cerraba, el automóvil se puso en marcha.

Se detuvo en la esquina para saltar con cuidado un tope, fue entonces cuando el otro automóvil que se había estado acercando mucho más rápidamente para rebasarle se le emparejó. Sonaron tres disparos y, mientras el Grand Marquis se estrellaba despacio contra la pared, el otro carro, un Córdoba blanco y negro, aceleraba y desaparecía.

Armando miró a derecha e izquierda. La calle seguía vacía, nadie había visto a los vehículos ni a él. Optó por desaparecer del lugar lo más aprisa que pudo. Durmió aquella noche en casa de una amiga con la que salía de vez en cuando y decidió trasladarse a vivir allí por algunos días. De madrugada, pasó un momento por su casa para recoger lo más imprescindible, pero los policías ya estaban allí esperándole y lo detuvieron.

La historia de Armando no era muy verosímil, pero a Rojas le llamaron la atención dos detalles: reconocía haber estado en el lugar y en el momento del crimen, a pesar de que, efectivamente, no había sido visto por nadie y mencionaba el modelo y color del presunto vehículo asesino.

Si la luz era poca, podía confundir los tonos o incluso el modelo, pero la verdad era que el Córdoba era un coche prácticamente inconfundible. Amplio, lujoso, supuestamente deportivo según el extraño concepto que los americanos tienen del coche deportivo tan poco semejante al europeo. Era un coche de antes de la crisis y que tras ella se había dejado de fabricar por su alto consumo y por la cantidad de piezas de importación que requería. Era un modelo del

que circulaban pocos vehículos, no tan pocos como para poder identificar a sus propietarios, pero sí para que pudieran llamar la atención de un testigo.

No se perdía mucho con verificar en lo posible la declaración del joven, aunque, por supuesto, era demasiado vaga como para aceptarla por buena y ni por un momento pensaron en dejarlo marchar con tan poca cosa para exonerarse. A Rojas le bullía además otra cosa en la cabeza: había visto recientemente un Córdoba blanco y negro entre los carros de personas próximas a Sotillos. Lo manejaba el hombre que se había estado ocupando de todos los trámites, un familiar o un amigo íntimo... un tal Evaristo. Tras informarse de su domicilio, Rojas había ido a su apartamento de la calle Rubén Darío. Había hablado con el portero mucho rato. Recibió una información amplia del sujeto que andaba buscando. Sus negocios, sus costumbres, algo de su vida... por supuesto, lo que más llamó su atención fue la visitante que tenía.

La mujer que describió el portero o tenía un parecido físico extraordinario con la viuda de Sotillos o era ella misma. La frecuencia y duración de las visitas y el hecho de que nunca hubiera nadie más en el apartamento de Evaristo o acompañando a la mujer al llegar, hacían sospechar seriamente que eran citas amorosas. Por último, Rojas hizo que el portero le enseñara el apartamento. No necesitó mostrar ninguna orden de cateo; la sola presencia de los ayudantes que acompañaban al capitán, eran suficientes para intimidar a cualquiera y satisfacer un deseo casi antes de expresarlo.

Registró minuciosamente el apartamento y halló algo que le servía. No había ninguna pistola, pero en un cajón del armario de la recámara, en un rincón, entre la ropa interior, había una cajita de balas, del mismo tipo de las usadas para asesinar a Sotillos. Finalmente, salió pensativo del edificio. No tenía el caso totalmente resuelto, pero sí los elementos para resolverlo. Con algo de presión, Evaristo terminaría por confesar y, si no, estaba dispuesto a hacer que Armando lo reconociera como conductor del vehículo del que habían salido los disparos que mataron a José Sotillos.

...

Evaristo estaba perplejo y, sobre todo, muy asustado. Aquello había tomado un cauce insospechado, nunca hubiera pensado que se vería en una situación tan comprometida. Era increíble que se le pudiera acusar a él, un ciudadano corriente, acomodado, sin ningún problema con la ley en su larga historia, que no se emborrachaba y que nunca había probado una droga, que no hacía escándalos ni en su casa ni en ningún otro lugar, que se relacionaba con gente decente como él, de un turbio asesinato cometido en un callejón oscuro de una barriada modesta al otro lado de la ciudad. Por mucho que conociera a la víctima, su mejor amigo.

Recordó cómo conoció a Pepe. Él era ya un comerciante acomodado; había sufrido y superado su etapa de lucha y no tenía más ambición que mantener lo ya conseguido, vivía tranquilo y satisfecho. Aquel día había ido a comer al Centro Asturiano. Su paella, no recordaba a estas alturas si los lunes o los jueves, era famosa y él soltero, sin cocinera ni sirvienta, se daba de vez en cuando el capricho de ir a algún restaurante de paisanos a saborear la gastronomía española.

Él era mexicano de nacimiento y crianza, de hecho, solo había estado en España en dos viajes ocasionales, ya adulto, pero la ascendencia paterna y de los abuelos maternos le hacían sentirse español, como un miembro más de la colonia. Es ese sentimiento generalizado en las colonias de inmigrantes hacia Latinoamérica que los empuja a sentirse ciudadanos de su país de origen hasta la segunda y tercera generación, contrariamente a lo que les ocurre a los inmigrantes de los Estados Unidos de América que, aunque radicalizaban sus costumbres de origen, adoptan ya en la primera generación el sentimiento nacionalista del país que les acoge. Quizá, en el fondo, todo sea un problema de presunción; a los latinos les encanta y consideran superior lo que no es suyo, aunque aparenten menosprecio hacia ello.

El amplio comedor del primer piso del Centro Asturiano, en la colonia Roma, estaba atestado de gente. El bullicio era grande, la gente hablaba en tonos altos, las vajillas hacían estrépito al chocar unas piezas con otras, los meseros se movían con rapidez cargados con sus bandejas, sorteando las mesas. Había humo en el ambiente, consecuencia de lo mucho que se fumaba y había la sensación de reducto patrio lanzado en avanzadilla, a la deriva, en otro continente.

Evaristo estaba a punto de acabar su comida cuando a la recién desalojada mesa vecina llegaron cuatro personas. Una de ellas un viejo conocido, paisano, se le acercó a saludarle y le presentó a sus acompañantes. Uno de ellos era Sotillos. Llevaba poco tiempo viviendo en el país y conocía a los demás a través de las amistades de Viky. También la paella y la nostalgia habían motivado su cita allí. Resultó que conocía de lejos a los otros dos miembros del grupo y, como no tenía prisa, acabaron tomando el café los cinco en la misma mesa, hablando de cosas sin importancia.

Quiso la casualidad que el sábado siguiente se encontraran en el Club Mundet. Justo cuando Evaristo y su contrincante terminaban su hora de tenis, Sotillos y otro individuo entraban a ocupar la misma pista. Cruzaron cuatro frases y aún jugaron un *set* de dobles. A partir de allí y durante una buena temporada coincidieron todos los sábados en la mañana a jugar. Era bueno ser más porque podían jugar más rato y porque si alguno faltaba por cualquier causa una semana, no se

quedaba nadie sin jugar por falta de compañero. De esa relación nació la amistad. Pronto descubrió Sotillos que Evaristo, como soltero, empedernido, tenía un buen directorio de muchachas disponibles y complacientes y se aplicó en agasajarle, ganarse su confianza y amistad, hacer que su compañía le resultase agradable y participar conjuntamente en una estimulante actividad nocturna.

Así pues, habían sido compañeros de parranda. Luego, al conocer más gente, al aclimatarse al país, poco a poco habían dejado de participar conjuntamente en sus francachelas, pues Pepe se hizo pronto con su propia agenda y dejó de precisar de la ayuda, las recomendaciones y las citas de Evaristo, pero esa independencia no enfrió la confianza y la intimidad anterior y siguieron manteniendo una muy buena amistad.

De la muerte de aquel amigo era de lo que se le acusaba ahora. Era cierto que nunca lo había querido. Muy probablemente, su amistad recíproca estaba desprovista del aprecio mutuo que le debe ir unido. Desconocía los sentimientos de Pepe hacia él, pero, en cambio, sí que había analizado con frecuencia, sobre todo en los últimos meses, desde que se inició su relación con Viky, el tipo de sentimientos que le despertaba su amigo. Al principio, había sido la simple concurrencia con el compañero de juego sin relación afectiva alguna, ni siquiera curiosidad e interés hacia la otra persona.

Luego llegó la época de su estrecha convivencia saliendo juntos con otras mujeres a cenar, a bailar y a la cama. Habían debido intimar a fuerzas y en Sotillos encontró al compañero espléndido con el dinero a la hora de invitar, ingenioso en la conversación y alegre y desenfadado en las reuniones. Era una parcela de su personalidad oculta, tal vez incluso, falsa, que utilizaba para hacerse atractivo y deseable. Con el tiempo, llegó a conocerlo mejor y lo que supo de él, le hizo envidiarle, aunque sin poder evitar una cierta repulsión hacia su conducta.

Lo veía seguro de sí mismo, inteligente y muy tenaz, exitoso y, al mismo tiempo, rodeado de cosas buenas y placenteras que no le había costado conseguir. Sus viajes y su trato con tanta gente le habían dado un estilo muy mundano y cosmopolita que él, que había pasado su vida en la Merced, nunca conseguiría imitar. Pero era peligroso con sus enemigos y con sus víctimas casi tan rencoroso como él mismo, no vacilaba en ponerse en marcha para aplastar a quien consideraba necesario y una vez en movimiento, no conocía la piedad ni la misericordia.

En cierto modo, lo detestaba, aunque sentía que ejercía un influjo sobre él del que no se podía evadir. ¿Lo abominaba tanto como para matarlo? Por supuesto que no y menos ahora en que había llegado por fin la hora de poderse servir de él, de utilizarlo para sacar adelante el

proyecto Tauro, de que por una vez, en lugar de ser Sotillos el que se sirviese de los demás, Evaristo, el más torpe, sin preparación ni estudios, sin más mundo que las manzanas donde estaban sus mueblerías, lo utilizara, empleara sus conocimientos sociales para que el delegado diese un permiso para construir oficinas en una zona reservada para viviendas unifamiliares, empleara su habilidad comercial para vender antes de terminar lo construido, empleara su dinero en financiar todo aquello y encima, además, beneficiándose a su mujer.

Era una cruel ironía del destino; el débil y torpe sometiendo y humillando al rico, listo y fuerte, sin que este lo sospechara. No había sido algo programado, pero así había estado a punto de suceder, cuando más seguro está uno de sí mismo, más fácil es sorprenderle. La clave de todo aquel asunto era el Tauro.

En la vida de todo hombre hay un punto de inflexión, un momento en que se decide algo que puede transformar por completo su vida, para bien o para mal, en uno y otro sentido. Es la oportunidad que llama una vez a la puerta y se es libre de aceptarla o no, pero dependiendo de cuál sea la respuesta, todo es distinto desde entonces.

Para Evaristo, ese punto de inflexión había sido el Tauro. Si no se hubiese entusiasmado cuando Sotillos le esbozó el plan, si hubiese hecho oídos sordos, permaneciendo indiferente, sin afectarse por ello, sin perder ni ganar nada que no tuviera ya... Pero vio la posibilidad de dar el gran salto adelante y quiso aferrarse a ella, sujetó la pértiga con ambas manos con fuerza y tomó impulso, vendiendo, hipotecando, comprometiendo lo suyo y lo ajeno y saltó sobre el abismo esperando tocar con el pie el otro lado del precipicio, en la tierra prometida de la abundancia, el prestigio, el poder. Quizá algo no había ido bien; quizá la pértiga no era suficientemente larga o el impulso lo bastante fuerte, quizá calculó mal el punto de apoyo o este no era firme y resbaló, quizá el corte sobre el terreno era más ancho, quizá sopló el viento en contra y le restó fuerzas... Algo había ocurrido, algo estaba sucediendo. Sabía que ya nunca sus pies tocarían el otro lado, se sentía caer hacia el abismo inexorablemente. «¡Maldito Tauro! ¡Maldito Pepe!».

El jueves había salido del despacho de Sotillos muy inquieto. Aunque toda la segunda parte de su conversación había sido relajante, no podía olvidar aquel inicio tan lleno de presagios. No era un hombre dotado de una memoria privilegiada pero había frases que aún le retumbaban los oídos: «Mira, Evaristo, no sé cómo decirte esto porque es muy grave, pero sería muchísimo peor si no ponemos remedio cuanto antes, el negocio no se va a poder hacer, hay que cancelar todo de inmediato...». „Me han avisado hace un par de horas de que ha surgido un contratiempo en la delegación, me han dicho que pare de

inmediato todo...». Luego habían sido los paños calientes, las frases de consuelo, el denodado esfuerzo por hacer olvidar todo, por darle otro sentido, por tranquilizarlo en suma.

Evidentemente, su amigo había cometido un error, no quería haber dicho aquella frase, pero se le había escapado. ¿Dónde había estado su equivocación al exagerar un contratiempo o al manifestarlo sin disimulos? Sotillos era falso e hipócrita con todo el mundo, muy posiblemente lo estaba siendo con él en aquel momento. Quizá había tenido un arranque inicial de sinceridad y, al darse cuenta de que le perjudicaba, se había vuelto atrás.

Evaristo no estaba dispuesto a pasar quince o veinte días como su amigo insinuara lleno de dudas y zozobras. Comprendió que aquello era demasiado serio para él como para no esclarecerlo cuanto antes, pese a que era evidente que Pepe no le iba a dar ni una pista más que lo pusiese sobre el terreno adecuado, así pues, tomó una resolución y se encaminó a la delegación a la que correspondía el terreno que había adquirido, cuyo titular era el amigo de Pepe, el que después de haber prometido su ayuda, al parecer, se había vuelto atrás.

Aunque el tránsito era denso, tardó poco en llegar. A pesar de lo improbable de que el funcionario estuviese en su oficina a estas horas, le confirmaron que se encontraba despachando y aún sin cita previa fue recibido sin más contratiempo que casi dos horas de antesala. Evaristo iba muy alterado, pero comprendió que debía ser cauto y escuchar antes de hacerse oír.

—Sr. delegado, disculpe que al solicitar la entrevista haya dado como referencia el nombre de nuestro común amigo José Sotillos, pero dado que usted no me conocía me ha parecido lo más conveniente para hacer más fácil mi presentación.

—Naturalmente que no lo conocía en persona, pero Pepe me ha hablado de usted, ¿cómo está nuestro amigo?

—Bien, muy bien, acabo de separarme de él.

—Le da saludos de mi parte la próxima vez que le vea, ¿cómo van sus asuntos?

—Precisamente por eso venía a visitarle.

—Magnífico, ¿ya han comprado el terreno?

—Sí, ayer concretamente firmé toda la documentación.

—Y los proyectos, ¿los tienen ya preparados?

—Naturalmente. Está todo listo para empezar la obra en cuanto ustedes nos den el visto bueno. Espero que no haya problemas de última hora.

Evaristo tanteaba el terreno sin perder tiempo, alentado por la amabilidad con que era tratado.

—Por supuesto que no, precisamente la semana pasada estuve platicando con Sotillos y le aseguré que podíamos echar a andar esto

en cuanto tuviesen todo preparado.

Evaristo estaba sorprendido, pero en su fuero interno sabía que Pepe le había mentido, aunque desconocía en qué y el por qué.

—Sí, ya me lo comunicó y por eso quería preguntarle cuándo le parece oportuno que le traiga toda la documentación que necesitan.

—Ha sido usted muy amable al tomarse esa molestia, pero ya le dije a Pepe que en cuanto la tuvieran la trajeran. Sé que ustedes tienen prisa y no es mi intención detenerlos, sino, por el contrario, ayudarles... ¿por qué no se vienen por aquí el lunes con todos los papeles y les echamos un vistazo?

A partir de ese punto, la cabeza empezó a dar vueltas a Evaristo. Pepe, por la razón que fuera, no iba a seguir adelante. Le había hecho meterse hasta el cuello en aquel asunto a pesar de saber que, para ello, tenía que recurrir hasta a lo que no tenía, le había lanzado y cuando ya no era posible dar marcha atrás, le dejaría colgado.

¿Qué pretendería? ¿Hacerle como a Núñez y comprarle su parte por una miseria cuando se sintiera desesperado? Por mucho permiso de la delegación que tuviera, sin el dinero de Pepe no había obra y él se lo retendría hasta que estuviese ahogado, asfixiado. Si vendía el terreno, lo tendría que hacer por mucho menos de lo que había pagado y, además, el costo del proyecto, lo pagado a los arquitectos, lo perdería por completo. Sotillos quería arruinarle como estaba haciendo con Núñez, desde luego para conseguir un lucro importante y también, quizá, para burlarse de él o vengarse... quizá sabía lo suyo con Viky.

Evaristo estaba frenético; nunca en su vida había odiado tanto, nunca como entonces había oído una voz interior que le decía: «Mátalo, haz justicia, es un canalla, una víbora, destruye lo que toca, ¡hazlo pedazos!». Anduvo media tarde dando tumbos, buscando una explicación, pero cada vez veía más claro en qué trampa había caído, cada vez comprendía mejor la clase de canalla que era Sotillos. Si había hundido a tantos, ¿por qué él iba a ser una excepción? ¡Qué ingenuo había sido de no sospechar! ¿Cómo lo permitió? ¿Cómo consintió poner su dinero por delante sin esperar el de su socio? ¿Acaso no conocía su forma de actuar?

Se sintió humillado, burlado, escarnecido. Se sintió arruinado, desvalijado, robado. Un hombre solamente podía responder a esa canallada de una manera. Por eso fue a su casa por la pistola, por eso estuvo emboscado en la calle en que vivía Conchita que él también conocía, por eso cuando apareció, le dio alcance y lo ejecutó. Era lo único que podía hacer; era lo justo.

Después, salió huyendo lo más rápido que pudo hacia su casa, paró un momento junto a una alcantarilla y, tras limpiar muy bien su pistola para no dejar huellas, la tiró, comprobó varias veces que no le seguían y, en cuanto llegó a su casa, se dejó caer en un sofá, asustado,

pero satisfecho. Decidió convencer a su cuerpo y a su espíritu de que aquello no había ocurrido, tenía que aprender a olvidar aquella tarde como si hubiese sido un sueño incómodo, una pesadilla. Nadie lo había visto, nadie podía relacionarle con aquello. Todo tenía solución de nuevo. Viky viuda seguiría adelante con el Tauro... y con él.

...

Rojas tardó toda la noche en conseguir ablandar a Evaristo, pero en la madrugada del lunes tenía su confesión. Era un profesional experto y nunca había dudado de que así ocurriría. Solo entonces dejó salir a Armando a la calle. Había sido necesario retenerlo por si tenía que utilizarlo, aunque también acertó cuando supuso que no haría falta.

LUNES 25

A primera hora de la mañana, Miguel Núñez se decidió a hacer una llamada telefónica a Viky. La había visitado el viernes en la tarde, había estado presente en el velatorio un rato por la mañana y otro por la tarde del sábado y había asistido al entierro el domingo. Sin embargo, en aquellas ocasiones, las pocas palabras que había intercambiado con ella habían sido tan solo de pésame y condolencia.

Ahora debía hablar de negocios con ella, saber cuanto antes a qué atenerse con respecto a la venta de la conservera, a la ejecución del pagaré y a su propio futuro; si tendría que afrontar una lucha, y en tal caso en qué términos estaría planteada, o si por el contrario, iba a ser posible un arreglo amistoso.

—Por favor, con la señora viuda de Sotillos.

—Sí, ¿qué desea?

—Buenos días, señora, soy Miguel Núñez, el gerente y socio de su difunto esposo en la conservera.

—¡Ah, sí! Sr. Núñez, le agradezco mucho su compañía estos días pasados en unos momentos tan amargos.

—Muy amable. Perdone que la moleste con tanta precipitación para hablar de asuntos económicos. Comprendo que quizá usted no esté en condiciones de tratar todavía determinados temas, pero, desgraciadamente, hay cosas que no pueden esperar...

—Sí, comprendo. La vida sigue, ¿verdad?

—Efectivamente.

—¿Cuánta urgencia tiene usted?

—Mire ,señora, la verdad es que mucha. No sé si usted estaba al corriente de algunas ideas que tenía su esposo con respecto a la conservera...

—Pues, en este momento, no mucha. Voy a estar con mi abogado y

con mi hermano revisando todos los documentos que mi marido tenía bajo custodia relativos a sus negocios, pero todavía no hemos examinado nada.

—Comprendo, señora, ¿tendrá inconveniente en recibirme esta tarde para cambiar impresiones?

—Es un poco pronto... pero quizá sí. Estos señores se quedarán a comer conmigo. No creo que para entonces esté acabada nuestra tarea, pero podría acompañarnos a tomar el café, así, descansamos un rato de tanto analizar papeles y continuamos nuestro trabajo más tarde.

—Perfecto, señora. ¿A qué hora le parece bien que pase por su casa?

—Las cuatro y media es buena hora.

—Muchas gracias. Hasta entonces.

—Adiós, Sr. Núñez.

De modo que la viuda de Sotillos, aparentemente, no conocía mucho de la venta de la conservera y, seguramente, nada de la presión a que le estaba sometiendo su marido, pensó que sería formidable si conseguía dejar sentadas las bases para cualquier negociación que debiera hacerse con un posible comprador y quedar de acuerdo sobre la forma de operar en el futuro.

...

El consejo de administración se reunió a las once y media de la mañana en su lugar habitual, esto es, la sala de juntasdespacho del director, en las oficinas de la calle Horacio. Nueve debían haber sido los asistentes, pero la defunción de Sotillos los reducía a ocho, pues su ausencia no había sido cubierta con un consejero suplente. Cada tres miembros representaban a uno de los grupos del accionariado, presidiendo Domínguez y Reyes los suyos. Pérez, ausente en España, hacía años que había renunciado a su puesto en el consejo y hasta aquella ocasión había sido representado por su difunto yerno.

—Señores —comenzó diciendo Reyes—, como todos saben, hemos reunido hoy el consejo de administración con carácter extraordinario ante el trágico acontecimiento del pasado jueves en el que falleció nuestro presidente y director general, D. José Sotillos, por el que pido guardemos un minuto de silencio.

Los ocho hombres se pusieron en pie y permanecieron respetuosamente sin hacer ruido hasta que Reyes volvió a tomar la palabra.

—Muchas gracias. Pues bien —continuó— en mi calidad de vicepresidente tengo la desagradable obligación de presidir este consejo y es obvio que el punto principal que debemos debatir hoy es el nombramiento de la persona o personas que ocupen los puestos tan trágicamente dejados vacantes. —Miró inquisitivamente a los

asistentes y comprobó que no había objeciones, por lo cual continuó hablando pausadamente—. Antes de otra consideración, permítanme sugerirles que quizá fuese conveniente para la buena marcha de las sociedades que representamos el que hubiera un pequeño cambio en cuanto a distribución de cargos.

»Me explicaré. No creo que sea conveniente que ambos cargos recaigan en la misma persona; la experiencia, sobre todo en los últimos tiempos, nos ha mostrado que esa acumulación de poder puede degenerar en actitudes arbitrarias.

Muñoz se movió intranquilo en su asiento. No entendía, ni le gustaba el juego que parecía querer llevar adelante su tío. Este continuó sin que nadie le interrumpiera.

—Por ello tengo que ponerles una segregación de responsabilidades que garantizarán una mayor ecuanimidad en la toma de decisiones, si bien, no por ello pretendo minar la autoridad indispensable del próximo director para resolver, según su mejor criterio dentro de las políticas marcadas por el consejo, los problemas que el acontecer diario le presente.

No era ese el lenguaje que había aprendido en la Merced, en su época de juventud y miró uno a uno otra vez, satisfecho, a los presentes. Le había costado mucho esfuerzo aprender aquellos párrafos que le habían preparado para aquel momento.

—Dado que durante muchos años estos puestos han sido detentados por el difunto Sr. Sotillos, miembro del grupo de accionistas de nuestro querido amigo hoy ausente Sr. Pérez, considero que sería buena una rotación en las compañías y que, por ello, lo más conveniente sería designar al Sr. Domínguez como presidente de nuestro consejo.

»Así mismo —continuó—, estimo y propongo como la persona más capacitada disponible para ocupar la dirección general a mi sobrino, el Sr. Muñoz. Él lleva trabajando más años que ninguno de nuestros ejecutivos en la empresa y la importancia de las responsabilidades que ha tenido hasta la fecha, y su quehacer siempre efectivo y leal, son la más firme garantía del éxito en su gestión.

»Por último, el cargo de vicepresidente estimo que debería otorgarse a la persona que designe nuestro querido socio el Sr. Pérez para ocupar la vacante en el consejo dejada por su yerno; es un punto que deberá consultársele. Mi propuesta sería en los términos expuestos para que, en caso de ser aprobada por ustedes, se oficializase en una asamblea de accionista y, por supuesto, dado que no podemos estar sin director, el Sr. Muñoz tomaría el cargo inmediatamente, aunque fuese con carácter provisional, hasta ser confirmado en la mencionada asamblea.

—¿Es necesaria la asamblea? —preguntó uno de los asistentes.

—Hay que dar un nombramiento para cubrir el consejero faltante del grupo del Sr. Pérez, dar nuevos poderes, nombrar nuevos cargos del consejo... Podemos simular una asamblea universal o totalitaria, dado que tenemos la representación del cien por cien del capital, pero en cualquier caso tendremos que asentar los acuerdos en acta. Podemos manejarnos desde ahora mismo según lo que acordemos a efectos prácticos, pero será necesario protocolizarlo en forma de acta de asamblea, tal como lo prevean nuestros estatutos.

—Señores —tomó la palabra el Sr. Domínguez—, agradezco la generosa propuesta que hace el Sr. Reyes en el sentido de que sea elegido como presidente. Me han parecido acertadas sus reflexiones sobre la conveniencia de una separación de funciones y responsabilidades y sobre la rotación en los cargos directivos. Pero dado que se está analizando la posibilidad de que el Sr. Muñoz ocupe el puesto de director general y que no es un hecho desconocido el que en la semana pasada hubo un serio incidente entre él y el Sr. Sotillos a resultas del cual fue separado de nuestro cuadro directivo y despedido, creo que sería imprescindible que nos diese su informe sobre los hechos y nos interiorizara sobre el problema en que ambos caballeros se vieron envueltos.

Todas las miradas descansaron en Muñoz. Venía preparado para hablar de aquel suceso y comenzó su parlamento muy tranquilo y seguro de sí mismo.

—Señores, efectivamente, el pasado lunes ocurrió un incidente gravísimo entre el anterior director y yo mismo. El respeto que me merece su trágico final no me permite expresarme con la vehemencia con que lo hubiera hecho en otras circunstancias. Por todos es sabido que el Sr. Sotillos sintió por mí una animadversión, yo diría que visceral, que no le permitía atenerse a razones. Desde la perspectiva de estos pocos días transcurridos puedo suponer que se debía al hecho de que por ser el único ejecutivo que como él era también consejero, le hacía sentir una ligera sombra, una limitación a la autoridad que él deseaba tener y ejercía con carácter absoluto.

»El problema surgió porque las ventas, que como director Comercial quedaban bajo mi responsabilidad, habían caído en las últimas semanas hasta el punto de hacer necesaria la reducción de turnos de trabajo en las plantas.

»En defensa de mi gestión, no solo argumenté la crisis que afecta a la economía nacional y por ende a nuestro sector, sino que me permití hacer responsable al propio director, pues eran sus políticas de precios impuestas con carácter de obligatoriedad sin excepción a mi departamento las que estaba impidiendo el levantamiento de los pedidos suficientes para cubrir nuestro presupuesto.

»Ignoro si tales políticas estaban basadas en un celo excesivo por

hacer redituable la compañía haciéndose ciego y sordo a la realidad o si con fines más torcidos, inconfesables, se pretendía poner en entredicho mi gestión aún a costa del perjuicio que ello causara para todos. No se me dio opción a presentar el informe que tenía elaborado y del que ahora les repartiré una copia a cada uno de ustedes, en el que se mostraba con pruebas documentales a qué precios y en qué condiciones está levantando sus pedidos la competencia, condiciones, todas ellas mucho más favorables para el cliente que las que nuestro anterior director nos tenía autorizado otorgar.

Muñoz calló mientras abría su portafolios y extraía unos dosieres que él mismo se encargó de repartir entre los presentes. Dejó que transcurrieran unos minutos para que todos pudieran ojear y analizar los datos que les mostraba y después de carraspear ligeramente, continuó diciendo:

—Como ven, tienen ante sus ojos un pequeño, pero representativo muestrario del modo de operar de nuestra competencia. Son fotostáticas de cotizaciones, de hojas de pedido e, incluso, de facturas de algunos de los más representativos de nuestros competidores. Podría haber incluido mucha más información, pero no pretendo ahogarlos en papel, sino mostrarles una evidencia. En las últimas páginas del dosier verán, firmadas por el Sr. Sotillos, las instrucciones dadas al departamento, todas ellas en abierto divorcio con las páginas anteriores, con la realidad del mercado.

Hubo un nuevo silencio, finalmente roto por el Sr. Domínguez.

—Entonces, Muñoz, nos decía que no tuvo oportunidad de mostrar este informe al Sr. Sotillos.

—Así es. La conversación se encrespó, no aceptó mis razonamientos y terminó echándome de la empresa.

—Si usted no tuvo ocasión de presentar este informe, lógicamente el Sr. Sotillos no la tuvo de refutárselo.

—Señor —contestó incómodo Muñoz—, este informe es irrefutable, son documentos fehacientes. Guardo los originales en mi poder, puedo mostrárselos...

—No me ha entendido usted bien, no me refiero a que la información sea falsa, sino tendenciosa. Puede ser la verdad, pero quizá no toda la verdad.

—Domínguez —intervino pacificador Reyes—, creo que estos documentos se explican por sí solos.

—No lo sé —contestó—, en nuestro medio no hay precios únicos, existe una banda más o menos amplia en función de la cantidad y frecuencia de los pedidos, seriedad del cliente, tipo de manipulado que nos exija el producto, en fin, ya saben ustedes. Supongamos que estas pruebas que se nos presentan corresponden a clientes que fincan pedidos cuantiosos y frecuentes, pagan de contado o a su estricto

plazo y solicitan productos de muy fácil manipulado; se nos estaría presentando la verdad, pero no toda la verdad. Por eso pregunté si tuvo el Sr. Sotillos oportunidad de refutar este informe.

—Le aseguro —respondió Muñoz— que es una muestra representativa de los distintos proveedores, clientes, pedidos, productos. Es total y absolutamente fiable y contundente.

—Mire ,Muñoz, de sobra sé la rivalidad que existía entre ustedes y si quiere que le sea sincero, le diré que había muchas cosas en Sotillos que no me gustaban, pero que siempre le consideré a usted capaz de hacer cosas peores. —Reyes y Muñoz intentaron articular una protesta, pero fueron interrumpidos enérgicamente por Domínguez—: ¡Déjenme continuar y luego, si quieren, me contradicen! —Todos aceptaron permanecer a la escucha de lo que Domínguez tuviera que decirles. Finalmente, continuó—: Esta mañana he recibido dos sorpresas. Ayer, en el cementerio, se me acercó la secretaria de Sotillos y me dijo que tenía algo que decirme, que si la podía recibir hoy. Vino a verme esta mañana a mi casa y me trajo unos papeles. Me dijo que se veía obligada a renunciar. Que había trabajado estos años muy a gusto con su jefe y que no se acostumbraría a acudir a la misma oficina no estando ya él. Además, las circunstancias de su muerte, le hacían muy desagradable presentarse de nuevo por aquí. Me pidió que la ayudara con su liquidación.

»Luego me dijo que había estado trabajando en un informe que le pidió el Sr. Sotillos, que sabía lo importante que hubiera sido para él presentarlo en el próximo consejo y que me lo entregaba a mí, rogándome lo hiciera por él. Era —me dijo— la justificación del porqué había despedido a Muñoz. Desde el lunes pasado lo tenía guardado Sotillos, no había tenido ocasión de redactar nada, pero las muchas estadísticas, gráficos, etc. estaban allí; ella misma los había sacado de la computadora antes del comité que ellos tuvieron el lunes pasado.

»La muchacha se justificó al proceder así diciendo que era simple lealtad hacia su jefe, no consideraba justo que quien había sido su mayor enemigo terminara ocupando su sillón. Señores, ruego analicen con el mayor detalle estos documentos. —Domínguez repartió a los asistentes los expedientes que una semana antes Conchita había repartido sobre la mesa vacía y luego retirado por instrucciones de su jefe antes del comité de dirección. Allí estaba claro y manifiesto el complot de Muñoz. Si unos vendedores habían podido salir adelante buscando otros segmentos de mercado, otros clientes, otros tipos de pedidos, Muñoz y los suyos, de haber querido hacerlo, habrían podido también.

—¿Qué me dicen, caballeros? —preguntó Domínguez al cabo de un buen rato.

Muñoz sintió por primera vez que quizá no fuera él el próximo director general. Aun suponiendo que su tío no le retirara el apoyo —lo cual con aquellas pruebas era factible—, en la votación estarían tres contra cinco, pues los grupos de Pérez y Domínguez votarían juntos en esta ocasión.

—¿Qué significa esto? —rugió Reyes preguntando a Muñoz.

—No lo sé, es la primera vez que veo estos datos. —«¡Ah, esa puta de Conchita!», pensó—. No sé si son fidedignos o no. No sé si esos agentes operaban con algún privilegio especial...

—Dependían de ti, tú les dabas instrucciones —le atajó su tío.

—Bueno, sí... debería comprobarse esto antes de darle la más mínima credibilidad. Simplemente, no es posible.

—Mire, joven —le replicó Domínguez—, cuando vi estos papeles y comprendí lo que suponían, me llevé un gran disgusto. Pensé en su tío, en la cantidad de horas que sacrificó a esta empresa, en lo que tuvo que luchar para ganar cada peso y en lo que sentiría cuando viera que su sobrino estaba dispuesto a hacerle perder a él y a todos nosotros, los demás socios, cuanto fuese necesario por subir un escalón. Sentí tristeza por él y porque lo estimo y porque he vivido ya mucho como para asombrarme de algo, estuve dispuesto a no dar a conocer, hoy a ustedes, esta información.

»La vida me ha enseñado que, muchas veces, son más útiles las informaciones que se ocultan que las que se airean. Al fin y al cabo, yo no le debo a Sotillos esa fidelidad que parece tenerle su secretaria, así que, ¡al carajo!, guardaba esto y en paz. Ya tendría ocasión de hablar con usted muy claro y hacerle andar bien derecho... Sin embargo, les he empezado diciendo que he tenido hoy dos sorpresas. No estaba preparado para la primera, pero lo asimilé; la segunda, la verdad, se me atragantó.

Hubo un silencio general. Muñoz estaba pálido, Domínguez y Reyes rojos de ira e indignación. Los demás asistían como comparsas, sin atreverse a respirar fuerte, ni a carraspear, tan solo se movían inquietos de vez en cuando en sus asientos y fumaban sin parar; encendían un cigarrillo con la colilla del anterior.

—¿Cuánto odiaba usted a Sotillos? —rompió el silencio Domínguez.

—Yo... nos llevábamos mal, pero no lo odiaba...

—¡Usted lo odiaba más de lo que podía apreciar a la compañía, a su tío y a su propio futuro! ¡Usted estaba dispuesto a hundirnos a todos con tal de que el remolino lo engullera a él también!

—Vamos, ¡suelte ya lo que tenga que decir! —le interrumpió Reyes —. Si es que, como parece, aún hay algo más.

—Sí, señores, sí lo hay —continuó Domínguez—. A punto de salir hacia aquí a reunirme con ustedes, recibí una segunda visita. Casi

llego tarde, pero valió la pena. Vino a visitarme un joven que quizá alguno de ustedes conozca, Luis Luna, el auditor externo, el que figura en nuestras actas de asamblea como comisario. Un joven serio y educado, muy preparado, no como nosotros, que hemos tenido que aprender a hablar con mucho esfuerzo y ya casi ancianos. Un contador público o algo así se llama su profesión. Pues bien, ¿qué creen que me ha dicho? Pues anoten bien, porque no lo voy a repetir:

»Primero: que teníamos unas auditorías de Hacienda desde hace un tiempo. Nos lo había informado Sotillos, así que no me sorprendió.

»Segundo: que hasta el pasado lunes todo había ido bien, pero que el martes, inexplicablemente, en un tiempo récord, descubrieron suficientes anomalías en nuestra contabilidad como para mandar a Sotillos a la cárcel y a nosotros hacernos devolver dos o tres veces, entre multas, recargos, impuestos no liquidados etc. todo lo que hemos recibido extracontablemente en los últimos años. Además, me dijo que lo normal es que esto no parara allí y con los mismos criterios revisasen los años anteriores.

»Tercero: que él no estaba informado de nuestra defraudación y que es el primer sorprendido con lo ocurrido y que renunciará como asesor en el momento en que acabe este lío. Mientras, nos ayudará de la mejor manera que pueda.

»Cuarto: que la sorprendente eficiencia de los inspectores se debió a que el pasado martes en la mañana recibieron a un informador voluntario que con todo lujo de detalles les dio las pistas necesarias para descubrir nuestros trapos sucios. Este informador dio un nombre y datos falsos, pero en su antesala fue reconocido por un empleado de mi visitante que hoy, a primera hora de la mañana, le comentó lo que le había extrañado ver en las oficinas de Hacienda a un ayudante de su cliente dado que ellos nos tramitan todo lo relacionado con aquella dependencia. El auditor hizo sus comprobaciones y cuando tuvo la evidencia vino a visitarnos.

»Quinto: ¡ese delator fue usted, Muñoz!

Su largo parlamento lo había terminado con un rugido. Muñoz estaba hundido, apoyó su cabeza entre las manos e intentó pensar algo. Oyó la voz de su tío muy, muy lejana.

—Señores, ruego acepten la renuncia voluntaria como consejero del Sr. Muñoz. —Y luego, dirigiéndose a él—: ¡Vete de mi vista ahora mismo o no respondo!

Muñoz se levantó lentamente, recogió los objetos que tenía extendidos ante sí, los introdujo en su portafolios y, sin atreverse a levantar la cabeza ni mirar a nadie, sin despedirse, salió de la sala. Un nuevo y pesado silencio cayó sobre el lugar. Finalmente, Reyes volvió a hablar:

—Señores, esto ha sido muy desagradable y me siento responsable

por ello; ruego acepten mis disculpas...

—Tú no eres responsable —le interrumpió Domínguez—, lo somos todos por igual. Ha ocurrido y debemos hacerle frente.

—Nunca debió suceder.

—Siempre acaba ocurriendo, es el triste destino de las empresas familiares cuando crecen: disputas intestinas, ¡tenemos que cambiar tantas cosas!

—Necesitamos un director.

—Lo buscaremos. Hay mucho por hacer y vamos a tener que estar ocupados, como estabais Pérez y tú en los viejos tiempos. Vamos a contratar a un director fuera, un profesional y vamos a seguir esto de cerca. Quizá por una temporada vas a dejar en paz a esos malditos peces, pero luego podrás descansar tranquilo, con la satisfacción de saber, no solo lo que levantaste, sino, sobre todo, de los cimientos que dejaste para que perdurara.

—¿Cómo nos irá con Hacienda?

—Todo en esta vida tiene solución y, si la hay, ese Luna la encontrará; me parece espléndido profesional. No está el país como para hundir empresas, nos ayudarán. Hasta nos viene bien la desaparición de Sotillos, él puede cargar con todas las culpas...

—Por cierto, ¿se sabe ya quién lo mató?

—Sí, su mejor amigo.

—Si esos eran sus amigos... ¿cómo serían sus enemigos?

...

A las dieciséis treinta en punto llegó Miguel Núñez a la casa de Sotillos. La sirvienta le hizo pasar a un saloncito donde la viuda tomaba café en compañía de dos hombres: uno, casi sesentón y un muchacho joven, de unos veintitantos años. La señora de la casa hizo las presentaciones y después de intercambiar algunas frases de cortesía, Núñez entró en el tema.

—Disculpen mi urgencia en tener un cambio de impresiones con ustedes, pero como quizá no ignoren, Pepe tenía planes inmediatos con respecto a la conservera y me es imprescindible conocer la opinión de ustedes al respecto.

—¿Planes inmediatos? Explíquese, por favor —preguntó el abogado.

—Pues bien. Pepe me dijo que en los últimos meses había comprado sus participaciones a los demás socios, por lo que, a estas alturas, el accionariado lo comprendíamos exclusivamente él y yo. Tenía la intención de que vendiéramos la sociedad y había trabajado sobre ello. Dada la gran amistad que nos unía —mintió Núñez echando el anzuelo— y lo experto que era en estos asuntos, yo estaba totalmente de acuerdo en lo que él decidiera, pero, como siempre, llevó él todas las negociaciones. Estoy muy al margen del asunto y sin

la información suficiente como para poderlo sacar adelante, si es que ustedes, que al fin y al cabo son los accionistas mayoritarios, están dispuestos a seguir el plan de Pepe.

—Mire, Núñez —le dijo el abogado—, realmente no sabemos nada del asunto directamente por el Sr. Sotillos, pero hemos encontrado en su caja fuerte un expediente completo de esta empresa. Efectivamente, hay en él unos títulos de otras personas endosados al Sr. Sotillos y, a su vez, nos ha sorprendido ver que estos y otros títulos que estaban a su nombre, todos están con la firma de endoso suya, pero dejando en blanco el nombre del adquiriente.

»En principio, pensé si con ello estaba facilitando la transmisión a sus herederos en caso de fallecimiento, ya que, al parecer, no tenía hecho el testamento, pero me sorprendía por el riesgo que pudiera entrañar en caso de extravío. Esa versión que usted nos da explicaría su firma como endosante, pero desconocemos todo sobre la operación: comprador, precio, condiciones, fecha. Quizá las negociaciones fueron solo verbales o quizá encontremos más adelante cartas, borradores de contratos o algo que nos aclare el asunto.

—De todos modos, Sr. Núñez —intervino Viky—, si hay una avanzada gestión de venta, mi interés sería de seguirla adelante. Estoy pensando regresar con mis hijos a vivir a España en compañía de mis padres y con excepción de los negocios que son de ellos y, por tanto, lo serán también de mis hermanos, estoy dispuesta a liquidar todo lo demás.

—Perfecto —dijo Núñez—, pues en la espera de que ustedes o yo encontremos documentación sobre el comprador o que este se ponga en contacto, seguiremos adelante con el asunto.

—Otra cosa, Sr. Núñez —dijo el abogado—, en este mismo expediente aparece un pagaré firmado por usted a favor del Sr. Sotillos de hace varios años por cuarenta mil dólares que usted no había liquidado.

—Sí, efectivamente —contestó—, Pepe me prestó esa cantidad cuando compramos el negocio. Teníamos el acuerdo de que se lo devolvería con los repartos de utilidades —que nunca los hubo, pues siempre lo hemos reinvertido todo— o en el momento de la venta a terceros de la sociedad, que era lo que iba a suceder.

Pasado el riesgo de la extorsión de Pepe, mejor era aceptar la deuda en dólares, ya que era irrefutable, y mantener las cosas como habían estado hasta entonces.

—Pero ¿sin intereses?

—Era una deuda en dólares, señores, el valor cambiario ha evolucionado mucho más deprisa que los intereses si la deuda la hubiéramos fijado en pesos. Piense que él me prestó un millón de pesos, a estas alturas con intereses le tendría que devolver unos seis o

como máximo, ocho millones de pesos... al firmarle en dólares debo devolver más de veintiocho...

—Sí, sí, comprendo.

La conversación duró aún unos minutos más hasta que, finalmente, Miguel se despidió. Como él sospechara, no había puesto a nadie en antecedentes de su intento de extorsionarle para obligarle a malvender. Era el tipo de jugadas que un hombre no pregona a los cuatro vientos. Viky y el abogado eran gente decente, podrían recordarle una deuda, pero no parecían el tipo de personas que se abalanzarían sobre él para dejarlo sin nada.

Luego estaba la operación de venta. Podía ser un farol de Sotillos, pero no era probable. Si había estado comprando las acciones, por muy baratas que las consiguiera, era porque pensaba hacer algo de inmediato. Era casi seguro que tenía armado un contrato con alguien que las quisiera adquirir.

«A ver si hallan pronto información sobre ello entre los papeles de Sotillos —pensó, y luego sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo— y a ver si no encuentran nada sobre cómo pensaba adquirir mi quince por ciento». De todos modos, animado y optimista, se encaminó hacia la fábrica. La semana anterior había estado poco atento a los problemas diarios y tenía mucho trabajo atrasado.

...

Martínez pasó el día acompañando al primo de su mujer, viendo terrenos y ranchos con idea de construir o comprar algo modesto que le permitiera asentarse con su familia, lejos de donde había vivido hasta entonces. Los parientes que le habían precedido se sentían a gusto con el cambio y él, acertadamente, pensó que lo mismo les ocurriría a los suyos cuando se acostumbraran.

Realmente, podía haber dejado su huida para bastante más adelante. De hecho, su confesión permaneció en la caja fuerte del despacho del director de la compañía, sin ser vista, hasta casi un mes después, en que Domínguez y Reyes, vacante aún el puesto de director general, dedicaron una tarde a revisar todos los documentos que allí se custodiaban, más que nada, por si había algún asunto urgente olvidado o por si aparecían pertenencias personales de Sotillos hacérselas llegar a su viuda antes de que esta saliera del país.

La confesión de Martínez no fue utilizada por la empresa, ya que, al no estar localizable y existir asuntos de mayor urgencia y gravedad, no se hizo un esfuerzo especial por su búsqueda y posterior denuncia. De todos modos, esa tácita amnistía fue ignorada por el autor del delito, por lo cual siempre mantuvo un estado de alerta vigilancia y desconfianza hacia cualquier desconocido y un premeditado olvido de todos los viejos conocidos para evitar riesgos. Por supuesto que esa misma actuación fue impuesta a todos los demás miembros de su

familia, por lo que durante mucho tiempo, con el miedo en el cuerpo, vivieron como auténticos fugitivos.

...

En Nueva York, Juan Rosado completó un día de intensa actividad, cubriendo todo el programa que se había reservado para aquel lunes. Había sido una jornada muy efectiva y decidió terminarla distrayéndose un poco. Le entusiasmaba Broadway y hacia allí se encaminó paseando sin prisas, dispuesto a cenar en algún lugar animado y a plantearse más tarde a dónde acudir antes de acostarse.

Estaba muy contento por el resultado de sus gestiones y confiaba razonablemente en que a su regreso a México podría convencer al sucesor de Sotillos de que le compraran a él la maquinaria que precisaban. En realidad, cometía un error de apreciación muy grande. Tardaron algunos meses en encontrar un nuevo director general y aún entonces, este tipo de adquisiciones pasó a ser manejado por el Departamento Técnico, menos susceptible a la verborrea comercial y más conocedor de precios, calidades, proveedores y servicio. El cambio trajo como consecuencia la pérdida definitiva de aquel importante y peculiar cliente. El equipo, con todo, tardó en comprarse. El consejo se mostraba extremadamente ahorrativo y cauto y en tanto no se resolvió el problema con Hacienda, frenó totalmente las nuevas inversiones.

...

Luis Luna comentó aquella tarde con su socio, Pedro Revuelta, cómo, por casualidad, había logrado enterarse de quién había sido el delator en el asunto de la inspección fiscal a su cliente. También le informó de su entrevista con Domínguez.

—Finalmente, al hombre no se le ocurrió otra cosa que ofrecerme empleo —estaba diciendo Luna.

—¿Empleo? ¿A qué te refieres? Si ya manejas esa cuenta y, además, estamos dispuestos a cancelarla en cuanto finiquitemos este asunto.

—He dicho empleo, no contrato de servicios profesionales del despacho. Me ha ofrecido el puesto del muerto. Ya sabes, buen sueldo, prestaciones, todo eso. Parece ser que van a buscar a alguien de fuera de las respectivas familias.

—Hacen bien. ¿Era tentadora la oferta?

—Habría sido buena para otro seguramente, pero, por supuesto, económicamente no es comparable a las utilidades del despacho. Profesionalmente ni pensarlo...

—¿Profesionalmente? Suena tentador eso de manejar tanta gente, tantos recursos, pasar de aconsejar a ejecutar... Parece un reto interesante.

—¿Tú lo aceptarías?

—Por supuesto que no.

—Eso le dije. Como mucho podemos ayudarles a buscar a la persona adecuada.

—¿No te tienta la oportunidad de enarbolar un bastón de mando?

—En absoluto. Un ejecutivo es siempre un esclavo. Tiene que lidiar con los de arriba y con los de abajo. Para los obreros eres la empresa, pero para los socios eres alguien al que pagan y creen que eso les da dominio absoluto sobre tu persona. Cuando se cansa, o se hace mayor el hijo predilecto de algún socio o cuando hay algún revés, piensan que llevas muchos años en el puesto y que hay que buscar sangre nueva, te dan una patada en el trasero, te echan a la calle y a nadie le importa lo que le diste de tu vida, de tus ilusiones y de tu sueño a la empresa, las horas que le robaste a la familia o los años que no fuiste de vacaciones porque tu sentido del deber te decía que debías estar al pie del cañón. No, Pedro, aunque me pagaran diez veces más de lo que puedo ganar aquí siendo mi propio patrón, no aceptaría irme de empleado. La esclavitud la absolvieron en su versión tenebrosa, pero sigue existiendo disfrazada de oropel, dándole un toque que la hace hasta lujuriosamente deseable. A estos esclavos los llaman hoy ejecutivos.

—Estás muy cáustico, no creo que pienses realmente lo que dices.

—Es la actividad con más enfermedades profesionales mortales hoy en día. ¿Has leído estadísticas de muertes por ataque al corazón entre los ejecutivos de cuarenta o cincuenta años? Cirrosis por beber con los clientes, cáncer de pulmón por fumar en las juntas, accidentes de tráfico por viajar a hacer negocios... ríete de la silicosis de las minas. Estos están peor, solo que como dice el refrán: «Sarna con gusto no pica». Insomnio, ansiedad, gastritis... todo viene de lo mismo... por trabajar para enriquecer a otros que nunca lo agradecerán, porque hagas lo que hagas siempre pensarán que te limitas a cumplir con tu obligación porque para eso te pagan.

—Menos mal que no te oyen tus clientes, nunca pensarán que tienes tan pobre concepto de ellos.

—No, no lo pensarán. Todos se sienten triunfadores, excelsos felices manejando el dinero de los demás; haciéndose la ilusión de que es de ellos.

—Más vale que no les des tu opinión.

—No hay ningún riesgo, nunca me lo pedirán y, si se la diera, creerían que bromeaba.

...

Para Lourdes, aquel había sido un día muy difícil. El lunes era el día de la semana que le dedicaba a Pepe. De todos modos, se había hecho el firme propósito de salir adelante. Se sentía una viuda sin matrimonio, como esas muchachas que pierden al novio semanas antes de casarse.

Ya había sobrevivido a una separación, no tan trágica, pero sí más complicada, con un hijo y dos anillos por medio y había salido maltrecha pero entera. Ahora tenía que demostrarse a sí misma que era más mujer que entonces. Lo conseguiría.

Pensó que tenía que volver a salir con las amigas, como antaño. Muchas estaban casadas, pero había algunas divorciadas como ella e incluso solteras. El mundo no se había acabado para ella. Tenía su hijo, tenía que pensar positivamente.

Tenía... tenía... tenía... ¡Tan fácil de decir! ¡Qué difícil le iba a resultar hacerlo!

...

A última hora de la tarde recibió con sorpresa Miguel Núñez una visita en la fábrica. Mr. Harris y tres individuos más que le acompañaban se presentaron en la recepción preguntando por el Sr. Sotillos. Al enterarse de que había fallecido, no pudieron ocultar su sorpresa y, después de dialogar brevemente entre ellos, pidieron hablar con el gerente de la empresa.

Allí los tenía frente a sí Miguel Núñez, en su despacho. Una vez hechas las salutaciones y presentaciones de rigor y de haber tomado todos asiento, tomó la palabra Mr. Harris, hablando con dificultad un español con fuerte acento sajón.

—Teníamos una cita con Mr. Sotillos. Acabamos de llegar de New York. No sabíamos nada de su muerte.

—Ha sido una gran pérdida. No sé si podré atenderles. Si su asunto se refiere a esta empresa, quizá pueda serles de utilidad.

—Se trata de un asunto puramente comercial, quizá pudiera darnos usted las señas particulares de los demás accionistas para hacer alguna cita con ellos —dijo titubeante Mr. Harris.

—Con independencia de mi carácter de director general, soy accionista de la sociedad. En realidad, los únicos socios éramos el Sr. Sotillos y yo.

—Entonces estará usted al corriente del motivo que nos ha traído hasta aquí.

—No conozco los nombres de las personas con que estaba realizando algunos proyectos. Si me indican de qué se trata...

—Estábamos a punto de finalizar una transmisión.

Un sexto sentido le indicó a Núñez que aquellas personas quizá fueran los compradores de la conservera. Sotillos lo había citado a él por la mañana, se lo quitaba de encima y por la tarde vendía a estos americanos. Todo encajaba. Decidió arriesgar en su diálogo.

—Mr. Harris, ya le dije que no conozco los nombres de las personas con las que estaba realizando algunos proyectos... pero sí estos. Precisamente, esta tarde a primera hora he tenido un intercambio de opiniones con su señora viuda y estamos a expensas de lo que usted

tenga que decirnos.

—Queda poco por decir, todo estaba ya hablado.

—Sí, pero su interlocutor anterior ya no existe, si tiene usted una minuta de los acuerdos que habían negociado y se ciñe a lo que nos había informado el Sr. Sotillos no hay inconveniente en seguir adelante.

—En realidad, más que minuta, tenemos preparados todos los documentos que deberían firmarse.

—¿Me permite?

Mr. Harris aún dudaba. No sabía si hablaba con la persona indicada. Observando su vacilación, Núñez aventuró:

—Supongo que hablamos de lo mismo. De la venta...

—¡Ah! Sí, señor, por supuesto, de la compraventa de la sociedad. Aquí tiene el expediente, podrá comprobar que se ciñe exclusivamente a lo hablado con el Sr. Sotillos. —Alargó un pesado legajo a Núñez que empezó a ojear aparentando desinterés y conteniendo el deseo de devorar afanosamente todo aquel grueso montón de papeles.

Allí estaba todo: ¡¡dos millones de dólares!!Su parte valdría trescientos mil... más de doscientos millones de pesos; aquello sí merecía la pena. Estuvo a punto de saltar de júbilo, pero se contuvo y marcó el teléfono de Viky. Le informó del asunto que tenía entre manos y concertó una cita para desayunar todos juntos al día siguiente. Quedó confirmada por Viky, su abogado y su hermano, Mr. Harris y sus tres acompañantes y por él mismo. Allí determinarían el plan de trabajo que seguir para llevar adelante la transmisión.

Aún leyó otros detalles de la operación: forma de cubrir los distintos requisitos de la Ley de Inversiones Extranjeras, modo de determinar el valor de los activos circulantes y pasivos exigibles mediante una auditoria, revisión registral de los activos fijos y un sinnúmero de cláusulas transitorias.

Núñez se atrevió a aventurar una petición...

—Aquí no dice nada del compromiso de la sociedad de mantenerme como ejecutivo durante los primeros tres años. Es algo que convine con el Sr. Sotillos.

Los americanos se miraron entre sí y finalmente Mr. Harris contestó:

—No habíamos hablado de mantener el personal, aunque obviamente necesitamos que todo siga funcionando. Naturalmente, habrá quizá reducción de plantilla cuando analicemos qué ahorros se pueden hacer, pero no hay inconveniente en su petición aunque comprenderá que la dirección la detentará una persona que enviaremos nosotros. ¿Qué titulación tiene usted?

—Soy ingeniero.

—Podría quedar como gerente de producción, por supuesto,

manteniéndole sus condiciones actuales, ¿correcto?

—Correcto.

Aquella fue la primera noche en ocho días en que Miguel Núñez tuvo un sueño reparador, tranquilo, sin sobresaltos.

...

En México no hay pena de muerte, pero Evaristo se dio cuenta aquel lunes de que no saldría nunca libre de prisión, es más, si alguna vez salía, sería para entonces un anciano. Repasó su situación y comprobó que, si obtenía la libertad, no por ello dejaría de ser una persona totalmente arruinada, que además, había arrastrado en su caída a los viejos dejándoles sin nada. Pensó que lo mejor que podía hacer era suicidarse.

Según las estadísticas a las que tan aficionado era Luis Luna, la tasa de suicidios era, en México de 1,7 por cada cien mil habitantes, tasa anual muy baja, lejana a los 23,8 de Suecia, 21,7 de la vieja Alemania Federal o 19,4 de Francia. La relación entre hombres y mujeres que se suicidan era de cinco a uno; la estrangulación y el arma de fuego, los medios mayoritariamente empleados para quitarse la vida, con un treinta por ciento sobre el total para cada uno. El lugar más frecuentado a este fin, la casahabitación con un sesenta por ciento de los casos. En la cárcel, tan solo pone fin a su vida un tres por ciento de los suicidas... entre catorce y treinta y tres personas cada uno de los últimos años.

Evaristo no se ha contado entre ellos. Realmente, no por principios morales, ni por ilusiones puestas en un futuro fuera de aquellas paredes, sino, simplemente, sobrevive por inercia.

El autor

Jorge D. Casamayor

(Zaragoza, 1946)

Es economista. Ha compatibilizado su vida profesional como ejecutivo y empresario con la docencia universitaria y la colaboración en prensa. Como escritor, ha publicado seis novelas, *Pasado imperfecto, Aragonés. Al servicio de Pedro el Grande, Malawi, Un día desesperado, Te Deum. Victoria o muerte* y en colaboración con el periodista Julio Somoano, *Mañana será.*